
MÁSCARAS EN LA
SALA DE JUNTAS
LIBRO 2 DE LA BRATVA MULTIMILLONARIO
NICOLE FOX

# MÁSCARAS EN LA SALA DE JUNTAS

LA BRATVA MULTIMILLONARIO

LIBRO 2

**NICOLE FOX**

# ÍNDICE


Mi lista de correo
Otras Obras de Nicole Fox
Máscaras en la Sala de Juntas

I. El Encuentro-Asesinato
1. Jillian
2. Jillian
3. Jillian
4. Jillian
5. Jillian
6. Jillian
7. Kir
8. Jillian
9. Jillian
10. Jillian
11. Kir
12. Jillian
13. Jillian
14. Jillian
15. Kir

II. Reglas del Juego
16. Jillian
17. Jillian
18. Kir
19. Jillian
20. Kir
21. Jillian
22. Jillian
23. Jillian
24. Jillian
25. Jillian

III. Riesgo Personal
26. Jillian
27. Jillian
28. Kir
29. Jillian
30. Kir
31. Jillian
32. Jillian
33. Kir
34. Jillian
35. Jillian
36. Jillian
37. Jillian
38. Jillian
39. Kir
40. Jillian
41. Jillian
42. Jillian
43. Kir
44. Jillian
45. Jillian
46. Kir
47. Jillian
48. Jillian
49. Kir
50. Jillian
51. Jillian
52. Jillian
53. Kir

IV. Retirando la Historia
54. Kir
55. Jillian
56. Jillian
57. Jillian

58. Kir
59. Jillian

V. Fecha Límite
60. Jillian
61. Kir
62. Jillian
63. Kir
64. Jillian
65. Kir

VI. Extraoficial
66. Jillian
67. Jillian
68. Kir
69. Jillian

Epílogo: Jillian

Copyright © 2026 por Nicole Fox

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

# MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo. Haz clic en el enlace para unirte.

# OTRAS OBRAS DE NICOLE FOX

**La Bratva Izotov**

El Sabor de la Oscuridad

El Sabor de la Luz

**La Bratva Safonov**

Nueve Meses Para Dar a Luz

Nueve Meses para Amar

**La Bratva Lozhkin**

Propuesta Retorcida

Rechazo Retorcido

**La Bratva Akopov**

Sucias Promesas

Sucias Mentiras

**La Bratva Ozerov**

10 Días para Arruinarse

10 Días para La Redención

**La Bratva Litvinov**

Adonis Tatuado

Atenea Tatuada

**La Bratva Groza**

Crueldad de Cachemira

Ruina de Cachemira

**La Bratva Kuznetsov**

Malicia Esmeralda

Vicios Esmeralda

**La Bratva Egorov**

Inocencia enredada

Decadencia enredada

**La Bratva Novikov**

Cenizas de Marfil

Juramento de marfil

**La Bratva Zakrevsky**

Réquiem de un pecado

Sonata de mentiras

Rapsodia de dolor

**La Bratva Oryolov**

Paraíso Cruel

Promesa Cruel

**La Bratva Bugrov**

Purgatorio de Medianoche

Santuario de Medianoche

**La Bratva Stepanov**

Pecadora de Satén

Princesa de Satén

**La Bratva Pushkin**

Cognac de Villano

Cognac de Seductora

**La Bratva Orlov**

Champaña con un toque de veneno

Champaña con un toque de ira

**Herederos del imperio Bratva**

Kostya

Maksim

Andrei

**La Bratva Viktorov**

Whiskey Venenoso

Whiskey Sufrimiento

**La Bratva Uvarov**

Cicatrices de Zafiro

Lágrimas de Zafiro

**la Mafia Mazzeo**

Arrullo del Mentiroso

Arrullo del Pecador

**la Bratva Volkov**

Promesa Rota

Esperanza Rota

**la Bratva Vlasov**

Arrogante Monstruo

Arrogante Equivocación

**la Bratva Zhukova**

Tirano Imperfecto

Reina Imperfecta

**la Bratva Makarova**

Altar Destruido

Cuna Destruida

**Dúo Rasgado**

Velo Rasgado

Encaje Rasgado

**la Mafia Belluci**

Ángel Depravado

Reina Depravada

Imperio Depravado

**la Bratva Kovalyov**

Jaula Dorada

Lágrimas doradas

**la Bratva Solovev**

Corona Destruída

Trono Destruído

**la Bratva Vorobev**

Demonio de Terciopelo

Ángel de Terciopelo

**la Bratva Romanoff**

Inmaculada Decepción

Inmaculada Corrupción

# MÁSCARAS EN LA SALA DE JUNTAS

**"Lights Out" x "Sex & the City"**

**De la autora superventas de Amazon Nicole Fox llega una novela independiente de romance con multimillonarios, un acosador enmascarado y un toque de mafia...**

**Hay un hombre en mi apartamento.**

Se cierne sobre mí en la oscuridad, con una máscara y guantes de cuero, y sé para qué ha venido.

Sin embargo, esa noche no me mata.

Lo que hace es peor:

Vuelve.

Una y otra vez.

Y otra vez.

Y otra vez.

Cada vez que lo hace, se acerca más.

Y mi mundo se vuelve aún más loco.

Durante el día, sigo pistas para una reveladora investigación sobre la familia Lazarev: el dúo multimillonario de padre e hijo de Nueva York, superricos y súper-peligrosos.

Por la noche, le abro la puerta a un acosador enmascarado para que me arruine.

Poco a poco, los límites se difuminan.

Y mi acosador enmascarado empieza a encontrarme en otros lugares.

Como en un confesionario, con una mano sobre mi boca y la otra acercándose más al infierno que al cielo.

O en el armario de mi redacción, con la falda enredada en la cintura, dando un nuevo significado a "enterrar la noticia".

Nuestro juego tan peligroso tiene tres reglas muy sencillas:

Sin nombres.

Sin caras.

Sin amor.

*Estamos a punto de romperlas todas.*

***MÁSCARA EN LA SALA DE JUNTAS es una novela independiente pero interconectada ambientada en el mundo de la familia Lazarev. No hace falta leer los otros libros de la serie para disfrutar de este (¡pero sin duda no te vendrá mal!)***

**TROPOS:**

Héroe multimillonario

Acosador enmascarado

De enemigos a amantes

Proximidad forzada

Relación prohibida

Chico malo tatuado y de moral dudosa

Mafia light

Tócala y… *ya sabes lo que pasa*

Obsesión demencial

Él se enamora primero

# PARTE I

# EL ENCUENTRO-ASESINATO

# 1

# JILLIAN

*"Conozco bien a los villanos que viven en mi cama"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Control", de Halsey*

ME ESTÁN SIGUIENDO.

No sé cómo lo sé, pero estoy segura. Ha estado ahí todo el día: ese cosquilleo en la nuca, ese murmullo sordo de que algo va mal que no puedo quitarme de la cabeza.

Empieza en mi trayecto matutino al trabajo. El subterráneo va abarrotado, como de costumbre. Estoy encajada entre un chico que se está atiborrando de un burrito de desayuno y una mujer que habla por FaceTime a todo volumen sin auriculares. En un mundo justo y equitativo, ambos serían encarcelados por crímenes de lesa humanidad.

Pero ellos no son el verdadero problema. Cuando levanto la vista de mi teléfono, veo a alguien mirándome desde el otro extremo del vagón. Gorra de béisbol negra, gafas de sol de aviador tintadas, mascarilla N95 negra, chaqueta oscura con la capucha subida. Es un conjunto que dice: *"Quita tus putos ojos de encima".*

Pero, como periodista, mirar cosas que no quieren ser miradas es, literalmente, mi trabajo.

Así que, naturalmente, miro.

Está encajonado en una esquina, junto a las puertas en el extremo opuesto del vagón, con una mano agarrada al pasamanos. No aparta la mirada cuando lo pillo mirándome boquiabierto. Eso es lo que llama mi atención. La mayoría de la gente en Nueva York, cuando la pillas mirando, baja la mirada de inmediato. Fingen mirar el móvil, o cogen una repentina fascinación por el mapa de la red de transporte. Es una ciudad llena de psicópatas, y aprendes rápido a evitar el contacto visual a menos que quieras meterte en líos.

Este tipo no.

Mantiene mi mirada a través de esas lentes oscuras. Incluso con la mitad de la cara cubierta, percibo algo inquietante en él. Se nota en la inclinación de su barbilla, en la holgura de su agarre. La postura: alto y delgado como los modelos de ojos demacrados de las pasarelas de Milán, con los pies separados, los hombros rectos, completamente inmóvil e imperturbable en medio de todo este caos de la hora punta.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo.

No es miedo, exactamente. O, bueno, sí, lo es, pero no es *solo* miedo. Hay algo primitivo en la sensación que me recorre, algo que elude por completo mi cerebro y se dirige directamente a la base de mi columna vertebral. Es el reconocimiento de una presa. Son cien mil años de memoria genética diciéndome que algo con dientes afilados me está observando desde los árboles.

Me digo a mí misma que solo estoy siendo paranoica. No he dormido mucho desde que llegó la primera pista sobre esta gran historia hace un par de semanas. No ha sido más que trabajo, trabajo y más trabajo, en su mayor parte infructuoso e ingrato. Pero en cuanto vea

***"Investigación exclusiva de Jillian Pierce"*** en la portada de la edición dominical del *New York Times*, todo habrá valido la pena.

Me desplazo sin rumbo fijo por mi muro de noticias, negándome a levantar la vista hasta que hayamos pasado la siguiente estación. No ayuda a calmar mis nervios. Una de cada dos publicaciones es de alguna chica de BookTok ansiosa y cachonda agarrando un libro de bolsillo con un hombre enmascarado sin camiseta en la portada, con el pie de foto ***"Puede secuestrarme cualquier día"*** acompañado de mil millones de emojis de ojos de corazón y unas cuantas salpicaduras de agua, por si acaso el mensaje inicial no calara. Todo es *romance oscuro* por aquí, *moralmente ambiguo* por allá, *"ponme un cuchillo en la garganta y golpéame la cara contra el cabecero, por favor, señor"*. Acosadores enmascarados por todas partes dondequiera que me desplace.

Me reiría si no tuviera ahora mismo a uno de esos a doce metros de mí en el vagón.

El algoritmo realmente se comprometió con *contenido personalizado* hoy, ¿eh?

Mi pulgar desliza la pantalla sin pensar.

Siguiente: una chica guapa con rayas de rímel en las mejillas suplicando *"Ahógame, rey",* con una banda sonora de Billie Eilish.

Siguiente: The Weeknd cantando sobre montajes de fans de Jeffrey Dahmer y Ted Bundy.

Siguiente: ***Creo que mi respuesta de "lucha o huida" no funciona bien.***

Siguiente: ***La forma en que le suplicaría que me faltara al respeto.***

Siguiente: ***Desquiciado y desquiciándome.***

Una captura de pantalla de mi "Para ti" podría incluirse fácilmente en el Manual de Trastornos Mentales. Esta mierda es diagnosticable.

Nada de esto es para mí. Gracias, pero no, gracias. Soy periodista; me gano la vida arrancando máscaras. Ese es todo mi trabajo: encontrar al tipo raro enmascarado, averiguar qué esconde, sacarlo a la luz y escribirlo en Times New Roman de 12 puntos para que un millón de personas puedan leerlo mientras toman su café matutino.

El misterio no es lo que me atrae. Después de lo que pasé hace cinco años, lo que mi mejor amiga Rae llama "El año en que Jillian desapareció y se niega a explicar", tampoco el miedo.

La revelación: *esa es* la magia. Iluminar con una linterna a los cretinos y pervertidos del mundo y ver cómo se retuercen.

Ojalá hubiera tenido ese poder hace cinco años. Podría haber cambiado el rumbo de mi vida.

Dejo pasar dos paradas más antes de permitirme volver a mirar hacia arriba. Esta vez, la esquina junto a las puertas del fondo está vacía. Se ha ido. Hay una anciana con un carrito de la compra en el lugar donde él estaba.

*Gracias a Dios.* Exhalo aliviada.

Me bajo en Times Square, camino las seis manzanas hasta la oficina e intento olvidarme del Hombre del metro. Pero, curiosamente, no puedo. En mi escritorio, no dejo de ver las imágenes de la cámara de seguridad del vestíbulo en mi segundo monitor, escaneando rostros. Ni siquiera sé qué estoy buscando, pero sea lo que sea, no lo encuentro.

Quizá sea mejor así.



LLEGA LA HORA DE COMER. Las cosas no han mejorado. La sensación de estar siendo observada se ha instalado en mis huesos. Me como una triste, blanda y tibia ensalada en mi escritorio y entrecierro los ojos para mirar la calle desde la ventana de la sala de descanso. El

problema es que todo el mundo parece sospechoso cuando tú ya estás sospechando.

Un tipo en un banco leyendo el periódico… tiene la estatura adecuada. Una mujer que se queda demasiado tiempo en el paso de peatones… ¿podría ser su cómplice?

Me estoy volviendo loca.

Clavo el tenedor en una hoja de lechuga romana mustia y mastico sin saborear. La cuestión es que antes era más valiente. O quizá no más valiente, pero al menos más temeraria, más dispuesta a lanzarme hacia delante sin mirar primero las sombras.

Pero eso fue *antes*. Antes de aquello de lo que no hablo. Antes del año en que desaparecí de mi propia vida y volví más ligera en algunos aspectos y más pesada en otros, y les dije a todos que me había tomado un año sabático por "motivos personales", que es la forma educada de decir*: por favor, dejen de preguntarme, se los ruego.*

Mi mejor amiga Rae, bendita sea, nunca me presionó. Simplemente me mantuvo la puerta abierta y esperó a que volviera a atravesarla. Eso es lo que me encanta de ella: me deja mantener bien cerradas con candado las habitaciones de mi corazón.

Pero las habitaciones cerradas tienen un precio. Lo sé. El miedo que me consume día y noche: ese es el precio. No duermo bien. Compruebo las cerraduras dos veces. Me siento de espaldas a la pared en los restaurantes.

Y, sobre todo, me fijo en los hombres que me miran y no apartan la vista.

Una voz masculina ronca casi me hace saltar del susto. —Tranquila, Jill. Parece que estuvieras tramando un asesinato.

Levanto la vista de mi ensalada, alarmada, pero cuando veo quién es, respiro un poco más tranquila. Mi "marido del trabajo", Weston

Porter, se deja caer en la silla frente a mí, masticando una barrita proteica y sorbiendo café. Lleva las gafas de lectura subidas a la frente y las mangas remangadas hasta los codos, lo que significa que ha estado metido de lleno en las correcciones toda la mañana. Estamos a finales de noviembre, así que las elecciones locales acaban de terminar. Como uno de nuestros redactores de política de Nueva York, está ocupadísimo explicando a nuestros lectores qué significa todo esto.

Le dedico una sonrisa falsa y alegre y me echo mi larga melena pelirroja por encima del hombro. —¿Yo? ¿Tramando algo? Las damas no *tramamos,* señor Porter. Simplemente *reflexionamos*.

—Un pasatiempo peligroso para ti —responde con un resoplido—. Ya he visto adónde lleva eso.

Weston es una de esas personas irritantemente perfectas. Mide 1,85 m, tiene la piel morena, una mandíbula afilada como una navaja y unos bíceps que tensan las mangas de su camisa porque hace CrossFit cinco días a la semana. De ahí la barrita de proteínas. Pero tiene unos ojos amables detrás de esas elegantes gafas de montura negra y un cerebro que funciona lo suficientemente rápido como para seguir el ritmo del mío. También es divertido, ambicioso y, en general, decente, lo que en una redacción de Nueva York lo convierte prácticamente en una especie en peligro de extinción.

Si estuviera en cualquier etapa de mi vida en la que saliera con gente, lo cual, rotundamente, no es el caso, él sería exactamente el tipo de hombre que me gustaría.

Por desgracia, Jeremiah, el marido de Weston, me mataría si intentara hacer algo. Jer es cirujano cardíaco en el Mount Sinai, le prepara el almuerzo a Weston en viandas con etiquetas de colores y lo despide cada mañana con un beso y un termo de café frío. Lloré a mares en su boda.

Así que, por todo eso, Weston sigue firmemente en la categoría de "marido del trabajo", lo cual probablemente sea mejor. Todas las

bromas y los abrazos cálidos, sin ninguno de los desastres psicosexuales.

—¿Qué tal el fin de semana? —me pregunta mientras pone los pies sobre mi escritorio—. Espera. Pensándolo bien, no me lo cuentes. La última vez que me hablaste de una cita tuya, tuve que ir a confesarme y ni siquiera soy católico.

Finjo poner los ojos en blanco. —No fue *tan* explícito.

—Jillian, cariño, soy un hombre gay en Manhattan; no soy precisamente un santo. Y aun así tuve que buscar en Google la mitad de las cosas que describiste en tu exhaustivo y detallado informe de lo que le hiciste a ese pobre hombre.

—De nada por ampliar tus horizontes —Le dedico una sonrisa pícara.

—Mis horizontes estaban bien. Jer y yo estamos muy, muy contentos con nuestros horizontes —Se traga el último bocado de la barrita proteica, se lame el pulgar y tira el envoltorio a mi papelera—. Pero vale, está bien, me encantan los detalles escabrosos. Ponme al día. ¿Alguna nueva conquista para la que deba prepararme emocionalmente?

—Un fin de semana tranquilo, la verdad —digo con cara seria.

—No me lo creo ni por un segundo.

—Otra cosa que las damas no hacen, señor Porter, es contar sus aventuras amorosas.

—Claro —asiente con sarcasmo—. Eso significa que, o bien no eres una dama, o bien las damas del siglo XXI prefieren *practicar sexo anal y contarlo.*

Me sonríe con malicia y yo lo dejo salirse con la suya. Esta versión de mí que Weston cree conocer, la que sale con quien quiere y tiene rollos sin complejos y cuenta historias sexualmente pervertidas que harían sonrojar a un hombre adulto, es un personaje que llevo interpretando tanto tiempo que casi parece real.

Pero no lo es.

Porque no me he acostado con nadie en cinco años.

Las razones son más complicadas que el celibato o el trauma o cualquier cajita ordenada en la que un terapeuta intentaría encajarlo. Me *gusta* el sexo. Me gustaba antes, y estoy bastante segura de que me volvería a gustar, si me atreviera. Pero en algún momento entre lo que pasó y ahora, mi cuerpo decidió que *desear* y *permitir* son dos cosas diferentes. Puedo desear a alguien y, aun así, quedarme paralizada en el instante en que su mano intenta llegar a mi cintura. Puedo estar excitada y aterrorizada al mismo tiempo.

Sin embargo, nada de eso significa nada. Las habitaciones cerradas permanecen cerradas. Las luces permanecen encendidas. Las manos se mantienen alejadas de mi cintura, y es mejor así.

Eso no quiere decir que no finja. Tengo que hacerlo; si la gente supiera lo destrozada que estoy por dentro, se horrorizaría. Así que sigo el juego. Salgo en citas y me aseguro de que Weston se entere de todo. Beso a desconocidos, desconocidos que parecen de fiar, desconocidos que parecen limpios, en los bares y les dejo creer que esto va a alguna parte.

Y luego me voy.

Cada.

Maldita.

Vez.

Me he vuelto muy buena en la parte de marcharme. Es tan sencillo como un, *Oh, me apetece mucho, pero mañana madrugo,* dicho con naturalidad*.* Ese desenfadado, *Lo dejamos para otro día, ¿vale?,* que significa que nunca volveré a mirarte a los ojos mientras los dos vivamos.

Weston no sabe nada de esto. Nadie lo sabe. Ni siquiera Rae.

—Oye, Jillian, vuelve a la realidad —Weston chasquea los dedos delante de mi cara—. Te acabas de ir a un lugar oscuro. Lo sé porque has dejado de insultarme.

—Lo siento. Estoy cansada.

—¿Cansada? —repite—. Pareces más que cansada. Pareces *asustada,* mujer.

Casi le cuento a Weston lo del hombre del metro, pero luego decido que no era nada. ¿Para qué molestarlo con eso? Ya ni siquiera me molesta a mí.

Solo era un tipo raro con gafas de sol en el metro. Probablemente haya mil más haciendo exactamente lo mismo en este mismo momento. Ojalá me hubiera acercado a él y le hubiera dicho*, Hola. Sé que me estás mirando fijamente, y me encantaría que siguieras, pero mañana madrugo. Lo dejamos para otro día, ¿vale?*

Porque así sabría con certeza que no volvería a verlo nunca más.

## 2

# JILLIAN

*"Y si aún respiran, son afortunados. Porque la mayoría de nosotros jadeamos con pulmones corruptos"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Youth", de Daughter*

WESTON y yo estamos charlando alegremente sobre el desastre que supone la reforma de la cocina que está llevando a cabo en el precioso loft de Tribeca que comparte con Jeremiah cuando mi editor, Doug, se asoma desde su despacho y me señala con un dedo tupido y manchado de tabaco.

—Pierce. ¿Tienes un minuto?

En realidad, no es una pregunta. Doug Hoffman nunca hace preguntas, lo cual es bastante curioso para alguien de nuestro sector. Se limita a ladrar e informar como el bulldog gruñón que es. Sería molesto si no le confiara mi vida.

Le hago un gesto de aprobación con el pulgar, luego cojo mi cuaderno y el café. —Nos vemos luego —le digo a Westie mientras me dirijo al despacho acristalado de Doug.

—¡Intenta que no te despidan! —me grita Weston.

Le muestro el dedo medio por encima del hombro sin darme la vuelta. Le oigo reír y gritarme—: ¡Eso no es muy propio de una dama, Srta. Pierce!

Me detengo un milisegundo para mirarme en el espejo. No es que a Doug le vaya a importar o se dé cuenta. Al fin y al cabo, se afeita de vez en cuando y siempre se olvida de que también hay que recortar los pelos de las orejas y la nariz. Pero a una chica le gusta sentirse arreglada cuando habla con su jefe.

Todo parece estar más o menos como debe estar. Mi pelo rojo es largo, liso y brillante, con la raya a la derecha. Las pecas se esparcen como canela derramada por mi nariz y mis mejillas. La blusa que elegí esta mañana, combinada con el color esmeralda de mis ojos, está cuidadosamente metida por dentro de unos pantalones negros de cintura alta. Llevó pendientes de oro en las orejas. El rímel no se ha corrido. El brillo de labios color piel está intacto.

Pero hoy hay algo extraño debajo de todo eso. Nadie más sería capaz de detectarlo. Dios sabe que normalmente lo entierro demasiado profundo para eso. *Yo*, sin embargo, lo veo. Una tensión alrededor de mis ojos. Una actitud cautelosa en la expresión de mi boca. El Miedo, ese viejo y familiar amigo, acecha justo debajo de la superficie.

No tiene cabida aquí. Estoy a plena luz del día, rodeada de compañeros, luces fluorescentes y el murmullo reconfortante de una redacción ajetreada. El Miedo no debería estar aquí.

La culpa es del Hombre del Metro.

Es culpa suya que esta mañana esté tan desagradablemente alterada. Están saliendo a la superficie cosas que deberían estar enterradas en lo más profundo. Las habitaciones cerradas con llave deberían permanecer cerradas, pero por su culpa, la puerta se ha entreabierto y un pequeño goteo de Miedo se ha escapado.

Con un obstinado esfuerzo de voluntad, lo empujo todo de nuevo hacia dentro y cierro con llave la puerta emocional con firmeza.

Me aliso el pelo una vez más, adopto una mirada segura y entro en el territorio de Doug.

Doug ya está de vuelta en su silla, desplazándose por algo en su monitor, con las cejas gruesas fruncidas formando una gran oruga peluda que marcha por su frente. Tiene unos cincuenta y cinco años, es fornido, calvo en la coronilla y con un flequillo gris que Weston llama muy groseramente su "corte de asiento de inodoro". Lleva siempre las mismas tres camisas Oxford blancas arrugadas y, en los dos años que llevo trabajando a sus órdenes, nunca ha expresado una emoción más fuerte que una leve irritación.

Es el mejor editor que he tenido nunca.

—Cierra la puerta —ladra sin levantar la vista.

La cierro y me siento en la "silla eléctrica de Doug", como algunos miembros del personal llaman a la incómoda silla de plástico para visitantes que Doug tiene en su despacho.

—Lo de Lazarev —comienza sin preámbulos—. ¿En qué punto estamos?

Abro mi libreta aunque no la necesito, pues me sé cada detalle de memoria. —Vale. A ver. Lazarev Global. Un conglomerado gigantesco con sede en Midtown. Importación-exportación, inmobiliaria, transporte marítimo, finanzas, todo lo que te puedas imaginar. Si se puede sacar dinero, lo hacen. El mandamás es Lukas Lazarev, el presidente. Su hijo Kirill, al que llaman Kir, es el director ejecutivo. Sobre el papel, limpios como un manantial. Incluso filántropos. Galas, alas de hospitales, todo el paquete.

A Doug se le arquea una ceja. —¿Pero *fuera* del papel…?

—Fuera del papel es donde la cosa se pone interesante —Un rubor de emoción me tiñe las mejillas—. Se habla de ello desde hace años.

Rumores, sobre todo. Foros, mensajes anónimos, antiguos empleados descontentos. La palabra que no deja de salir es *Bratva*.

Doug gruñe. —Me suena. La mafia rusa. Un grupo desagradable. Me topé con ellos unas cuantas veces cuando trabajaba en tu zona en los años 80.

—Exacto. Concretamente, la acusación es que Lukas Lazarev no es solo un multimillonario con un imperio naviero; es el pez gordo. El *pakhan*. El jefe de jefes de la mafia. Dirige una de las últimas familias de la Bratva tradicional que siguen operando desde Nueva York.

—¿Y eso lo has descubierto por…?

Me aclaro la garganta. —Un tipo desagradable llamado Giovanni Ochoa. Es asistente de la morgue en la oficina del forense de la ciudad. Se puso en contacto conmigo hace un par de semanas por Signal y me dijo que había llegado algo a su oficina que le había hecho saltar todas las alarmas. Pero…

—No me vengas con "peros", Pierce —Doug frunce el ceño—. Odio los "peros".

Me abstengo de meterle más suspenso. —Pero… quiere dinero en efectivo.

Doug se frota el puente de la nariz. —¿Este tipo es confiable? ¿Vale la pena?

Asiento. —Creo que sí. Parecía de fiar. Nervioso, impreciso, pero de fiar en lo que importa. Aún no he podido verificar todo lo que dijo, pero lo que pude comprobar hasta ahora cuadra. Lazarev Padre, o sea Lukas, estuvo casado hasta hace dieciocho años. Su mujer murió. Mantuvieron todo en secreto, dijeron que fue una enfermedad, y todo el mundo se conformó con dejarlo así. Ochoa difiere de esa versión. Me va a dar más información la próxima vez que nos veamos, siempre y cuando prometa...

Doug levanta una mano ancha. —Detente ahí. Dijiste que Ochoa *parecía* de fiar. En pasado.

Respiro hondo. Esta es la parte que me da miedo. —No sé nada de él desde hace cuatro días.

Ante eso, levanta sus ojos tristes de su escritorio lleno de marcas de viruela para mirarme con ira. —Explícate. Rápido.

—Se suponía que íbamos a vernos la semana pasada —explico con un gesto de vergüenza—. Pero no apareció. Lo llamé, le envié mensajes... nada. Lo intenté toda la semana, pero ahora su teléfono salta directamente al buzón de voz. Esta mañana, antes de ir al trabajo, pasé por la oficina del forense y hablé con la recepción. Me dijeron que el lunes llamó para decir que estaba enfermo y que nadie ha sabido nada de él desde entonces.

—Así que —resume Doug—, tu fuente clave te ha dejado plantada antes de entregarte pruebas de que las extravagantes acusaciones que ha vertido contra una de las familias más prominentes, poderosas y presuntamente vinculadas a la mafia de Nueva York son ciertas. Pierce…

—¡Vamos, Doug! —exclamo, poniéndome de pie de un salto—. La gente se echa atrás, claro. Sucede. Pero te juro, Doug, que este tipo estaba... estaba *listo*. Quería que saliera esta historia. No es el perfil de alguien que simplemente cambia de opinión y desaparece.

Se produce un momento de tensión. Doug tamborilea con los dedos sobre el escritorio. —O es *precisamente* el perfil de alguien que se dio cuenta de que se metió en un lío demasiado grande y decidió cortar por lo sano.

Me cuesta toda mi fuerza de voluntad encogerme de hombros con indiferencia. —Podría ser. No creo que lo sea, pero podría ser.

Más espera tensa. Entonces, pregunta—: ¿Has denunciado su desaparición?

Niego con la cabeza. —No soy de su familia. Y solo han pasado cuatro días. La policía de Nueva York no hará nada con eso.

—¿Y su familia?

—Muerta y desaparecida, todos.

Doug exhala por la nariz. —Una vez más, solo para asegurarme de que lo entiendo: tu única fuente para una historia que alega que un multimillonario vengativo es en secreto un jefe de la mafia rusa que podría haber matado a su esposa está actualmente desaparecida.

—Es un resumen dolorosamente conciso y preciso, sí.

Coge una pluma estilográfica gruesa y la golpea contra la palma de la mano un par de veces. Está pensando. Sé que no debo interrumpirlo cuando está pensando.

—Vale —suspira por fin—. Esto es lo que vamos a hacer: sigue investigando. Pero sé discreta, joder, ¿me oyes? No vayas a llamar a la puerta de Lazarev, no vayas husmeando por sus oficinas, no hagas ninguna tontería.

Le dedico una sonrisa de megavatios, pura e irradiante inocencia. —¿Cuándo he hecho yo algo estúpido?

Me lanza una mirada en silencio que podría matar a un pájaro en pleno vuelo.

—Vale, me parece justo —admito.

—Encuentra a Ochoa —continúa—. Esa es la prioridad número uno. Si tu tipo solo está asustado, convéncelo de que no se tire por el precipicio y haz que vuelva a declarar. Si se ha ido de verdad... —Deja la frase en el aire y vuelve a guardar el bolígrafo en el vaso de su escritorio—. Bueno, entonces tenemos un tipo de historia diferente, ¿no?

—Sí —digo en voz baja—. Así es.

—Mientras tanto, necesito que investigues esto desde otros ángulos. Registros financieros, títulos de propiedad, estructura corporativa. Cualquier cosa que puedas conseguir a través de canales legítimos y legales que no hagan que este periódico acabe en la Edad de Piedra por una demanda.

—Entendido.

—Y ¿Pierce?

—¿Sí?

—Ten cuidado con este —Coge su café y le da un largo sorbo—. Lo digo en serio.

—Siempre soy cuidadosa, Doug.

—No, no lo eres —replica él—. Por eso.



Salgo del edificio a última hora de la tarde con el subidón del café recién hecho y un renovado sentido de propósito. La bendición de Doug, por muy a regañadientes que sea, es todo lo que necesitaba. Tengo una historia. Tengo una pista. Solo tengo que encontrar a mi fuente desaparecida.

Y se me da muy bien encontrar cosas.

El aire de noviembre me azota cuando atravieso las puertas giratorias y salgo a la calle. Me pongo los auriculares y subo el volumen de mi "Descubrimiento Semanal" de Spotify lo suficiente como para ahogar el ruido de la ciudad. La primera canción es de Megan Thee Stallion, alegre y con un toque pop empalagoso, y es la elección perfecta.

Mi estado de ánimo ha dado un giro de 180 grados respecto a cómo empecé el día. El Hombre del Metro me parece ahora lejano y ridículo. Un simple tropiezo. Esta mañana estaba cansada y mi

cerebro rellenó los huecos con los peores escenarios posibles. Eso es todo. Nunca volveré a ver a ese tipo raro.

Por qué los turistas insisten en caminar hombro con hombro, en fila horizontal por la acera a la velocidad de la deriva continental, sigue siendo uno de esos misterios de la vida para mí. Los adelanto a paso ligero y, sin perder el ritmo, esquivo el brazo extendido del tipo vestido de Capitán América que intenta convencerme para que me haga una foto.

—¡Eh, Pelirroja! ¡Sonríeme! ¡Eres mucho más guapa cuando sonríes! —me grita algún perdedor desde la esquina mientras escapo por los pelos de la trampa mortal que es Times Square.

Llego a tiempo al semáforo de la Séptima, casi me atropella un mensajero en bici que se salta el rojo y le muestro el dedo medio sin perder el ritmo.

Estoy a mitad de mi manzana cuando paso junto a una pareja acurrucada en el porche de un edificio de ladrillo rojo. La cara de la mujer, enrojecida por el frío, está apoyada contra el cuello de él y sus brazos la envuelven como si intentara protegerla de toda la noche de noviembre. No están haciendo nada. Solo están ahí sentados, entrelazados, existiendo en el espacio del otro. Ella dice algo que no puedo oír y él se ríe, tranquilo y relajado, y la acerca más a él.

Rompo mi regla y hago lo único que los neoyorquinos nunca deberían hacer: me detengo y me quedo mirando.

Sé que lo estoy haciendo, pero no soy capaz de dejar de mirar. Porque eso es lo que *quiero*. Eso que ellos tienen tan claramente.

Lo deseo tanto que me duelen los dientes.

No necesariamente la parte del novio, ni el porche, ni el abrazo en sí. Quiero la parte en la que alguien te *ve*, te ve por completo. Las partes feas, asustadas y destrozadas que mantienes tras cerrojos y

cortinas opacas quedan al descubierto, y alguien se queda de todos modos. Mantiene tu mirada y no aparta la vista.

Quiero lo que más me aterroriza.

Esa es la broma de mal gusto. He pasado cinco años comprobando cerraduras, dejando las luces encendidas, asegurándome de que nada ni nadie se acerque lo suficiente como para tocar a mi verdadero yo. Y, debajo de cada una de las capas de esa armadura, solo hay una chica sentada en la oscuridad, agotada, deseando que alguien entre y la libere del miedo.

Aparto la mirada de la pareja y sigo caminando.

La canción cambia. Megan se desvanece y algo más lento se cuela por mis auriculares. Una guitarra acústica, suave y escasa, luego la voz de una mujer, joven y dolorida.

*And if you're still breathing, you're the lucky ones. 'Cause most of us are heaving through corrupted lungs.*

—Vale, Spotify —murmuro entre dientes—. Demasiado deprimente, ¿no?

Sigo caminando, pero la canción se me clava. Se parece demasiado a algo que no quiero examinar ahora mismo. La melodía bonita y triste me hace sentir como si la cantante hubiera leído mi diario de alguna manera mientras dormía. *Pulmones dañados*. Sí. Eso tiene sentido. Así es como me siento a veces: como si respirara a través de tejido dañado, haciendo entrar aire, pero nunca es suficiente, nunca está del todo limpio.

Hace demasiado frío para soltar las manos y cambiar de canción, así que dejo que siga sonando mientras doblo la esquina hacia mi manzana. Saludo con la cabeza al portero mientras entro en mi edificio y subo en el ascensor hasta mi piso. Cuando llego, abro la puerta con la llave y la empujo con el hombro.

*Hogar.* Gracias a Dios.

Me quito los zapatos y los dejo donde caen. Cuelgo el abrigo en el gancho y dejo caer mis AirPods sobre la encimera. Me quito la ropa de trabajo del día, soltando un feliz "Ahhhh" mientras me desabrocho el sujetador y lo tiro con fuerza al cesto de la ropa sucia. Luego me pongo mis pantalones de pijama más viejos y suaves y una sudadera extragrande de la NYU que se ha lavado tantas veces que las letras apenas se ven.

Vuelvo a la cocina, me sirvo dos dedos de whisky de la botella que hay en la encimera y le doy un sorbo.

Es entonces cuando me doy cuenta de algo extraño.

Mi portátil personal está abierto sobre la mesa de la cocina. Lo cerré esta mañana. Estoy segura de que lo cerré porque siempre, siempre lo cierro

Mi mirada se desplaza hacia la izquierda y se fija en otra cosa que no está bien.

La silla también está apartada en ángulo, no pegada a la mesa como yo la dejo.

Dejo el whisky sobre la mesa mientras El Miedo empieza a filtrarse en mi torrente sanguíneo, lento y tóxico. Miro hacia el salón. La manta del sofá está doblada de otra manera, uno de los cojines está colocado al revés, el mando no está descansando ordenadamente en la cesta; cuelga a medio camino sobre el borde de la mesita de centro, como si estuviera pensando en dar un salto suicida al suelo de parqué que hay debajo.

Son todas pequeñas cosas que a nadie más se le ocurriría fijarse.

Pero *yo* las noto. Cuando llevas tanto tiempo cerrando puertas con llave como yo, nunca se te pasan por alto cosas así.

Cojo mi bolso de la encimera y rebusco en él para encontrar mi teléfono y llamar a Rae para preguntarle si ha estado aquí.

Pero, antes de que pueda encontrarlo…

...se apagan las luces.

# 3

# JILLIAN

*"Y tú, tú conocías la mano de un demonio. Y tú nos tenías despiertos con colmillos de lobo"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Heartbeats", de The Knife*

No veo nada.

Me quedo completamente inmóvil en la oscuridad total. Mis dedos se cierran sobre el móvil dentro de mi bolso. No me atrevo a respirar.

*Es el cableado.* Eso es lo que me digo a mí misma. Este edificio es bonito, tiene mucho carácter, pero se construyó originalmente en la década de 1940, lo que significa que la instalación eléctrica es antigua. Esto mismo ocurrió varias veces el invierno pasado. Toda la planta se quedó a oscuras durante veinte minutos mientras el conserje maldecía en portugués desde el sótano.

Es el cableado. Tiene que ser el cableado. *Por favor, oh, por favor, que sea el cableado.*

Por fin encuentro mi teléfono e intento encenderlo, pero supongo que Megan Thee Stallion se ha comido lo que me quedaba de

batería, porque no se enciende.

No pasa nada. Estoy bien. Solo tengo que encontrar la caja de fusibles. Está en el armario del pasillo, detrás de mí y a la izquierda. Conozco mi hogar a oscuras, porque tengo cada centímetro de él memorizado en mi cabeza, porque me aterrorizaba precisamente este tipo de momentos, porque eso es lo que hago: me preparo para lo peor para no tener que volver a vivirlo nunca más.

Doy un paso atrás...

…y una mano enguantada de cuero me tapa la boca por detrás.

Grito contra la palma de la mano, pero no sale ningún sonido. Mi teléfono se cae y golpea el suelo con un ruido sordo.

Muerdo el cuero con todas mis fuerzas, pero por mucho que lo intente, podría ser perfectamente un gatito desdentado. Mis dientes apenas lo marcan. Lanzo el codo hacia atrás y golpeo algo, costillas, tal vez; testículos, preferiblemente, y oigo un gruñido masculino. Eso es todo lo que consigo.

Entonces, un brazo me rodea la cintura y me levanta del suelo. Pateo con fuerza y mi talón descalzo golpea una espinilla, pero no importa. Él es más grande y rápido, y ni siquiera hay comparación. Pierdo antes de que la pelea haya comenzado de verdad.

Me lanza hacia atrás. El impacto al chocar con la pared me deja sin aliento. Mis dos muñecas quedan inmovilizadas al instante por encima de mi cabeza, bajo una mano enorme. La otra palma enguantada permanece presionada con fuerza sobre mi boca.

No puedo moverme, pero lo intento de todos modos. Tiro de mis brazos, giro las caderas, levanto la rodilla, pero él tiene todo su peso sobre mí y no voy a ninguna parte. En cualquier dirección que empuje, él ya está allí. Ni siquiera le cuesta esfuerzo. Todo su cuerpo está lánguido y relajado.

Me duelen muchísimo los pulmones. Aspiro aire por la nariz en ráfagas rápidas y superficiales, pero no sirve de nada. El pánico es tan total y absoluto que mi visión se vuelve blanca por los bordes, aunque no haya nada que ver en la oscuridad.

Dejo de luchar.

Un nuevo tipo de oscuridad se apodera de mí.

La oscuridad de mi mente.

La oscuridad de mi pasado.

La oscuridad de La noche en que nació el miedo.

~

*YA NO ESTOY en mi apartamento.*

*Estoy en una habitación de residencia. Es húmeda y pequeña, como todas las habitaciones de residencia. Un radiador hace ruido. Las persianas están cerradas, pero torcidas. Solo se cuela un pequeño rayo de luz de luna.*

*Su peso… En esta historia, eso es lo primero. Eso es siempre lo primero. No su rostro. Nunca su rostro. No puedo ver su rostro. Es el peso que me aplasta boca abajo contra ese estrecho colchón individual. El colchón de espuma no ayuda. Puedo sentir la barra metálica del somier.*

*El radiador traquetea. Tengo las manos inmovilizadas.*

*No.*

*No.*

*¡No!*

*Hay una grieta en el techo. La localizo con la mirada y me aferro a ella. Una línea delgada y dentada que va desde la lámpara hasta la*

*esquina de la habitación. La recorro de un lado a otro, una y otra vez, mientras todo sucede.*

*Esa grieta es lo que recuerdo con más claridad. Más que el dolor. Una grieta en el techo de una habitación de la residencia, en la tercera planta de un edificio que derribaron dos años después para construir un nuevo centro de estudiantes.*

*Espero que le hayan dado con un martillo neumático hasta el último centímetro.*

*La grieta.*

*El peso.*

*El radiador.*

*Mi propia respiración, fuerte y entrecortada. Su respiración, más fuerte y peor.*

*En algún momento, mis ojos se desvían hacia un lado. Veo un calcetín en el suelo, junto a la puerta. Solo uno, gris con la punta rosa. Llevaba toda la semana buscando el otro. Lo vi desde la cama mientras él estaba encima de mí y pensé, con total claridad: Ah, ahí está.*

*Luego, nada. Lagunas. El tiempo se plegó sobre sí mismo y se tragó el resto.*

*Dejé todo atrás y cerré la puerta tras de mí.*



PODRÍA HABERME QUEDADO en ese recuerdo para siempre, si no fuera por una frase que me arrastra de vuelta. Una sola frase, tres pequeñas palabras, susurradas, no, roncas, no, *ronroneadas* en mi oído. El ronroneo más oscuro que jamás he oído. Es chocolate amargo y filos de cuchillo relucientes; es farolas rotas y noches sin estrellas; es retorcido y líquido y susurrante y erróneo, tan erróneo,

porque con una sola palabra él abre todos mis cerrojos y desliza hacia atrás todos mis pestillos, desengancha todas mis cadenas y abre de par en par todas mis puertas, todas ellas, hasta la última, para que El Miedo del que he estado huyendo durante cinco años pueda dar un paso hacia la realidad, mirar a su alrededor y esbozar su sonrisa malvada, tan malvada.

El hombre en la oscuridad, con la mano sobre mi boca, acerca sus labios a mi oído y susurra—: Hola, zorrita.

# 4

# JILLIAN

*"Palabras como violencia rompen el silencio, irrumpen en mi pequeño mundo"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Enjoy the Silence", de Depeche Mode*

El Miedo está en todas partes. Está en mi garganta, en mi pecho, detrás de mis ojos, se arrastra, se desliza y rezuma por cada centímetro de piel al descubierto.

Pero sigo respirando.

Y si sigo respirando, puedo pensar.

Eso creo. Dejo de dar patadas y de morder el cuero. Me quedo quieta contra la pared y obligo a mi cerebro a hacer lo que mejor sabe hacer: observar. Analizar. Preguntar.

Soy periodista. Esto es lo que hago.

Inhalo por la nariz y, al exhalar, cojo El Miedo, lo empujo de vuelta a su habitación y cierro la puerta de un portazo.

La mano del intruso sigue sobre mi boca. Espero y, tras unos segundos, afloja la presión lo justo para que pueda hablar.

—¿Quién eres? —pregunto con la garganta destrozada por todos los gritos que no dejé salir.

Nada.

—¿Qué quieres?

Nada.

Siguiendo un leve presentimiento, suelto—: ¿Tiene esto que ver con la historia de Lazarev?

No responde. En cambio, dice—: Arrodíllate.

—¿Qué?

—En el suelo. De cara a la pared. Las manos detrás de la cabeza.

No me muevo.

—Vamos a hablar —me asegura con esa voz ronca y ronroneante—. Pero no así. Arrodíllate, Srta. Pierce. Puedes hacerlo por tu cuenta o puedo obligarte. La decisión es, en última instancia, tuya. Pero, de una forma u otra, *te* arrodillarás.

Mi cerebro procesa tres cosas a la vez. Primera: sabe lo de los Lazarev. Bueno, para ser exactos, no lo ha negado, pero tampoco ha reaccionado en absoluto, lo cual es una respuesta en sí misma. Aún no sé muy bien qué pensar de eso, pero lo archivo por el momento.

Segunda: me llamó por mi nombre, lo que significa que me conoce, o sabe *de* mí, o me ha estado observando el tiempo suficiente como para aprender ese pequeño detalle. Ninguna de esas opciones es buena. Me dedico a los crímenes reales, así que no es que los busque precisamente como entretenimiento en mi tiempo libre. Mi trabajo diario está tan lleno de cosas oscuras que, cuando cae la noche, ya no me apetece nada más de lo mismo. Pero a otras personas sí, por supuesto, mi mejor amiga Rae es una de ellas, así

que, gracias a ella, sé lo suficiente sobre la psicología de los intrusos como para entender que la obsesión es algo muy, muy peligroso.

Dicho esto, él no me ha hecho daño. No realmente. El golpe contra la pared *pareció* fuerte, objetivamente, pero ahora que lo pienso, él como que me acunó la cabeza con la otra mano mientras lo hacía, como si prefiriera recibir él el impacto del golpe antes que dejarme sentirlo un poco. Ahora me está hablando, dándome opciones, usando frases completas. Ese no es el comportamiento de alguien que irrumpió aquí movido por un deseo morboso de agredirme y violarme.

Tercero: si no me arrodillo, me va a obligar a hacerlo, y creo en esa amenaza instintivamente. Los hombres que hablan así, con tanta autoridad y certeza en la voz, no lanzan amenazas en vano. Desde luego, no irrumpen en las casas de las mujeres, las empujan contra la pared y les tapan la boca con las manos enguantadas si no tienen intención de llevar a cabo lo que sea que hayan venido a hacer.

Así que me arrodillo.

Me agacho hasta el suelo, lentamente, y me giro para mirar hacia la pared. Mis rodillas se clavan en el parqué frío. Entrelazo los dedos detrás de la cabeza.

Mientras realizo todos esos movimientos y mi mente da vueltas en más de tres direcciones distintas a la vez, siento todas las emociones habituales.

Miedo, ese terror femenino siempre presente que proviene de vivir en un mundo lleno de hombres rudos y violentos.

Ira, porque esto está pasando aquí, en mi casa, mi espacio seguro.

Pánico, en plan *¿qué puedo/debo/tengo que hacer para salir de esto*?

Arrepentimiento, porque mi Taser está en la mesita de noche junto a los vibradores en lugar de en mi mano, donde realmente podría ser

útil.

Sin embargo, bajo todo eso, en un lugar que no funciona con palabras ni lógica…

…hay algo más.

Es algo ardiente. Algo oscuro. Algo líquido. Algo primitivo. Es una llama sin forma que se agita por caminos que no había sentido en mucho, mucho tiempo.

Se manifiesta de formas evidentes. Piel sonrojada. Pulso acelerado. Dedos temblorosos. Rodillas débiles. Todo eso podría explicarse fácilmente como subproductos del Miedo, si no fuera por esa certeza sutil y no verbal, en lo más profundo de mi vientre, de que no tiene nada que ver con el miedo en absoluto.

Porque esto es *deseo.*

Algo está muy, muy mal conmigo.

Me arrodillo, tal y como me ordenó. —¿Ya está? ¿Contento? —pregunto, incapaz de evitar que mi voz suene molesta, aunque sea una decisión bastante imprudente, teniendo en cuenta las circunstancias.

Tengo los ojos cerrados, pero casi puedo *sentir* su asentimiento, su sonrisa de satisfacción. —Buena chica —dice.

—*No* me llames así —le espeto.

—¿Por qué no?

—Porque no soy nada buena para ti. Soy una mujer arrodillada en su propio suelo porque un maldito psicópata ha irrumpido en su apartamento. Eso no me hace *buena* y, desde luego, no me hace *tuya*.

—No —asiente él, con total sensatez—. Al menos, todavía no.

Su aroma anuncia su proximidad. Huele a fuego. Canela, picante de una forma seductora. Sándalo. Almizcle. Todo es tan ardiente y voraz que, cuando el calor de su cuerpo me dice que se ha acercado aún más, casi suspiro de alivio, como si así fuera como se supone que deben ser las cosas.

Entonces, me sacudo de un golpe*. ¡Y una mierda! Las cosas* no *son como deberían ser. De hecho, las cosas están jodidas de verdad ahora mismo, y tú tienes que sacar tu mente hambrienta de sexo del fango y volver a la situación, o tu cráneo acabará en la repisa de la chimenea de este hombre.*

—Bueno —le digo a la pared—, ¿vamos a hablar o te vas a quedar ahí parado respirándome encima?

—Si te apetece hablar —responde—, podemos hablar.

—Genial. Tú primero. ¿Quién eres?

Chasquea la lengua con leve decepción. —Así no es como funciona esto.

—Ah, ¿ahora hay *reglas*? ¿Irrumpes en mi apartamento, me maltratas y hay *reglas?*

—Siempre hay reglas, zorrita.

—Tampoco me llames así.

De nuevo, tengo la sensación de que está sonriendo. Tengo la frente apoyada contra el yeso frío de la pared y los ojos cerrados, pero su sonrisa, su *placer* enfermizo y retorcido*,* es un tercer ocupante en la habitación con nosotros.

Ya me empiezan a doler las rodillas contra el parqué. —¿Qué quieres? —le pregunto con voz ronca.

—Tener una conversación.

—La mayoría de la gente se limita a enviar un mensaje.

—Yo no soy como la mayoría de la gente.

—Ya sabes, lo deduje por todo el asunto del allanamiento de morada. Realmente te distingue del resto —Trago saliva y luego pregunto—: ¿Cómo has conseguido entrar aquí?

—Tu cerrojo es un Schlage B60N —dice—. De un solo cilindro, con cinco pines. Me llevó unos noventa segundos desmontarlo.

—Genial. Me encanta. Muy tranquilizador. ¿Y las luces? Supongo que cortaste el interruptor.

—Sí.

—¿Y mi teléfono? Vale. Así que lo habías planeado. No ha sido algo espontáneo.

Su diversión se intensifica. —No, zorrita, no lo fue.

—¿Cuánto tiempo llevas planeándolo?

No hay respuesta.

—¿Estabas en el metro esta mañana?

Una larga pausa. Luego pregunta—: ¿Te fijaste en mí?

—Era difícil no hacerlo. Llevabas ese aire melancólico de asesino en serie chic. Muy de moda últimamente, pero bastante llamativo para alguien que intenta pasar desapercibido.

—Quería ver qué harías.

—¿Y? ¿Qué hice?

Me pongo tensa cuando, sin previo aviso, la yema de un dedo enguantado me acaricia el lado del cuello. Cuero sobre piel. Me aparta un mechón de pelo de la garganta, lento y tierno, y me lo coloca detrás de la oreja.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, partiendo de ese epicentro de contacto e irradiándose hacia todas las direcciones. Me alegro de

que esté oscuro, porque siempre he tenido la maldición de tener la piel pálida, y él vería al instante que estoy sonrojada de la cabeza a los pies.

Se me revuelve el estómago y aprieto los muslos, de forma involuntaria y condenatoria. No hay duda alguna de lo que se está encendiendo dentro de mí.

De hecho, este bicho raro me está *excitando*.

Aprieto los ojos con más fuerza. Mi respiración se ha vuelto entrecortada. Siento cómo se me pone la piel de gallina en los brazos, hormigueando bajo el algodón desgastado de mi sudadera.

—Lo que me interesa es lo que *no* hiciste, Srta. Pierce. —Su aliento es cálido contra mi oreja—. No se lo contaste a nadie.

Me siento mal, porque tiene razón. No se lo conté a nadie. Estuve a punto de contárselo a Weston durante el almuerzo, pero luego decidí que no era nada. Me lo tragué y seguí con mi día. No llamé a la policía, ni le envié un mensaje a Rae, ni se lo mencioné a Doug. Simplemente... lo dejé pasar.

—Aunque eso *sea* cierto, ¿y qué? —digo.

—Eso me dice algo sobre ti.

—Te dice que pensé que solo eras otro tipo raro del metro. Felicitaciones. Te has mezclado con el resto.

—No —Esa palabra sale con un retorcimiento airado que provoca un escalofrío por los mismos caminos por los que acaba de pasar el calor. Al parecer, no le gusta que le digan que es igual que los demás, indistinguible de todos los masturbadores del metro y los mirones de obras que Nueva York ha producido jamás. Quiere ser *diferente*. Solo Dios sabe por qué—. Me dice que estás acostumbrada a tener miedo. Llevas tanto tiempo con miedo que, cuando apareció algo realmente peligroso, no pudiste distinguirlo del ruido de fondo —Hace otra pausa y respira lento, casi con dificultad

—. Pero vas a desear *haberle* dicho algo a alguien. Para cuando termine la noche, te arrepentirás bastante de esa decisión.

Se me eriza cada pelo del cuerpo. —¿Qué tan seguro estás de que no lo hice?

—Muy, muy seguro.

Algo en su seguridad me hace creerle. —¿Me has estado observando? ¿Todo el día?

Me roza la mejilla con un solo nudillo. —Todo el día —confirma.

Aprieto los dientes con tanta fuerza que me sorprende que no se me rompan. —¿Se trata de la historia de Lazarev?

—¿Por qué no paras de preguntarme eso?

—Porque irrumpiste en mi apartamento la misma semana en que desapareció mi fuente para una historia sobre una familia muy peligrosa, y no creo en las coincidencias.

—Eres muy lista, zorrita.

—Eso no es una respuesta.

—No pretendía serlo.

—Vale —Sigo con los dedos entrelazados detrás de la cabeza, pero empiezan a caer porque se me están cansando los brazos—. ¿Está vivo Giovanni Ochoa?

Silencio.

—¿Le has hecho algo?

Más silencio.

—Si le has hecho daño...

—Dime algo —me interrumpe—. ¿Duermes con la luz encendida?

Me quedo paralizada. —¿Qué?

—Por la noche, cuando estás sola, sin nada entre las sábanas frías y tu piel desnuda que te proteja… cuando estás desnuda en tu cama y no hay nadie en el mundo que te proteja de los monstruos que acechan en las sombras… ¿Dejas las luces encendidas?

Todo mi cuerpo se enfría, luego se calienta, luego se enfría de nuevo, todo en rápida sucesión, como si alguien estuviera accionando un interruptor dentro de mí.

Se me revuelve el estómago y se me oprime la garganta. Puedo sentir mi pulso en las sienes y en las muñecas, en el suave hueco de la base de la garganta donde su dulce aliento, con aroma a canela, sigue exhalándose. Todas mis terminaciones nerviosas se disparan a la vez, enviando señales contradictorias, *corre, quédate, grita, calla, aráñale la cara, ríndete*, hasta que me paraliza el volumen abrumador de todo junto.

Me siento como esa chica de la sección de comentarios de esta mañana. ***Creo que mi respuesta de lucha o huida no funciona bien.*** Eso es lo que me pasa ahora mismo, en pocas palabras.

Aun así, intento luchar por recuperar algo de control. —¿Qué tiene eso que ver con...?

Me interrumpe—: Respóndeme.

—No —espeto—, no duermo con las malditas luces encendidas. Soy una mujer adulta.

Eso provoca otro estallido de su ira ardiente y burbujeante. —*No* me mientas, zorrita —gruñe mientras se echa hacia atrás para elevarse por encima de mí.

Me doy la vuelta y levanto la vista antes de darme cuenta de que me dijo explícitamente que no lo hiciera.

El apartamento está casi completamente a oscuras, pero no del todo. Un fino rayo de luz de la farola se cuela por el hueco entre mis

cortinas, lo justo para esbozar formas vagas y siniestras en la oscuridad.

Se cierne sobre mí, alto, tan alto que tengo que estirar el cuello hacia atrás para encontrar dónde debería estar su rostro.

Pero cuando mis ojos alcanzan esa altura, solo veo una máscara. Es negra y le cubre todo, desde el puente de la nariz hasta la mandíbula. No es una mascarilla quirúrgica, ni una N95 como la de esta mañana. Esta se ajusta perfectamente a su piel, moldea el contorno de su rostro. Por encima de ella, sus ojos reflejan la tenue luz de la calle. Son pálidos, pero no sé de qué color.

—Está bien —susurro mientras bajo la mirada al suelo, donde veo el vago contorno de unas botas negras y robustas apoyadas en mi suelo—. Sí. Duermo con las luces encendidas. ¿Estás contento?

Se toma su tiempo para volver a calmarse. Esa es otra cosa que añadir a mi escasa lista de cosas que sé sobre este hombre: quiere destacar entre la multitud, no le gusta que le mientan y huele de maravilla. Estoy deseando correr directamente a la policía de Nueva York con *esa* descripción irrefutable, suponiendo que consiga salir viva de aquí.

Poco a poco, se agacha y se une a mí, arrodillándose en el suelo. Me toca con un dedo debajo de la barbilla y me levanta la cara hasta que mis ojos se encuentran con los suyos. La mitad de su rostro queda completamente oculta por la oscuridad. Las sombras se acumulan en el fondo de sus ojos, así que lo único que puedo ver es el puente de su nariz altiva cubierta por la máscara y la cruel hendidura de su boca.

—¿Quién *eres*? —susurro.

—Alguien que presta atención.

—¿Has entrado en mi apartamento para decirme que "prestas atención"?

—No —dice, sacudiendo la cabeza con lo que es, improbablemente, increíblemente, pero, sí, innegablemente, tristeza—. Entré en tu apartamento para matarte.

# 5

# JILLIAN

*"Y en la oscuridad, puedo oír los latidos de tu corazón"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Cosmic Love", de Florence + The Machine*

DECIR que se me revuelve el estómago ni siquiera empieza a describirlo. Se me escapa por completo y va más allá. Es como si el suelo ya no existiera. Estoy cayendo a través de él, a través del edificio, a través de la propia tierra y no hay nada a lo que agarrarme mientras caigo en picado, abajo, abajo, hacia el vacío.

*Entré en tu apartamento para matarte.*

Todas esas palabras tienen sentido por separado, pero cuando las juntas, lo único que obtienes es un grito sin palabras en lugar de un concepto coherente. Cosas así solo pueden tener sentido en abstracto.

Esto no es abstracto en absoluto.

Cuando hay un hombre que huele a humo y fuego acariciándote la mejilla con un dedo enguantado, arrodillado frente a ti con un aura

de melancolía solemne a su alrededor, las cosas se sienten muy reales, de hecho.

Tengo la boca abierta, pero vacía e inútil; por mucho que intente decir algo, cualquier cosa. Él simplemente se arrodilla ahí y observa. Paciente, como si me estuviera dando tiempo para asimilar sus palabras.

Pero la decisión de cómo responder me es arrebatada cuando un sonido nos interrumpe.

*Un golpe en la puerta.*

Son tres golpes vacilantes, seguidos de una voz amortiguada desde el pasillo. —Oye, ¿Jillian…? ¿Estás bien? He oído un ruido.

La reconozco enseguida. Es Elliot Wilkinson, mi simpático pero entrometido vecino del final del pasillo. Es como un perrito tímido transformado en ser humano y sigue aprendiendo a manejar todo este asunto de "cómo ser adulto". Intentó decirme que lo llamara "El" cuando nos conocimos, y luego admitió avergonzado que se había inventado el apodo y que nadie lo llama así. Me trajo galletas cuando me mudé, insiste en traerme el correo a mi apartamento él mismo y, en un par de ocasiones, se ha armado de valor para mirarme con esos grandes y expresivos ojos de golden retriever y preguntarme si tal vez, por si acaso, si estoy libre y me apetece, y por supuesto él pagaría, él invita, de verdad, insiste, pero bueno, sí, ¿me apetecería tomar algo o ir a comer algo o quizá ir al cine juntos algún día?

Lo he rechazado con delicadeza, repetidamente y sin lugar a duda, pero Elliot, bendito sea, parece decidido a seguir intentándolo.

Por desgracia, ha elegido un momento realmente malo para volver a intentarlo.

No es ningún caballero andante. Sé sin siquiera tener que pensarlo que el Hombre Enmascarado de mi apartamento acabaría con Elliot

en un abrir y cerrar de ojos, como aplastando un bichito bajo la suela de su bota.

Todo esto es demasiado. Ya estoy en una situación bastante mala tal y como están las cosas, pero si un chico inocente como Elliot acaba asesinado junto a mí, entonces yo… yo…

Oh, Dios, el mundo empieza a dar vueltas, se vuelve turbio y difuso por los bordes, siento que mi barbilla se me cae hacia el pecho, mi respiración se entrecorta, mientras yo... mientras yo...

No. *No*. No voy a desmayarme. No voy a perder el control. Porque si no manejo esto a la perfección, Elliot y yo vamos a morir *los dos*. Ese pensamiento me devuelve a la realidad más rápido de lo que nada podría.

—¿Jillian? —vuelve a llamar Elliot—. Oye, parece que se te han ido las luces. A mí también, de hecho... Creo que se ha fundido todo el piso. ¿Quieres que llame al conserje?

*Vete,* pienso desesperadamente, intentando enviarle mis pensamientos. *Por favor, por favor, por favor, vete.*

—Respóndele —murmura el intruso, tan bajo que casi no lo oigo.

Trago saliva. Tengo la garganta seca y oprimida. —¡Estoy... estoy bien, Elliot! —Suelto las palabras y trato de sonar normal—. Es solo el interruptor. Ya me encargo.

—¿Segura? Tengo una linterna. Podría entrar y...

—¡No! —¡Demasiado rápido, joder! Estoy dejando totalmente claro que estoy en apuros. Me contengo—. No, de verdad. Estoy bien. Ya estaba en la cama. Pero gracias.

Me lo imagino ahí fuera, moviéndose de un pie a otro como una paloma torpe, debatiéndose entre insistir o no. Elliot es de los que insisten. Aunque no de forma amenazante. Más bien del tipo *Déjame llevarte la compra, aunque hayas dicho que no una y otra* vez.

Cualquier otra noche, solo sería un poco irritante.

Esta noche, podría costarle la vida.

—Vale, bueno… —dice Elliot, dejando la frase en el aire. Pero sigo oyendo su respiración al otro lado de la puerta. Luego se aclara la garganta—. Mira, Jillian, no me quedaría tranquilo si no, ya sabes, te viera. No en plan raro ni nada por el estilo. Solo para asegurarme de que todo va bien. Mi madre me crio para ser un caballero, y me mataría si se enterara de que me fui sin más cuando una dama podría necesitar ayuda.

*Ay, Elliot. Elliot, dulce, estúpido y maravilloso idiota.*

Una mano me agarra por la parte superior del brazo. El Hombre Enmascarado me levanta como si no pesara nada y, durante un segundo desorientador, mis pies en calcetines cuelgan en el aire antes de tocar el suelo. Con suavidad, me empuja hacia la puerta con un firme empujón entre los omóplatos que me hace tambalearme hacia delante a través del apartamento a oscuras. Tropiezo, con los brazos girando como un molinete y los pies descalzos contra el frío parqué. Su espinilla roza la esquina de la mesita de centro y se muerde el interior de la mejilla para no gritar.

Me detengo a treinta centímetros de la puerta. La mirilla es un pequeño círculo de luz tenue a la altura de los ojos y, más allá, Elliot sigue ahí fuera.

Que me jodan.

Que lo jodan.

Que nos jodan a los dos.

Alargo la mano hacia el pomo de la puerta, pero antes de encontrarlo en la oscuridad, percibo canela, luego calor, y luego algo duro y frío se me clava en la parte baja de la espalda. Es una punta metálica, justo contra mi columna vertebral, justo por encima de la cintura de mis pantalones de pijama. La forma es inconfundible.

Nunca me habían apuntado con un arma, pero mi cuerpo sabe exactamente lo que es.

La presión se mantiene durante unos segundos, lo suficiente para dejar las cosas claras. Luego se desliza por la curva de mi cadera y se detiene en los cinco centímetros de barriga que quedan al descubierto bajo el dobladillo corto de mi sudadera con capucha, mientras El Hombre Enmascarado da un paso hacia un lado, fuera del campo de visión de la puerta.

—Ábrela —susurra desde la esquina—. Sonríe. Haz que se vaya.

Mi mano encuentra el pomo de la puerta. Lo agarro. Tengo la palma resbaladiza por el sudor y tengo que girarlo dos veces antes de que encaje.

Abro la puerta unos quince centímetros, lo justo para mostrar la mitad de mi cara y un hombro. Elliot está de pie en el pasillo, con una linterna en una mano y una pequeña pila de sobres en la otra. Lleva una camiseta de los Knicks demasiado grande y unos pantalones de pijama a cuadros, y su pelo rubio se le eriza por un lado.

—¡Hola! —sonríe al verme—. Ahí estás. Empezaba a preocuparme.

—No. Todo bien. Solo yo y la eterna oscuridad que me ahoga —Esbozo una sonrisa que espero que parezca relajada. Siento como si me estuviera desgarrando la cara.

—Ah, claro. Sí. Genial, genial —Se pasa una mano por el mechón rebelde—. Bueno, eh, esto te ha llegado hoy —Levanta los sobres—. Estaban en el vestíbulo y pensé, ya sabes, ya que subía de todos modos…

—Elliot, sabes que no tenías por qué hacerlo.

—No, lo sé, lo sé. Es solo que, bueno, ya estaba ahí abajo cogiendo los míos, y vi los tuyos en el buzón, y pensé: *Oye, mejor le ahorro el viaje*.

—Es un detalle muy bonito. Gracias —Me asomo por el hueco y le cojo el correo. Se nota claramente que me tiembla la mano, así que aprieto los sobres contra mi muslo para disimularlo—. Bueno, probablemente debería...

—¿Qué tal te ha ido el día? —pregunta, apoyando un hombro en el marco de la puerta. Está haciendo eso que suele hacer, intentando parecer despreocupado, pero todo su cuerpo irradia nerviosismo—. ¿Mucho trabajo en el periódico?

—Eh, sí. Superocupada. Ya sabes cómo es.

—Totalmente, totalmente. La verdad es que yo también he tenido un día de locos. Se nos ha caído el servidor en el trabajo y mi jefe se ha vuelto loco, y yo he tenido que... bueno, es una historia un poco larga. Cosas de informática. Aburrido, probablemente.

—Seguro que no es aburrido.

—Es taaaaan aburrido —Se ríe, una risa breve y entrecortada—. Pero, eh, oye, hablando de... bueno, no hablando de, qué transición más rara... pero me preguntaba...

Tartamudea hasta quedarse en silencio. Su mano libre se va a la nuca y se queda ahí.

Puedo sentir la pistola a mi lado. No literalmente, ya no, sino de la misma forma en que se siente una estufa encendida al otro lado de la cocina. Sé exactamente dónde está el Hombre Enmascarado. Sé lo que sostiene y lo que hará.

—Eh, ¿sí? —le insisto, porque necesito que esta conversación termine.

Elliot sonríe. —¿Te apetecería ir a cenar algún día? ¿El viernes, por ejemplo? Hay un nuevo restaurante tailandés en Amsterdam que dicen que está muy bien. Yo invito, claro. Sin presiones ni nada. Podríamos simplemente, ya sabes, pasar el rato. Como vecinos. O...

o lo que sea —Sus ojos están tan llenos de esperanza que me duele el pecho.

—Elliot, es muy amable por tu parte que me lo pidas.

—¿Pero? —Hace un gesto de dolor antes de que yo lo diga.

—Tengo, eh… un asunto de trabajo el viernes. Una fecha límite importante. ¿Lo dejamos para otro día?

—¡Sí! Sí, no, claro. Lo dejamos para otro día. Por supuesto —Asiente unas doce veces de más—. Solo dime cuándo estás libre. No hay prisa. Yo siempre estoy por aquí.

—Suena bien —digo sin mucho entusiasmo—. Te lo diré.

Me sonríe, radiante. —Genial. Genial. Estupendo —Da un paso atrás y luego se detiene—. Ah, y si necesitas ayuda con el interruptor, solo tienes que llamar a la puerta. Estoy justo al final del pasillo.

—Lo haré. Buenas noches, Elliot.

—Buenas noches, Jillian.

Me hace un pequeño gesto con la linterna, se da vuelta y se aleja arrastrando los pies por el pasillo oscuro. Lo veo alejarse hasta que oigo cómo se abre y se cierra su puerta.

Cierro mi puerta. Luego, me quedo allí de pie, con la frente apoyada contra la madera y la mano aún agarrando el pomo. El correo está arrugado contra mi muslo. Me tiemblan tanto las piernas que no estoy segura de cuánto tiempo más me aguantarán.

Lo conseguí. Está a salvo. Elliot está a salvo.

Ahora solo quedamos este demonio en la oscuridad y yo otra vez.

Está ahí mismo, en algún lugar de las entrañas oscuras de mi apartamento, observándome desde detrás de esa máscara. Me doy cuenta de lo cerca que está cuando su voz gruñe a milímetros de mi oído.

—¿Una cita con ese perrito perdido? Ni de coña. No vas a ir.

# 6

# JILLIAN

*"Me doy cuenta de que me querías fría. Eres tan atrevido mientras me ves gemir"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Drowning", de BANKS*

ME DOY VUELTA PARA MIRARLO, con la espalda pegada a la puerta. El Miedo no ha desaparecido, no exactamente, pero una emoción más familiar y bienvenida se une a él en el centro de atención: la rabia de ojos negros ante la insolencia de los hombres.

*Esa* sensación es una vieja amiga mía y se ejercita de sobra en el año 2025 de Nuestro Señor, porque los hombres siguen insistiendo en ser lo peor que hay.

Incluso los acosadores con tendencias psicópatas y violentas dan por sentado que pueden dictar lo que deben hacer las mujeres.

Estoy muy harta de esa mierda.

—Eh, ¿perdón? Tú no decides con quién ceno. Tú no decides *nada* sobre mi vida. Te colaste en mi apartamento, amenazaste con matarme y ahora, ¿qué? ¿Estás celoso? ¿De *Elliot?*

—¿Crees que son celos? —pregunta con voz grave y arrastrada. Su respiración es lenta, uniforme y controlada. Todo lo que yo no soy en este momento.

—Creo que un hombre que le dice a una mujer que "*no va*" a una cita a la que ni siquiera ha dicho que sí, tiene unos problemas de control bastante graves, sí. Si te pica... ya sabes.

Como no responde de inmediato, empiezo a preguntarme si quizá me he pasado un poco.

Le siento moverse. Una sombra entre sombras. Se acerca más y más, y yo retrocedo y retrocedo, pero solo quedan unos treinta o sesenta centímetros hasta que me empujo contra la puerta y él queda pegado a mí.

Su mano recorre mi torso y pasa por la curva de mi cuello, hasta que sus dedos se clavan en mi pelo y lo agarran de raíz. Me inclina la cabeza hacia un lado y acerca su rostro a mi cuello. Siento la tela de la máscara rozar mi piel, luego el calor de su aliento mientras inhala, largo y profundo, oliéndome y suspirando, feliz.

—Tienes razón —murmura contra mi cuello desnudo—. *Estoy* celoso. Soy el hombre más celoso del mundo.

Sus dedos se aprietan hasta que un cosquilleo de dolor recorre mi cuero cabelludo.

—Y por eso no dudaría en destripar a ese niño asustado como a un puto pez si pensara que hay siquiera una mínima posibilidad de que le digas que sí —Sus labios rozan mi oreja a través de la máscara—. Ni siquiera una mínima posibilidad. Ni siquiera la *idea* de una posibilidad. Le abriría las venas allí mismo, en el umbral de su puerta, y ni siquiera se lo vería venir. Estarías preciosa salpicada de su sangre, ¿verdad? Pecas rojas a juego con las marrones.

Mi rabia se esfuma. Así, sin más, puf, desaparece.

—¿Has venido a matarme a mí o a matarlo a él? —pregunto con voz débil y aterrorizada.

—No me preocupa, pero te sugiero que no hagas que *empiece* a preocuparme —Oigo la suela de su bota crujir contra mi suelo de madera—. La gente que me preocupa suele tener muy malas noches.

—Sí —chillo—. Puedo dar fe.

—¿Ha sido tan malo? —se burla—. Parecías perfectamente contenta arrodillada a mis pies, zorrita.

—Creo que la máscara te está cortando el paso del aire —replico.

Su risa es siniestra. —No me habían dicho que fueras graciosa.

—¿Quién, yo? —digo, fingiendo despreocupación—. Bueno, deberían haberlo hecho. Soy muy divertida. Deberías ver mi número de cinco chistes. Suele matar a mi público —Echo un vistazo a la pistola que sigue encajada entre nosotros—. Sin doble sentido.

El Hombre Enmascarado vuelve a reírse, pero es una risa que me pone los pelos de punta, como uñas arañando una pizarra. —No deberías preocuparte por la pistola. Es demasiado ruidosa y sucia para lo que vine a hacer. Solo la traje por precaución.

Ahora me toca reírme a mí. —¿Sabes qué usan las personas normales como precaución? Paraguas. Cascos de bicicleta. Putos *condones*.

—Te lo volveré a preguntar: ¿qué te hace pensar que hay algo normal en mí?

Como para demostrar lo que dice, inclina la cabeza y recorre con la lengua el lado de mi cuello con una larga y lenta lamida.

Contengo el aliento. Mis manos se lanzan hacia su pecho para empujarlo, pero en lugar de hacerlo, se quedan ahí, pegadas a su sólido torso, completamente inútiles.

Entonces, sus dientes se cierran sobre mi lóbulo de la oreja y me dan un mordisco fuerte. Un chillido agudo e involuntario se me escapa.

—Oh, te ha gustado —me susurra con la respiración entrecortada al oído—. ¿Sabes qué? A mí también.

Se inclina hacia delante y siento exactamente lo que quiere decir. Está *duro*. Indiscutible y descaradamente duro, con su miembro presionando contra mi cadera a través de los pantalones. Y lo peor es que mis caderas se inclinan *hacia* él en lugar de alejarse.

Es un movimiento minúsculo. Milímetros. Prácticamente invisible.

Pero él lo capta.

—Ahí está —murmura—. Al fin y al cabo, eres una chica muy buena.

Lo empujo con todas mis fuerzas. Eso consigue una distancia total de unos siete centímetros y medio entre nosotros, pero me quedo con cada uno de ellos. Quiero que este lunático se aleje de mí de inmediato. Tengo la piel erizada y caliente, y todos los lugares donde me ha tocado arden como si me hubieran rociado con productos químicos.

—Suéltame.

Me aplasto contra la puerta y cruzo los brazos sobre el pecho, tratando de mantener la compostura. El lóbulo de mi oreja sigue palpitando donde me mordió. Aún puedo sentir el rastro húmedo que dejó su lengua en mi cuello, enfriándose al contacto con el aire.

No vuelve a tomar esos siete centímetros. Se queda donde lo empujé, en la oscuridad, respirando, irradiando calor y canela.

—¿Te acuestas con muchos hombres, zorrita?

Se me corta la respiración. —¿Que si *qué*?

Se encoge de hombros. La máscara oculta su expresión facial, pero su cuerpo habla por él. Es alto y lánguido, ágil, capaz, de alguna

manera sexual incluso mientras se limita a estar ahí de pie.

—Te he hecho una pregunta —dice—. ¿Te acuestas con muchos hombres?

—Eso no es de tu puta incumbencia.

—Todo lo que te concierne me incumbe a partir de ahora —Su lengua se asoma para humedecerse los labios mientras sus ojos pálidos me miran—. No eludas la pregunta. Quiero saber qué les dejas que te hagan.

—¿Por qué? ¿Qué importancia tiene?

—Toda la del mundo. —Da medio paso hacia mí. Solo uno. Lo suficiente para acortar la distancia por la que luché—. Necesito saber cuántos de ellos te han tocado.

—Por Dios.

—¿Cuántos, Jillian?

—Estás loco. Lo sabes, ¿verdad? Irrumpes en mi casa con una pistola y ahora me estás preguntando por mi vida sexual como un exnovio loco, salvo que ni siquiera nos *conocemos*.

—¿Cuántos?

—¡Cien! —exclamo con sarcasmo, levantando las manos—. ¡Mil! ¡Todos los hombres de Manhattan! ¡Todo el distrito! Ahora voy a por Brooklyn. ¿Contento?

Su respiración cambia. Se vuelve más pesada, más entrecortada, y me doy cuenta de que he tocado un tema que probablemente no debería haber tocado. El aire entre nosotros se vuelve denso y peligroso.

—¿Te parece gracioso? —gruñe—. A todos los hombres que te hayan tocado, tarde o temprano los encontraré.

—¿Se supone que eso es romántico?

Se encoge de hombros de nuevo, subiendo y bajando un hombro con indiferencia. —Pronto aprenderás que el romanticismo en mi mundo no son ramos de flores ni cajas de bombones. Es la polla sangrante y cortada de cada hombre que pensó que tenía derecho a mancillarte, todas dispuestas en una fila ordenada mientras sus antiguos dueños encuentran un descanso eterno en los pantanos fangosos de Red Hook. ¿Te gustaría eso, zorrita?

Niego con la cabeza tan bruscamente que mi pelo se sale de mi desordenado moño. —Estás enfermo. Estás muy, muy enfermo y necesitas ayuda.

—Quizá —admite—. Pero tú eres la que aprieta los muslos cada vez que abro la boca.

—Hablas mucho para alguien que supuestamente vino aquí a matarme —Inclino la cabeza hacia un lado y le lanzo una mirada compasiva—. Eso es porque no tienes las pelotas para hacerlo, ¿verdad?

El Hombre Enmascarado se ríe una vez más. —Supongo que ya lo veremos, ¿no? —dice—. Por esta noche, estás a salvo. Voy a vigilarte mientras decido qué hacer. Creo que esto va a ser un jueguecito divertido.

—¿Mientras *decides*…? —balbuceo—. No. No. Ya hemos terminado aquí —Me aparto de la pared, tiro el correo arrugado sobre la encimera de la cocina y me doy la vuelta para empujarlo hacia la puerta—. Lárgate de mi apartamento.

Por un segundo, creo que va a dejar que me salga con la mía, que desaparecerá de mi apartamento a oscuras como la voluta de humo que es, y que todo esto acabará siendo nada más que una pesadilla.

Pero no es así como sucede.

En cambio, me agarra la muñeca en medio del empujón, me da la vuelta y me empuja contra su pecho con un movimiento fluido.

Cuando vuelve a reírse, siento cómo me estremece hasta lo más profundo.

—Eres adorable cuando te armas de valor —comenta.

Su mano libre se desliza hacia abajo, pasa por mi estómago y el cordón de mis pantalones de pijama, hasta que su palma me envuelve entre las piernas a través de la fina tela.

Jadeo.

Sin embargo, no va más allá. Solo la mantiene ahí, caliente, cálida y firme, presionando donde de repente me duele. Casi se me doblan las rodillas.

—Te veré muy pronto, zorrita —me susurra al oído.

Entonces, su mano desaparece. Y también su calor.

Su olor, sin embargo, permanece.

No me muevo durante un buen rato. Me quedo de pie en la oscuridad, con la espalda apoyada en su fantasma, y escucho cómo mi apartamento se calma a mi alrededor.

Cuando estoy segura de que se ha ido, me lanzo hacia delante y echo el cerrojo, luego la cadena. Después presiono la espalda contra la pared junto a la puerta y dejo que las piernas me fallen. Me dejo caer al suelo, con las rodillas levantadas, los pantalones del pijama subiéndome por las espinillas, y respiro.

Solo respiro.

Inhalo por la nariz.

Exhalo por la boca.

Una y otra vez hasta que mis manos dejan de temblar, lo que lleva un rato.

Las luces parpadean una vez, dos, y luego se encienden de golpe. El apartamento se inunda con el cálido y habitual resplandor de la lámpara de la cocina y de la pequeña lámpara que dejo encendida junto al sofá. Todo tiene exactamente el mismo aspecto de siempre. Encimeras limpias. Libros apilados. Mi whisky a medio terminar sobre la mesa.

Se acabó. Se acabó de verdad.

Sin embargo, algo sigue inquietándome. Tardo un segundo en darme cuenta de que falta algo en la escena: el espacio de la encimera donde dejé el correo que me trajo Elliot está vacío.

Miro en el suelo, debajo de la tele, pero no hay ni rastro. La única respuesta es la obvia: se lo ha llevado él.

Casi me echo a reír. Que se joda. Que se quede con mi factura de ConEd y con cualquier oferta de tarjeta de crédito que Citibank esté promocionando esta semana.

Tengo problemas mucho más graves en el futuro.

# 7

# KIR

*"Mira al animal en la jaula que tú mismo construiste. ¿Estás seguro del bando en el que estás? Mejor no le mires demasiado a los ojos"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Right Where It Belongs", de Nine Inch Nails*

Me quito la máscara en cuanto se cierra la puerta de mi ático a mis espaldas. Luego me quito los guantes de cuero. Dejo ambos sobre la encimera y me quedo allí un minuto, respirando.

Mi apartamento está a oscuras y en silencio. Las ventajas de vivir en la planta treinta y dos. La única luz que entra brilla a través de las ventanas, reflejada por los barcos que pasan por el East River, pero eso me basta. No enciendo las luces.

Me siento en el sofá y extiendo el correo de Jillian sobre la mesa de centro de mármol que tengo delante. Me pinta un retrato de su vida. Ya sé gran parte de esto, pero hay algo en tocar estas cosas que estaban destinadas a ser tocadas por ella que me parece depravado y deliciosamente íntimo. Es como abrirla en canal y meter un dedo en su torrente sanguíneo. La *siento* a través de ellas de una forma vital.

Aún puedo olerla. Cereza negra y almendra, oscuro y dulce, aferrándose a la tela de mis guantes. Cojo uno y lo huelo, y mi polla se pone dura de inmediato. Cuando pasé la lengua por su yugular, su sabor estuvo a la altura del aroma.

Cierro los ojos y dejo que el recuerdo se desarrolle.

No fue el miedo lo que la hizo temblar. Conozco el miedo, lo he visto en docenas de rostros, y el miedo por sí solo no hace que una mujer incline las caderas hacia delante como ella lo hizo. Temblaba por el esfuerzo de luchar contra lo que su cuerpo deseaba. Todas las señales estaban ahí y eran evidentes para quienes saben dónde mirar.

En la tensión de sus dedos.

En sus labios carnosos y entreabiertos.

En su gemido suave y ahogado.

Mierda, quiero volver a oír ese sonido. Soy un puto científico loco cuando se trata de Jillian Pierce; quiero desmontarla y estudiar cada frecuencia de su ser. Quiero poner mi boca entre sus piernas y hacerla gritar sin que llegue a saber mi nombre ni mi cara.

Vuelvo a centrar mi atención en el correo. Si sigo dándole vueltas a mi zorrita, voy a reventarme todas las venas de la polla. Necesito una distracción.

El primer sobre es de ConEd. Me río al imaginarla exigiendo un abono en la factura por el pequeño corte de luz de esta noche. El segundo es un extracto de una tarjeta de crédito. El tercero es basura. El cuarto también. El quinto es un folleto de un estudio de yoga en Columbus. Gran inauguración, primera clase gratis. Intento imaginarme a Jillian en pantalones de yoga, doblada en alguna postura, con el pelo rojo desparramándose sobre la esterilla; luego me imagino cogiendo un cuchillo de sierra y cortando la costura de esos pantalones de yoga para dejar al descubierto un coño rosado y

reluciente, levantado en alto en el aire para mí y casi me corro en los pantalones.

El quinto es una carta de la asociación de antiguos alumnos de la NYU pidiendo donaciones. Ella estudió allí la carrera. Eso ya lo sabía. Licenciatura en Periodismo, se graduó con honores, se tomó un año sabático a mitad de carrera por razones que nadie parece dispuesto o capaz de explicar.

El sexto sobre me hace detenerme.

Es más grande que los demás y de color aguamarina. El nombre de Jillian está escrito a mano en la parte delantera con una letra cursiva pulcra y ondulada. La dirección del remitente está en algún lugar de Nueva Jersey, en Montclair, concretamente, con un nombre que no reconozco.

Esto es personal.

Lo vuelvo a dejar sobre la mesa, sin abrirlo todavía. Hay un placer especial en obligarme a esperar. Siempre he sido así: la anticipación es la mitad de la recompensa. Cuando era niño, desenvolvía los regalos de cumpleaños lentamente, despegando cada tira de cinta adhesiva mientras mi padre observaba con evidente irritación. Él quería que los abriera de un tirón. Que los devorara. Esa es su forma de ser. Coge lo que quieras, rápido y sin piedad.

Pero yo no soy mi puto padre.

Así que me excito con la espera. Me levanto y camino hasta el carrito de la barra junto a la ventana, me sirvo tres dedos de Beluga Noble en un vaso, solo, y doy un sorbo lento. El vodka arde como el fuego del infierno.

Llevo el vaso al balcón y contemplo la ciudad. Es una vista impresionante, aunque me importe un carajo apreciarla.

Manhattan se arrodilla a mis pies, igual que lo hizo Jillian, y casi tan bonita. El Empire State Building está iluminado de blanco esta

noche, una aguja gorda clavándose en la baja capa de nubes a unos kilómetros al sur. A la izquierda, el puente de Queensboro se extiende sobre el río. Roosevelt Island yace oscura y estrecha en el agua debajo.

Un helicóptero zumba sobre el río a baja altura y barre las aguas oscuras con un foco. Me pregunto si estarán buscando a alguna de las víctimas de mi familia. Cada día se suman más al recuento total de muertos. Podría haber cadáveres despachados por la mano de mi padre flotando por el lecho del río justo ahí.

Me doy la vuelta para contemplar el lugar al que llamo hogar. Me sorprende, y no es la primera vez, lo mucho que lo detesto.

No es que no sea bonito. Lo es. Este ático costó once millones de dólares. El vodka que tengo en la mano cuesta cuatrocientos dólares la botella. El Patek Philippe que llevo en la muñeca fue un regalo de mi padre por mi cumpleaños veintiocho, la misma noche en que me dijo que me nombraría director ejecutivo del conglomerado familiar, Lazarev Global… Casualmente, esa fue también la misma noche en que me contó que había mandado a ahogar a un hombre en el canal Gowanus por desviar parte de un cargamento.

Así es mi vida. Encimeras de mármol y asesinatos. Trajes a medida y fosas comunes.

Mi padre lo quiere así. Lo ha dejado muy claro desde el día en que empecé a andar. Que maneje las cosas a *su* manera. Frío. Impasible. Sin emociones, sin vacilaciones, sin dudas. Lukas Lazarev no ha sentido una puta cosa desde que mi madre murió hace dieciocho años y considera que eso es una ventaja, no un defecto.

Pero yo no soy él. Nunca lo he sido.

Donde él es hielo, yo soy fuego. Donde él se calla, yo alzo la voz. Él entierra las cosas; yo las quemo. *Sientes demasiado, Kirill*, me dijo una vez, hace años. *Será tu perdición.*

Quizá tenga razón. Esta noche es un buen ejemplo.

Porque él me envió al apartamento de Jillian Pierce para matarla y, en cambio, la dejé vivir.

A pesar de todo el fuego que arde en mi interior, hacía años que no sentía *un deseo* así. Una jodida mezcla peligrosa de deseo voraz. Se arrodilló a mis pies tan guapa y sumisa que tuve que recordarme a mí mismo que había venido aquí para matarla, no para separar esos labios y hundir mi polla en su garganta.

Pero no fue la misión lo que me detuvo. No fueron las órdenes de mi padre resonando en mi cabeza, ni la realidad práctica de lo que me habían enviado a hacer.

Fue la forma en que se quedó paralizada cuando la inmovilicé contra la pared.

Cualquiera se quedaría paralizado cuando un desconocido enmascarado lo agarra, pero esto no era eso. Su cuerpo abandonó la habitación antes incluso de que yo dijera una sola palabra. Lo sentí suceder en tiempo real. En un segundo, estaba luchando contra mí, mordiendo, dando patadas, viva como el demonio, y al siguiente, simplemente... *abandonó el lugar*. Se fue. Se desconectó. Sus músculos se relajaron y su respiración casi cesó, y supe que, dondequiera que se hubiera ido, yo no era quien la había enviado allí.

Alguien *más* le había hecho eso.

Alguien antes que yo.

Esa certeza reorganizó cosas dentro de mi pecho que no sabía que se podían reorganizar. Fui a matarla; ese era el trabajo. Pero en ese momento, quería matar aún más a quienquiera que le hubiera hecho daño.

Muy bien. Basta de dar vueltas. Es hora de la gran revelación.

Vuelvo a sentarme en el sofá para abrir el último sobre cuando me doy cuenta de que mi teléfono está vibrando en el bolsillo.

Lo saco y hago una mueca al ver el nombre que aparece en la pantalla. No hay forma de evitarlo, pero dejo que suene unas cuantas veces antes de contestar.

—¿Ya está hecho?

Lukas Lazarev nunca ha sido muy dado a los saludos. Ni un *"¿qué tal, hijo?"*, ni un *"buenas tardes"*. Va directo al grano, sin rodeos.

Bajo la mirada hacia el sobre azul turquesa que cogí del apartamento de Jillian y aprieto los dientes. —No.

Se oye un largo suspiro al otro lado de la línea. Es como una peligrosa liberación de presión, el sonido que hace una caldera justo antes de estallar.

—Explícate —me ordena.

Aprieto los dientes. —Hubo complicaciones. Un vecino llamó a la puerta mientras yo estaba dentro. Tuve que esperar a que se marchara. Para cuando se fue, la ventana se había cerrado.

—*La ventana se había cerrado* —repite. Mi padre tiene la costumbre de repetirte tus propias palabras, despojadas de todo contexto e inflexión, de modo que suenan estúpidas flotando en el aire. Es eficaz—. ¿Me estás diciendo que mi hijo, a quien entrené personalmente, un hombre adulto con una pistola y un cuchillo, no pudo acabar con una chica de veinticinco años porque un *vecino llamó a su puerta*?

Me aprieto la nariz. La migraña me está devorando con fuerza y rapidez, y el vodka que me he bebido no ha hecho más que afilar sus colmillos. —Eso es lo que te estoy diciendo.

—Pues bien, o me estás mintiendo o eres un incompetente. ¿Cuál de las dos cosas es, Kirill?

Aprieto el teléfono con más fuerza. —Ninguna de las dos.

—Tiene que ser una.

—Habrá otras oportunidades —le espeto—. Ella no va a ir a ninguna parte.

—Es una periodista que está investigando los asuntos de nuestra familia —gruñe, como si necesitara el recordatorio—. Cada día que respira es un día más cerca de algo que no podemos permitirnos que se publique. Te lo dejé claro hace dos noches. ¿No te lo dejé claro?

Hace dos noches fue la gala. Estaba en un salón de baile con un esmoquin de doce mil dólares y vi cómo mi padre compraba a mi asistente como si fuera ganado en una subasta. Eso es un puto desastre en sí mismo. Rae Everett, a quien contraté yo mismo, a quien ascendí a mi asistente ejecutiva personal cuando asumí el cargo de director ejecutivo, a quien guié, protegí y consideré una de las pocas personas verdaderamente buenas de mi entorno, se convirtió, como mi madre, en otra víctima a la que no pude salvar. Estaba de pie en ese escenario, con un vestido que mi padre eligió para ella, esbozando su característica sonrisa valiente y de labios apretados, incluso mientras su piel palidecía y se humedecía por el terror.

Pujé quinientos mil dólares por ella. Pensé que sería suficiente. Entonces, mi padre levantó su paleta y dijo cinco millones sin siquiera mirarme.

Cinco millones de dólares. Por una puta *cita*.

Él no quería la cita. Ella no era lo importante; *yo* lo era. Quería que supiera que, cualquier cosa a la que aspire, él puede quitármela. Cualquier cosa que construya, él puede arrasarla. Cualquier persona que me importe, él puede reclamarla con un simple movimiento de muñeca.

Es así de simple y así de enfermizo.

Después de la gala, lo acorralé y le dije que sabía por qué la quería. Todo se reducía al hecho de que Rae Everett, con su pelo rubio

oscuro, sus ojos marrones y su complexión delicada, se parece exactamente a mi madre fallecida. Lukas no lo negó. Mierda, ni siquiera pestañeó.

Lo que hizo fue darme el nombre de Jillian Pierce y ordenarme que la matara yo mismo. Más juegos. Un tirón de la correa que me ha atado al cuello desde el día en que sacó el cadáver de mi madre de nuestra casa.

*Tomo nota de tu pequeña rabieta, Kirill.*

*Ahora ve a demostrar que sigues siendo útil para mí.*

—Te he oído, padre —digo ahora—. Y te dije que me encargaría.

—Encargarte significa que la chica está muerta. La chica no está muerta. Por lo tanto, no te has encargado. O la periodista muere pronto —gruñe mi padre—, o enviaré a Afon a hacer lo que tú no puedes.

Aprieto el vaso con más fuerza. Me sorprende que no se rompa.

Afon Satyrin, la mano derecha de mi padre, es el animal que mantiene encadenado hasta que necesita que se haga un trabajo sucio con toda la venganza del mundo.

Afon no hace las cosas de forma limpia. No las hace rápido. Hace lo que le da la gana durante el tiempo que le da la gana, y hace sufrir a sus víctimas todo el puto tiempo.

Veo a Jillian en mi mente. Huelo su aroma. Entonces imagino las manos de Afon sobre ella y algo se vuelve al rojo vivo detrás de mis ojos.

—Si mandas a Afon a cualquier lugar cerca de ella, acabaré con él y contigo por igual, mierda. ¿Me oyes, padre? ¿Me escuchas, joder? ¿Me…?

Me aparto el teléfono de la oreja y miro la pantalla. ***Llamada finalizada.***

La rabia se enciende de golpe. Agarro el borde de la mesa de centro de mármol y la vuelco. La cosa pesa al menos doscientos cincuenta kilos, pero se vuelca como si fuera cartón endeble. El correo de Jillian se esparce por el parqué y el vaso de vodka se hace añicos contra el suelo. Veo un destello aguamarina por el rabillo del ojo mientras el último sobre, el que estaba guardando, da vueltas en el aire y desaparece bajo el sofá.

Ya lo recogeré más tarde. Ahora no estoy de humor para eso.

Me quedo de pie entre los escombros, con el pecho agitado y los nudillos blancos, y me hago una promesa: si Afon o mi padre tocan tan solo una peca de la piel de Jillian, los abriré en canal con mis propias manos y arrojaré los pedazos al río.

No habrá ningún helicóptero en esta puta Tierra que pueda encontrarlos.

# 8

# JILLIAN

*"¿Qué quieres de mí? ¿Por qué no huyes de mí? ¿Qué te estás preguntando? ¿Qué sabes? ¿Por qué no me tienes miedo? ¿Por qué te preocupas por mí? Cuando todos nos dormimos, ¿adónde vamos?"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Bury a Friend", de Billie Eilish*

POR RAZONES OBVIAS, no duermo.

Me siento en el suelo con la espalda apoyada en la puerta hasta que se me entumece el coxis, luego me traslado al sofá con todas las luces del apartamento encendidas. Compruebo el cerrojo. Compruebo las ventanas. Compruebo los armarios, el baño, detrás de la cortina de la ducha. Incluso miro debajo de la cama como una niña con miedo a los monstruos, excepto que mi monstruo es real y me lamió el cuello y me dijo que lo habían enviado para matarme.

Cuando la luna está a punto de terminar su recorrido por el cielo nocturno, renuncio por completo a dormir y me doy una ducha hirviente. Me froto el cuello ahí donde estuvo la lengua del Hombre

Enmascarado, hasta que mi piel queda en carne viva y enrojecida, pero incluso así, sigo sintiéndolo allí.

Vale. Esto es lo que voy a hacer. Voy a ir a la policía. No hace falta ser periodista de sucesos para ver que ese es claramente el siguiente paso. Este caso está claro como el agua, de verdad. Al fin y al cabo, tengo pruebas de sobra. Tengo una marca de mordisco en el lóbulo de la oreja que ya se está poniendo morada. Tengo una caja de fusibles que ha sido manipulada. Tengo un cerrojo que han forzado. Así que, con todo eso en la mano, entraré en la comisaría, me sentaré frente a un detective y les contaré todo. Tomarán mi declaración, abrirán un caso y asignarán a alguien para que lo investigue, y yo habré hecho lo correcto.

Para cuando me voy al trabajo, sé, con una sensación de opresión en el estómago, que eso es precisamente lo que no puedo hacer.

Hay razones prácticas, y las repaso en el metro. Si denuncio a un intruso enmascarado que afirmó estar relacionado con los Lazarev, pasarán varias cosas. Doug me sacará de la historia por mi propia seguridad, lo que significa que meses de trabajo y una fuente perdida se irán por el desagüe. Y la policía abrirá una investigación, lo que alertará a los Lazarev de que me están tomando como objetivo específico, lo que echará por tierra cualquier acceso que aún tenga. Ambas cosas significan que la historia muere y los Lazarev pueden seguir haciendo todas las cosas atroces que han estado haciendo.

Pero esa no es la verdadera razón.

La verdadera razón es que algo se despertó en mí en ese piso anoche. No fue el miedo: llevo cinco años teniendo miedo y se me da bastante bien. Esto fue diferente.

Cuando me arrodillé ante él, entrelacé los dedos detrás de la cabeza y apoyé la frente contra la pared, cuando sentí su calor a mis espaldas, olí a canela y sándalo y oí esa voz grave y autoritaria que me decía que era una buena chica…

*…sentí* algo.

Me sentí *presente*. Estaba allí, plenamente allí, no flotando por encima de mí misma viendo cómo le sucedía a otra persona.

Eso me aterroriza mucho más de lo que el Hombre Enmascarado jamás podría aterrorizarme. Porque si se lo cuento a alguien, querrá saber por qué no me defendí con más fuerza. Y no tengo respuestas que esté dispuesta a dar.

Así que entro en la redacción antes de que haya llegado nadie más, dejo mi bolso en mi escritorio y abro mi portátil.

Tengo trabajo que hacer.



Me paso la mayor parte del día revisando todo lo que he recopilado hasta ahora sobre mi reportaje sobre Lazarev. Examino minuciosamente todo lo público que puedo encontrar sobre Lazarev Global con energía renovada. Registros corporativos, transferencias de propiedad, permisos de construcción, embargos fiscales, cualquier cosa que lleve un nombre o una firma. Doug me dijo que construyera la historia desde abajo, y eso es lo que voy a hacer, haya o no un psicópata enmascarado.

Poco a poco, la redacción se va llenando a mi alrededor. Weston se deja caer en su silla a las 9:15, me saluda con un gesto y se pone sus enormes auriculares. Cheryl, de Metro, me envía un mensaje por Slack para preguntarme si quiero ir a comer, pero no le respondo.

A la una de la tarde ya tengo un mapa bastante claro de la estructura corporativa de Lazarev repartido por docenas de pestañas del navegador y un bloc de notas lleno de garabatos. Aún no hay nada que sea una prueba irrefutable, pero tampoco están del todo limpios. Es un laberinto bizantino de sociedades de cartera anidadas dentro de otras sociedades de cartera, la mayoría registradas en

Delaware o Wyoming, además de algunas en las Islas Caimán. Este tipo de complejidad grita a los cuatro vientos *definitivamente estamos ocultando cosas* a cualquiera que haya leído alguna vez un informe financiero.

Lo que están ocultando exactamente sigue sin estar claro.

Sigo trabajando hasta que el sol está a punto de ponerse. Es entonces cuando miro la hora y me doy cuenta de que tengo que irme.

Cojo mi bolso, mi grabadora y un cuaderno nuevo y salgo. Tengo una reunión con Giovanni Ochoa. La concertamos hace semanas, cuando él todavía me respondía a los mensajes. El plan siempre fue reunirnos en persona, en algún lugar neutral donde él se sintiera seguro. Él eligió el lugar: una cafetería en la Décima Avenida, a la altura de la calle 40, uno de esos locales antiguos de cromo y vinilo que, de alguna manera, aún no se han convertido en un Sweetgreen.

Aunque eso fue antes de que desapareciera.

Voy a ir de todos modos, aunque solo sea por la remota posibilidad de que aparezca. Y, ante la posibilidad más probable de que no lo haga, al menos podré decir que hice mi trabajo.

La cafetería está medio llena cuando entro. Un par de obreros comen hamburguesas en la barra y una mujer mayor con un periódico saborea una taza de café en la mesa junto a la ventana. Elijo una mesa con buena visibilidad hacia la puerta, me siento y pido un café solo.

Mientras espero, miro el móvil. No hay mensajes de Ochoa. Abro nuestro hilo de Signal y lo recorro con la vista. El último mensaje es mío: ***Hola, solo para confirmar que seguimos en lo nuestro para el martes a las cinco. Mismo sitio. Avísame.***

Eso fue hace tres días. Me pregunto si siquiera estaba vivo cuando lo envié, o si la picadora de carne de Lazarev ya lo había triturado y

escupido.

Doy un sorbo a mi café y espero. Las cinco de la tarde llegan y pasan. Las seis hacen lo mismo. A las siete, admito lo obvio: no va a venir.

Lo sabía antes de sentarme, si soy sincera. La gente que quiere delatar a alguien no desaparece durante días y luego aparece puntualmente en una cafetería de la Décima Avenida. O llegan temprano porque están nerviosos, o no llegan. Giovanni Ochoa es de los segundos.

Dejo un billete de veinte sobre la mesa y recojo mis cosas. El café me pesa en el estómago y me duele el cuello de estar encorvada sobre el portátil toda la mañana. Empujo la puerta de cristal de la cafetería y me quedo un segundo en la acera, entrecerrando los ojos ante el sol del mediodía.

Estaba asustado la última vez que hablamos. Algo lo había inquietado, algo más allá de lo que ya me había contado: que se habían encontrado los huesos sin identificar de una mujer de mediana edad en una obra en Astoria, y que podría haber alguna posible conexión con la familia Lazarev.

Ahora, se ha ido.

Pero el sol se está poniendo y una sensación de inquietud se apodera de mí. Quiero estar en casa, con la puerta bien cerrada y varias mantas envolviéndome como una momia en el sofá. Así que me meto las manos en los bolsillos de la chaqueta y empiezo a caminar de vuelta a mi apartamento a paso rápido. La acera está abarrotada con la mezcla habitual de la tarde de gente que vuelve del trabajo y turistas, pero nada de eso me hace sentir menos expuesta. Cada rostro que pasa podría ser el suyo. ¿Cómo lo sabría?

Me paso por la cafetería de mi barrio de camino a casa. Quiero tomarme un café y seguir trabajando un rato, y en este sitio hacen un chai latte de muerte. Hay una pequeña cola en el mostrador, así

que, mientras espero, saco el móvil y llamo a Rae, pues no he hablado con ella desde que intercambiamos unos breves mensajes el día de su cumpleaños la semana pasada.

Contesta al segundo tono. —¡Hola! Justo estaba pensando en ti.

—Espero que sean cosas buenas.

—Siempre. ¿Qué tal? Suenas cansada.

—Tú también, la verdad.

—Empieza tú —sugiere.

—No, tú. Estoy harta de mis propios dramas.

—No, tú.

—¡No, tú!

—Jillian Rose...

—Oh, Dios, el segundo nombre no...

——Yo, Rae Everett, te exijo por la presente que me digas qué te tiene tan abatida.

Suspiro mientras avanzo lentamente en la fila. —Vale. Tú ganas. Han sido un par de días raros.

—¿Raros en qué sentido?

—Bueno, en todos los sentidos, la verdad —digo con una risa forzada—. Pero me refiero sobre todo al hecho de que...

—Oye —interrumpe una voz seca y aburrida—, ¿eres Jillian?

Parpadeo y levanto la vista para darme cuenta de que todos los que están en la cola me miran fijamente mientras la camarera me tiende una taza. —Eh, sí… —digo—. Lo siento, Rae, espera un momento —Bajo el teléfono y miro a mi alrededor—. Pero eso no es mío.

—¿Chai latte con leche de avena y un chorrito de vainilla? —pregunta la camarera. Me está tendiendo una taza con mi pedido exacto escrito en el lateral con rotulador negro.

—Eh, sí —admito—, pero aún no he pedido.

Repite el pedido y me muestra la taza. —Chai latte, leche de avena, un chorrito de vainilla. Para Jillian.

—Sí, te oí la primera vez, y sí, esa soy yo, y sí, eso es lo que *iba* a pedir, pero... Mira, lo siento, he tenido un día muy largo y no estoy muy segura de lo que está pasando ahora mismo.

—Estás en una cafetería y te estoy dando tu café, eso es lo que está pasando —me informa la señorita Actitud. Lo deja caer sobre el mostrador con tanta fuerza que un pequeño chorrito de líquido marrón se derrama por el borde. Empiezo a rebuscar en mi bolso, pero ella niega con la cabeza—. Ya está pagado.

—Sigo sin entender nada.

La camarera se encoge de hombros, exasperada. —Mira, señora, un tipo entró y lo pagó hace unos diez minutos. Dijo que vendrías, te describió y todo —Ya está mirando más allá de mí, al siguiente cliente.

—¿Jill? —la voz de Rae en mi oído—. ¿Sigues ahí?

—Sí —consigo decir—. Espera.

Cojo la taza. Está caliente. Me doy la vuelta y echo un vistazo a la cafetería. Hay un chico con un gorro de lana con su portátil, dos mujeres compartiendo un bollo, una madre luchando por sentar a un niño pequeño en una trona. Nadie me mira y ninguno de ellos parece fuera de lugar.

Pero él está aquí. O estaba.

Mis dedos aprietan el vaso con tanta fuerza que la funda de cartón se arruga. Mi pulso se acelera. Me ahogo en esa inquietante y

visceral sensación de que me observan, la misma que tuve ayer por la mañana en el metro, solo que ahora tiene un contexto.

Ahora sé exactamente quién está al otro lado.

Doy un paso hacia la puerta y miro a través del cristal. Tampoco hay nadie ahí fuera que parezca un acosador enmascarado.

Tengo la garganta seca. Miro el vaso que tengo en la mano. Él sabía lo que iba a pedir. No solo la bebida, sino también la leche y el chupito extra. No sé cómo lo sabe, pero mierda, lo *sabe.*

Me acerco el vaso a la nariz y lo huelo, y enseguida me siento estúpida. Huele a chai. ¿Qué esperaba, arsénico? ¿Veneno para ratas? ¿Un filtro de amor?

Pero no me lo bebo. Lo vuelvo a dejar en la barra.

—Jillian. —Rae otra vez, ahora con más insistencia—. ¿Qué pasa?

—Nada —digo—. Lo siento. Me he distraído. La barista se ha equivocado con un pedido, eso es todo.

—Ah. Vale. ¿Estabas diciendo algo? ¿Antes?

Sí, lo estaba. Estaba a punto de contárselo todo. El hombre del metro, el allanamiento, la máscara, la pistola, la lengua en mi cuello, la confesión de *entré en tu apartamento para matarte*. Todo estaba ahí, listo para salir a la luz.

Pero él me está mirando.

—No es nada —le digo a Rae—. Son solo cosas del trabajo. Te llamaré más tarde, ¿vale?

Cuelgo, dejo el chai en la barra y salgo de la tienda con las manos vacías. La idea de beber cualquier cosa con sabor a canela no me sienta bien ahora mismo.



SOSTENGO las llaves asomando entre los dedos de mi puño, como si fuera *Wolverine*, mientras camino a casa tan rápido como puedo. Mis ojos no dejan de moverse. Sigo con la mirada a cada paloma, peatón y sombra que se acerca a mí. Paso junto al portero sin mi habitual "hola", y luego subo por las escaleras en lugar de coger el ascensor porque, al menos en la escalera, puedo oír pasos. Me arden las pantorrillas para cuando llego arriba.

Me detengo ante mi puerta e inspecciono la cerradura. Parece intacta. Giro la llave, empujo la puerta y entro.

Un paso. Eso es todo lo que doy.

Entonces veo que la ventana del salón está abierta. Quince centímetros del mejor aire nocturno de Manhattan se cuelan por la rendija, agitando la cortina.

Yo no dejé esa ventana abierta. Nunca dejo esa ventana abierta. Nunca, pero sobre todo no después de anoche.

Mi cerebro baraja opciones. *Irme. Bajar las escaleras. Llamar a Rae. Llamar al 911. Hacer literalmente cualquier cosa menos quedarme aquí parada como una idiota en una película de terror.* Pero mis piernas no cooperan. Se han vuelto pesadas y rígidas, clavadas al suelo.

Entonces, justo detrás de mí, tan cerca que siento su calor en la nuca, se oye la voz de un hombre:

—Jillian.

# 9

# JILLIAN

*"Nunca salgo a pasear de noche. Es mi punto de vista. Porque alguien podría romperte el cuello acercándose por detrás"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Oblivion", de Grimes*

Me doy la vuelta tan rápido que casi tropiezo con mis propios pies.

Elliot está de pie en el pasillo, con una bolsa de comida para llevar e inexplicablemente todavía con esa misma camiseta ridícula de los Knicks de anoche. Su pelo rubio también parece no haberse movido ni un poco desde que lo vi.

—¡Vaya, lo siento, Jay! —Da un paso atrás—. No era mi intención acercarme a ti a escondidas. Justo volvía de recoger la comida y te vi en las escaleras. Pensé en pasar a saludarte.

Mi corazón late tan fuerte que lo noto en los dientes. Me presiono una mano contra el esternón y suelto un suspiro tembloroso.

Es Elliot. Solo es Elliot.

No es él. No es el Hombre Enmascarado. No es canela y cuero y *"hola, zorrita".*

Solo Elliot. Quizás el ser humano menos amenazante que existe.

Pero, aunque el alivio me inunda, algo más me invade justo detrás. Estoy aquí, en el umbral de mi propio apartamento, y de repente me aterra volver a entrar sola. La razón por la que estoy aterrorizada es *él.* Porque ya está en mi cabeza. Se ha comprado una propiedad allí y está redecorando el lugar.

No. A la mierda con eso. Y con él también. No tiene ese derecho. Nadie lo tiene. *¡La habitación cerrada se queda cerrada, joder!*

—Oye, Elliot —suelto de repente—. Ese restaurante tailandés de Amsterdam. ¿Sigue abierto a estas horas?

Parpadea. —Eh... sí, creo que abren hasta las once. ¿Por qué?

—Estoy libre.

—¿Estás...? Espera, ¿qué?

—Me invitaste a salir, ¿no? Bueno, estoy libre. Ahora mismo. Esta noche. Vamos.

Elliot me mira. Luego mira su bolsa de comida para llevar. Y vuelve a mirarme. —Quieres ir a cenar. Conmigo. Ahora.

Ya me estoy echando el bolso al hombro, cerrando la puerta y dándome la vuelta. —Eso es lo que he dicho.

—Pero dijiste que tenías una fecha límite el viernes...

—Olvida lo que dije. Ahora digo otra cosa. ¿Quieres ir o no?

—¡Yo... sí! ¡Sí! Por supuesto que sí —Está sonriendo tanto que parece que le duele—. Déjame solo, eh... —Levanta la bolsa de comida para llevar—. Déjame meter esto en la nevera. Dos segundos. No te muevas. ¡Ja! Quiero decir, obviamente, muévete si quieres, es un país libre, pero... quiero decir, no lo hagas, ¿vale? Voy a correr. ¿Ves? ¡Corriendo! —Sale corriendo por el pasillo a medio trote, con las zapatillas Nike golpeando la moqueta, luego se detiene

y se da la vuelta—. Lo dices en serio, ¿verdad? Esto no es, como, una broma o algo así.

—Elliot. Ve a guardar la comida.

—Voy. Voy —Corre el resto del camino hasta su puerta, busca a tientas las llaves y desaparece dentro.

Me aseguro de que la puerta de mi apartamento esté bien cerrada y la vuelvo a cerrar con llave desde fuera. Sea lo que sea lo que me espere ahí dentro, ventana abierta, ventana cerrada, ventana rota, nada en absoluto, puede esperar.



Esta cita está yendo mal.

No por culpa de Elliot. Elliot está bien. Me está hablando de su liga de fútbol americano virtual y yo asiento mientras mis ojos siguen a cada persona que entra por la puerta principal de este restaurante.

Una pareja de unos sesenta años. *No es él.*

Un grupo de universitarios. *No es él.*

Un repartidor que recoge un pedido. *Definitivamente no es él.*

—…y entonces Rodgers lanza un *pase* increíble, ¿vale? Como sesenta yardas, en serio, y yo estoy ahí sentado en mi salón gritando porque lo alineé esa semana y todos en mi liga me dijeron que era un idiota por...

—Ajá.

—…pero tenía ese presentimiento, ¿sabes? Y mi amigo Mav me decía: Hombre, vas a echar a perder toda la temporada, y yo le respondí...

La puerta se vuelve a abrir. Entra una mujer con un cochecito. Suspiro.

—…Mav me debe cincuenta dólares, que por cierto aún no me ha pagado. Típico de Mav.

—Típico de Mav —repito sin pensar.

Cojo mi vaso de agua y doy un sorbo. Mi pad thai está delante de mí, prácticamente intacto. He removido los fideos lo suficiente para que parezca que he comido algo, pero tengo el estómago como un puño y nada consigue pasar.

Elliot se detiene. Mira mi plato y luego a mí. —¿Estás bien? ¿No te gusta? Podemos pedir otra cosa.

—No, está bueno. Es solo que no tengo mucha hambre.

—Ah, vale. Sí, claro. No te preocupes —Da un gran bocado a su curry verde y mastica con la boca abierta—. Bueno, ¿sigues el fútbol o...?

—La verdad es que no.

—Genial, genial. No pasa nada. Es decir, no tienes por qué. No es para todo el mundo —Da otro bocado—. ¿Y el béisbol? Pareces de las que les gusta el béisbol.

—¿Por qué parezco una fan del béisbol?

—No sé. Tienes, como, ese aire.

Se abre la puerta y entra un hombre solo. Alto, chaqueta oscura, delgado, seguro de sí mismo. Todo mi cuerpo se pone rígido y me aferro al borde de la mesa. Pero entonces se quita un gorro y veo una cabeza calva y una barba roja, y saluda con la mano a alguien en la esquina del fondo.

No es él. Suelto la mesa.

Elliot ha dejado de masticar. Me mira con una expresión que se esfuerza por parecer alegre, pero que está perdiendo la batalla. —Jillian, ¿puedo preguntarte algo?

—Claro. Sí. Lo que sea.

—¿Estás, como… bien? Porque pareces un poco… No sé. ¿Distraída, quizá?

—Estoy bien —murmuro—. Lo siento. Ha sido un día largo.

—No, sí, ya lo has dicho —Deja el tenedor sobre la mesa—. Es solo que no dejas de mirar hacia la puerta.

—¿De verdad?

—Cada vez que se abre. Has mirado hacia allí unas doce veces desde que nos sentamos.

Me obligo a mirarlo directamente a los ojos. —Lo siento. Es un mal hábito. La mente de periodista. Siempre escaneando la sala, je.

Asiente, pero la sonrisa se ha apagado un poco. Vuelve a coger el tenedor y pincha un trozo de pollo. —Pero esto está bueno —dice tras un momento—. ¿Verdad? ¿Está bueno?

—Sí —digo—. Está bueno.

Contra todo pronóstico, nos acabamos el resto de su curry verde y mi pad thai intacto. Me habla de su madre en Connecticut, del nuevo bebé de su hermana y de un viaje de acampada que está planeando con su amigo Mav. Yo digo "qué bien", "oh, vaya" y "qué divertido" a intervalos más o menos apropiados, pero los dos sabemos que estoy en piloto automático. Al cabo de un rato, ni siquiera él puede ignorarlo.

Deja el tenedor, se limpia la boca con una servilleta, la arruga y la deja caer junto al plato. —En realidad no quieres estar aquí, ¿verdad?

Su cara no muestra enfado ni dolor, no exactamente. Solo resignación. Como si hubiera estado esperando este momento toda la noche y por fin hubiera llegado, tal y como sabía que pasaría, tal y

como siempre pasa, porque eso es lo que les pasa a los chicos buenos como él.

Me siento fatal. Soy una perra. Probablemente la mayor perra del mundo, una imbécil egoísta, y habrá un círculo en el infierno reservado para mí y solo para mí. —Elliot, mira, yo...

—No pasa nada —me interrumpe, con un tono en la voz que nunca le había oído antes. Curiosamente, lo hace parecer más maduro—. En serio, no pasa nada. Pero prefiero que me lo digas a seguir fingiendo.

Cierro los ojos un segundo. Se merece sinceridad. Esta noche lo he estado utilizando como escudo humano contra mi propio miedo, y eso es algo muy, muy malo que hacerle a alguien que siempre ha sido amable conmigo.

—Tienes razón —confieso—. Lo siento. No debería haber dicho que sí esta noche. No ha sido justo.

—Porque no estás interesada.

—Eres un chico muy dulce, El. Pero… simplemente no eres para mí. Lo siento.

Asiente, una vez, lentamente. Luego, empuja bruscamente la silla hacia atrás y se levanta. —Voy al baño —dice.

—Espera, Elliot, yo...

No espera a que termine de hablar antes de darse la vuelta y alejarse. —Ahora vuelvo.

Dejo caer la cabeza sobre el pecho. —Lo siento —susurro sin dirigirme a nadie en concreto—. Lo siento.

Lo veo alejarse, y luego saco mi teléfono porque no puedo quedarme aquí sola conmigo misma.

*Soy la peor persona del mundo*

**RAE EVERETT**

*¿Qué pasó?*

*Tuve una cita con mi vecino. El simpático, Elliot*

*Dios mío, Jilly Bean. ¿Por qué?*

*No lo sé. Me entró el pánico. No quería estar sola esta noche y él estaba AHÍ MISMO y me lo pidió y le dije que sí*

*Ay, cariño*

*Y ahora le acabo de decir que no me interesa y él está en el baño, probablemente odiándome. Me lo merezco*

*No te lo mereces. Fuiste sincera con él. Eso es mejor que darle falsas esperanzas*

*No, no lo fui, y soy un desastre, y no debería haberlo hecho. Pero ¡bien, una estrella dorada para Jillian*

*:( ¿Por qué no querías estar sola esta noche?*

MIRO LA PANTALLA. Mis pulgares se quedan suspendidos.

Uno de esos días

*JILL.*

*Estoy bien. De verdad. Solo estoy un poco confusa*

*Me dirías si pasara algo, ¿verdad?*

*Por supuesto*

LA CAMARERA se acerca y nos pregunta si queremos postre. Le digo que solo la cuenta. Nos la deja y yo saco mi tarjeta y la meto en la pequeña carpeta negra, porque lo mínimo que puedo hacer es pagar por este desastre.

Miro la hora en mi móvil y frunzo el ceño al ver que han pasado casi diez minutos desde que Elliot se levantó. Miro hacia el pasillo trasero donde están los baños, pero no hay ni rastro de él, ni de ninguna cola que explique por qué tarda tanto.

Qué raro. Incluso teniendo en cuenta que probablemente necesite un minuto para recomponerse, ha pasado mucho tiempo.

Se me hace un nudo en el estómago. Una sensación sorda y persistente de que algo no va bien. Tomo una decisión, echo la silla hacia atrás y me dirijo al pasillo.

El baño es un unisex individual, con la puerta cerrada. Llamo dos veces. —¿Elliot? ¿Estás bien ahí dentro? —No hay respuesta, así que vuelvo a llamar, más fuerte—. El. Oye. Soy Jillian.

Sigue sin haber respuesta.

Pruebo el pomo. No está echado el cerrojo. La puerta se abre hacia dentro, entro y mi mente se queda en blanco durante un segundo entero…

…porque hay sangre en el suelo.

Elliot está desplomado contra la pared, entre el inodoro y el lavabo. Tiene la cabeza inclinada hacia delante y su camiseta de los Knicks está oscura y mojada en el pecho. Tiene un corte sobre la ceja izquierda, lo suficientemente profundo como para que pueda ver rosa y blanco debajo del rojo. La sangre le corre por un lado de la cara y le gotea por la barbilla sobre los azulejos blancos. Tiene el labio partido y se le está hinchando rápidamente. Uno de sus ojos ya se le está cerrando por la hinchazón.

—¡Dios mío! —Me arrodillo a su lado—. ¡Elliot! Elliot, mírame.

Gime. Su ojo bueno me busca, vidrioso y desenfocado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto. Cojo un puñado de toallas de papel del dispensador y se las presiono contra el corte de la frente —. ¿Quién te ha hecho esto?

A pesar de estar aturdido, niega con la cabeza frenéticamente y mantiene la boca bien cerrada. Conozco esa mirada. Mierda, *conozco* esa mirada.

Es El Miedo.

Y sé exactamente quién se lo ha provocado.

## 10

# JILLIAN

*"Nadie me quiere. Es verdad. No como tú"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Sour Times", de Portishead*

LUCES ROJAS Y AZULES. El ulular de las sirenas. Una ambulancia, roja, grande y cuadrada; hombres uniformados con camillas que parecen instrumentos de tortura medievales; el metal y Elliot gimiendo al levantar la camilla y prepararse para subirlo a ella.

—Señora, necesitamos que se aparte —me indica uno de los paramédicos. Es un tipo fornido con la cabeza rapada y guantes de látex ya puestos y me mira con el ceño fruncido de una forma sospechosa que solo me hace sentir aún peor.

Aturdida, como un robot, me aparto. Se arrodillan junto a Elliot y empiezan a hacer lo suyo. *¿Cómo te llamas? ¿Puedes decirme dónde estás? ¿Sabes qué día es hoy?*

Elliot responde a algunas de ellas. Se equivoca de lugar, dice que está en casa, y los dos paramédicos intercambian una mirada antes de subirlo a la camilla.

—Señor, ¿puede decirnos qué ha pasado? —pregunta la otra paramédica. Es joven, lleva una coleta y ya tiene la carpeta lista.

Elliot niega con la cabeza.

—¿Lo ha golpeado alguien?

Vuelve a negar con la cabeza, esta vez con más fuerza, y hace una mueca de dolor al moverla. La sangre sigue brotando de la herida que tiene sobre el ojo, empapando la gasa nueva que acaban de presionar contra ella.

—Vale. Subámoslo —Lo llevan en silla de ruedas hacia la puerta trasera y yo los sigo, abriéndome paso entre un grupo de empleados del restaurante y comensales boquiabiertos. Al salir, me doy cuenta de que sigo sosteniendo las toallas de papel ensangrentadas que le había estado presionando contra la frente cuando una camarera abrió la puerta y nos encontró agachados en el suelo, arrodillados en charcos de sangre pegajosa.

Meten a Elliot en la ambulancia. Intento subirme tras él, pero el fornido paramédico levanta una mano. —¿Es de la familia?

—Soy su... —Me detengo y me estremezco. Como le dejé claro a Elliot justo antes de que lo dejaran hecho papilla, no soy nada suyo —. Soy su vecina. Estábamos aquí juntos.

La mano baja, pero la mirada sospechosa permanece. —De acuerdo. Bueno, puede seguirnos al Mount Sinai West. Está estable, pero necesita puntos y probablemente una tomografía computarizada para descartar daño cerebral. Lo que sea que lo haya golpeado, lo ha hecho muy bien.

—Vale. Sí. Vale.

Las puertas se cierran y la ambulancia se aleja de la acera, con las luces aún girando. La veo alejarse a toda velocidad por Amsterdam. Los agentes de policía terminan de hablar con el personal del restaurante y se abalanzan sobre mí en cuanto se han ido. Uno de

los policías es alto, de unos cuarenta y tantos años, con bigote entrecano y un bloc de notas. El otro es más joven y bajo, con complexión de hidrante, siguiendo a su compañero un paso por detrás.

—¿Eres tú quien lo encontró? —pregunta el de bigote de inmediato.

Asiento. —Sí. Eh, sí.

—¿Cómo te llamas?

—Jillian Pierce.

Lo anota. —¿Y la víctima?

—Elliot. Elliot, eh, Wilkinson. Es mi vecino. Estábamos cenando.

—De acuerdo, Srta. Pierce. ¿Puedes contarme qué pasó?

Les cuento la versión resumida, aunque ya me parece que estoy repitiendo un sueño que alguien me contó una vez. Todos los detalles suenan mal y confusos, incongruentes, desordenados. —…y luego se fue al baño. Tardó un rato en volver, así que fui a ver cómo estaba y lo encontré así.

La historia sale más o menos como me imaginaba. Los dos agentes se miran con el ceño fruncido y me miran con el ceño bajado. —¿Viste a alguien entrar o salir del baño antes o después de que fueras a buscarlo?

—No. No que yo viera. Pero yo… no estaba prestando mucha atención, supongo.

*¿Sabes quién sí* estaba *prestando atención? Tu nueva Sombra. Una máscara sin forma, guantes de cuero que saben exactamente dónde tocar para abrir cada cerrojo, para apartarte el pelo detrás de la oreja, para convencerte de que te arrodilles. Un Hombre Enmascarado sin nombre que juega contigo como si fueras una tonta para su propio entretenimiento enfermizo. Tu acosador. El animal entre la maleza, justo fuera de tu vista.*

—¿…Señora?

Parpadeo y me doy cuenta de que Bigote seguía haciéndome preguntas. —Lo siento, ¿podrías repetirlo?

—He dicho: ¿Dijo el señor Wilkinson algo sobre quién le atacó?

—No. No quería hablar. Solo no paraba de negar con la cabeza.

—Bueno, ¿tiene alguna idea de quién podría haberlo hecho?

Ahí está. La pregunta que he estado temiendo desde el momento en que vi la sangre en el suelo.

*Oh, sí, agente, sé exactamente quién lo hizo. Huele a canela, y si me diera un bolígrafo, podría dibujar la silueta de su cuerpo en la oscuridad. Está en el tren y en mi apartamento, en mi cafetería, en el lúgubre pasillo trasero de este diminuto restaurante tailandés. Está en todas partes, agente. Todavía puedo sentir la huella de su lengua en mi cuello.*

Pero sé que, si digo algo de eso, la siguiente pregunta será: ¿Por qué no denunció el allanamiento?

Y la siguiente: ¿Por qué dejó que un hombre armado se marchara de su apartamento sin llamar al 911?

Y la siguiente, y la siguiente, y al final llegarán a la pregunta que se esconde detrás de todas las demás, que es: ¿Qué es exactamente lo que está ocultando, Srta. Pierce?

—No —le digo en su lugar—. No tengo ni idea.

Bigote me estudia durante un segundo. Parece que pasa una eternidad mientras esos sencillos ojos marrones me miran, y cada segundo que paso retorciéndome bajo su escrutinio es pura tortura autoinfligida.

Al final, decide que estoy diciendo una versión aceptable de la verdad, porque deja el tema. —De acuerdo, señorita. Por ahora está

bien. Tendremos que revisar las grabaciones de seguridad del restaurante. Nos comunicaremos si tenemos más preguntas.

—Claro. Sí, está bien.

El policía más bajito se inclina para entregarme una tarjeta. —Si tu amigo recuerda algo, o si se te ocurre algo, llámanos.

—Sí. Por supuesto. Lo haré, claro que lo haré.

Se dirigen al interior para hablar con el personal del restaurante, dejándome abandonada en la acera con un montón de toallas de papel ensangrentadas, la tarjeta de un policía y todo el peso aplastante de lo que he hecho.

Elliot resultó herido por *mi culpa*. Porque fui a una cita a la que no debería haber ido, con un hombre que no me gusta de esa manera, para evitar volver a casa, a un apartamento donde podría estar esperando un monstruo. Ese monstruo lo vio. Y no me castigó a mí por ello, sino *a Elliot*.

Pero sabía que esto iba a pasar, ¿no? El Hombre Enmascarado me lo dijo. Me lo dijo literalmente. *La gente que me preocupa suele tener muy malas noches.* Me lo dijo a la cara, de pie en mi apartamento a oscuras con la mano en mi pelo, y yo le escuché, y le entendí, y aun así seguí adelante e hice exactamente lo que me había advertido que no hiciera.

Lo sabía. Lo sabía y lo hice de todos modos.

Soy una persona muy mala.

Las toallitas de papel están pegajosas y frías en mi puño. Las tiro a un cubo de basura que hay en la acera y me limpio las manos en los vaqueros, pero la sensación no desaparece. Esto es culpa mía. Mía y solo mía. Utilicé a Elliot como un refugio y el Hombre Enmascarado lo despellejó por ello. La advertencia fue clara y la ignoré.

Pero ¿por qué? ¿Porque tenía miedo? ¿Porque soy terca? ¿Porque una parte rebelde de mí quería ver si realmente lo haría?

Esta última opción me hace sentir enferma. No porque sea falsa, sino porque podría ser cierta.

Me fascina. Puedo admitir eso, aunque reprima todo lo demás en mi vida que sea espinoso o difícil. El Hombre Enmascarado no es normal, pero, pensándolo bien, yo tampoco lo soy.

Simplemente lo disimulo mejor.



No recuerdo mucho del hospital, ni cómo volví a casa desde allí. Debo de haberlo hecho, porque estoy delante de la puerta de mi apartamento con las llaves en la mano, pero las horas entre lo que pasó en el restaurante y este momento simplemente se han esfumado, devoradas por el bucle que se reproduce en mi cabeza: el ojo hinchado de Elliot, la sangre en las baldosas, el frenético movimiento de su cabeza de un lado a otro.

Abro la puerta, entro y la cierro con llave tras de mí. Las cortinas siguen ondeando con la brisa, así que me acerco sigilosamente y cierro la ventana. Se quedan quietas de inmediato, flácidas y sin vida.

Dejo caer mi bolso en medio del suelo y camino hacia el baño para lavarme la sangre seca de las manos. Acciono el interruptor de la luz con una parte limpia de mi muñeca, pero cuando levanto la cabeza, grito.

En la pared de la ducha, manchada de rayas rojo óxido sobre los azulejos blancos en lo que es sin duda sangre, hay cinco palabras:

# 11

# KIR

DOS HORAS ANTES

*"Te voy a amar. Te voy a desgarrar hasta el alma. Deseo, tengo hambre. Espero que me alimentes"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Desire", de Meg Myers*

El pestillo de la ventana de Jillian cede con demasiada facilidad. De verdad debería arreglarlo.

Me cuelo por la escalera de incendios, me quedo de pie en su salón y respiro.

Me duelen los nudillos. Abro y cierro la mano derecha, examinando la piel agrietada entre el segundo y el tercer nudillo. Tengo las dos manos resbaladizas de sangre, pero no es mía.

Es de Elliot Wilkinson y está *por todas partes*, mierda.

Untada en mis palmas, incrustada bajo mis uñas, secándose y volviéndose marrón en los pliegues de mis nudillos y las líneas de mis dedos. Está en mis muñecas. En los puños de mi chaqueta.

Cayó al suelo tras el segundo golpe, pero no paré en el segundo. Tampoco paré en el quinto. Seguí adelante, ardiendo por dentro mientras golpeaba y golpeaba y golpeaba. Cuando intentó cubrirse la cara, pasé a su cuerpo. Cuando se acurrucó para protegerse, volví a la cara. Lo golpeé hasta que mis manos quedaron empapadas de él, y luego lo golpeé un poco más, porque el primer golpe me sentó demasiado bien y cada uno de los siguientes me sentó aún mejor.

*Nunca.*

ZAS.

*Toques.*

ZAS.

*Lo que es.*

ZAS.

*Mío.*

No es la violencia en sí lo que me preocupa. La violencia es una herramienta. Mi padre me enseñó eso de joven, y tenía razón en eso, al menos. A veces, necesitas un martillo, o un bisturí, o un soplete, o una pistola. A veces, lo único que necesitas son tus puños desnudos y la puerta del baño cerrada con llave.

No, lo que me preocupa es que lo *disfruté*.

*Disfruté* del crujido de su hueso orbital bajo mis nudillos. *Disfruté* de cómo se derrumbaba. *Disfruté* de estar de pie sobre él mientras se encogía sobre sí mismo en ese suelo de baldosas asqueroso, sangrando, llorando, y *disfruté* de inclinarme y susurrarle al oído exactamente lo que pasaría si volvía a hablar con Jillian.

A mi padre también le gustan esas cosas.

Niego con la cabeza, doy media vuelta y me dirijo al baño de Jillian. Cuando llego, uso mi codo sin sangre para encender la luz, luego me quedo de pie y observo la escena por un momento.

Su cuarto de baño es pequeño, pero limpio y está bien decorado. La ducha es una bañera con patas, con una cortina blanca corrida a un lado sobre una barra curvada, apoyada sobre azulejos hexagonales blancos y negros. Una bandeja de madera descansa sobre el borde de la bañera, con una vela a medio quemar y un libro de bolsillo con las esquinas dobladas. El tocador, estrecho y blanco, se encuentra bajo un espejo ovalado enmarcado en oro cepillado. Tiene sus productos alineados en filas ordenadas sobre una pequeña bandeja de mármol. Cosas caras mezcladas con productos básicos de farmacia. Un frasco de perfume de Tom Ford junto a un tubo de Aquaphor. Productos para el cuidado de la piel con etiquetas francesas junto a un paquete de discos de algodón de cinco dólares. Una alfombrilla de baño de color rosa pálido y peludo descansa en el suelo y dos toallas cuelgan de un gancho de latón en la parte trasera de la puerta, ambas blancas, ambas cuidadosamente dobladas.

Está limpio y es cálido, y huele a ella.

Eso es todo lo que hace falta para que mi polla empiece a ponerse dura.

Mi única queja es que hay demasiado blanco aquí. Blanco por aquí, blanco por allá, todo blanco.

Necesita un poco *de rojo.*

Miro mis manos. Todavía están húmedas por él. Bien. Eso servirá.

Me acerco a la pared de la ducha y presiono dos dedos contra los azulejos. La sangre sale espesa y pegajosa, más fácil de escribir de lo que esperaba. Arrastro el dedo, casi en trance, tan absorto que ni siquiera me doy cuenta de lo que he escrito hasta que doy un paso atrás y miro mi mensaje.

***TE DIJE QUE NO FUERAS.***

Sí. Eso servirá.

Me quedo allí mirándolo durante un buen rato.

Cinco palabras escritas con la sangre de un hombre muerto. Bueno, no muerto. Todavía no. Dejé vivo a Elliot Wilkinson, lo cual es más piedad de la que se merecía por el pecado imperdonable de sentarse frente a ella en ese restaurante, sonriéndole, haciéndola reír.

Se me ocurre, y no es la primera vez, que no sé qué coño estoy haciendo aquí. Esa es la verdad, cruda y fea. Ella ya debería estar muerta. Mi padre me dio una orden y no he hecho más que estropearlo todo. En lugar de matar a Jillian Pierce, le estoy comprando café, dando una paliza a sus vecinos y escribiendo notas de amor en la pared de su ducha con la sangre de otra persona.

Quizá no *notas de amor* propiamente dichas. Pero casi. Amor en el único idioma que me enseñaron a hablar con fluidez: el idioma de la violencia y la sangre.

La cuestión es que no hay ningún plan. Hubo uno, y duró unos jodidos cinco minutos. Tenía uno cuando me metí por su ventana la primera noche, y se esfumó en el instante en que se quedó paralizada bajo mis manos.

Ahora solo la estoy rodeando, orbitando, acercándome cada vez más, incapaz de parar, incapaz de acercarme, incapaz de alejarme. Ella me hace algo que no puedo explicar. Saca a relucir una versión de Kir Lazarev que es salvaje, depravada y tan jodidamente posesiva que hasta a mí me asusta. Cada hombre que la mira se convierte al instante en mi enemigo acérrimo.

Nunca he sido así. Con nadie.

No sé cómo acabará todo esto. Lo único que siento es *un deseo* que me abrasa los órganos internos como un maldito fuego blasfemo. Incluso ahora, después de haberle hecho cosas indescriptibles a su vecino y a la propia Jillian, ni de lejos es suficiente para saciarme. Sigo ardiendo. Probablemente, una gota de agua sobre mi piel chisporrotearía.

Solo hay una cosa que me ha ayudado a aliviar el ardor desde que Jillian entró en mi vida. A la mierda, mejor lo intento de nuevo ahora.

Me quito la chaqueta y la dejo caer al suelo del baño. La camisa es la siguiente. Me quito las botas de una patada y me bajo los vaqueros y los calzoncillos, saliéndome de ellos y dejando todo en un montón ensangrentado sobre su alfombrilla de baño rosa y peluda.

Me meto en la bañera con patas y abro el grifo. El agua sale primero fría, luego tibia y luego caliente. Me quedo bajo el chorro y veo cómo los últimos restos de la sangre de Elliot Wilkinson se deslizan de mis manos y se van por el desagüe en finas cintas rosadas.

Mis ojos se posan en la repisa empotrada en los azulejos. La etiqueta del gel de baño dice *Byredo*. Lo cojo, le quito el tapón y lo acerco a la nariz.

Bergamota. Pino. *Jillian*.

Así es como huele cuando acaba de salir de la ducha. Cuando está mojada, caliente, desnuda y sola, *esto* es lo que se adhiere a su piel. Lo inhalo de nuevo, más profundamente, llenándome los pulmones con él, y mi polla se pone completamente dura tan rápido que me mareo y casi me desmayo.

Exprimo una generosa raya de jabón en la palma de la mano. Es resbaladizo y fresco, y hace espuma enseguida en cuanto envuelvo mi miembro con el puño. Me agarro con fuerza y me masturbo, de la base a la punta, despacio, dejando que la sensación vaya aumentando.

Cierro los ojos.

*Ella está de rodillas otra vez, aquí en esta ducha conmigo. Esos ojos verdes mirándome, su pelo rojo oscuro y pesado por el agua, sus labios pecosos entreabiertos y a la espera.*

*Introduzco mi polla en su boca y ella la toma. Se la mete toda. Su garganta se abre y empujo hasta que su nariz se aplasta contra mi estómago y sus dedos se clavan en la parte posterior de mis muslos, indefensos y temblorosos.*

Acelero el ritmo. El jabón está caliente ahora, calentado por el agua, y la fricción es perfecta. Apoyo mi mano libre contra la pared de la ducha, justo al lado de las letras ensangrentadas, y me masturbo con el puño.

*Ella me chupa hasta que estoy listo para más. Entonces la levanto por el codo y la tiro boca abajo sobre el borde de la bañera.*

*Su culo está en alto, su sexo al descubierto. Estoy sobre ella como un lobo en celo. Mi polla se clava más allá de sus pliegues y*, mierda, *cómo me aprieta. No hay una excitación lenta. Esta vez no. Estoy detrás de ella, encima de ella, a su alrededor, embistiéndola con tanta fuerza que el agua salpica por los lados y crea nuevos océanos sobre los azulejos. Tengo un puñado de ese pelo rojo enrollado dos veces alrededor de mis nudillos y le tiro de la cabeza hacia atrás para poder ver su cara cuando se tambalea y se desvanece en un gemido.*

Aprieto más fuerte. Mis caderas se lanzan hacia delante, empujando contra mi agarre. El jabón me resbala por la muñeca y gotea por el codo.

*Me imagino su coño, rosado, hinchado, empapado, mío.*

*Me imagino penetrándola por primera vez.*

*Me la imagino llorando, no de dolor, sino de alivio, de la hermosa y etérea alegría de entregarse por completo a alguien que exige con avidez todo lo que ella puede dar y más.*

Mi orgasmo me atraviesa. Me corro con fuerza, mostrando los dientes, gruñendo en el vapor. Gruesos chorros de semen golpean la pared de azulejos y son tragados por la corriente de agua. Me tiemblan las piernas. Sigo acariciándome, exprimiendo hasta la

última pulsación, hasta que la sensibilidad es demasiado intensa y, finalmente, tengo que soltarme.

Me quedo allí de pie bajo el agua, jadeando, con la frente apoyada contra los azulejos. Por un segundo, me siento en paz.

Entonces, vuelve a aparecer: el fuego bajo y titilante.

Creciendo.

Devorador.

Ávido.

Indómito.

No es suficiente.

*Nunca* es suficiente.



Me seco con una de las toallas blancas de Jillian, cuidadosamente dobladas, me visto y me voy por donde he venido: por la ventana, bajando por la escalera de incendios y saliendo a la noche implacable.

Cuarenta minutos más tarde, atravieso una puerta negra sin letrero en la East 4th Street y bajo por una estrecha escalera revestida de ladrillos con grafitis. El bar que hay al final no tiene letrero y no aparece en ningún mapa. Solo se puede entrar porque alguien que ya ha entrado te lo ha dicho.

El interior cuenta con una tenue iluminación roja y filas y filas de reservados apartados y en penumbra, revestidos de terciopelo arrugado granate. Los camareros de aquí recuerdan tu bebida, se olvidan a propósito de tu cara y nunca se atreverían a preguntarte tu nombre.

Matvei Satyrin ya está en nuestra mesa habitual, en la esquina del fondo, saboreando uno de los dos vasos de Clase Azul que hay sobre la mesa. Lleva un jersey negro de cachemira con las mangas remangadas y esa sonrisa despreocupada y autosatisfecha que nunca se le borra de la cara.

—Parece que acabas de salir de una alcantarilla —comenta mientras me dejo caer en el asiento frente a él.

Cojo el tequila y me bebo la mitad. —He tenido una noche dura.

Mat me observa por encima del borde de su vaso. —¿Una noche dura a lo *Kir* o una noche dura a lo *Lukas*? Porque son dos conversaciones muy diferentes y necesito saber para cuál prepararme.

Hago girar el tequila en mi vaso. —Un poco de ambas.

—Ah. Una sesión doble —Mat da un sorbo a su propia bebida, relajado, sin prisas—. Bueno, empieza por donde quieras. No tengo ningún sitio al que ir.

No empiezo por ningún sitio. Me quedo ahí sentado, haciendo rodar el vaso entre las palmas de las manos, pensando en la sangre sobre las baldosas blancas y en cómo olía el gel de baño de Jillian entre el vapor que se elevaba.

Mat ladea la cabeza. —¿Vas a hablar o me has arrastrado hasta aquí para verte enfurruñado? Ya tengo provisiones de eso para toda la vida.

—¿Puedes callarte la boca, por una vez en tu vida?

Se ríe entre dientes. —Uno: ¿me conoces? Dos: soy abogado; hablar mucho es un rasgo profesional. Tres: estás eludiendo la pregunta —Deja el vaso sobre la mesa—. ¿Qué pasó, hermano?

Frunzo el ceño. Por desgracia para mi actual necesidad de silencio, *sí* que *lo* conozco. Matvei Satyrin y yo somos amigos desde que teníamos trece años. Apareció en mi vida el año después de que

muriera mi madre, cuando mi padre me envió a un internado de élite en Connecticut destinado a los hijos de hombres que necesitaban que sus hijos recibieran una educación lejos del escrutinio público. Mat era el chico de la habitación de al lado. Delgado, de pelo oscuro, demasiado listo para su propio bien, con una boca que le metía en problemas a diario.

Su padre, Grigori, era un miembro de rango medio de la Bratva, aunque no de la banda de mi padre. Pertenecía a una organización más pequeña que operaba desde Brighton Beach. Grigori dirigía negocios de protección y blanqueaba dinero a través de una cadena de tintorerías, lo que a Mat siempre le pareció divertidísimo por alguna razón. *¿Lavar dinero en tintorerías? ¡Es el puto cliché más grande que he escuchado!*

Mat quiso salir de eso desde el principio. Vio cómo arrestaron a su padre dos veces antes de cumplir los diez años y decidió muy pronto que él seguiría un camino diferente. Así que se hizo abogado. Y uno muy bueno, además. Se licenció en Georgetown, estudió Derecho en Columbia y fue el primero de su promoción. Trabajó como secretario de un juez federal y luego se incorporó al ejercicio privado en un bufete de prestigio en Midtown.

Sobre el papel, está completamente limpio.

En la práctica, es a quien llamo cuando las cosas se complican, porque Mat entiende ambos mundos y se mueve entre ellos sin ningún problema.

También es la única persona viva en la que confío.

—Ha aparecido mi padre —suspiro por fin—. Lo de siempre.

—Vale. ¿Y?

—¿Y qué?

—¿Y qué más te está comiendo por dentro ahora mismo? Porque eso... —Señala mi cara con un gesto—, no es solo una cara de

Lukas. Es algo más.

—No es algo más.

—Es una chica —decide él.

—*No* es una chica.

—Definitivamente es una chica —Mat sonríe y vuelve a coger su trago—. Te conozco desde hace casi dieciocho años, Kir. Sé cómo es tu cara cuando tienes problemas con tu padre, y sé cómo es tu cara cuando tienes problemas con las chicas, y ahora mismo tienes las dos a la vez.

—Vete a la mierda, hombre.

Jillian no es una *chica*. Aún no sé qué es, pero sé lo que no es, y no es eso, mierda. Las *chicas* no me hacen volcar mesas de café de mármol. Las *chicas* no me hacen golpear a un hombre hasta que se le hunde la cara porque tuvo la osadía de sentarse frente a ella y comer curry verde. Las *chicas* no me hacen quedarme en sus duchas con la mano alrededor de mi polla, temblando, babeando, corriéndome tan fuerte que se me nubla la vista.

Jillian Pierce es una puta catástrofe y, sin embargo, sigo caminando hacia ella en lugar de alejarme. ¿Por qué? Mierda, buena pregunta. Ni siquiera puedo explicarlo, ni a Mat, ni a mí mismo, ni a nadie.

Ahora mismo, este problema vive en la oscuridad, donde puedo fingir que es manejable. En el momento en que lo saque a la luz y deje que alguien más lo vea, perderé el único control que me queda.

—No voy a hablar contigo de una chica —añado cuando abre la boca para seguir husmeando—. Así que déjame en paz.

—Vale. Hoy estás de mal humor. —Hace un gesto con la mano—. Bueno, dejando a un lado lo de "no es una chica", hablemos de lo que sea que Lukas te haya hecho últimamente.

Lo miro. —Él…

Mat levanta ambas manos, con las palmas hacia fuera. —Pero a grandes rasgos —me interrumpe—. *Muy* a grandes rasgos. No quiero detalles. Nunca quiero detalles. Ya lo sabes.

—Lo sé.

—Soy tu abogado y tu amigo, en ese orden concreto, cuando se trata de cualquier cosa que tenga la huella de tu padre. Así que sé vago y mantenme al margen.

Asiento. Ese ha sido siempre el trato. Mat salió del mundo de la Bratva por una razón. No quiere volver, ni siquiera a través de mí.

—Me dio un… un encargo —digo con cautela—. Una persona. Alguien que se está convirtiendo en un problema para la familia.

Mat arruga la nariz. Sus ojos oscuros se vuelven inexpresivos y cautelosos, como contraventanas de tormenta que tapan las ventanas. Todo lo demás permanece relajado, la postura, el agarre relajado de su vaso, pero los ojos lo delatan cada vez.

Mat es un tipo guapo. Siempre lo ha sido. Nariz marcada, pómulos afilados, barba negra de tres días cuidadosamente mantenida. Su pelo es espeso y negro, y se lo echa hacia atrás con descuido, apartándolo de la frente. Tiene una cara en la que confían los jurados y sobre la que las mujeres quieren sentarse, por eso es tan jodidamente eficaz en ambos ámbitos.

—Y —concluyo—, no lo he hecho.

Eso hace que Mat deje su vaso sobre la mesa. —¿Por qué no?

No respondo.

—Kir. ¿Por qué no?

—Es complicado.

—¡Y una mierda lo es! Es todo lo contrario a complicado. Entras, sales. Eso es todo. Eso es todo lo que hay. Kir, sabes muy bien que cuando te andas con rodeos es cuando las cosas se complican. Hace

que la gente empiece a hacer preguntas y a establecer conexiones, y entonces todo se viene abajo —Me señala con el dedo en señal de advertencia—. Sea lo que sea lo que te frena, que, como hemos dejado claro, *no* es una chica, te sugiero que lo resuelvas rápido. Tu padre no da prórrogas.

—Yo sé mejor que nadie lo que mi padre da y lo que no —murmuro.

Mat abre la boca para decir algo más, pero entonces su teléfono se ilumina sobre la mesa que hay entre nosotros. Echa un vistazo hacia abajo y, al hacerlo, su rostro cambia. No mucho, Mat es demasiado bueno disimulando como para eso, pero lo suficiente para que yo lo note. La relajada distensión de sus hombros se tensa una pizca, y coge el teléfono y lee lo que sea que haya en la pantalla.

—Tengo que irme —dice, cogiendo su chaqueta.

—¿Ahora? Acabo de llegar.

—Sí, ahora. —Se bebe de un trago lo que le queda de tequila, se levanta y se enfunda la chaqueta. Deja dos billetes de doscientos dólares sobre la mesa—. Esta noche invito yo. Aunque, como tu terapeuta involuntario, en realidad debería pasarte la factura a ti.

No dejo que se salga con la suya con esa broma. —¿Qué es lo que te tiene tan apurado?

Finge estar muy fascinado con el cierre de su reloj. —Desde luego, no es una chica, tal y como acordamos.

—Mat…

Sus ojos se clavan en los míos y, para mi sorpresa, están turbados y serios. Algo muy inusual en él. —Mira, hombre, tú guarda tus secretos y yo guardaré los míos. ¿De acuerdo? Te llamaré mañana —Me da una palmada en el hombro, firme, y luego se marcha, abriéndose paso entre la tenue luz roja hacia la escalera y desapareciendo por ella sin mirar atrás.

Me quedo allí sentado un rato, sorbiendo mi trago, bañado en una luz roja infernal. Cuando me lo acabo, el camarero me trae otro y se retira sin decir palabra. Por eso me gusta este sitio: no es el puto *Cheers.* Nadie te pregunta si estás bien o qué te pasa. Te sientas en la oscuridad, bebes y piensas, y el mundo te deja malditamente en paz.

Mat tiene razón. Hacer las cosas con calma es peligroso. Cada hora que no termino el trabajo es otra hora en la que la paciencia de mi padre se erosiona y otra hora en la que Afon está más cerca de ser desatado.

El cálculo es sencillo. Un niño podría hacerlo.

*Matarla* más *irme* equivale a *problema resuelto.*

Excepto que no puedo.

No puedo porque cada vez que cierro los ojos, la veo arrodillada en su propio suelo con los dedos entrelazados detrás de la cabeza y su pelo rojo cayéndole sobre los hombros y todo su cuerpo temblando, pero sin quebrarse. No se quebró. Luchó contra mí, se burló de mí, me dijo que no tenía pelotas, pero no se quebró.

Nunca he conocido a nadie así.

Siento como si algo me hubiera pasado en el momento en que trepé por su ventana. Como si me hubieran maldecido, o poseído, o como si me hubiera alcanzado un puto rayo. Un único rayo aniquilador que reconfiguró todos los circuitos de mi cerebro y los orientó en una sola dirección.

Hacia *ella*.

Cuando la inquietud se vuelve insoportable, dejo lo que queda del tequila y me dirijo a las escaleras. Afuera, el aire nocturno es frío y cruel. La East 4th Street está tranquila. Una pareja pasa tambaleándose, borracha y riendo, mientras un taxi espera en la esquina con la luz de "fuera de servicio" encendida.

Giro hacia el oeste. Mi apartamento está al norte y al este, un camino recto por Bowery hasta el puente y cruzándolo. Debería irme a casa para poder darme otra ducha y dormir. Cuando me despierte mañana, ya veré qué demonios haré con mi vida, con las órdenes de mi padre y con todo eso.

Estoy a punto de hacer precisamente eso, cuando mi mano encuentra la máscara en el bolsillo de mi chaqueta.

Dejo de caminar. Mis dedos se cierran sobre la tela. Todavía está caliente de haber estado pegada a mi cuerpo toda la noche.

Casa.

La máscara.

Casa.

La máscara.

Una es la correcta. La otra está muy mal. Mat me dio un buen consejo, y mi propio cerebro prácticamente me está suplicando que le haga caso.

Pero sé, incluso antes de empezar a moverme, que nunca iba a hacerlo.

Me pongo la máscara y empiezo a correr.

Hacia *ella.*

## 12

# JILLIAN

*"Ven a mí. En las horas de la noche te esperaré"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "War of Hearts", de Ruelle*

VUELVO del Mount Sinai poco después de la una de la madrugada.

No fue precisamente un viaje agradable al hospital. Siempre me ha sorprendido que la gente vaya a trabajar allí todos los días, porque para mí los hospitales son de los lugares menos agradables del planeta. Monitores que pitan, ruedas de camillas que chirrían, conversaciones en voz baja y morbosas… En mi opinión, no es el escenario ideal para un buen día en la oficina. Pero las enfermeras siempre parecen tolerarlo sin problemas. De hecho, dos de ellas que estaban en el mostrador de la planta de urgencias se pasaron casi toda la noche riéndose entre ellas como si todo fuera de maravilla.

Todo ese tiempo, me quedé allí sentada calculando lo que había hecho. Arrastré a Elliot a ese restaurante porque me daba demasiado miedo irme a casa sola. Lo *utilicé*.

Y el Hombre Enmascarado *lo* hizo pagar.

En una especie de penitencia retorcida, me obligué a sentarme en esa horrible silla de plástico bajo esas horribles luces zumbantes y esperar hasta que todas las enfermeras y los médicos hubieran entrado y hecho lo que Elliot necesitaba que hicieran. Uno de ellos, confundiéndome con algún tipo de esposa, hermana o novia, se detuvo para darme el informe. Tenía una fractura capilar en el hueso orbital, dos costillas rotas, catorce puntos para cerrar el corte sobre el ojo izquierdo y necesitaba una transfusión de sangre para reponer todo lo que había perdido. Por suerte, no había hemorragia interna, pero iban a mantenerlo en observación durante la noche, ya que sus respuestas a la prueba de conmoción cerebral no eran lo que nadie llamaría "precisas".

Asentí y murmuré un "gracias", y luego me quedé allí sentada unas horas más porque no sabía qué más hacer. Al final, ya no podía mantener la cabeza erguida. Era hora de irme a casa.

Pero tampoco podía irme sin al menos echarle un vistazo. Así que, tras esperar un poco más para asegurarme de que ningún otro profesional sanitario necesitaba acceder a él, me colé en la habitación de Elliot.

Estaba recostado en la cama con la mitad de la cara hinchada y cerrada y una hilera de puntos morados recientes sobre la ceja. Parecía pequeño en esa cama y con esa bata de papel. Vi su camiseta de los Knicks, siempre presente, que parecía un trapo ensangrentado, en una bolsa Ziploc junto a su cama, y casi lloro.

—Hola —susurré desde la puerta—. Elliot, solo quería decirte que estoy muy...

Su ojo bueno me miró durante medio segundo. El miedo que había en él era tan intenso y absoluto que dejé de hablar y morí un poco por dentro.

Eso fue malo. Lo que fue aún peor fue cómo, entonces, se puso tenso y apartó la mirada de mí como si ya no existiera.

Sí. Me lo merezco.

Me fui.

Ahora estoy en casa…

…y hay un mensaje pintado con sangre en mi pared.

Me quedo un rato en la puerta mirándolo. ***TE DIJE QUE NO FUERAS.*** Parte de la sangre se ha secado más oscura que el resto, casi negra en los bordes. Una parte de mí quiere limpiarlo, pero la idea de gastar la energía necesaria para buscar un cubo, jabón, lejía y agua caliente, y ponerme donde él se puso para frotar lo que escribió allí… Me dan ganas de vomitar de agotamiento.

En lugar de eso, retrocedo y cierro la puerta del baño.

Otras habitaciones me llaman. La cocina, para comer algo. Mi dormitorio, para dormir hasta que termine esta horrible saga. El sofá, para adormecer mi cerebro con televisión sin sentido y así no tener que pensar en lo aterrorizado que parecía Elliot al volver a verme.

Pero no voy a ninguno de esos sitios. Camino hacia la cocina, abro el cajón de los trastos junto a la nevera y rebusco hasta que mis dedos se cierran sobre la pistola Taser que compré hace unos años en un frenesí nocturno, tras una pesadilla. Es rosa y tiene forma de pequeña linterna. Compruebo el indicador de batería. Brilla en verde. Suficiente.

Luego, me siento a la mesa de la cocina.

El apartamento está en silencio. La ventana está cerrada ahora. Las luces están encendidas. La nevera zumba. El reloj del microondas marca las 2:33 de la madrugada.

Dejo la pistola eléctrica sobre la mesa, delante de mí.

Y espero.

Porque va a volver. Sé que lo hará. Ha estado aquí esta noche. Escribió en mi pared con la sangre de Elliot y luego se marchó, y ahora está ahí fuera, en algún lugar, haciendo lo que sea que haga cuando no está aterrorizándome, pero en algún momento, muy pronto, lo sé en lo más profundo de mi ser, va a volver a entrar por esa puerta.

Cuando lo haga, yo estaré sentada justo aquí.

Mientras estoy sentada y espero, pienso en todo lo que ha pasado hasta ahora. Intento hacerlo con imparcialidad. Si esto fuera una historia que estoy investigando, estaría exponiendo los hechos.

Esto es lo que sé: un hombre enmascarado irrumpió en mi apartamento anoche y me dijo que lo habían enviado para matarme. Luego se fue. Me siguió hasta una cafetería y me invitó a una bebida. Luego se fue. Me siguió hasta un restaurante y le dio una paliza a mi vecino. Luego se fue. Vino aquí y escribió una nota de amor con sangre en los azulejos de mi ducha. Luego se fue.

No deja de irse. Esa es la parte a la que no puedo dejar de darle vueltas. Sigue apareciendo y sigue yéndose, y yo sigo viva al final de todo. ¡¿Cómo tiene *eso* sentido?!

Ha tenido oportunidades de hacer lo que dijo que le habían enviado a hacer. Oportunidades de verdad. Me tuvo acorralada contra una pared en la oscuridad, sin teléfono, sin electricidad y sin que viniera nadie, con una pistola apuntándome a la espalda. Podría haberlo hecho entonces. O si no era entonces, podría haberme envenenado en la cafetería, secuestrarme en la calle y arrastrarme a donde le diera la gana.

No lo ha hecho.

Lo que significa una de dos cosas. O *no puede* matarme… o *no quiere*.

Ambas opciones me interesan. Porque, sea como sea, el hombre que me dijo que le habían enviado para matarme no lo está

consiguiendo, y ese fracaso es una grieta. Una grieta en la que puedo meter los dedos y hacer palanca.

Tiene un punto débil.

*Yo.*

Y eso me da poder.



EL SONIDO, cuando llega, no viene de la puerta.

Viene de detrás de mí.

Un roce, un golpe sordo y luego el susurro de la tela contra el alféizar de la ventana. La ventana que cerré. La ventana que *cerré con llave.*

Agarro la pistola eléctrica de la mesa y giro en mi silla. El Hombre Enmascarado ya está dentro, con una pierna aún colgando del alféizar, y no lo pienso dos veces; simplemente aprieto el gatillo. La pistola eléctrica crepita y escupe sus dos dardos en la oscuridad, y estos vuelan…

…pasando por encima de su hombro izquierdo, para clavarse en la cortina con un patético y leve *chasquido.*

—Mierda —susurro.

Él se endereza hasta alcanzar toda su altura y mira los dardos que cuelgan de la tela de la cortina, luego vuelve a mirarme. La máscara le cubre la nariz y la mandíbula. Sus ojos pálidos se muestran tranquilos por encima de ella.

—Has fallado —observa.

—Sí, imbécil, ya lo veo.

Atraviesa la cocina a zancadas, con sus largas piernas devorando el suelo entre nosotros. Intento disparar de nuevo, pero no pasa nada: el cartucho se ha agotado. Un disparo, eso era todo lo que tenía.

Entonces su mano me rodea la muñeca. Me la retuerce, no tan fuerte como para hacerme daño, pero sí lo suficiente para que mis dedos se abran y el Taser caiga al suelo.

Intento tirar del brazo hacia atrás, pero él no me suelta. Me arrastra fuera de la silla y hacia él, con mi espalda pegada a su pecho, ambas muñecas sujetas en una de sus manos y presionadas contra mi estómago. Su otro brazo envuelve mi caja torácica, inmovilizándome.

Puedo sentir cada centímetro de su cuerpo presionado contra el mío. El calor de su cuerpo empapando mi ropa. El subir y bajar de su respiración contra mis omóplatos. Ese olor, canela, sándalo, almizcle, que me llena la nariz hasta que es lo único que puedo percibir.

Mi cuerpo hace algo terrible: se relaja. No del todo, obvio, pero lo suficiente. La línea tensa de mi columna se suaviza un poco contra él.

—¡Suéltame! —le exijo.

Él me sujeta un segundo más. Luego me suelta las muñecas y da un paso atrás.

Con un gesto despreocupado, como si acabara de invitarlo a tomar una copa antes de acostarse, me acerca la silla y asiente cortésmente hacia ella, como diciendo: *Descansa, si te place, mi señora.* No debe de darse cuenta de que la caballerosidad y la intrusión en un hogar no suelen ir de la mano. Cuando me niego, se encoge de hombros y se hunde en ella, tan indiferente como siempre. Se recuesta, cruza un tobillo sobre la rodilla opuesta, junta las manos en el regazo y me mira.

—Siéntate —dice.

—No me darás órdenes en mi propio apartamento.

No me muevo. Me hormiguean las muñecas donde me las sujetó. La pistola eléctrica está en el suelo, muy a mi izquierda, descargada e inútil.

Empuja la otra silla con el pie, alejándola de la mesa. Raspa las baldosas y se detiene frente a mí.

—Siéntate —repite—. Solo quiero hablar.

Miro la silla. Lo miro.

Entonces, con un suspiro, me siento.

## 13

# JILLIAN

*"Todo el mundo busca algo. Algunos quieren utilizarte, otros quieren que tú los utilices"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Sweet Dreams (Are Made of This) (Versión Alt.)", de Marilyn Manson*

A VECES, en mi trabajo, me encuentro con gente que tiene ideas muy diferentes a las mías sobre el motivo de nuestra reunión. Me he sentado frente a políticos que creen que les voy a hacer un reportaje adulador cuando, en realidad, estoy preparando una crítica brutal. O fuentes, como Giovanni Ochoa, ahora que lo pienso, que creen que tienen la sartén por el mango y pueden sacarme dinero a base de mentiras descaradas.

Pero esta podría ser la reunión más "no estamos en la misma onda" de toda mi vida.

Para empezar, estamos en *mi* territorio, literalmente, pero el hombre no podría parecer más a gusto. Está cómodo en la silla, enorme y delgado, extendido en todas direcciones a la vez. Yo, por mi parte, me siento como Pinocho, tallada en madera y manipulada por algún desconocido con una mano fría en mis entrañas.

Él espera pacientemente detrás de la máscara. Me concentro en ella para poder disociarme del hombre que la lleva puesta. Es un pasamontaña de tela negra, ajustado desde el puente de la nariz hasta la mandíbula. Oculta todo lo que podría hacerlo reconocible. Lo único que veo son los ojos. Grises, pálidos, fijos. Sin un rostro humano que los acompañe, parecen fantasmales y atormentados.

He pensado mucho en las máscaras estos dos últimos días. No solo en la suya, sino en las del mundo. Todo el mundo las lleva. Yo llevo una todos los días en la oficina: la reportera descarada e intrépida que se acuesta con cualquiera sin apegos, que ríe fuerte y libremente, y que nunca, jamás, se amedrenta. Rae nunca ha visto lo que hay debajo. Weston tampoco. Doug tampoco. Nadie lo ha visto, porque lo que hay debajo es una chica de diecinueve años en un colchón individual mirando una grieta en el techo o un calcetín gris en el suelo, y esa chica no puede existir en público.

Así que entiendo las máscaras, y las razones por las que la gente se las pone y por qué no pueden quitárselas. Entiendo la brecha entre quien le muestras al mundo y quien realmente eres cuando se apagan las luces y no queda nadie ante quien actuar.

La diferencia entre el hombre sentado frente a mí y yo es que mi máscara es invisible.

La suya es muy, muy real.

—¿Vas a hablar o no? —espeto.

—Te estaba dando tiempo para que te acomodaras —dice con tono razonable. Esa leve risita burlona acecha en el borde de su voz. Me pone los pelos de punta.

Pongo los ojos en blanco. —Si no fuera por el acoso, la agresión y las lesiones, o por los mensajes escritos con sangre en la pared de mi baño, casi te llamaría cortés —digo con todo el sarcasmo que puedo reunir.

—¿Entonces viste el baño?

—Era difícil no verlo.

—¿Y?

—¿Y *qué*? ¿Quieres una reseña? —Lo miro boquiabierta, incrédula—. Cuatro estrellas. Muy amenazante, pero tu letra es una mierda.

Exhala a través de la máscara. Puede que sea una risa. —Lo haré mejor la próxima vez.

—Preferiría que no lo hicieras. Un mensaje de REDRUM es suficiente para mantenerme el resto de mi vida.

—Qué graciosa.

Me llevo una mano al pecho. —¿Yo? Sí, soy muy graciosa. Aunque solo es un mecanismo de defensa. Imagino que tú sabes bien de qué hablo.

—No tienes ni idea —dice de una forma que me hace estremecer. Descruza las piernas y las vuelve a cruzar al revés—. ¿Cómo está el señor Wilkinson?

—Casi muerto a golpes —espeto, enfadada—. Lo van a tener en observación toda la noche porque no recordaba dónde estaba.

Al Hombre Enmascarado no parece importarle una mierda.

—Es una buena persona, ¿sabes? —continúo—. Nunca ha hecho nada para merecer lo que le hiciste.

Una llama de rabia se enciende en esos ojos grises y desalmados. —Pensó que tenía una oportunidad contigo.

—¡Eso no es un delito! —grito.

—Para mí sí lo es.

—Entonces estás delirando.

—Casi con toda seguridad —Inclina la cabeza—. Pero no lo volverá a hacer, ¿verdad? Ahora lo entiende.

No me doy cuenta de que me está provocando hasta que ya he picado el anzuelo por completo. —¿Entiende *qué*?

—Que no tiene ninguna oportunidad contigo. Que nadie la tiene. Excepto yo —Su boca se curva en una sonrisa retorcida—. A partir de ahora soy tu único cazador, zorrita.

Me levanto de un salto, y mi silla chirría al empujarla hacia atrás. —¿Cuántas veces tengo que decirte que no me llames así?

—Estás enfadada —señala el Hombre Enmascarado.

Me agarro dos mechones de pelo con las manos, a punto de arrancármelo todo. —¿Me culpas?

Él frunce el ceño, casi como si mi reacción le desconcertara. —Te dije que no fueras. No me hiciste caso, así que tenías que recibir un castigo. Al menos me contuve.

—¿Eso fue "contenerte"? ¡Prácticamente le destrozaste la cara! ¿Qué parte de enviar al hospital a un hombre inocente es "contención"?!

—Deberías verme cuando no lo hago.

Niego con la cabeza con vehemencia. —Ni hablar. Ni por asomo.

Me examina mientras me hundo lentamente en la silla y aprieto mis manos temblorosas entre las rodillas para que no pueda ver cómo tiemblo. —Te lo advertí —suspira—. Te dije que no salieras con él. Fui muy claro.

—No puedes decirme con quién ceno.

—Ya hemos tenido esta conversación.

—Y la *seguiremos* teniendo —siseo—, hasta que el mensaje te llegue a ese cráneo grueso y enmascarado.

—Admiro tu persistencia.

—Y la tuya me parece aterradora. Así que estamos en paz.

—Bueno —responde él—, entonces diría que todo va según lo previsto —Entonces algo cambia en su postura. La postura relajada se tensa cuando apoya ambos pies en el suelo y coloca los antebrazos sobre la mesa—. Muy bien —dice—. Esto ha sido divertido, pero no es por eso por lo que estoy aquí.

—Oh, bien —le espeto—. Me preocupaba que solo te gustara por la brillante conversación.

Él ignora eso. —Dime lo que sabes sobre los Lazarev.

Mantengo el rostro impasible. —¿Qué pasa con ellos?

Me señala con el dedo en señal de reprimenda. —No te hagas la tonta. Eres demasiado inteligente para eso y nos insulta a los dos —Da un golpecito con ese mismo dedo sobre la mesa—. Estás trabajando en una historia. Quiero saber qué tienes.

—¿Por qué?

—Porque necesito saber en qué lío te has metido.

—¿Con quién? ¿Contigo?

—No. Con gente que me hace parecer un Boy Scout.

Lo estudio. No bromea. El tono divertido de antes ha desaparecido por completo. —Tú primero —le insisto—. Dime quién te envió a matarme y yo te diré en qué estoy trabajando.

—Así no es como funciona esto.

—Entonces estamos en un punto muerto.

—No, no lo estamos —dice él—. Un punto muerto implica igualdad de condiciones. Tú estás sentada en tu cocina en pijama. Yo he entrado por tu ventana. Estas no son posiciones iguales.

Frunzo el ceño en una mueca. —Y, sin embargo, eres tú quien *me* pide información. Así que, ¿quién tiene realmente la ventaja aquí?

No responde. Lo tomo como una victoria.

—Esto es lo que pienso —continúo, aprovechando mi ventaja—. Creo que quienquiera que te haya enviado se está impacientando. Creo que se suponía que debías matarme y te acobardaste, y ahora estás dando vueltas. Estás aquí porque necesitas averiguar cuánto sé para poder informar a tu jefe como un buen...

—Cuidado.

—...recadero —Termino la frase de todos modos—. Eso es lo que eres, ¿verdad? El recadero estúpido y matón de alguien. Irrumpes en casas, maltratas a la gente, escribes mensajes amenazantes en las paredes. Pero en realidad no tomas ninguna decisión. Solo haces lo que te dicen. Soldadito de juguete sin cerebro.

Se queda completamente inmóvil. Sus manos, que estaban holgadamente cruzadas sobre la mesa, se cierran en puños. Veo cómo se le ponen blancos los nudillos.

—No sabes de lo que estás hablando —gruñe.

—¿No? Porque, desde mi punto de vista, es bastante sencillo. Alguien te señala algo y tú vas a buscarlo. Eres *un buen chico* y, cuando terminas, quizá te den un buen juguete para morder y una palmadita en la cabeza. Esa es toda la descripción del trabajo.

—Cállate.

—Oh, ¿he tocado un punto sensible? ¿Al gran y aterrador hombre enmascarado no le gusta que le llamen por lo que es? ¿Y si dijera...?

—He dicho *que te calles*.

—Oblígame —Cruzo los brazos—. No, en serio. Oblígame. Porque hasta ahora, lo único que has hecho es empujarme y darle una paliza a un tipo que mide la mitad que tú. En realidad, no has hecho lo único para lo que te enviaron aquí, lo que significa que o no puedes o no quieres y en cualquier caso, eso te convierte en un soldado bastante pésimo, ¿no?

Empuja la mesa, que se precipita hacia mí y me golpea la cadera. Agarro el borde para detenerla.

—No sabes una sola putada sobre mí —gruñe.

—*Au contraire,* creo que sé mucho. Sé que respondes ante alguien. Sé que esa persona está relacionada con los Lazarev. Sé que ha llegado un cadáver a la morgue del Instituto Forense de Queens que está levantando unas sospechas muy desagradables en relación con todo lo que tiene que ver con los Lazarev. Y sé que ahora mismo, en este preciso instante, estás sentado en mi cocina perdiendo los estribos porque una mujer en pijama de franela te ha llamado recadero y te ha dolido hasta en el *puto culo.*

Su respiración es pesada por encima de la máscara. No ha aflojado los puños.

—¿Qué tal voy hasta ahora? —le provoco—. ¿Estoy caliente?

—No tienes ni idea de lo caliente que estás —dice—. Y no tienes ni idea de lo peligroso que es eso.

—Verás, esa es la cuestión. No paras de decirme lo peligroso que es todo. Pero sigo aquí, ¿no?

El Hombre Enmascarado se pone de pie de un salto, rodea la mesa y me agarra por la parte delantera de la camisa. —¿Quieres que cambie eso? —me gruñe en la cara, con el aliento caliente a canela.

Mis pies se despegan del suelo. Me lleva hacia atrás hasta que mi columna se estrella contra la pared junto a la nevera. Levanta el otro puño para golpear la pared junto a mi cabeza.

—Las chiquillas con una gran bocota como tú —gruñe—, no deberían ser tan atrevidas con hombres rotos y locos como yo. ¿Lo entiendes? ¿Oyes lo que te estoy diciendo?

—Te oigo perfectamente.

—Pues, joder, actúa como tal —Aprieta con más fuerza mi camisa—. Porque no estoy cuerdo. No soy seguro. No soy tu vecino con una puta bolsa de comida para llevar y un enamoramiento de colegial. Soy lo peor que jamás ha cruzado tu puerta, zorrita, y cuanto más te retuerzas y grites, peor te irá cuando llegue el momento de que *realmente* te ponga las manos encima.

Está tan cerca que lo único que veo es la máscara. Esos ojos gris pálido clavándose en los míos desde quince centímetros de distancia.

Es enorme. Cuando está sentado, puedo fingir que esto es una especie de lucha justa. Pero aquí, con la espalda pegada a la pared y los pies separados del suelo, y su cuerpo ocupando cada centímetro de espacio disponible frente a mí, la realidad es ineludible: podría partirme por la mitad. Podría hacer lo que quisiera y no hay nada que yo pueda hacer para detenerlo.

Mis manos se aferran a su antebrazo con la ridícula pretensión de zafarme de su agarre, aunque ambos sabemos que eso es imposible. Lo único que consigo es recordar los músculos marcados bajo la manga de su chaqueta y el calor de su piel a través de la tela.

Una vez más, me inunda El Miedo. Y con él llega su nuevo compañero: *El Deseo.* Un hambre enfermiza, indeseada e innegable.

La presión de su cuerpo contra el mío.

La impotencia de estar aquí colgada.

El dominio lujurioso y animal de que alguien me empuje contra la pared, alguien que podría aplastarme y no lo hace... *todavía.*

—¿Ya has terminado? —digo con tono arrastrado, impregnando mi voz de toda la indiferencia que poseo.

En algún lugar recóndito de mi mente, suena una alarma silenciosa. *Conozco* este juego en el que de repente me he visto envuelta. Lo he leído en esas novelas románticas oscuras que finjo consumir solo

por ironía. Todos sabemos lo que le pasa a la heroína con la bocota que empuja y empuja y empuja, no porque quiera que el monstruo se vaya, sino porque necesita que el monstruo *se quede*. Para que la empuje a ella. Para abrirse paso, porque ella no puede abrir la puerta por sí misma.

No puedo abrir la puerta por mí misma.

Esa es la fría y dura realidad, ¿no? Ya no sé cómo pedir lo que quiero. No sé cómo decir *tócame* o *abrázame* o *me estoy ahogando y necesito que alguien me saque de aquí.* La versión de mí que podía pedir esas cosas, si es que alguna vez existió, está atrapada dentro de una de esas habitaciones cerradas con llave en mi corazón. Lleva ahí cinco largos y solitarios años.

Así que, en su lugar, provoco, pincho, me burlo, grito, rechino los dientes y desafío a este acosador a que sea un hombre y *haga* algo al respecto, porque si *él* consigue abrirse paso, entonces yo no tengo que pedirlo.

Él mismo derribará la puerta de una patada.

Soy consciente de que esto no es sano. Estoy usando a un intruso enmascarado como una especie de cerrajero psicológico. Cualquier terapeuta medianamente decente se lo pasaría en grande con esto.

Pero la conciencia y el control son dos cosas muy diferentes. Ahora mismo, tengo mucha de lo primero y ni una pizca de lo segundo.

El Hombre Enmascarado observa cómo mi mente da vueltas. Entonces sus ojos cambian. La rabia se desvanece y algo más ocupa su lugar. Esa diversión resurge, brillante y ardiente, y muy satisfecha de sí misma.

—¿Sabes qué es lo interesante, zorrita? —murmura—. Si soy tan malvado y me detestas tanto… ¿por qué no has llamado a la policía?

Voy a responder, pero de repente se me congela la garganta. Él lo ve y *lo sabe.*

—Tienes un teléfono. Tienes vecinos. Tienes una voz que se oye lejos... créeme, te he oído usarla —Inclina la cabeza para mirarme desde un nuevo ángulo—. Pero no has gritado pidiendo ayuda. Ni una sola vez. Ni siquiera lo has intentado.

Trago saliva.

—¿Por qué? —me provoca—. ¿Eh?

No tengo una respuesta. Tengo cien respuestas, pero ninguna de ellas es la correcta, y él lo *sabe*.

—Sí. Eso es lo que pensaba —Su rostro se estira en una sonrisa maliciosa.

Su mano libre se desliza de la pared junto a mi cabeza. Creo que va a soltarme.

Pero no es eso lo que pasa.

En cambio, su mano se desliza hacia abajo y se sumerge dentro de la parte de abajo de mi pijama y de la ropa interior que llevo debajo. La yema de su dedo recorre mi sexo y me encuentra desnuda y húmeda. Suelto un sonido por el que me odiaré hasta el día de mi muerte.

No mueve la mano después de eso. Es un paso más allá de lo que hizo anoche. Ya hemos pasado la ropa, pero aun así, él la mantiene ahí, acariciándome, sintiendo lo que mi cuerpo ha estado haciendo todo este tiempo mientras mi boca fingía que no.

Luego retira la mano.

Levanta los dedos entre nosotros. Están relucientes. Los mira, luego me mira a mí. A continuación, sin apartar la mirada, se lleva dos dedos a la boca y se los lame hasta dejarlos limpios.

—Esto, Srta. Pierce, no sabe a miedo.

## 14

# JILLIAN

*"Quiero follarte como un animal. Quiero sentirte desde dentro"*

*—Traducción de un fragmento de "Closer", de Nine Inch Nails*

EL BRILLO nítido de sus dedos.

El destello rojo de su lengua entre ellos.

El gris pálido de sus ojos.

El negro, negro, negro de su máscara.

—Di la palabra y me iré —murmura—. Saldré por la ventana y tú la cerrarás con llave tras de mí y mañana fingirás que esto nunca ha pasado. Igual que la última vez.

No digo nada.

—O —continúa—, no digas nada en absoluto. Y yo *no* me voy.

Mi respiración es entrecortada. Mis dedos siguen aferrados a su antebrazo. Puedo sentir los tendones rozando y palpitando bajo su piel. Estamos llegando a un punto de ruptura, pero aún está por ver si es él quien se rompe o soy yo...

…hasta que hablo.

—Solo… no te quites la máscara —susurro.

El Hombre Enmascarado se queda muy quieto. Sus ojos buscan los míos. —¿Qué has dicho?

—La máscara se queda puesta —Tengo la garganta seca—. Esa es mi condición. Lo único que te pido. No te la quites.

No puedo explicar del todo por qué digo esto. Si lo hiciera, probablemente sería algo así: si veo su rostro, se convierte en una persona, y si se convierte en una persona, entonces esto es real, y si esto es real, entonces tengo que sentirlo, y si tengo que sentirlo, entonces me desmoronaré por completo.

La máscara lo convierte en nadie. Es la única forma en que esto funciona.

Asiente una vez. —Se queda puesta.

Luego me baja hasta que mis pies tocan el suelo, pero no me suelta. Su mano sigue agarrada a mi camisa, justo sobre mi esternón. Me hace retroceder, alejándome de la pared, hacia el espacio abierto de la cocina. Mis pies descalzos tocan las frías baldosas.

Allí, se detiene y me mira desde arriba. Yo le miro a él.

—Ponte de rodillas, zorrita —dice.

Me hundo. Mis rodillas golpean el suelo helado y luego me siento sobre los talones, mirándolo como lo hice aquella primera noche, salvo que ahora todo es diferente. Esa noche, me arrodillé porque él me lo ordenó y estaba aterrorizada.

Esta noche, me arrodillo porque este es el único lugar en el que ya me siento segura.

Se agacha frente a mí. Su mano enguantada se eleva y me acaricia el lado de la cara. —Estás temblando —dice—. ¿Tienes miedo?

Trago saliva y asiento. —Sí.

—¿De mí?

—Sí —digo con voz ronca—. Pero también de mí misma.

Se quita el guante con los dientes. Ahora tiene la piel desnuda. Su pulgar recorre mi pómulo, pasa por las pecas que hay allí y baja hasta mi mandíbula. Su mano es enorme, cálida y áspera, llena de callos.

—Túmbate —murmura.

Me dejo caer al suelo de la cocina. Las baldosas están frías a través de mi camiseta. Puedo ver la parte de abajo de la mesa, las patas de ambas sillas. La luz del techo lo deja todo demasiado a la vista. Él se hunde entre mis piernas y yo las dejo caer abiertas, y la vulnerabilidad de ese gesto casi me transporta a otro lugar, ese techo, esa grieta, ese calcetín gris solitario junto a la puerta, hasta que...

—Oye. *Oye.* Mírame —Su mano está en mi barbilla, girando mi rostro hacia él—. Quédate aquí. Justo aquí conmigo.

Miro la máscara y, poco a poco, el miedo se desvanece. No es el de antes. No es nadie.

La máscara lo demuestra.

—Vale —susurro—. Vale. Estoy aquí.

Engancha los dedos en la cintura de mi pantalón de pijama y me los baja por las caderas. La ropa interior se va con ellos. El aire frío me hace estremecer, pero su mano ya está en mi rodilla, presionándola hacia abajo y abriéndola. Se quita el otro guante. Ahora tiene las dos manos desnudas. Me agarran la parte interior de los muslos y me los separan.

—Dios mío —dice entre dientes, mirándome—. ¿Tienes idea de cómo estás ahora mismo? ¿Tienes ni idea de lo jodidamente radiante que

estás?

Me acerca a él tirándome de las caderas hasta que mis muslos le rodean la cintura. Él sigue completamente vestido: chaqueta, vaqueros, botas, mascarilla. Yo estoy desnuda de cintura para abajo, con una camisa de franela descolorida y nada más debajo. Es mejor así. Él es el que va cubierto. Yo soy la que está al descubierto.

Él es quien tiene el control.

No tengo que elegir nada.

Su pulgar traza una línea lenta desde mi rodilla hacia abajo por la parte interior de mi muslo. Me estremezco cuando llega al pliegue donde mi muslo se une con la cadera. Se detiene allí, dando vueltas, dando vueltas, sin tocarme donde necesito que lo haga.

—Pídelo —dice.

—No.

Con un encogimiento de hombros, *aleja* el pulgar, vuelve a subir por mi muslo, ligero como una pluma, casi imperceptible. Una retirada. Una privación.

—Así no es como funciona esto, zorrita —Su voz es una reprimenda susurrada, casi suave, lo cual es peor que si estuviera gruñendo—. No puedes tumbarte en mi suelo con las piernas abiertas y fingir que no quieres esto. Esa puerta se cerró en el momento en que te arrodillaste.

—Que te jodan.

Su mano abandona mi piel por completo. El frío invade el lugar donde estaba su calor y jadeo ante la pérdida, lo cual es humillante, lo cual, supongo, es el objetivo. Se sienta sobre los talones y me mira, extendida, semidesnuda, jadeando, y *espera*.

—Ahí está esa boca otra vez —dice en voz baja—. Me gusta tu boca. Me gusta mucho. Pero ahora mismo, es lo único que se interpone

entre lo que necesitas y tú —Se lame el labio inferior—. Así que te lo preguntaré una vez más. Y, si dices que no, te subiré el pijama y desapareceré, y podrás pasar el resto de la noche en este suelo sola, recordando cómo se sentían mis manos. Tú decides.

El silencio se alarga. Mi pecho se agita. Siento cómo me *late* donde me acababa de tocar, y la ausencia me resulta tan agonizante como el contacto.

—Pídelo con amabilidad, zorrita.

*Puertas cerradas que se abren de golpe.*

*Cadenas que se rompen. Cerrojos que se desmoronan. Pomos que giran.*

*El Miedo se va.*

*El Deseo permanece.*

—P-Por favor… —Se me escapa antes de que pueda evitarlo—. Por favor, solo…

Con una risa diabólica, el Hombre Enmascarado me da lo que prometió. Como el buen tipo que es, ni siquiera me deja terminar la frase. Su pulgar recorre mis pliegues y presiona directamente contra mi clítoris, y yo me levanto del suelo con un gemido ahogado. Frota en círculos lentos y firmes, sin apartar la mirada de mi rostro en ningún momento. Busco algo a lo que agarrarme, encuentro su antebrazo y me aferro a él.

—Ahí está —murmura—. Ahí está mi chica.

No deja de repetir esa frase una y otra vez. *Ahí está mi chica. Ahí está mi chica. Ahí está mi chica.* Es como si supiera que necesito algo que me ancle, y esas son las palabras mágicas.

Me aferro a ellas mientras me estimula con el pulgar. Mientras tanto, su otra mano separa las dos mitades de mi camisa de franela, dejando al descubierto mi vientre, mis costillas. No pide permiso

antes de que su palma cubra mi pecho. Aprieta, acaricia, encuentra el pezón y lo pellizca entre dos dedos. Arqueo la espalda. Lo hace de nuevo, con más fuerza, y yo emito otro gemido agudo.

Su pulgar desaparece y dos dedos se introducen en mí. Ya estoy tan empapada que no hay resistencia alguna. Es un deslizamiento suave, un breve pinchazo mientras me estiro, y luego...

—Oh, mierda.

Grito y mis caderas se arquean contra su mano. Él curva los dedos hacia arriba y acaricia mi punto G. Es como si estuviera pulsando un botón secreto y todo mi cuerpo, de la cabeza a los pies, respondiera apretándose alrededor de ese punto de medio centímetro, todo mi ser compactándose para encontrarse con él allí.

Retira los dedos y yo gimo; los vuelve a introducir y yo gimo. Repite. Repite. Repite. El sonido de la humedad, de *mí,* llena la cocina, y estoy a punto de *perder el control por completo.*

Se está acumulando rápido. Tan increíblemente rápido. Me tiemblan las piernas y se me contrae el estómago y necesito... necesito...

Agarro su mano libre. Me deja cogerla y la subo por mi cuerpo y la presiono contra mi garganta.

Con un gruñido hambriento, aprieta con fuerza y el flujo de sangre a mi cabeza se restringe, el mundo se vuelve borroso, nada más importa salvo esto, él, aquí, ahora, este frío suelo de la cocina y mi deseo líquido y su mano dentro de mí, alrededor de mi garganta, todo lo que alguna vez ha importado, todo a la vez…

—Eso es —me anima—, córrete para mí, derrámate para mí, mi jodida perfecta...

No oigo el resto. El orgasmo me embiste y grito contra el agarre en mi garganta. Todo mi cuerpo se tensa y siento la avalancha, caliente y repentina, cubriendo su mano, su muñeca y las baldosas debajo de mí. Él no se detiene. Me penetra con los dedos mientras yo me

esfuerzo como si me empujaran a través de un agujero negro y tiemblo y lo empapo hasta que estoy jadeando y agotada, con las piernas abiertas y flácida.

Poco a poco, retira la mano de mi garganta. Abro los ojos porque, sin él ahogándome y tocándome, siento frío.

Es entonces cuando levanto la vista y me doy cuenta de algo: estamos muy lejos de haber terminado.

Sigue arrodillado entre mis piernas. Mientras lo observo, sus ojos grises se oscurecen y se endereza más. Sus manos se dirigen a su cinturón. La hebilla tintinea mientras la desabrocha, luego el botón, luego la cremallera. Mete la mano y se libera.

No puedo apartar la mirada.

Es tan grueso como mi muñeca, duro y enrojecido, con la punta ya resbaladiza y goteando líquido preseminal. Envuelve la base con el puño y lo acaricia hacia arriba, lentamente, apretando la punta antes de volver a bajar.

Sigo temblando por las réplicas del orgasmo, así que hablar es imposible. Lo único que puedo hacer es ver cómo se mueve su mano. Arriba. Abajo. Gira la punta. De nuevo abajo.

No tiene prisa. Está montando un espectáculo y lo sabe.

—Mírate —dice con voz ronca, apretando el puño al subir—. Empapada en el suelo de tu propia cocina. Tus propios fluidos resbalando por tus muslos. Te has corrido tan fuerte que todavía tiemblas y lo único en lo que puedes pensar es en meterme en la boca. Lo veo. Ni se te ocurra mentir o disimularlo. Está ahí mismo: tu lengua acaba de moverse con solo pensarlo —Vuelve a empujar hacia abajo—. Sé en qué has estado pensando. Pero ¿quieres saber en qué he estado pensando yo desde la primera noche que entré por esa ventana? En esto. Exactamente en esto. En ti debajo mío, destrozada, chorreando, suplicando. He estado pensando en lo que está a punto de pasar —Su pulgar rodea la punta y su respiración se

vuelve más pesada—. Cómo me hundiré tan profundo que sentirás mi polla en cada centímetro de ti. Te reordenaré a mi gusto. Te follaré hasta que la única palabra que quede en esa boquita malcriada sea *"por favor"* —Aprieta con más fuerza, bombea más rápido durante dos embestidas, y luego se obliga a reducir el ritmo —. Y tú lo dirás. No finjas que no lo harás. Ya lo has dicho una vez esta noche. Lo volverás a decir. Lo dirás cada puta vez que te lo diga, porque eso es lo que hacen las chicas buenas cuando por fin son sinceras sobre sus deseos —Su mano libre encuentra la parte interna de mi muslo y la aprieta—. Y tú lo deseas, zorrita. ¿Verdad? *¿Verdad?*

Se inclina, apoya las manos a ambos lados de mi cabeza y se alinea. La punta de su polla presiona contra mí, sin empujar todavía, solo descansando ahí, caliente y pesada, y creo que esto es lo más cerca que he estado nunca de un verdadero colapso psicótico. Todas las cosas que me hacen *ser yo* han sido arruinadas y dejadas de lado. Soy un cuerpo, no una persona.

Y mi cuerpo quiere el suyo.

—Mírame —me ordena.

Miro la máscara.

—Dime que pare y pararé. ¿Lo entiendes?

—Sí.

—Repítemelo.

—Si te digo que pares, paras.

—Buena chica.

Entonces, me penetra.

Han pasado cinco años. Mi cuerpo se resiste… y luego deja de hacerlo. Lo hace despacio, penetrándome centímetro a centímetro, y la sensación de estiramiento es abrumadora, no dolorosa,

exactamente, solo *intensa*, demasiado y a la vez insuficiente. Agarro su chaqueta con ambas manos y tiro de ella, intentando acercarlo más a mí, intentando afianzarme en algo sólido. Se muerde el labio mientras se hunde hasta el fondo, hasta que nuestras caderas se unen.

Se queda ahí, hundido hasta el fondo, sin moverse. Todo mi cuerpo se tensa a su alrededor. No puedo respirar, no puedo pensar y no puedo hacer nada más que agarrarme a su chaqueta y existir.

Entonces se retira lentamente y vuelve a empujar. Afuera, luego adentro. Afuera, luego adentro. Cada embestida llega hasta el fondo y, tal y como prometió, lo siento en la columna, en los dientes, en las raíces del pelo.

No se parece a nada que haya experimentado antes. Ni de lejos. Es total y absorbente. Soy consciente de cada punto en el que su cuerpo se une al mío.

Sus caderas contra la parte posterior de mis muslos.

Sus manos rodeándome la cabeza.

El tejido áspero de sus vaqueros contra mi piel desnuda.

El peso, la presión y el calor especiado de su cuerpo sobre mí, dentro de mí, por todas partes.

—Te sientes... —Empuja con más fuerza, un golpe de caderas que me hace ver las estrellas—. Mierda. Te sientes *irreal.* Tu coño me está ordeñando, zorrita. Estás palpitando a mi alrededor.

Me arranca gemidos enloquecidos uno tras otro. Ninguno de ellos tiene ningún sentido, salvo por el hecho de que tienen *todo* el sentido del mundo: son para él y solo para él.

El Hombre Enmascarado.

Mi acosador, mi sombra, mi aspirante a asesino, follándome hasta el olvido con la mirada nublada.

Se apoya en los codos, lo que coloca su rostro enmascarado justo encima del mío, esos ojos grises clavados en mí, y la intimidad de ello, el contacto visual sostenido e ininterrumpido mientras se mueve dentro de mí, de pronto es más de lo que puedo soportar. Puedo ver demasiado en sus ojos y él puede ver demasiado en los míos. Si me quedo aquí un segundo más, voy a quebrarme de una forma que no podré recomponer.

Aprieto las manos contra su pecho y lo empujo. Se detiene a mitad de la embestida.

—¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño?

—No. No, es solo que... Dame la vuelta. Necesito... No puedo…

Me escabullo, me retuerzo debajo de él y ruedo hasta quedar boca abajo, luego me levanto hasta ponerme a cuatro patas. Las baldosas están mojadas bajo mis palmas ahora, por mi sudor y mis fluidos.

—¿Qué coño estás haciendo? —Ahora suena enfadado. Su mano me agarra la cadera—. Mírame.

—No puedo —Mis dedos se curvan contra el suelo—. Por favor. Así... así. Por favor. Lo necesito así.

—Necesitas que te folle donde no puedas verme.

—Sí.

Una larga pausa. Aprieta más fuerte mi cadera.

—Te vas a arrepentir de eso —me advierte—. Porque ahora no tengo por qué ser delicado.

Sus dos manos me agarran por las caderas y me penetra con fuerza. Grito, mis codos se doblan y mi frente cae sobre las frías baldosas. El ángulo es más profundo así. Me llena por completo con cada embestida y yo lo acepto, todo, con la cara pegada al suelo y los dedos extendidos contra las baldosas.

—¿Esto es lo que querías? —Se retira hasta la punta y se empuja hacia delante—. ¿Esconderte de mí?

Gimo contra el suelo.

—Respóndeme.

—Sí…

—Pues tómalo. Si quieres que te folle como a un animal, eso haré.

Es un hombre de palabra, porque empieza a follarme tan fuerte que parece que fuera a atravesar el suelo si pudiera.

—Más fuerte —jadeo.

Me lo da. Me ahogo con el impacto y empujo hacia él, encontrándome con él, queriendo más. Una de sus manos abandona mi cadera y se clava en mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás, alejándola de las baldosas.

—¿Quieres esconderte? Vale. Escóndete. Pero tu cuerpo no puede mentirme, zorrita —Se clava hasta el fondo y se queda ahí, frotándome, y siento cada centímetro de él presionado contra mi cérvix—. Siento cómo me aprietas. Cada vez que abro la boca, tu coño se aprieta más. Te estás excitando con esto, ¿verdad? Te *gusta* que te diga obscenidades. Y te *encanta* estar boca abajo en el suelo, siendo follada por un hombre cuyo nombre ni siquiera conoces.

Se retira y se lanza hacia delante y yo grito.

—Estás chorreando por mi polla. Hay un charco en el suelo debajo de ti. Lo sabes, ¿verdad? Estás dejando un puto desastre por mí y te encanta. No te lo he pedido con amabilidad y eso te encanta. Te encanta que me haya colado por tu ventana, te haya puesto de rodillas y te haya hecho suplicar, porque nadie más se ha atrevido nunca a hacer eso, ¿verdad? Nadie más te ha mirado nunca y ha visto lo que yo veo.

Su puño se aprieta en mi pelo. Sus caderas aceleran el ritmo.

—Te veo por completo, Jillian Pierce. Las partes que le muestras al mundo y las que no, las que has encerrado bajo llave. Las veo y las quiero todas y cada una. Dámelas. Te quiero salvaje, te quiero tierna y te quiero *arruinada*, y me lo vas a dar todo, porque ya lo estás haciendo. Ahora mismo. En este suelo. Me lo estás dando todo y no puedes parar.

*No puedo* parar. Tiene razón. El segundo orgasmo se va acumulando sin que yo pueda evitarlo, una punzada aguda de calor abrumador en lo más profundo de mi vientre que se expande rápidamente hacia fuera.

—Córrete —me ordena—. Te guste o no, te vas a correr sobre mi polla. Ahora. Demuéstramelo.

Implosiono. Mis brazos se rinden por completo y caigo de bruces; él me sigue y se tumba sobre mí, aún dentro de mí, con las caderas temblando mientras yo me contraigo, pulso y nos empapo a los dos de nuevo.

Él ruge mientras se retira de mí, y aunque no tengo fuerzas para levantar la vista, oigo el sonido húmedo de sus embestidas y luego…

Cordones calientes y espesos caen sobre la parte baja de mi espalda, subiendo por mi columna vertebral. Se corre sobre mí más de lo que jamás creí posible, en chorros largos y densos que se acumulan en el hueco de mi espalda y gotean por mis costados.

Se masturba hasta el final. Siento el último latido caer cálido entre mis omóplatos.

Tengo la mejilla pegada a las baldosas de la cocina. Su semen se enfría en mi espalda. Puedo oírlo respirar sobre mí, entrecortado, pesado, cada vez más lento.

Luego me quita su peso de encima y siento que el aire entra a raudales donde antes estaba su cuerpo.

No me levanto, me arrastro. A cuatro patas, con la parte de abajo del pijama todavía enredada en un tobillo. Llego hasta la pared junto a la nevera y me siento con la espalda apoyada en ella. Me llevo las rodillas al pecho, las rodeo con los brazos y me aferro a ellas con todas mis fuerzas.

Han pasado cinco años desde que alguien me tocó. Cinco años desde ESA NOCHE, la que dividió mi vida en un *"antes"* y un *"después"*. Pasé esos años sobresaltándome, mintiendo y durmiendo con las luces encendidas, mientras me repetía a mí misma que estaba bien, que me estaba recuperando, que estaba mejorando.

¿Y así es como rompo la sequía?

¿Boca abajo en el suelo de mi cocina? ¿El semen de un desconocido enmascarado secándose en mi espalda? ¿Un charco de mi propia creación debajo de mí?

Al otro lado de la cocina, oigo el tintineo de una hebilla de cinturón, el chirrido de una cremallera. Levanto la vista y veo que está de pie junto a la mesa, subiéndose los vaqueros por las caderas y abrochándose el botón. Sigue con la máscara puesta. Su pecho sube y baja bajo la chaqueta oscura.

—¿Vas a matarme ahora? —susurro con voz ronca. Sueno como si hubiera estado gritando, lo cual supongo que he hecho. Más o menos.

Termina de abrocharse el cinturón y me mira, sentada allí contra la pared con todo lo que alguna vez he ocultado escrito en mi rostro.

Se agacha y recoge algo del suelo. No puedo ver qué es, pero lo da vueltas en la mano, mirándolo. Luego me lo lanza. Aterriza a mi lado con un ruido sordo. Miro hacia abajo y veo mi Taser rosa.

—Puede que la necesites —sugiere, con un tono que parece burlón —. La próxima vez, no falles.

Se dirige a la ventana, la abre y pasa una pierna por encima del alféizar. Se detiene allí, a medio entrar y a medio salir y me mira una vez más.

No digo nada. No me queda nada que decir.

Suspira y desaparece de mi vista. La cortina se agita una vez y se queda quieta.

Me quedo sentada en el frío suelo de la cocina y no me muevo durante mucho tiempo.

# 15

# KIR

*"No puedo ahogar a mis demonios, saben nadar"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Can You Feel My Heart", de Bring Me the Horizon*

LA ESCALERA de incendios cruje bajo mis botas mientras salto los últimos metros hasta el callejón. Mis rodillas absorben el impacto y me quedo agachado un segundo, con la frente apoyada en la fría barandilla metálica, respirando.

Me quito la máscara y la meto en el bolsillo. El aire nocturno me azota la cara y me quedo allí de pie en el callejón, entre dos contenedores de basura, oliendo a basura, a lluvia y al tenue rastro de ella que aún se aferra a mi piel.

Me la follé.

Me follé a la mujer a la que mi padre me dijo que matara.

Empiezo a caminar sin rumbo fijo. Necesito moverme, de cualquier forma, en cualquier dirección, porque si me quedo quieto, tendré que asimilar lo que acaba de pasar, y no estoy preparado para eso.

Mis piernas me llevan hacia el este, hacia el río, hacia ningún sitio en concreto.

Mi padre la quiere muerta. Ese es el trabajo. Es jodidamente blanco o negro. Lukas Lazarev señaló a Jillian Pierce y dijo: *Deshazte de ella*. Pero en lugar de meterle una bala o un cuchillo en la garganta, o cualquiera de la docena de métodos limpios que me enseñaron antes de que pudiera conducir legalmente, la tumbé en el suelo de su cocina y me la follé hasta que ninguno de los dos pudiéramos ver con claridad.

*Menuda* solución.

Mientras cruzo Ámsterdam, un taxi me pita cuando me meto en el tráfico sin mirar. No me inmuto. Sabe que no debe atropellarme. Además, ¿por qué se molestaría siquiera? ¿Qué sentido tiene matar a un hombre que ya está muerto por dentro?

Las cuentas empeoran por momentos. Cada día que ella sigue viva es un día en que la paciencia de Lukas se agota. Si es Afon quien se cuela por la ventana de Jillian en lugar de mí, entonces toda esta farsa se va a la mierda. Afon no le dará a elegir. No se detendrá cuando ella le diga que pare.

He estado en habitaciones cuyas paredes necesitaban ser pintadas después de que Afon acabara con ellas. No es una vista agradable. Solo de pensar que le haga eso a Jillian, se me revuelve el estómago. Dejo de caminar, me inclino, apoyo las manos en las rodillas e intento no vomitar.

Incluso ahora, todavía puedo sentirla, el abrazo de su cuerpo a mi alrededor. El gemido que soltó cuando la penetré por primera vez… Sonó como una cerradura que se abre tras años de óxido.

Y luego se arrastró hasta la pared, se acurrucó y *tembló*. La expresión de su rostro…

Me enderezo y sigo caminando. Soy hijo de mi padre. Eso es lo que dice todo el mundo. Un arma. Una herramienta. Un objeto

contundente que sigue órdenes y no hace preguntas y que, bajo ningún concepto, desarrolla sentimientos hacia el objetivo.

He fallado en todos los aspectos.

Mi teléfono vibra en el bolsillo. Ya sé quién es antes de sacarlo. Solo hay una persona que me envía mensajes a las tres de la madrugada, y no lo hace para preguntarme cómo me ha ido el día.

**LUKAS LAZAREV**

*-¿Ya está hecho?*

Dejo de caminar. Estoy en una manzana que no reconozco, en algún lugar entre Amsterdam y el río, de pie bajo una farola estropeada que no deja de parpadear. Miro hacia atrás, por donde he venido. Desde aquí no veo el edificio de Jillian, pero sé en qué dirección está y sé cuál es su ventana. Ahora estará a oscuras. Quizá siga sentada en el suelo de la cocina. O quizá esté en la ducha, frotando la pared o su piel, como hace la gente cuando intenta quitarse algo que no es suciedad.

O quizá esté dormida. Con las luces encendidas, probablemente. No puedo culparla.

Vuelvo a mirar el mensaje de mi padre. Las opciones son bastante claras. Puedo decirle la verdad: *No, papá, no está hecho. Me la he tirado en el suelo de su cocina y ahora estoy vagando por las calles de la ciudad como un perro callejero porque no puedo irme a casa, no puedo volver con ella y ya no sé qué coño estoy haciendo.*

Sí, eso le sentaría de maravilla.

O podría mentir. Otra vez. Ganarme otro día, quizá dos, antes de que la correa se acorte y Afon reciba la llamada.

Escribo con el pulgar.

*-No estaba en casa. Tendré que volver a intentarlo mañana.*

*Será solucionado.*

Lo releo. Suena bastante plausible. Los objetivos no siempre están donde esperas que estén. Sucede. Incluso Lukas lo aceptaría, por muy a regañadientes que fuera.

La respuesta llega casi de inmediato.

**LUKAS LAZAREV**

*-Más te vale.*

## PARTE II

# REGLAS DEL JUEGO

## 16

# JILLIAN

*"Llevando la cara que guarda en un frasco junto a la puerta. ¿Para quién es?"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Eleanor Rigby", de The Beatles*

Me despierto en el suelo de la cocina con la mejilla pegada a las baldosas. Tengo una costra de baba seca en la comisura de la boca y el cuello torcido en un ángulo que me va a doler durante días. La parte de abajo del pijama sigue enredada alrededor de mi tobillo.

Se ha ido.

Lo sé incluso antes de mirar. La ventana está cerrada, la cortina está quieta y la cocina está grisácea con la luz de la madrugada. Haciendo una mueca de dolor, me levanto del suelo con la ayuda de la nevera a modo de muleta. Me tambaleo hasta el baño con unas piernas que no parecen estar del todo conectadas a mi cerebro. No miro la pared de la ducha. Ya sé lo que hay allí. Abro el grifo al máximo y me meto dentro.

Me froto con el gel de baño de *Byredo* y una toallita hasta que mi piel queda enrojecida y en carne viva en todos los lugares a los que puedo llegar. Mi cuello, donde estaba su mano. Mis muslos. Mi estómago. La parte baja de la espalda. Me froto metódicamente, sección por sección.

Me resulta demasiado familiar.

Porque ya lo he hecho antes.

Hace cinco años, en el baño común de una residencia a las tres de la madrugada, me quedé bajo un agua igual de caliente e hice lo mismo. El mismo frotado. El mismo orden. Primero el cuello, luego hacia abajo. Recuerdo las zapatillas de ducha que llevaba, unas chanclas de goma baratas de CVS, y cómo el agua salía gris turbia por el rímel que no me había quitado antes de la fiesta. Recuerdo que pensé que, si conseguía limpiarme lo suficiente, sería como si nunca hubiera pasado.

No funcionó entonces. No funciona ahora.

Salgo. Me seco con la toalla. Me lavo los dientes dos veces. Luego me siento ante el tocador de mi dormitorio y me maquillo. Prebase. Base de maquillaje. Corrector debajo de los ojos, que están hinchados y con un ribete rojo. Polvos fijadores. Bronceador. Colorete. Relleno de cejas, trazos cuidadosos. Sombra de ojos, tonos neutros, nada dramático. Delineador de ojos. Rímel. Perfilador de labios. Pintalabios. Fijador. Volver a aplicar.

Para cuando termino, la mujer del espejo parece arreglada. Profesional. Elegante. Parece alguien que ha dormido ocho horas en una cama, se ha despertado con el despertador y ha tomado café mientras leía las noticias en el móvil.

Parece alguien a quien *no* le pasan cosas confusas.

Cojo el metro para ir al trabajo. Sostengo mi bolso en el regazo y miro las puertas, no miro a nadie y nadie me mira a mí.

En el trabajo, soy un robot sin mente, tan útil como el ficus de la entrada. Estoy tomando mi segunda taza de café cuando la puerta de Doug se abre de par en par.

—Pierce. ¿Tienes un minuto?

—¿Tengo otra opción?

—No.

Cojo mi cuaderno por costumbre y cruzo la oficina hasta su despacho. Doug está sentado detrás de su escritorio, con las gafas de lectura subidas a la frente y un bolígrafo rojo detrás de la oreja. Tiene una pila de hojas impresas delante y un panecillo a medio comer sobre una servilleta.

—Cierra la puerta —me ordena.

La cierro.

—Siéntate.

Me siento.

—Lazarev —dice—. ¿En qué punto estamos?

—Estamos... avanzando.

Se quita las gafas de la frente y las deja sobre el escritorio. —¿Te parezco un idiota, Pierce?

Trago saliva. —No, señor.

—Bien. No lo soy. Si *fuera* un idiota, diría que esa es una información muy útil y te dejaría marchar. Como, de hecho, no soy un idiota, te pediría que me trataras como tal y me dieras un poco más de información que "estamos avanzando".

Me reiría si tuviera energía, pero como no la tengo, le dedico un asentimiento inusualmente nervioso e intento recordar en qué punto del infierno se encuentra esta historia. —Ochoa ha desaparecido. Por

completo. No devuelve las llamadas, no responde a Signal, nada. Fui al restaurante para nuestra cita programada y no apareció.

—Así que se ha echado atrás. Te lo dije...

—No es que se haya echado atrás, Doug —insisto, inclinándome hacia delante para agarrarme al borde de su escritorio—. El tipo estaba *listo*. Se puso en contacto *conmigo*. Tenía documentos, tenía fechas, tenía... —Me detengo e intento simplificarlo—. Le ha pasado algo.

Doug coge el bolígrafo rojo y lo golpea contra el escritorio un par de veces. —¿Puedes demostrarlo?

—Bueno… todavía no.

—Me lo imaginaba. ¿Qué más tienes?

—He estado revisando los registros corporativos. Lazarev Global tiene al menos catorce sociedades ficticias registradas en tres estados y dos jurisdicciones extraterritoriales. La estructura en capas es intencionada. Nadie construye una estructura así para vender inmuebles.

—Es interesante —dice con prudencia—. Sin embargo, no es noticia —Deja el bolígrafo sobre la mesa—. Jillian, te he defendido en esto. A cambio, lo que me estás dando es una fuente desaparecida y unas cuantas sociedades de responsabilidad limitada de Delaware que probablemente tengan todos los multimillonarios y sus madres. Esto es lo que tengo para ti: fin de año.

Parpadeo. —¿Qué?

—Fin de año —repite—. Ya casi es diciembre, así que eso te da más o menos un mes y pico. Tráeme algo que pueda llevar arriba, algo que al menos *sugiera* que lleva a algún sitio real, y seguiremos adelante. Si para entonces no lo tienes, te voy a sacar del caso y se lo daré a Bartlett.

—Doug, no puedes...

—Oh, lo siento —dice con sarcasmo—, ¿ahora eres tú la editora? ¿Deberíamos cambiar de sillas? —Resoplando, se recuesta en el asiento y me mira con el ceño fruncido—. Puedo y lo haré. Bartlett lleva dos años husmeando en el crimen organizado. Mataría por este encargo.

—Bartlett no sabría investigar ni una multa de aparcamiento —le espeto injustamente.

A Doug no le importa. Se encoge de hombros, coge su panecillo y le da un mordisco desordenado. —Pues adelántate a él. Fin de año, Pierce. El reloj no se detiene.

Me levanto. —Lo conseguiré —digo.

—Sé que lo harás —dice, con la atención fija en su panecillo—. Por eso no te voy a sacar del caso ahora. Pero no me falles.



LLEGO a casa poco después de las siete. El paseo desde el metro es frío y mantengo las llaves entre los dedos y los ojos fijos en cada sombra. El vestíbulo está vacío. Las escaleras están vacías. El pasillo está vacío.

Mi apartamento no lo está.

Está sentado en la mesa de mi cocina, con sus ojos claros observándome con calma. Me quedo en la puerta con el bolso al hombro y las llaves aún en la mano, como garras.

—No podía estar lejos —explica.

Cierro la puerta detrás de mí y dejo caer el bolso al suelo.

## 17

# JILLIAN

*"Oh, cuanto menos sepa, mejor"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "The Less I Know the Better", de Tame Impala*

—Tienes que irte —le digo.

El Hombre Enmascarado no se mueve. Mantiene las manos sobre la mesa, con los dedos entrelazados, mientras me mira como si no tuviera ningún otro lugar en el mundo donde estar.

—Lo digo en serio —insisto—. No puedes simplemente... no puedes seguir apareciendo por aquí.

Nada. Ni una palabra. Ni un cambio en su postura. Esos ojos grises permanecen inexpresivos e inmóviles a través de los agujeros de la máscara negra.

Dejo caer las llaves sobre la barra con un fuerte estruendo. Cruzo los brazos, luego los descruzo, y como no sé qué hacer con las manos, me las meto en los bolsillos del abrigo.

—¿Por qué has vuelto? —empiezo a enfadarme cuando sigue sin responder—. En serio. ¿Por qué? ¿Qué es esto? ¿Qué estás haciendo? Porque lo de anoche fue... —Me detengo y lo intento de nuevo con un tono más tranquilo—. Lo de anoche no puede volver a pasar. Lo entiendes, ¿verdad? Fue un error. Un error enorme, gigantesco, colosal que cometí porque estaba asustada y agotada y no pensaba con claridad, y tú… tú eres…

Ahora estoy dando vueltas. De un lado a otro entre la encimera y la nevera, hablando al suelo, al techo, a cualquier cosa que no sea él.

—Necesitas que te lo recuerde, ¿eh? ¿Tienes memoria de pez? Vale, está bien. Encantada de complacerte —Empiezo a enumerar cosas con los dedos—. Entraste en mi apartamento. Varias veces. Dejaste inconsciente a mi vecino a golpes. Escribiste en mi pared con su sangre. Me dijiste que te habían enviado a *matarme*. Y yo... qué, yo simplemente... en el suelo de la cocina... —Me tapo los ojos con la palma de la mano—. Eso no está bien. Esto no es un cuento de hadas de mierda en el que la chica se enamora del... del... lo que sea que seas. Esto es la vida real. *Mi* vida real. Y en mi vida real, no vuelvo a hacer esto por segunda vez.

Dejo de dar vueltas. Estoy de pie a unos dos metros de la mesa. Él sigue sin hablar ni moverse un centímetro.

—¡Di algo! —le exijo.

Empuja la silla hacia atrás y se levanta. Es tan alto que la luz del techo ilumina la parte superior de su cabeza y deja su rostro enmascarado parcialmente en la sombra.

Camina hacia mí. Es el paso de un monstruo de película de terror: un paso tras otro, sin prisas, acortando la distancia entre nosotros.

—No lo hagas —le advierto. Mi espalda toca la encimera—. Acabo de decirte...

Se detiene justo delante de mí. Su calor de canela y sándalo me tienta y me encuentro inhalando profundamente antes de darme

cuenta y detenerme.

La mano del Hombre Enmascarado se alza. Me engancha un dedo bajo la barbilla y me inclina la cara hacia la suya.

—Te dije que te fueras —susurro—. ¿No te lo dije? ¿No...?

Se sube la máscara por encima de la boca. Veo su mandíbula por primera vez. Es angulosa, bien afeitada, con una leve cicatriz cerca de la comisura del labio. No llego a fijarme en nada más, porque entonces me besa.

No solo le sigo el juego.

Me entrego *por completo*.

Mis manos encuentran la parte delantera de su chaqueta y lo atraigo hacia mí y le devuelvo el beso. Me levanta y me coloca sobre la encimera. Enrosco mis piernas alrededor de su cintura y lo empujo para que se acerque más. La máscara está arrugada por encima de su boca, pero aún le cubre la nariz y los ojos, y cuando siento que la tela me roza la mejilla, la realidad me golpea de lleno.

Me aparto. —Espera.

Se queda paralizado. Su pecho se agita contra el mío. —¿Qué?

—La máscara —susurro—. Bájatela.

Me mira. O eso creo; en realidad no puedo verle los ojos con la tela levantada así. Solo puedo verle la boca, y necesito dejar de verla, porque una boca es demasiado personal. Una boca tiene *expresiones*. Una boca puede sonreír y fruncirse y pertenecer a un ser humano real que tiene un nombre, una historia, pensamientos y sentimientos.

No puedo follarme a una persona. Todavía no. Quizá nunca.

—Bájatela —repito—. Por favor.

El Hombre Enmascarado no discute. Alarga la mano y tira de la tela para colocarla en su sitio, y su mandíbula, sus labios y esa pequeña cicatriz desaparecen tras la tela negra. Vuelve a ser nadie.

El alivio es instantáneo y enorme. Todo mi cuerpo se relaja.

—¿Mejor? —pregunta.

—Mucho.

Me empuja las caderas hacia el borde de la encimera y se coloca entre mis muslos. Sus manos se dirigen a los botones de mi blusa y los va desabrochando, uno a uno. Cuando está abierta, sus palmas recorren mi vientre y pasan por encima del encaje de mi sujetador. Lo desabrocha por delante y me quita ambas capas de los hombros.

—Levanta los brazos —dice, y yo los levanto, y él me saca la camiseta por la cabeza y la deja caer al suelo.

Cuando termina, me baja los pantalones y la ropa interior a la vez. Levanto las caderas para ayudarle hasta que esas prendas también quedan descartadas sin pensarlo dos veces.

Luego sus manos se dirigen a su propia cintura. Su cinturón tintinea. Su cremallera chirría. Se libera y está duro, y enorme, y entonces está dentro de mí, y yo jadeo y me aferro. La penetración es menos impactante esta noche. Mi cuerpo lo recuerda de antes y se abre con facilidad, atrayéndolo más profundamente, y la plenitud es tan intensa que cierro los ojos.

No es nadie. No es *nadie*. No tiene rostro, ni nombre, ni historia. Solo es calor y presión, el olor a canela y el sonido de nuestras respiraciones entrelazadas en la cocina demasiado iluminada. Eso es todo lo que es. Eso es todo lo que necesito que sea.

Sus caderas se lanzan hacia delante y yo grito y me aprieto contra él. Él gime a través de la mascarilla. Una mano se apoya en el armario detrás de mí. La otra me agarra la cadera, tirando de mí hacia él con cada embestida.

Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, hundo mi cara contra su cuello y lo respiro. Canela. Sándalo.

Nadie.

Seguro.

Mientras sea nadie, estoy a salvo.

Me folla rápido y con rudeza. Esta vez no hay preparación ni monólogos obscenos. Solo es el encuentro de dos cuerpos. Tiene toda la frenética sensación de un polvo rápido y culpable, a lo mejor porque eso es exactamente lo que es.

Se acaba en cuestión de minutos para los dos. Yo me corro primero, mordiéndole el cuello para ahogar el sonido, y él me sigue de cerca, sacándosela en el último segundo y derramándose caliente sobre la parte interna de mi muslo.

Miro al techo y espero a que llegue la culpa. Justo a la hora prevista, ahí está: un revuelo lento y nauseabundo en el estómago que se extiende hasta que todo mi cuerpo se siente mal.

Lo acabo de hacer otra vez. ¿A quién culpar esta vez? Estoy sobria y lúcida, en pleno control de mí misma, y sin embargo entré, lo vi sentado en mi mesa y elegí esto.

No sé en qué me convierte eso. Y lo que es más importante, no creo que *quiera* saberlo.

Lo único que sé es que (1) no confío en mí misma para decirle que no a esto otra vez y, por lo tanto, (2) tenemos que establecer algunas reglas para evitar que esto se descarrile. Bueno, más de lo que ya está.

Lo miro. Se está subiendo la camisa y abrochándose el cinturón. —Necesitamos reglas —suelta.

Se detiene y me mira.

—Si esto va a... Si vas a seguir viniendo aquí y yo voy a seguir dejándote, entonces tiene que haber reglas. Eso no es negociable.

Inclina la cabeza. —Te escucho.

Levanto un dedo. —En primer lugar, nada de nombres. No quiero saber el tuyo. Cuanto menos persona seas para mí, mejor —Levanto un segundo dedo—. Dos, nada de caras. La máscara se queda puesta, siempre. No quiero verte y tú no vas a enseñármela.

—¿Y tres?

—Nada de enamorarse —digo con la mayor frialdad posible—. Esto es solo... lo que es. Cuerpos. Eso es todo. Nadie se enamora, nadie se encariña, nadie empieza a pensar que esto es algo que no es. En cuanto eso cambie, se acabó.

Se queda en silencio durante un largo rato. Luego asiente una vez. —Trato hecho.

Se abrocha la chaqueta y se dirige hacia la ventana. Yo me quedo en la encimera, con el culo al aire y pegajosa, viéndole desengancharla y abrirla de un empujón. Entra el aire de la noche, lo suficientemente frío como para ponerme la piel de gallina en la piel desnuda.

Se detiene con una mano en el alféizar. —Volveré mañana por la noche.

Se me enrojecen las mejillas. Agradezco que esté de espaldas a mí y mirando hacia la ventana. —Claro. Lo que tú digas. Vale —digo, intentando parecer despreocupada y acabando mucho más cerca de *quedarme sin aliento y sonrojada por la emoción.*

Con un último gesto de asentimiento, se desliza por la ventana y desaparece.

Me quedo en la encimera un minuto más después de que se haya ido. Luego salto al suelo, me limpio con una toalla de papel y recojo mi ropa del suelo en un montón desordenado.

*Sin nombres. Sin caras. Sin enamorarse.* Son solo tres reglas. Bastante sencillo, ¿no? La gente sigue reglas todo el tiempo. Hay reglas para conducir, reglas para los impuestos y reglas sobre lo cerca que puedes estar de alguien en el metro sin que resulte raro. Esto no es diferente. Solo otro conjunto de pautas para una actividad que, da la casualidad, implica a un intruso enmascarado que me hace sentir cosas que no había sentido en años.

Todo va bien.

Me pongo una camiseta vieja y unos calzoncillos y me meto en la cama. Las sábanas están frías, limpias y huelen a detergente, lo cual es un cambio bienvenido respecto a la canela, el sudor y las malas decisiones. Me subo el edredón hasta la barbilla y me giro de lado.

El problema es que mi cerebro no se apaga.

La historia de Lazarev sigue colándose en mi mente, como siempre hace cuando intento no pensar en otra cosa. Ochoa es un fantasma. Doug me dio de plazo hasta fin de año. Las empresas fantasma son un laberinto sin salida. Y el hombre al que enviaron a matarme por indagar en esta historia acaba de salir por mi ventana con mi sabor aún en la boca.

Probablemente esa última parte debería influir de alguna manera en mi estrategia periodística, pero no tengo ni idea de cómo.

Cojo el móvil de la mesita de noche. Son las 23:14, la víspera de Acción de Gracias. Abro el hilo de mensajes con Doug y escribo:

*¿Y SI DEJO de esperar a que las fuentes vengan a mí y voy directamente a Lazarev Global? Kir Lazarev acaba de asumir el cargo de director ejecutivo hace dieciocho meses. Todavía es lo suficientemente nuevo como para que tenga alguna oportunidad. Si consigo hablar con él, quizá pueda sacarle algo.*

Pulso "enviar" y dejo el teléfono sobre mi pecho, pero apenas lo he dejado cuando empieza a vibrar. Doug está respondiendo más rápido de lo esperado para ser casi medianoche de un miércoles.

**DOUG HOFFMAN**

*-Buen instinto. Pero Pierce, mañana es Acción de Gracias. Ve a comer pavo, mira el fútbol, haz algo normal por una vez. Los Lazarev seguirán ahí el lunes.*

*-¿Desde cuándo te preocupa mi equilibrio entre el trabajo y la vida personal?*

*-Tómate el día libre. Es una orden.*

Dejo el teléfono en la mesita de noche y me doy la vuelta. Tiene razón, pero eso no significa nada: no voy a relajarme. Doug tiene que saberlo. Lleva trabajando conmigo el tiempo suficiente como para saber que decirme que me tome un día libre es tan eficaz como decirle a la marea que no suba.

Voy a descubrir lo que los Lazarev están ocultando.

Y luego lo pondré en la portada del puto *New York Times*.

# 18

# KIR

*"¿Por qué estabas cavando? ¿Qué enterraste?"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Like Real People Do", de Hozier*

EL ÁTICO ESTÁ en silencio en Acción de Gracias. Mi reunión festiva consiste en mí, una botella de Beluga Noble y un televisor apagado que funciona como un espejo negro que me refleja mi propio rostro. Nadie más se unirá: mi madre está muerta y mi padre no es precisamente del tipo de los que celebran con pavo y agradecimiento.

Estoy en el sofá de cuero negro con los pies apoyados en la mesa de centro de mármol que volqué hace dos noches. La volví a colocar yo mismo. Ahora hay una grieta que atraviesa el mármol, una hendidura limpia justo por el centro que cubrí con un libro para no tener que mirarla. El libro es de Dostoievski. *Crimen y castigo.* La idea de mi padre de un regalo de cumpleaños en broma cuando cumplí dieciocho. Nunca lo leí. Probablemente debería. Aunque dudo que ni siquiera el querido y viejo Fiódor tuviera algún buen consejo

sobre qué hacer con el lío de mierda de situación en la que me he metido.

Me sirvo otro trago y me lo bebo como me enseñó Lukas: sin nada para acompañarlo, sin hacer muecas, de un trago. El vodka está frío y es puro, pero después de bebérmelo no me siento mejor que antes.

Al otro lado de la ciudad, Jillian Pierce está haciendo lo que sea que Jillian Pierce haga en Acción de Gracias. Comiendo con amigos, supongo. Probablemente con Rae Everett, si Rae no está enredada en la red que mi padre está tejiendo a su alrededor.

O tal vez Jillian también esté sola, igual que yo. Quizás esté en esa encimera de la cocina donde la dejé, con un vaso de whisky, igual que yo, mirando fijamente la misma pared contra la que la tenía acorralada.

No debería estar pensando en ella. Lo sé. Las cuentas no han cambiado: o la mato yo o Afon lo hará por mí. Esos son los únicos dos resultados que Lukas aceptará, y cada hora que pierdo sentado aquí es una hora más cerca del segundo.

Pero sigo volviendo.

Durante dos noches seguidas, he atravesado esa ventana, he puesto mis manos sobre ella y he escuchado los sonidos que emite cuando deja de fingir que no quiere. Me costó todas mis fuerzas no reírme en su cara cuando soltó su pequeño discurso sobre "reglas".

*Las reglas no nos mantendrán a salvo, zorrita,* casi ronroneé. *Porque yo ya estoy condenado… y tengo la intención de arrastrarte conmigo.*

Pero, o bien no lo sabe, o se niega a creerlo. Cree que la máscara la mantiene a salvo. Se equivoca, pero no voy a ser yo quien se lo diga.

Todavía no.

Mientras contemplo el horizonte de Manhattan más allá del borde de mi vaso, me lleva un momento darme cuenta de que ese irritante zumbido es mi teléfono vibrando desde donde se ha caído, entre los cojines del sofá. Lo saco y hago una mueca al ver quién llama. Pero si no contesto, seguirá llamando hasta que lo haga… o peor aún, aparecerá aquí en persona.

—Feliz Día de Acción de Gracias, miserable cabrón —dice Mat cuando pulso Aceptar—. ¿Qué estás haciendo ahora mismo?

—Bebiendo.

—¿Solo?

—Dostoievski está aquí.

—Dios. Eso es peor que estar solo —Oigo ruido detrás de él: música, voces, el sordo retumbar de un bajo—. Escucha, voy a ir al Sapphire con Dima y un par de sus chicos. Ven. Te vendrá bien.

—Un club de striptease en Acción de Gracias —digo con tono burlón —. Qué elegante. Y la gente dice que no eres de los que se preocupan por la familia.

—¡Es festivo! Tienen una oferta especial de Acción de Gracias. Dos bailes por el precio de uno, o algo así. No lo sé, no leí la letra pequeña.

—Estoy bien aquí.

—¡Ja! —resopla—. A juzgar por ese tono miserable y lleno de autodesprecio en tu voz, estás muy lejos de estar "bien". Suenas como si estuvieras a punto de escribir un manifiesto. ¿Cuándo fue la última vez que saliste de tu apartamento?

No tengo que pensarlo mucho. Anoche. La ventana de Jillian. La encimera. Sus piernas alrededor de mi cintura y ese pequeño gemido desesperado que soltó cuando yo...

—¡Hola, Kir!

—¿Qué?

—Hace un momento te has ido a algún sitio. En tu mente. ¿Adónde te has ido?

—A ningún sitio.

—Mm —Mat suspira. El bajo retumba a sus espaldas—. Esto sigue siendo por la chica, ¿verdad?

—No.

—Seguro que se trata de una chica.

—No tiene que ver con una chica, cabrón.

—Vale. Digamos que te creo. Ven al Sapphire y demuéstralo. Un montón de mujeres guapas, cero complicaciones emocionales, e incluso te invitaré el primer trago.

No quiero saber nada de lo que me ofrece. ¿Luz tenue? ¿Perfume embriagador? ¿Una desconocida restregando el culo contra mi entrepierna, una mujer que no sea *ella?* La idea de tener las manos de otra mujer sobre mí me resulta tan atractiva como masticar cristal.

—No estoy de humor —digo.

—Eso es lo que me preocupa.

—¿Desde cuándo eres mi terapeuta?

—Desde que tu terapeuta de verdad te dejó después de darte por perdido. ¡Venga, pedazo de mierda triste! Una hora. Te sientas en la mesa, bebes, no tocas a nadie si no quieres, me da igual. Solo sal de ese puto ático. Es una trampa mortal.

—Mat.

—¿Sí?

—Vete a la mierda.

Exhala largo y tendido. —Vale. Quédate en la oscuridad con tu vodka y tu literatura rusa. A ver si me importa una mierda si la criada te encuentra con las cucarachas devorándote el cerebro o lo que sea.

Ya estoy apartando el teléfono de mi oído, harto de esta conversación. —Te llamaré mañana.

—¿De verdad? —pregunta—. ¿O te pasarás otras veinticuatro horas dándole vueltas al asunto y luego me enviarás un mensaje críptico a las dos de la madrugada?

—Probablemente lo segundo.

Se ríe entre dientes. —Al menos eres sincero —Oigo más ruido detrás de él—. Vale, tengo que colgar. La gente a la que de verdad le gusta divertirse quiere que me una.

—Hazlo.

—Feliz Día de Acción de Gracias, Kir. Intenta no hacer ninguna tontería esta noche.

—No te lo prometo.

Se corta la línea. Dejo el teléfono sobre la mesita y voy a coger mi vaso. Pero en el último momento, cambio de rumbo y cojo mi portátil.

Me apoyo en las rodillas y lo enciendo. Mis dedos comienzan a volar con entusiasmo por el teclado como si hubieran estado esperando a que me permitiera este pequeño capricho. Abro la transmisión encriptada antes de que la parte racional de mi cerebro pueda disuadirme.

Instalé la cámara anoche. Es una lente estenopeica, más pequeña que la goma de borrar de un lápiz, encajada en la rejilla de ventilación situada encima de la puerta del dormitorio de Jillian antes de que ella llegara a casa y conectada a una batería que durará meses. Tardé apenas dos minutos en instalarla y ella no se ha

dado cuenta de nada. Tiene cosas más importantes en la cabeza que una diminuta luz en su rejilla de ventilación que antes no estaba allí.

La imagen se ve en alta definición a todo color, brillante y nítida. Su dormitorio está ordenado y decorado con buen gusto. Hay una cama de matrimonio con un edredón blanco y demasiadas almohadas, todas cuidadosamente dispuestas. En la mesita de noche hay una lámpara, un vaso de agua medio lleno y una pila de libros con el lomo agrietado y las páginas marcadas. Sobre el cabecero cuelga un cuadro enmarcado: un Matisse, The Cut-Outs, formas azules sobre fondo blanco. Elegante. Toda la habitación parece una página de revista para una joven profesional que tiene la vida resuelta.

Todo está en silencio.

Entonces, ella entra en escena.

Está envuelta en una toalla, con el pelo oscuro y mojado sobre los hombros, dejando huellas húmedas en el parqué con sus pies descalzos. Se detiene ante la cómoda y abre el cajón de arriba. La veo rebuscar en él, apartando lo que no quiere. Se decide por algo de color rojo oscuro, lo sostiene en alto y luego se deja caer la toalla.

Debería cerrar el portátil.

No voy a cerrar este puto portátil.

Me da la espalda a la cámara, así que puedo ver toda la longitud de su columna vertebral, las pecas esparcidas por sus omóplatos, la curva de su cintura antes de que se ensanche hacia las caderas. No es delgada como lo son las modelos. Es suave en algunas partes y firme en otras, y tiene un cuerpo que me hace doler las manos porque ya sé cómo se siente bajo mis palmas.

Engancha el sujetador y se ajusta los tirantes, tirando de cada uno hacia arriba por turnos. Luego se agacha para ponerse las braguitas, a juego, de color rojo oscuro, y se las sube por los muslos.

Cuando se gira hacia el tocador, la veo de perfil. La curva de su pecho presionada contra ese encaje rojo, un puñado perfecto. La suave curvatura de su vientre. Se sienta en el taburete y coge un frasco de perfume, luego inclina la cabeza hacia un lado para rociárselo por el cuello.

Tengo la mandíbula apretada. Siento el pulso en los oídos. Ya estoy medio excitado y ella apenas lleva ropa, simplemente sentada ahí haciendo algo que hace todos los días, algo que probablemente haya hecho mil veces sin que nadie la viera. Eso es lo que me excita. La intimidad del momento. Esta versión de Jillian, sin prisas, desprevenida, con la toalla aún húmeda y eligiendo ropa interior roja para que nadie la vea, es una versión que no le ha mostrado a nadie.

Excepto a mí.

Desaparece un rato y luego vuelve con el pelo secado con secador. La veo maquillarse y luego ponerse unos vaqueros negros y un jersey de cuello alto beige. Guarda el teléfono y las llaves en un bolso grande antes de salir del encuadre de nuevo.

Observo el dormitorio vacío durante unos segundos antes de cerrar de golpe el portátil. Mi cuerpo sabe adónde voy antes de que el resto de mí se haya dado cuenta. Al igual que Jillian, cojo mis llaves y el teléfono, me echo el abrigo por encima y salgo de mi apartamento. Puedo sentir el volumen de la máscara dentro del bolsillo de la chaqueta, pero la dejo ahí por ahora. Solo voy a observar, no a interactuar. Ella ni siquiera sabrá que estoy ahí.

Me pongo una gorra negra y gafas de sol, aunque el sol ya se ha puesto casi por completo. Es Acción de Gracias, así que las calles estarán más vacías de lo habitual, lo que dificulta seguir a alguien, pero también significa que habrá menos ojos fijos en mí.

El ascensor de mi edificio siempre tarda demasiado, así que voy por las escaleras y bajo de dos en dos, aunque sean treinta y dos tramos

hasta el aparcamiento. Dejo el coche a un lado y me dirijo a pie hacia la salida a la calle.

Cuando llego a la calle, empiezo a caminar hacia el oeste.

No tardo mucho en encontrar su rastro. Al fin y al cabo, es fácil de localizar. Podría reconocer esa melena pelirroja a un kilómetro de distancia. Va rápido, con los auriculares bien metidos en los oídos, pero no deja de mirar a su alrededor, echando un vistazo hacia atrás cada media manzana más o menos. Una chica lista.

Aunque no lo suficiente. Me quedo en el lado opuesto de la calle, a media manzana de distancia, siguiendo su ritmo. No me ve en ningún momento.

Gira a la izquierda en la 72 y se adentra en Riverside Park. Eso me sorprende. Está oscureciendo y hace frío, no son precisamente las mejores condiciones para ir al parque, así que supongo que se dirige a cenar a algún sitio. Pero sigue caminando por el sendero, con las manos metidas hasta el fondo de los bolsillos del abrigo, y el aliento saliendo en pequeñas nubes blancas.

El parque está casi vacío. Me alejo aún más, utilizando los árboles y la luz del atardecer como cobertura. Ya no mira hacia atrás. Toda la alerta que tenía en la calle se ha desvanecido. Tiene los hombros caídos y su paso se ha ralentizado hasta algo que apenas se puede considerar caminar.

Se detiene en un parque infantil.

Es uno de esos nuevos, con suelo de goma y juegos de plástico de colores vivos. Quedan quizá media docena de niños, envueltos en abrigos acolchados, quemando energía mientras sus padres merodean cerca con tazas de café y teléfonos. Una niña con un gorro rosa se tira por el tobogán una y otra vez, chillando cada vez. Un niño cuelga boca abajo de las barras mientras su madre le dice que tenga cuidado.

Jillian se queda junto a la valla y observa.

Eso es todo. Solo observa. Simplemente se queda allí de pie, con ambas manos agarradas a la valla metálica, viendo jugar a los niños.

Encuentro un sitio detrás de un cobertizo de mantenimiento a unos cuarenta metros de distancia y espero. Pasan cinco minutos. Luego diez. Se encienden las farolas y un par de familias recogen y se marchan. La niña del gorro rosa monta una rabieta porque no quiere irse a casa y su padre se la lleva en brazos, mientras ella grita a pleno pulmón.

Jillian sigue sin moverse.

No entiendo lo que estoy viendo. No se está reuniendo con nadie, ni está haciendo fotos, ni tomando notas como si se tratara de algo relacionado con el trabajo. Simplemente está de pie junto a una valla, observando a los niños en un parque infantil en la tarde de Acción de Gracias, sola, y no me explico por qué.

Después de lo que deben de ser veinte minutos, por fin suelta la valla. Se da la vuelta y camina de vuelta hacia el sendero, y al pasar bajo una farola, la veo pasarse el dorso de la mano por los ojos. Una vez, y luego otra.

*Está llorando.*

Apoyo la espalda contra el frío metal del cobertizo y la dejo pasar sin seguirla. Algo le ha pasado a esta mujer. Va más allá de lo que ya sé, es más que aquello que la hizo abandonar su cuerpo cuando la inmovilicé contra la pared aquella primera noche. Hay una herida aquí que no puedo ver.

*¿Quién te ha hecho daño, zorrita?*

## 19

# JILLIAN

*"Así que esperaré a la próxima vez que me quieras"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Moon Song", de Phoebe Bridgers*

Me voy del parque antes que la última familia. No quiero ser la mujer que se queda sola junto a la valla en la oscuridad. Y Dios no quiera que alguien me pregunte si estoy bien. ¿Qué iba a decir?

*¡Gracias por preguntar! ¡No, no estoy bien en absoluto! De hecho, ¡estoy profundamente deprimida y jodida de formas que ni siquiera puedo empezar a describir! Tengo TEPT y mi trauma tiene su propio trauma, duermo con las luces encendidas, estoy desarrollando fetiches extraños por hombres enmascarados con tendencias dominantes, y creo que inconscientemente estoy arruinando mi vida porque, en el fondo, ¡no creo que me merezca cosas maravillosas! ¡Pero te agradezco mucho tu pregunta!*

Me pongo los auriculares y subo el volumen hasta que la música suena tan fuerte que me duele. Phoebe Bridgers es la cantante elegida para esta noche. No es la elección más inteligente cuando ya

estás hecha un desastre, pero está claro que hoy no estoy tomando decisiones inteligentes.

La tienda de comestibles de Broadway está prácticamente desierta. Me sorprende que esté abierta. El Día de Acción de Gracias, por supuesto, significa que todo el mundo está feliz en casa, sentado alrededor de la mesa con sus seres queridos. Cojo una cesta y recorro los pasillos sin lista, cogiendo productos al azar. Huevos. Pan. Leche. Mandarinas. Añado yogur y una caja de barritas de muesli y una botella de vino tinto barato que me beberé esta noche en mi sofá mientras pongo mi salvapantallas mental e intento no pensar en cosas en las que no debería pensar.

La cajera lleva guirnaldas en el pelo. Me desea un feliz Día de Acción de Gracias y yo le digo "a ti también" y sonrío, aunque el esfuerzo que me cuesta sonreír es como empujar una roca cuesta arriba.

Afuera, el frío azota mis mejillas mojadas y me doy cuenta de que sigo llorando. No es muy grave, no es el tipo de llanto que nadie notaría, pero sin duda, innegablemente, son lágrimas. Me he puesto a llorar y no puedo parar, por mucho que me seque la cara y me maldiga a mí misma.

Es el parque infantil el que me está haciendo esto. Fue un desvío estúpido y debería haberlo sabido. No me permito hacer esto a menudo, no solo pasar por el parque, sino las otras cosas que siempre vienen con ello. Los cálculos, las imaginaciones.

Espero que no se parezca en nada a él, esté donde esté.

Me cambio la bolsa de la compra al otro brazo y acelero el paso. La música ahoga el ruido de la calle, mi propia respiración y todo lo demás que no quiero oír ahora mismo.

Casa. Vino. Sofá. Ese es todo el plan. Suena maravillosamente aburrido, y no podría estar más feliz de hacerlo...

…hasta que una mano me agarra por el codo y me arrastra hacia la oscura boca de un callejón.

Me sorprende tanto que suelto la compra. La bolsa golpea el pavimento y todos los huevos se rompen, el vino se derrama y las mandarinas ruedan por todas partes. Pero ni siquiera puedo dedicar un pensamiento a mis pobres frutas perdidas, porque hay un hombre alto y peligroso que exige toda mi atención.

Sé que es él incluso antes de darme vuelta. He sentido esta misma mano enguantada sobre mi cuerpo suficientes veces como para reconocerla. Libero mi brazo de un tirón y me giro.

Está de pie en el callejón con todo el equipo puesto. Chaqueta negra, gorro y la máscara. La maldita máscara de esquí, aquí mismo, en una calle pública de Manhattan.

—¿Te has vuelto loco? —siseo—. ¿Me has estado siguiendo?

Se limita a respirar y a mirarme fijamente.

—Oye. —Le empujo el pecho. Apenas se inmuta—. Te he hecho una pregunta. ¿Me has estado siguiendo?

Asiente en silencio.

—¿Desde cuándo?

Se encoge de hombros.

Me tiemblan las manos, pero no es por miedo. Es rabia. Rabia pura, sin complicaciones, y Dios, qué bien sienta sentir algo limpio por una vez.

—Este no era el trato —escupo—. Vienes a mi apartamento. Eso es todo. Ahí es donde pasa esto. Ese es... ese es el límite, ¿vale? Eso es lo que lo hace manejable. Apareces en mi ventana, hacemos lo que hacemos, te vas. Ese es el acuerdo. No puedes seguirme por la ciudad con un pasamontañas y arrastrarme a callejones.

—No podía esperar.

—¿No podías *esperar*? —repito—. ¿Qué eres, un niño? ¿No podías esperar unas horas?

Niega con la cabeza.

Apoyo la espalda contra la pared de ladrillo y cruzo los brazos sobre el pecho. Mis auriculares con cable se me salieron de un tirón cuando me agarró y Phoebe Bridgers suena débilmente desde donde cuelgan de mi abrigo. Los saco del conector y los meto en el bolsillo. —Alguien podría verte, ¿sabes?

Se encoge de hombros otra vez. Está claro que no le importa. ¿O tal vez simplemente cree que está por encima de todo eso? Sí, debe de ser eso. Es tan arrogante y está tan convencido de su propia omnipotencia que piensa: Claro, ¿a quién le importa si un civil cualquiera ve a un hombre enmascarado aterrorizando a una mujer en un callejón? Mierda, apuesto a que podría tener a todo el FBI rodeándonos y seguiría creyendo en lo más profundo de su ser que saldría impune.

Sabiendo lo que sé sobre cómo trata el mundo a los hombres, me inclinaría a darle la razón.

—¿Y cuál es el plan? —le pregunto—. ¿Te vas a pasar toda la noche acechando en callejones?

—El plan era observar —responde—. El plan ha cambiado.

—¿Ha cambiado a qué?

Se acerca. Mi espalda ya está contra el ladrillo, así que no tengo adónde ir. Solo puedo quedarme quieta mientras él apoya una mano en la pared junto a mi cabeza y acerca su rostro al mío, tan cerca que puedo sentir el calor de su aliento a través de la máscara.

—Estabas llorando —dice.

Lo niego de inmediato. —No, no estaba llorando.

—Zorrita, ¿no hemos hablado de lo que pasará si me mientes?

—Hace frío —insisto mientras mi corazón empieza a latir con fuerza en mi pecho—. Se me humedecen los ojos cuando hace frío.

—Vi las lágrimas mientras estabas junto a esa valla.

Siento náuseas. —¿Lo has visto? Eso es... no puedes simplemente... —Cierro los ojos—. Eso era privado.

—Lo sé.

—Si lo sabes, ¿por qué coño estabas mirando?

—Porque te miro. Eso es lo que hago —Su pulgar recorre mi pómulo, recogiendo una lágrima que se me había escapado. El cuero de sus guantes está frío contra mi piel—. ¿Quién te hizo llorar?

—Nadie. Ya te lo he dicho, es el frío.

—¿Quién? —gruñe.

—Déjalo así.

No lo deja así. Simplemente mantiene el pulgar en mi mejilla y los ojos fijos en los míos, esos ojos pálidos e indescifrables por encima de la tela negra. Puedo sentir que está esperando. Es paciente cuando quiere, lo cual es una de las cosas más exasperantes de él.

—No importa —digo, apartando la cara—. Fue hace mucho tiempo.

Él asimila eso. Su pulgar recorre mi mandíbula y me levanta la barbilla. —Al final lo descubriré.

—No. No lo harás.

Ahora está tan cerca que su pecho roza el mío. La pared se nota áspera a través de mi abrigo y él me acaricia el pelo con la mano. Debería apartarlo. Debería apartarlo sin dudarlo. Es un comportamiento totalmente descabellado por parte de los dos.

Pero cuando me besa y yo se lo permito, ninguno de los dos se sorprende realmente.

Él emite un sonido contra mi boca, casi de sorpresa, y luego sus manos están por todas partes. Me da la vuelta y mis palmas golpean

el ladrillo y el frío me raspa la piel. Me levanta el abrigo y me baja los vaqueros lo justo, hasta justo por debajo de las caderas. Oigo su cinturón, su cremallera. Luego su mano me agarra por la nuca y se empuja contra mí y yo jadeo tan fuerte que el sonido rebota en las paredes del callejón.

No lo hace con suavidad. Me folla tal y como me agarró: de forma repentina, voraz, sin ningún tipo de preliminares.

Cualquiera podría pasar por allí y verme en la posición más comprometedora en la que he estado nunca.

Y no soy capaz de empujarlo.

Me tira de las caderas hacia atrás y me penetra más profundamente. Me muerdo el antebrazo para no hacer ruido. Pero se me escapa un gemido de todos modos, solo parcialmente amortiguado por la manga de mi abrigo y él lo recompensa follándome con más fuerza.

—Eso es —murmura detrás de mí—. Déjame oírte.

—Alguien va a... —empiezo a decir.

—Me da igual.

Su mano se desplaza de mi cuello a mi cabello y lo envuelve en su puño, tirando de mi cabeza hacia atrás hasta que miro hacia arriba, al trozo de cielo oscuro entre los edificios. Tengo la espalda arqueada y me tiemblan las rodillas. Está tan dentro que lo siento en las costillas.

Termina con un gemido que vibra a través de su pecho y llega hasta mi columna vertebral. Su frente se apoya contra mi nuca y los dos nos quedamos allí de pie, respirando con dificultad, empañando el aire frío que hay entre nosotros.

Tengo las piernas como gelatina. Apenas me mantengo en pie con las palmas de las manos apoyadas contra el ladrillo. Se retira y yo hago una mueca de dolor. Me sube los vaqueros antes de que pueda

hacerlo yo misma, lo cual es extrañamente considerado para un hombre que acaba de follarme en un callejón sin preguntar.

Me doy la vuelta y me desplomo contra la pared. Él ya se está subiendo la cremallera. Tengo el pelo hecho un desastre. Tengo las manos en carne viva por el roce con el ladrillo y hay arena incrustada en las palmas.

Miro hacia abajo, a la carnicería de mi bolsa de la compra. La yema de huevo se está derramando por el pavimento. El vino tinto se acumula alrededor de las mandarinas esparcidas. Una de las frutas ha rodado hasta la entrada del callejón.

—Me debes la compra —le digo.

Mira el desastre en el suelo y luego vuelve a mirarme. —Te lo enviaré por Venmo.

Tardo un momento en darme cuenta de que está bromeando. Cuando lo hago, empiezo a reírme, y la risita se convierte en una carcajada, y la carcajada se convierte en un ataque de risa, y antes de darme cuenta, estoy doblada por la mitad, jadeando, delirando, sin saber qué demonios me está pasando.

Es decir, esto no puede ser real. Nada de esto puede serlo. Me he pasado toda la vida centrada en mi carrera por encima de todo lo demás, y ahora corro el riesgo muy real de que todo se vaya al traste solo para poder dar rienda suelta a mis instintos en callejones sórdidos con un hombre al que nunca he visto la cara. ¿Es eso sensato? ¿Es eso *propio* de una "super mujer"? Definitivamente no.

Pero hay algo que se está volviendo dolorosamente claro, mientras me arreglo la ropa y el Hombre Enmascarado hace lo mismo: las pequeñas y débiles reglas que intenté establecer para contener todo este desastre ya se están desmoronando bajo su fuerza. Hay algo real aquí que es más poderoso que la mera lujuria, y tres simples reglas no serán suficientes para evitar que todo me estalle en la cara.

¿Cuándo sucederá eso? ¿Qué tan graves serán las consecuencias cuando suceda? Supongo que tendrán que seguir atentos para averiguarlo.

Por ahora, lo único que puedo hacer es reírme.

# 20

# KIR

*"Me tienes suplicando por hilo. Para coser este agujero que me has hecho en la cabeza"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Beggin for Thread", de BANKS*

AL DÍA siguiente del incidente en el callejón, me siento en mi escritorio e intento trabajar. "Intento" es la palabra clave.

Tengo abiertos los informes trimestrales de Lazarev Global en una pantalla y un prospecto de fusión en la otra, y no he avanzado nada con ninguno de los dos. Mi cabeza está en otra parte por completo. Dividida en dos direcciones, de hecho, y ninguna de ellas tiene ni una sola putada que ver con las finanzas corporativas.

Dirección uno: Jillian.

Aún puedo olerla en mis manos. No importa cuántas veces me duche; ahora está bajo mi piel. Lo está desde aquella primera noche y no da señales de irse pronto.

Es una locura lo rápido que todo esto se ha descontrolado. Me enteré de su existencia hace tres putos días, pero la obsesión me

tiene en un estrangulamiento absoluto. No recuerdo cómo era la vida antes de ella; solo sé que la vi, la toqué y la respiré, y desde entonces nada ha vuelto a ser igual.

Desde que me golpeó el rayo de Jillian Pierce, la situación no ha hecho más que empeorar. Una noche no fue suficiente. Volví la noche siguiente y me la follé en el suelo de su cocina. Volví la noche siguiente y ella me dio sus tres pequeñas reglas "nada de nombres, la máscara puesta, nada de enamorarse" y yo acepté todas ellas sabiendo que las rompería todas y cada una. Luego llegó Acción de Gracias. La seguí hasta un parque infantil y la vi llorar junto a una valla metálica por razones que aún no entiendo, y poco después la tenía pegada contra una pared de ladrillos en un callejón lúgubre, con los vaqueros bajados hasta los muslos, porque simplemente no podía mantenerme alejado.

Cada encuentro es más estúpido y temerario que el anterior. Esto no puede acabar bien. Los hombres como yo no tenemos finales felices. Lo que nos espera es un baño de sangre, así de simple.

Dirección dos: mi padre. Aún no ha dado señales de vida, pero eso es peor. Cuando Lukas se calla, significa que está tramando algo.

Cierro los dos portátiles y me alejo de mi escritorio. Tengo que largarme de aquí. Siento como si las paredes se me echaran encima y el techo fuera a aplastarme en cualquier momento. Necesito cielo abierto y espacio para pensar.

Pero, por si acaso, cojo una botella de licor de mi armario personal al salir.

Las escaleras me llevan hasta el acceso de servicio de la azotea. Nadie sube aquí. No está oficialmente prohibido, pero no hay nada aquí arriba excepto unidades de climatización, caca de paloma y una vista medio decente del centro de la ciudad si el tiempo acompaña.

Me siento en el saliente de hormigón con la espalda apoyada en un climatizador y abro la botella. Aún es temprano, pero me da igual.

Desde aquí arriba, la ciudad es ruidosa. Bocinas, obras, alguna que otra sirena. De hecho, se parece mucho al caos que hay en mi cabeza. El viento es frío y me atraviesa la chaqueta del traje. Curiosamente, no me importa. El frío evita que me ponga demasiado cómodo, y la comodidad es lo último que me merezco en este momento.

Bebo directamente de la botella y veo cómo una barcaza cruza el río, perdiéndome en pensamientos entumecidos durante un rato. No me doy cuenta de que hay alguien detrás de mí hasta que casi me topan.

Pasos sobre la grava. Me preparo para lo peor, pero no es Lukas.

Es Rae.

Quizá no sea el único que está teniendo un día de mierda. Mi antigua asistente también tiene muy mal aspecto. Está de pie a unos tres metros de distancia, con los brazos cruzados sobre el pecho, y temblando porque no lleva abrigo. Tiene los ojos enrojecidos y las mejillas mojadas. Ha estado llorando. Ahora sé cómo se ve una mujer cuando llora. Me he convertido en una especie de experto esta semana.

No puedo culparla. Ha tenido un mes horrible. Yo tuve algo que ver en eso, lo sé; al fin y al cabo, solía ser mi asistente ejecutiva. Y una mala noche a principios de noviembre, cuando tenía la cabeza hecha un lío por el alcohol, las drogas y la angustia, me engañé a mí mismo pensando que ella era la solución a mis problemas. No lo era, por supuesto, y debería haberme dado cuenta. No llegó muy lejos, gracias a Dios, pero eso fue solo porque mi padre intervino e hizo su vida mucho peor de lo que yo jamás habría podido.

Ya habría sido bastante malo que Lukas simplemente me la hubiera quitado aquella noche. Pero fue más allá. La ha convertido en su pequeña mascota. En la gala benéfica de Lazarev Global del sábado pasado, montó toda una subasta de citas falsas solo para subirla al escenario delante de todos los idiotas más ricos y famosos de Nueva

York. Intenté salvarla de él, pero me superó en la puja, tirando cinco millones de dólares solo para demostrar que era el mandamás de la sala. Desde entonces, la ha sacado de mi planta, la ha trasladado a la suya y le ha dado un trabajo que no existe, simplemente porque puede.

Así es Lukas. No se limita a darte una paliza. Te obliga a mirar mientras lo hace.

—¿…Kir? —Parece sorprendida de verme, como si no estuviera muy segura de que sea real.

Casi me echo a reír. De entre toda la gente que hay en este edificio, justo hoy, tenía que ser ella. El hecho de que sea el vivo retrato de mi madre fallecida no me ayuda en absoluto a lidiar con mis problemas psicológicos.

—Rae. —Sé que sueno horrible, pero a estas alturas no hay forma de ocultarlo—. Qué sorpresa.

Se sienta a mi lado. No demasiado cerca, lo cual es prudente por su parte. Ya está aprendiendo los riesgos de fraternizar con los Lazarev.

—Tienes un aspecto horrible —observa.

—Qué curioso. También me siento así —Levanto la botella y le doy un trago, luego se la tiendo—. ¿Quieres un poco?

No responde. Solo me mira, y puedo sentir cómo evalúa el daño. Mi camisa arrugada. Todo desabrochado. El moratón en mi mejilla que se ha vuelto de color amarillo verdoso en los bordes, cortesía de mi padre, quien me abofeteó después de la gala para imponer su autoridad cuando me atreví a decirle que no tenía ningún interés en asesinar a Jillian Pierce. Como todos sabemos, perdí esa discusión… y por goleada.

—Kir —susurra Rae—, ¿qué te ha pasado?

Me río de una forma que resulta áspera y chirriante incluso para mis propios oídos. —¿Qué crees que ha pasado?

—¿Tu padre?

—Denle un premio a la chica, amigos —Aplaudo un par de veces, lento y sarcástico, y luego me tomo otro trago—. Aunque supongo que, técnicamente, ya lo hicieron. Por valor de cinco millones de dólares.

Ella se estremece. —Yo no pedí eso.

—Lo sé.

Y lo sé. Esa es la peor parte. Rae no pidió nada de esto. Se presentó a un trabajo, lo hizo bien y tuvo la mala suerte de llamar la atención no de uno, sino de *dos* hombres Lazarev. Uno de nosotros la quería. El otro quería asegurarse de que el primero no pudiera tenerla.

Ella nunca tuvo voz ni voto en nada de esto. Pobrecita.

Me limpio la boca con el dorso de la mano. —Pero da igual. Ahora eres suya. Así es como funciona esto.

—No soy suya —dice ella con descaro—. No soy de nadie.

La miro y desearía poder decirle que tiene razón. Al fin y al cabo, es una mujer adulta que puede tomar sus propias decisiones, y mi padre no es dueño de nadie.

Pero eso sería una mentira, y ahora mismo estoy demasiado borracho y cansado para mentirle a nadie, excepto a Lukas.

—Aún no lo entiendes —le digo—. Pero lo harás.

—¿Entender qué?

—Te va a arruinar, Rae.

Contemplo la ciudad gris. La nieve, los edificios y el cielo se confunden. Todo tiene el mismo color que los ojos de mi padre.

—Lo quiera o no —le explico—, lo hará. Eso es lo que les pasa a las personas a las que pone las manos encima.

El viento arrecia. Ella tiembla. Debería ofrecerle mi chaqueta a Rae o decirle que volviera dentro, pero en lugar de eso, pienso en Jillian. ¿Qué fue lo de ayer en el parque, viendo jugar a los hijos de otros? ¿Tiene que ver con todo el miedo y las neurosis que tiene respecto al sexo? ¿Hay algo en su pasado que explique todo esto? *¿Quién te hizo daño, zorrita?* Esa es la pregunta correcta, creo, pero ella está muy lejos de darme una respuesta sincera.

Lo que está claro es esto: alguien destrozó a Jillian antes de que yo entrara por su ventana.

Y ahora, Lukas va a hacerle lo mismo a Rae.

Pero no puedo evitarlo. No puedo detener a mi padre, eso es jodidamente seguro, pero tampoco puedo detener lo que está pasando entre Jillian y yo. Es como si los dos estuviéramos atados a esta jodida montaña rusa de locos. Estoy hasta las metras por ella, enganchado a ella, obsesionado y fijado de una forma que no sabía que podía estarlo.

Eso es peligroso. Para todos los involucrados.

—Estás borracho —me acusa.

Niego con la cabeza. —No lo suficiente para lo que se avecina.

Nos quedamos allí sentados en silencio durante un minuto. Doy otro trago a la botella y siento cómo me golpea el vacío del estómago. El alcohol es lo único que he metido en mi cuerpo desde el café de ayer, y está haciendo exactamente lo que necesito que haga, que es suavizarlo todo, atenuarlo y alejarlo.

—¿Esto ya ha pasado antes? —pregunta Rae.

Me quedo muy quieto. Luego asiento. Apenas. Ni siquiera estoy seguro de que ella pueda verlo. —Mi madre —digo.

Dos palabras: eso es todo lo que hace falta para que me derrumbe. Hace años que no las digo en voz alta. Las he pensado mil veces,

claro, pero decírselas a otra persona es diferente. Eso hace que todo sea real de una forma que pensar en ello nunca logra.

Rae no insiste. Solo espera. Puedo sentir cómo contiene la respiración a mi lado. —¿Qué… qué le pasó? —se atreve a preguntar por fin.

Me río de nuevo, tan desolado como la primera vez. —Quería dejarlo —Me giro y miro a Rae. Está pálida. El viento le ha echado el pelo sobre la cara y no se ha molestado en apartárselo. Mierda, se parece de verdad a mi madre, tanto a los recuerdos que tengo de ella como a las pocas fotos que logré esconder de mi padre antes de que las destruyera. Hay una bondad en sus ojos que recuerdo muy bien—. Mira adónde la llevó eso.

Frunce el ceño. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que está muerta, Rae —Mantengo su mirada. Quiero que vea que no estoy siendo dramático ni exagerando para causar efecto—. Lleva dieciocho años bajo tierra. Y mi padre es quien la puso allí.

Se aleja de mí. No mucho, pero lo suficiente. No la culpo. Acabo de decirle que el hombre que la compró en una subasta asesinó a su esposa. No es el tipo de cosa con la que uno se siente *cómodo*.

—Kir… —tartamudea—. ¿Estás seguro?

*¿Que si estoy seguro?* Casi me atraganto con eso. *¿Estoy seguro de que mi padre mató a mi madre?*

*Bueno, le vi darle de comer veneno y luego sacar su cadáver de nuestra casa.*

*Así que sí, Rae, diría que estoy jodidamente seguro.*

Me termino la botella. Luego la tiro por encima del hombro sin mirar. Se hace añicos en algún lugar detrás de mí sobre la grava, lo cual es casi un ruido agradable. Cosas rompiéndose: esa es la banda sonora

de toda mi existencia. El tema de la familia Lazarev. Ya me he acostumbrado un poco a ello.

Me levanto y me tambaleo. Rae extiende la mano para sujetarme, pero le hago un gesto para que no lo haga. Tengo las piernas entumecidas y con hormigueo, y la azotea se inclina y se sacude bajo mis pies, pero no quiero su ayuda. Mierda, no me merezco su ayuda. Ella debería estar corriendo hacia la puerta ahora mismo, no intentando sujetarme si me caigo.

Se queda de pie a mi lado, mordiéndose el labio, mirándome con esos ojos marrones que se parecen demasiado a los de mi madre.

Y lo único en lo que puedo pensar es: tengo que acabar con esto de Jillian antes de que acabe igual que Rae. Antes de que Lukas se entere y la añada a la lista de mujeres a las que no pude proteger.

—Nadie deja a mi padre, Rae —digo con tono solemne—. No mi madre. No tú. Me doy la vuelta y camino hacia la salida a la azotea. Justo antes de llegar a la puerta, añado en voz baja—: Ni siquiera yo.

~

Consigo volver a mi oficina sin caerme por las escaleras, lo que me parece todo un logro teniendo en cuenta la cantidad de alcohol que se agita dentro de mí. Cierro la puerta, me dejo caer en la silla y saco el móvil.

Mis dedos saben qué hacer. La imagen de la cámara se carga en unos segundos.

Jillian está trabajando desde casa hoy. Está en el escritorio de su dormitorio, encorvada sobre un montón de papeles y carpetas esparcidos a su alrededor. Su portátil está abierto a la izquierda. Hay un café a medio beber junto a su codo. Lleva un bolígrafo detrás de

la oreja y otro en la mano, y está escribiendo algo en un cuaderno, rápido, sin levantar la vista.

Detrás de ella, en la pared, tiene un tablón de corcho. Ya lo había visto antes en las grabaciones, pero estaba casi vacío. Ahora ya no. Ahora está repleto. Fichas, documentos impresos, notas adhesivas con flechas dibujadas entre ellas. Un cordel rojo une algunas de ellas, lo cual resulta tan típico de una periodista que me reiría si no fuera porque está tomando la forma de una prueba irrefutable apuntando directamente a mi familia.

Se levanta y se dirige al tablero. Sostiene un rotulador rojo. Marca con un círculo algo en la esquina superior derecha, luego da un paso atrás y observa todo el tablero con los brazos cruzados y la cabeza ladeada.

Intento acercar la imagen. La cámara del teléfono es buena, pero la lente estenopeica de su ventilación no fue diseñada para este tipo de resolución a esa distancia. Puedo distinguir formas y colores, pero no el texto. Sea lo que sea lo que ha marcado, no puedo leerlo.

Intento acercarme más. Es inútil. Los píxeles se vuelven borrosos.

Se está acercando a algo. Eso es obvio por el enorme volumen de material que hay en ese tablero y por la forma en que sigue volviendo a él, conectando piezas, reorganizando. Está construyendo un caso. Eso es lo que hacen los periodistas, y Jillian es una periodista muy buena.

Lo que es increíblemente jodido es que una parte de mí *quiere* que lo descubra todo. Quiero que destape todo lo que Lukas ha construido y lo reduzca a cenizas con él en medio.

Pero hay otra parte de mí que recuerda que sigo siendo su hijo. El imperio que ella intenta desmantelar también lleva mi nombre. Y, lo problemático es que odiar a Lukas y querer protegerlo de Jillian no son opuestos. Son lo contrario de opuestos; son la misma cosa

retorcida, entrelazada con tanta fuerza que no puedo distinguir dónde termina una cosa y empieza la otra.

Nadie más va a destruir a mi padre. Ese es mi trabajo. Mío y solo mío.

En cuanto a cómo voy a resolver toda esta mierda…

…eso está por verse.

## 21

# JILLIAN

*"Muéstrame dónde te duele. Déjame ser la cura. A veces la vida puede ser una maldición. Así que solo muéstrame dónde te duele y yo te quitaré el dolor"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Show Me Where It Hurts", de Skylar Grey*

ESA NOCHE, se abalanza sobre mí antes de que pueda cerrar la puerta.

Da una patada a la puerta para cerrarla detrás de mí y me empuja de cara contra la pared del pasillo con tanta fuerza que una foto enmarcada se desprende del clavo y cae al suelo. El cristal se rompe y cruje bajo nuestros pies mientras sus manos me bajan los pantalones de chándal hasta las rodillas.

Ya está duro contra mi trasero, frotándose, con una mano agarrada a mi pelo y la otra apretándome el cuello por detrás.

Esta noche hay algo diferente. Siempre ha sido brusco, pero esto no es brusquedad; esto es *crueldad*. Hay una furia en su cuerpo que no

tiene nada que ver conmigo. Está aquí para destruir algo, y yo simplemente soy lo más cercano que tiene a mano.

No pasa nada. Puedo trabajar con eso.

Me da la vuelta y me levanta. Mi espalda toca la pared y yo enrosco las piernas alrededor de su cintura. Él forcejea con la cremallera con una mano, mientras el otro brazo se engancha bajo mi muslo para sostenerme. Oigo el clic de la hebilla, el deslizamiento de la cremallera, y entonces me penetra sin previo aviso.

Grito, pero él no se detiene. Hunde la cara en mi cuello y me muerde el tendón que hay sobre la clavícula. No es un chupetón, es un mordisco *de verdad*, hundiendo los dientes hasta que chillo y le empujo el pecho. No afloja. Me muerde con más fuerza.

Así que le araño la nuca con las uñas.

Intento causarle dolor a propósito, igual que él me lo está causando a mí. Curvo los dedos y los arrastro desde la línea del cabello hasta el cuello de su chaqueta, sintiendo cómo la piel se desgarra y cede bajo mis uñas. Él levanta la cabeza bruscamente y emite un gemido ahogado y gutural. Sus caderas se sacuden y luego se lanzan hacia delante con tanta fuerza que mi cráneo rebota contra la pared.

—Otra vez —jadea.

Lo hago de nuevo. Esta vez más fuerte. Con ambas manos. Le empujo el cuello de la chaqueta hacia abajo y le araño desde los hombros hasta la mitad de la espalda, dejando marcas en la tela de su camisa. Siento que una uña se engancha y rasga el algodón para luego penetrar en la piel. Algo cálido y húmedo recubre la yema de mi dedo.

*Sangre.*

El Hombre Enmascarado se vuelve completamente salvaje. Me inmoviliza ambas muñecas por encima de la cabeza con una mano y me folla con tanta fuerza que el yeso se agrieta a mis espaldas. Su

respiración es entrecortada a través de la máscara. Su mano libre me agarra la mandíbula y me fuerza la cabeza hacia un lado, dejando al descubierto mi garganta, y me lame dejando un rastro caliente desde la clavícula hasta la oreja.

—Más fuerte —le digo—. Puedo aguantarlo.

Y me lo da.



Cuando termina, por primera vez, no se marcha enseguida.

De alguna manera llegamos a la cama, dejando ropa y sangre por el camino. Ahora estoy recostada contra las almohadas, con las sábanas subidas, mirando el interior de mis párpados y esperando el sonido revelador de la ventana al abrirse y cerrarse.

Pero, para mi sorpresa, no llega. En su lugar, hay un peso en el borde del colchón. Está sentado allí, con los codos sobre las rodillas y la cabeza gacha. Va vestido y lleva puesta la máscara, como si estuviera listo para irse, pero no se mueve.

Pasa un minuto. Luego, dos.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—No.

Me incorporo y la sábana se amontona alrededor de mi cintura, dejando mis pechos al descubierto ante el aire fresco de mi apartamento. —Esta noche hay algo diferente. ¿Acaso…?

—Te he dicho que *no*.

—¿Se trata de quien te ha enviado?

Se pone de pie de un salto, sale corriendo de mi dormitorio y desaparece. Pero hay un momento justo antes de que se vaya que se me queda grabado en la cabeza durante mucho tiempo después.

Se *detuvo.* Duró medio segundo, quizá menos. Pero fue como si se sintiera dividido en dos. Algo en él quería quedarse conmigo, aunque el sexo hubiera terminado, al menos por un rato. Había una *atracción.* Un gancho. Una conexión. Una esperanza.

No le impidió marcharse, pero se demoró.

Eso es nuevo.

Lo peor es que él sabe que capté esa pequeña vacilación. Sintió que yo la percibía, y precisamente por eso se marchó tan enfadado. Porque quedarse habría significado responder a mi pregunta, y responder habría significado que yo supiera algo real sobre él.

Y lo real es lo único que acordamos no hacer.

## 22

# JILLIAN

*"¿Estoy bajo tierra o estoy demasiado metida en esto?".*

*—Traducción de un fragmento de la canción "When I'm Small", de Phantogram*

El lunes por la mañana me encuentro en mi escritorio en un estado de desesperación.

No puedo concentrarme. Cada vez que lo intento, mi cerebro me arrastra de vuelta a la otra noche. Es un maratón indeseada de recapitulaciones sexuales que nunca pedí, pero, madre mía, *qué exhaustivo.*

Manos. Bocas. Uñas que arañan la espalda del Hombre Enmascarado dejando surcos sangrientos. Sus labios apretándose sobre mi centro y chupando hasta que empecé a temblar y a babear como si me estuvieran electrocutando.

Tengo que apretar los muslos y retorcerme en la silla para encontrar una postura que no me provoque tanta ansiedad. Me duele el cuerpo en lugares que había olvidado que podían doler. Tengo una marca de mordisco en la clavícula que oculto bajo un jersey de

cuello alto, y cada vez que la tela roza esa zona, me transporto de vuelta a aquella cama.

Si eso fuera todo, ya sería bastante malo, pero lo que realmente me preocupa es que no son las partes más duras las que se me repiten una y otra vez.

Es la pausa. Ese curioso medio segundo en el que se sentó en el borde de mi cama y no se marchó. Algo se rompió dentro de él y yo lo vi, y él supo que lo vi, y entonces salió corriendo antes de que pudiera hacer lo que mejor se me da: indagar.

No dejo de darle vueltas a ese momento, como quien se rasca una costra. ¿Qué iba a decir? ¿Qué habría pasado si se hubiera quedado? ¿Qué le pasó por la cabeza en ese breve instante?

Y entonces mi cerebro, muy servicial, vuelve a la sensación de la pared contra mi espalda desnuda mientras me penetraba, y todo mi cuerpo se sonroja de calor en mi escritorio, en medio de la maldita sala de redacción.

Me gustó hacerle daño. No solo lo toleró o lo aceptó; se entregó y quería más. Él dijo "otra vez" y yo no lo dudé. Entonces, ¿en qué me convierte eso? ¿La máscara me está convirtiendo en alguien nueva, o simplemente me está dando permiso para ser quien siempre he sido?

No me gusta ninguna de las dos respuestas.

Parpadeo y me obligo a mirar la pantalla de nuevo. El documento es un registro corporativo de Delaware de una de las filiales de Lazarev Global. Es tan sexy como una declaración de la renta, y tan fascinante.

—Pierce.

Casi grito cuando oigo mi nombre a medio metro detrás de mí. Girando en mi silla, veo que Doug está de pie al borde de mi cubículo con un café en una mano y un bolígrafo detrás de la oreja.

No se sienta. Como me explicó el primer día, sentarse significa una conversación, y él nunca quiere una conversación. Estar de pie significa que quiere un informe de situación y lo quiere rápido.

—¿Qué tal? —pregunta con un simple gruñido mientras mastica el bocado de panecillo con queso crema que tiene en la boca.

—Buenos días a ti también, Doug —digo con falsa alegría—. ¿Qué tal el fin de semana festivo? Ha sido estupendo, muchas gracias por preguntar. Muy relajante. ¿Y el tuyo? ¿Has pasado un rato agradable con la familia?

—Mi exmujer se quedó con los niños, así que me senté en el sofá en calzoncillos y me tomé unas cervezas —replica con tono monótono —. A menos que quieras más detalles escabrosos, déjate de tonterías y dime en qué punto vas con tu historia.

Me estremezco. Doug en calzoncillos no era una imagen que me apeteciera conocer más a fondo. —Podrías haber dicho simplemente: *Bien, gracias,* ya sabes.

Me lanza una mirada entrecerrada y, de alguna manera, mastica su panecillo de forma amenazante. Nunca las manchas de queso crema en un bigote habían sido tan intimidantes.

—Claro. Sí. El trabajo.

Asiente. —Sí. El trabajo. Lo que te pago por hacer.

Minimizo el archivo de Delaware y abro el documento que he estado elaborando. Es una cronología, codificada por colores, con referencias cruzadas y, sin embargo, todavía dolorosamente llena de lagunas.

—Vale —digo—. Bueno. En resumen. El empleado de la morgue, Giovanni Ochoa, acudió a mí inicialmente porque llegaron unos restos a la oficina del forense de Queens que le llamaron la atención. Huesos encontrados en una obra en Astoria. Estaban excavando el

terreno para un nuevo proyecto urbanístico. Los trabajadores se toparon con los restos y lo comunicaron.

Doug da un sorbo a su café. —Recuérdame, ¿qué antigüedad tienen los restos?

—Ochoa dijo que, según la evaluación inicial, tenían entre quince y veinte años. Lo cual, en sí mismo, está bien. Mucha gente murió hace quince o veinte años.

—Pero.

—Pero, y esta es una parte que todavía estoy tratando de aclarar, así que ten paciencia mientras te explico a grandes rasgos los detalles que aún no están claros, de alguna manera, a Ochoa se le mete en la cabeza que esto tiene que ver con la familia Lazarev.

Doug asiente. —Y como Lukas y Kir siguen vivos, eso significa que los huesos solo pueden pertenecer a…

Asiento para confirmar que va por buen camino. —Elena Lazareva, sí. La esposa de Lukas Lazarev. Murió hace dieciocho años. La versión oficial es que estaba enferma, pero desde luego no les interesó dar más detalles.

—Aunque seguir hablando de un crimen sigue siendo dar un gran salto lógico —advierte.

—Sí, claro. Esperaba que Ochoa me diera más detalles al respecto cuando nos viéramos. Pero como me ha dejado plantada, voy a tener que conseguir su informe por otros medios.

Doug se lame las migas del pulgar mientras piensa. —Así que tu teoría es que los huesos de Astoria pertenecen a Elena Lazareva, lo que significa que alguien la mató y se deshizo del cadáver.

—Aún no tengo suficiente para llamarlo teoría —le corrijo—. Es una sospecha. La cronología encaja. Y el hecho de que Ochoa desapareciera justo después de empezar a soltar nombres como "Lazarev" también encaja.

—Son muchos "encaja" y pocas pruebas —dice con escepticismo—. ¿Tienes registros dentales? ¿ADN? ¿Algo directamente de la oficina del forense?

—No. Ochoa era mi vía de acceso a eso, y ha desaparecido. He estado intentando encontrar otro contacto dentro de la oficina, pero nadie quiere hablar. El expediente de esos restos también ha desaparecido. No aparece en ninguna de las bases de datos públicas a las que tengo acceso.

Doug me mira fijamente durante un largo rato. —Lo que significa que alguien lo ha enterrado. En sentido figurado.

—Eso es lo que creo, sí.

—Es prometedor —suspira—. Te lo reconozco. Pero es tremendamente circunstancial, Jill. Cada detalle de esto es de segunda mano, de una fuente que ahora está desaparecida. No tienes registros, ni corroboración, ni nada de nada. Creo que necesitas a alguien que hable oficialmente. Incluso un "sin comentarios" de la persona adecuada es mejor que lo que tienes ahora, que es un montón de aire y un *Hm, ¿no es extraño?*

Me encojo de hombros. —Sí, pero ¿quién?

—¿Qué tal si vas directamente a verlos? —sugiere—. Pásate sin avisar por Lazarev Global. A ver a qué pobre incauto puedes convencer para que te conceda algún tipo de entrevista. De todos modos, es el procedimiento habitual antes de publicar nada. Más vale hacerlo ahora y ver qué sale a la luz.

¿Hay algo peor que escuchar cómo te devuelven tus propias ideas a medio cocinar? Al fin y al cabo, ese era *mi* plan original. Se lo envié por mensaje a Doug la semana pasada, cuando estaba en la cresta de la ola por haber avanzado de verdad y me sentía audaz. Solicitar una reunión con Kir Lazarev, quizá incluso con el propio Lukas. Provocar al oso. Ver qué pasa.

Es curioso cómo un fin de semana tan extraño lo cambia todo. De repente, no estoy segura de nada en absoluto.

—No creo que esté preparada para eso todavía —murmuro.

Doug frunce el ceño. —Me enviaste un mensaje sobre esto. Querías ir directamente a Kir Lazarev.

—Sé lo que te envié por mensaje.

—Entonces, ¿qué ha cambiado?

*¿Qué cambió?* Excelente pregunta. *Bueno, Doug, el hombre al que enviaron para matarme por investigar esta historia ha estado trepando por la ventana de mi dormitorio todas las noches y follándome en diversas superficies de la casa, así que prefiero no acelerar el momento en que sus jefes descubran que sigo buscando trapos sucios. Eso es lo que cambió.*

Obviamente, no digo nada de eso.

—Solo creo que, si les aviso demasiado pronto, contratarán a un abogado y lo bloquearán todo —digo en su lugar—. Ahora mismo, no saben cuánto sé. En cuanto llame a su oficina y empiece a preguntar por Elena Lazareva, esa ventaja desaparecerá. Se cerrarán en banda, borrarán todo lo que puedan borrar, y yo intentaré construir una historia contra un equipo legal con recursos ilimitados.

A Doug le tiemblan las mejillas mientras frunce el ceño.

—También está el problema de Ochoa —añado—. Si ya han hecho desaparecer a una persona por hablar, ¿qué crees que pasará cuando una reportera del *Times* llame y empiece a hacer las mismas preguntas que él estaba haciendo?

Él se burla. —¿Crees que irían a por una periodista? Eso es otra historia.

—Creo que la gente que entierra cadáveres en Astoria no hace muchas distinciones sobre quién está fuera de los límites, Doug.

Levanta una mano. —Te entiendo. De verdad. Pero se te acaba el tiempo, Jill.

Abro la boca para discutir, pero él me interrumpe de golpe.

—Y hay otra cosa. Prepárate —Da un largo sorbo a su café—. Sé que te amenacé con lo de Bartlett, pero en realidad él se me adelantó. Se rumorea que ha estado husmeando por su cuenta. No ha establecido la conexión con Lazarev. Al menos, todavía no. Pero siente curiosidad por la obra de Astoria. Las obras llevan semanas paralizadas y nadie dice por qué. Está haciendo preguntas y, si sigue así, seguro que lo llevarán a alguna parte. Aún no sabe a qué se enfrenta, pero no es tonto.

Me quedo pálida. —Estás bromeando.

—¿Te parece que estoy bromeando?

No parece que esté bromeando. Parece un hombre con queso crema en el bigote que está dando muy malas noticias sin endulzarlas en absoluto.

—Si Bartlett se mete en esta historia desde el punto de vista de la construcción, será suya —dice Doug sin emoción—. Así es como funciona. El primero en presentarla se queda con ella. Y él no se va a relajar como tú.

—¡No me he estado *relajando*! —protesto—. He estado...

—No importa, no me importa —Hace un gesto con la mano para callarme de nuevo—. Quieres hacer bien tu trabajo, lo cual es muy noble. Pero la nobleza no te lleva a aparecer en la primera página. *La acción* sí. Necesito verte hacer algo hoy que no sea mirar fijamente los documentos de constitución de Delaware como si fueras a encontrar una confesión de asesinato escrita entre líneas.

Me muerdo el interior de la mejilla. Por mucho que lo odie, tiene razón.

—Ve a Lazarev Global —reitera—. Esta tarde. Entra por la puerta principal, pide una reunión con quien se encargue de la prensa y empieza a hacer preguntas. No tienes que descubrir todas tus cartas. Solo lo suficiente para provocar una reacción.

Con aire abatido, pregunto—: ¿Y si bloquean todo?

—Entonces al menos lo habrás intentado, y podré decirles a los mandamases de arriba que estamos cubriendo activamente este asunto. Eso mantendrá la iniciativa en tus manos.

Exhalo un largo suspiro. La idea de entrar en el edificio de Lazarev me pone los pelos de punta. No por Lukas o Kir o cualquier otro empleado de relaciones públicas que me echen encima, sino porque en algún lugar ahí fuera hay un hombre enmascarado al que esa gente envió para acabar conmigo, y presentarme en su puerta principal es básicamente agitar una bandera que dice: *Oye, tu sicario falló, ¿quieres volver a intentar?*

Pero Doug no se equivoca. Bartlett es un sabueso. Si capta el rastro, lo perderé todo.

—Vale —digo—. Iré esta tarde.

—Esa es mi chica.

Tiemblo de pies a cabeza mientras otro recuerdo sexual me sacude por dentro. —Por favor, no me vuelvas a llamar así —murmuro.

Él resopla, me saluda con su panecillo y se aleja, dejándome con los muslos apretados y un mal presentimiento sobre cómo va a ir esta tarde.

## 23

# JILLIAN

*"Veo tu verdadera personalidad, salir a la luz"*

*—Traducción de un fragmento de "True Colors (con Faux Fix)", de Richie Kohan*

Tomo la línea 1 del metro hasta la calle 50 y camino tres manzanas hacia el este hasta la sede de Lazarev Global. Es un coloso de cristal y acero en la Sexta Avenida, unos cincuenta y tantos pisos de avaricia corporativa apilados sobre un vestíbulo de mármol del tamaño de una cancha de baloncesto. He pasado por delante una docena de veces, pero nunca he entrado porque nunca me pareció algo que me importara mucho. Es un poco inquietante cómo un edificio puede parecer completamente diferente cuando sabes lo que se esconde tras el nombre de la puerta.

Empujo la puerta giratoria de la entrada y contemplo el vestíbulo. Al igual que el exterior, todo es cristal y acero hasta donde alcanza la vista. Lámparas de araña hechas de elegante acero corrugado con formas retorcidas y futuristas giran suspendidas de cadenas fijadas en el techo, muy por encima de nuestras cabezas. Guardias de seguridad con trajes oscuros se sitúan en dos puestos de control,

flanqueando una hilera de torniquetes que separan la entrada de los ascensores. A la izquierda hay un largo mostrador de recepción, curvo y blanco, con el logotipo de Lazarev Global montado en la pared detrás de él en letras de plata cepillada. Detrás se sientan dos recepcionistas, ambas rubias, ambas vestidas de negro. Parecen intercambiables.

El suelo está pulido hasta quedar como un espejo. Cuando bajo la mirada, puedo ver mi propio reflejo mientras camino hacia el mostrador.

Me acerco a la recepcionista de la izquierda. Lleva el pelo rubio recogido con tanta fuerza que por un momento me planteo advertirle de los riesgos de la alopecia por tracción. Como mínimo, debería ofrecerle un Advil de mi bolso, porque tiene que estar sufriendo una migraña terrible.

—¡Hola! —digo, esbozando mi mejor sonrisa inofensiva—. Me llamo Jillian Pierce. Soy periodista del *New York Times.* Me gustaría hablar con alguien de la oficina del director general sobre un reportaje en el que estoy trabajando.

Su rostro se hiela. Me mira como se miraría a alguien que se ha equivocado de edificio. —¿Tiene cita?

—No —respondo, disculpándome—. Esperaba concertar algo en persona. O, si alguien del equipo de prensa está disponible hoy, estaré encantada de esperar.

—Un momento —Coge el teléfono y marca una extensión de cuatro dígitos. Oigo que suena dos veces antes de que alguien descuelgue. Se da la vuelta y habla en voz baja, con una mano ahuecada alrededor del auricular. Capto fragmentos*. Periodista… New York Times… oficina del director general.* Luego, una pausa más larga mientras escucha.

Cuelga y se vuelve hacia mí. —Alguien del equipo de comunicación bajará en un momento. Siéntese, por favor —Me indica un grupo de

sillones bajos de cuero cerca de las ventanas.

—Genial. Gracias.

Me retiro a un rincón y me siento. El sillón es tan incómodo como parece. Supongo que es lo que cabe esperar de cuero duro tensado sobre algún tipo de armazón diseñado por alguien que, claramente, no estaba familiarizado con la anatomía humana básica. Cruzo las piernas, las descruzo, las vuelvo a cruzar, pero nada me hace sentir menos apretada.

Es un edificio muy concurrido, pero silencioso como una tumba. Abejas obreras engreídas con ropa cara que se mueven con determinación hacia los torniquetes, con las tarjetas de identificación a la vista, sin mirarse entre sí. Nadie habla. El único sonido es el zumbido sordo del aire acondicionado y el pitido ocasional de una tarjeta de seguridad al pasar por la puerta.

Rae está ahí arriba, en algún lugar. Pensé en enviarle un mensaje para ver cómo estaba, pero no quería arriesgarme a que alguien nos pillara hablando y pensara que ella estaba pasando información de sus jefes al *Times.* Ya tiene bastante sin que yo le añada más problemas.

Alzo la vista. En la pared del fondo del atrio, frente a los ascensores, hay un retrato. Es enorme. Debe de medir dos metros y medio de alto y está enmarcado en una bonita madera oscura, colgado sobre una repisa de mármol con una sola orquídea encima. El cuadro muestra a Lukas y Kir Lazarev, uno al lado del otro.

Lukas está a la izquierda. Pelo plateado, barba plateada, de complexión tan ancha que ocupa casi todo el marco él solo. Su traje es oscuro. Tiene las manos cruzadas delante de él. Parece un hombre al que nunca le han dicho que no.

Kir está a su derecha. Es más joven, más delgado, de pelo oscuro, guapo de una forma que ni siquiera un retrato corporativo cutre puede ocultar.

Padre e hijo. Presidente y director ejecutivo. Y, si no me equivoco, algo mucho peor.

Por eso estoy aquí.

Más concretamente, estoy aquí por tres razones.

La primera es sencilla: es mi trabajo. Doug me puso un plazo firme para fin de año y Bartlett está al acecho para quedarse con las migajas si yo fallo. Si no empiezo a mover ficha, voy a perder la noticia más importante de mi carrera frente a un tipo que una vez escribió mal "acusación" en un titular. He trabajado demasiado duro para esto. Mierda, me pagué yo misma la carrera de periodismo y me abrí camino a duras penas en la redacción del *Times* gracias a mi talento y mi fuerza de voluntad. He pasado semanas sumergida en sociedades ficticias, documentos corporativos y llamadas telefónicas sin salida, y no pienso entregarle todo eso al puto Mason Bartlett, el rubio teñido, solo porque me daba demasiado miedo hacerle preguntas difíciles a un intimidante tipo corporativo.

La segunda razón es más importante. En algún lugar, bajo todo ese mármol, ese cristal y esas letras de plata cepillada, hay una mujer muerta y nadie ha rendido cuentas por ello. Elena Lazareva tenía una vida. Tenía un *hijo*. Tenía los sueños y los planes que tiene la gente antes de que alguien se los arrebate. Y si Giovanni Ochoa tenía razón y esos huesos de Astoria son los suyos, entonces lleva dieciocho años esperando a que alguien pronuncie su nombre en voz alta en una sala llena de gente que preferiría que siguiera enterrada. Yo puedo ser esa persona.

Y luego está la tercera razón, que es la que no quiero examinar demasiado de cerca, pero que probablemente sea la más sincera de las tres:

Necesito trabajar. Tengo que estar *haciendo* algo, porque el resto de mi vida ahora mismo no tiene ningún puto sentido. El resto de mi vida consiste en un hombre enmascarado que se cuela por mi ventana y me tumba en el suelo de la cocina, y luego contra la

pared del pasillo, y luego en mi cama, y yo dejándole, y yo *deseando* que lo haga, y yo quedándome despierta después preguntándome qué me pasa que no puedo parar.

El trabajo es el antídoto para eso. Es lo último que me queda sobre lo que todavía tengo control.

Así que me siento en esta horrible silla del vestíbulo de Lazarev Global con mi cuaderno abierto y mi bolígrafo a punto, y espero a que alguien baje y hable conmigo.

No tengo que esperar mucho antes de que una mujer con un traje pantalón gris aparezca tras los torniquetes. Lleva un corte de pelo corto muy a la moda y no lleva joyas, salvo un fino reloj de oro en su delicada muñeca. Se dirige hacia mí con una sonrisa ensayada que dice: *Me dedico a tratar con gente como tú y se me da muy bien hacer que se vayan.*

—¿Srta. Pierce? Soy Vera Sorokina, directora de comunicaciones de Lazarev Global.

Me levanto y le estrecho la mano con firmeza. —Encantada de conocerla, Sra. Sorokina. Gracias por venir.

—Por supuesto —De manera muy deliberada, no me invita a acompañarla a ningún sitio—. Por desgracia, la agenda del señor Lazarev está completamente llena hoy. Y, francamente, en un futuro próximo. Pero estaré encantada de anotar los detalles de su solicitud y transmitirlos al equipo correspondiente.

Sé a qué juego estamos jugando, y Vera también lo sabe. Ambas sabemos que eso es lo que se supone que debe decir, y que yo debo responderle que es una maldita tonta si cree que voy a rendirme tan fácilmente.

—Preferiría hablar directamente con alguien de la oficina del director general —intento.

—Lo entiendo. Pero todas las consultas de la prensa pasan primero por mi departamento. Así es como hacemos las cosas aquí —Su sonrisa no se inmuta—. Si me da una idea de qué trata la historia, me aseguraré de que llegue a las personas adecuadas.

Saco mi libreta, más por aparentar que por otra cosa. —Estoy trabajando en un artículo sobre la estructura corporativa de Lazarev Global. Concretamente, algunas preguntas sobre las participaciones de las filiales y las adquisiciones de propiedades en el área de Nueva York. Me encantaría conocer la perspectiva de la empresa.

Vera no se inmuta. —Siempre estamos encantados de ofrecer comentarios sobre nuestras operaciones comerciales a través de los canales adecuados. Si me envía sus preguntas por correo electrónico, lo coordinaré con nuestros equipos jurídico y ejecutivo y le responderé en un plazo razonable.

—¿Y qué se considera un plazo razonable…?

—Eso depende de la naturaleza de las preguntas.

—¿Y si le dijera que el artículo tiene un plazo muy ajustado?

—Diría que haremos todo lo posible por adaptarnos a eso, pero no puedo hacer promesas en nombre de la disponibilidad del equipo ejecutivo —Inclina la cabeza—. Puede enviarme todo a mi correo electrónico. Me aseguraré de que llegue a la persona adecuada.

Es buena. Cada respuesta es educada y completamente inútil. Es un muro de cortesía, y sabe exactamente lo que está haciendo.

—¿Hay alguien más con quien pueda hablar hoy? —insisto—. ¿Aunque sea de manera informal?

—Me temo que no. Pero tengo una tarjeta —Saca una del bolsillo de su chaqueta y me la tiende—. Mi correo electrónico está ahí.

Cojo la tarjeta. —Gracias. Estaré en...

Me detengo a mitad de la frase porque un hombre acaba de salir de detrás de los torniquetes al otro lado del vestíbulo. Tiene el pelo oscuro, peinado hacia atrás. Con su traje gris claro, parece que sus extremidades no tienen fin, como si pudiera alargar fácilmente el brazo y tocar el techo del atrio que hay sobre nosotros. Sin embargo, lo que más destaca es su postura y su actitud. Se mueve por el mundo como si fuera dueño de cada centímetro cuadrado.

*Probablemente porque así es.*

Porque ese es Kir Lazarev.

Vera sigue mi mirada y pierde la compostura. —Oh —dice con pesar —. Qué extraña coincidencia. Ese es el señor Lazarev.

Lo observo caminar, como si hubiera salido del retrato y cobrado vida. Aún no se ha fijado en mí. Sigue hablando con el hombre de gafas que tiene a su lado, quien asiente rápidamente a todo lo que Kir dice.

—Srta. Pierce —me llama Vera—, creo sinceramente que lo mejor sería...

—Por supuesto —asiento, adelantándome—. Pero, ya que está ahí, mejor me presento. Así le ahorro un paso a todo el mundo.

Vera emite un pequeño sonido ahogado a mis espaldas, pero voy dos pasos por delante de ella mientras cruzo el vestíbulo a zancadas. El director general de la empresa que estoy investigando acaba de entrar en mi campo de visión como un regalo de los dioses del periodismo, y no pienso dejar que Vera Sorokina y su *razonable plazo de tiempo* se interpongan entre Kir Lazarev y yo.

Estoy ensayando la frase inicial en mi cabeza. Algo informal pero directo. *Sr. Lazarev, soy Jillian Pierce, del Times, me encantaría que me dedicara solo dos minutos.* Que sea breve. Que sea amistoso. No lo asustes.

Estoy a unos cuatro metros y medio cuando Kir se gira.

No *hacia* mí, sino *en dirección contraria*. Gira el cuerpo para mirar mejor al hombre de las gafas y, al hacerlo, inclina la cabeza hacia la derecha y se le mueve el cuello de la camisa. La nuca queda al descubierto por encima del cuello de la camisa.

Lo que veo allí me deja paralizada.

Hay arañazos. Cuatro, abultados, con costra y de un rojo intenso sobre su piel, que discurren en líneas paralelas desde justo debajo de la línea del cabello hasta más allá del cuello de la camisa. Son recientes. De un día, quizá dos. La piel a su alrededor sigue irritada, aún en proceso de curación.

*Conozco* esos arañazos.

Los conozco porque *fui yo quien se los hizo.*

El viernes por la noche, en mi pasillo, con mi espalda contra la pared y el cristal crujiendo bajo sus botas, él *pidió* que lo hiciera de nuevo y yo apreté con más fuerza, curvando los dedos y arrastrando las uñas por la tela y luego por la piel. Sentí cómo se desgarraba. Sentí la mancha cálida y húmeda de sangre bajo la yema de mi dedo.

Esas son mis marcas en el cuello de Kir Lazarev.

Mis pies se detienen. Estoy de pie en medio del vestíbulo y no puedo moverme. Tengo el cuaderno en una mano y el bolígrafo en la otra, y no siento ninguno de los dos.

Es él. El hombre de la máscara.

Kir Lazarev. Director general de Lazarev Global. Hijo de Lukas Lazarev…

...*es el hombre que fue a matarme.*

## 24

# JILLIAN

*"El agua bendita ya no te servirá de nada. Mira, he venido a quemar tu reino"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Seven Devils", de Florence + the Machine*

La voz de Vera me llega desde algún lugar lejano. —¿Srta. Pierce…? ¿Se encuentra bien? Parece que…

—Estoy bien —me obligo a decir, aunque "bien" y yo ocupemos actualmente universos diferentes—. En realidad, es que... tengo que irme. Volveré en otra ocasión.

—¿Está segura? Puedo traerle un poco de agua, o…

—No. Gracias. Estoy bien. Enviaré un correo.

Me doy la vuelta y camino hacia la puerta giratoria. Siento las piernas extrañas, como si fueran de otra persona y yo solo las estuviera tomando prestadas. Empujo la puerta y el aire frío de noviembre me hiela hasta los huesos, pero sigo caminando. No me atrevo a mirar atrás para ver si Kir me ha visto.

Recorro media manzana antes de tener que dar un pequeño rodeo.

Me agarro al borde de un cubo de basura metálico en la esquina y vomito. Es sobre todo café y bilis. Una mujer que pasea a un Pomerania me da un amplio margen, y no la culpo por ello. Yo también me daría un amplio margen en este momento.

Porque estoy en plena *espiral.*

Kir Lazarev es el Hombre Enmascarado. El Hombre Enmascarado es Kir. Kir. *Máscara*. Kir. *Hombre*. Todo es lo mismo.

Escupo en el cubo de basura y me limpio la boca con el dorso de la mano. Mi cerebro está intentando procesar demasiadas cosas a la vez y acaba sin procesar ninguna.

Todas las conversaciones que he tenido con él se están rebobinando ahora en mi cabeza, reproduciéndose a doble velocidad. ¿Qué le dije? ¿Qué le dije? Pienso en cuando me preguntó qué sabía sobre los Lazarev y le mostré mis cartas porque creía que estaba siendo inteligente. Le hablé de Ochoa. Le hablé de la oficina del forense. Le hablé de los huesos. Le dije que sabía que su jefe estaba relacionado con la familia.

¿*Su* jefe? ¡Qué chiste! ¡Él *es* el jefe! ¡Él *es* la familia!

Y luego todas esas noches posteriores. ¿Qué dije en la cama? ¿Qué pude haber murmurado mientras estaba medio loca o dormida?

No lo recuerdo. Esa es la peor parte. No puedo distinguir lo que dije en voz alta de lo que solo pensé.

Y si descubre que sé quién es, si tan solo lo sospecha...

No termino ese pensamiento. No hace falta. Todos sabemos lo que pasaría entonces: el diminuto espacio gris en el que hemos estado jugando se desvanecería en una nube de humo, y serían *mis* huesos los que acabarían enterrados en lo más profundo de alguna obra anónima.

El camino a casa es un borrón que apenas recuerdo. En un momento estoy en la Sexta Avenida y, al siguiente, estoy girando la llave en la cerradura, entrando y cerrando la puerta tras de mí.

El apartamento está vacío, con las ventanas cerradas y con llave. No huele a canela, gracias a Dios.

Dejo caer mi bolso junto a la puerta y me siento a la mesa de la cocina. No enciendo la tele, ni abro mi portátil, ni siquiera me sirvo una copa que tanto necesito. Simplemente me siento.

Porque hay algo que sé sin dudas: él vendrá esta noche.

Y cuando lo haga, no necesitaré la pistola eléctrica. No tendré que disparar nada, ni blandir nada, ni correr. No necesito un arma que se pueda sostener en la mano. Tengo algo mejor.

Tengo su *nombre.*

Y esta noche, cuando se cuele por esa ventana esperando encontrar a la misma chica desesperada y destrozada de rodillas, voy a mirarlo fijamente a los ojos y decirle cinco sencillas palabras:

*Las tornas han cambiado, hijo de puta.*

# 25

# JILLIAN

*"Te llevaré a otro nivel y te haré bailar con el diablo"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Wicked Games", de The Weeknd*

Es tarde cuando por fin aparece.

Esta vez entra por la puerta principal. Ni siquiera me molesté en cerrarla con llave. Solo observo cómo el pomo gira lentamente. Entonces la puerta se abre hacia dentro y una figura alta cruza el umbral.

Me tomo mi tiempo para deleitarme con su imagen. Es realmente hermoso, pero de la misma forma en que lo es un cuchillo o un ave de presa. Botas negras sobre mi suelo de madera, gruesas y crueles. Vaqueros oscuros. Una chaqueta negra ajustada, abrochada hasta el esternón, con el cuello levantado. Esta noche tiene las manos desnudas, sin guantes. Puedo ver sus largos dedos y sus nudillos prominentes, con un tatuaje en el dorso de una mano y una delgada cicatriz que cruza la otra.

Es tan alto que tiene que agachar la cabeza al pasar por el marco de la puerta, y cuando se endereza, ocupa la entrada de tal manera que mi apartamento parece tener la mitad de su tamaño real.

Una cintura estrecha y tonificada se ensancha en unos hombros anchos. No hay ni un gramo de grasa en él. Ni músculos de gimnasio inútiles ni nada por el estilo. Su cuello queda al descubierto por encima del cuello de la chaqueta, y ahí están: mis arañazos, aún curándose, cuatro líneas paralelas de costras rojas sobre la piel pálida.

Deslizo la mirada hacia arriba, hasta una mandíbula que solo he sentido con los dedos, ahora oculta tras la tela negra. Pómulos que nunca he visto.

Y luego la máscara, la misma de siempre. Negra, ajustada, cubriéndolo todo desde el puente de la nariz hasta debajo de la barbilla. Por encima de ella, esos ojos grises pálidos me encuentran en la tenue luz de la cocina.

Ahora sé lo que hay detrás de esa máscara. Sé el nombre, el rostro y la oficina de la esquina de la Sexta Avenida que habita.

Él no sabe que lo sé.

Hasta que sonrío con picardía y digo—: Hola, Kir.

Se detiene.

—Kir Lazarev —repito, solo para asegurarme de que no haya confusión—. Director ejecutivo de Lazarev Global. Hijo de Lukas y Elena.

Se queda allí de pie durante un buen rato. Cinco segundos, diez. Luego levanta ambas manos y se quita la máscara de la cara, tirando de ella por encima de la cabeza y dejándola caer a un lado.

Ahora, por fin, lo veo. Lo veo *todo*.

Kir Lazarev, de pie en mi apartamento sin nada tras lo que esconderse.

Es exactamente lo que prometía el retrato y, a la vez, nada que ver con él. El cuadro acertó con los rasgos básicos: la mandíbula marcada, los pómulos altos, la nariz recta y altiva. Pero se perdió todo lo que importa. Se perdió la forma en que su boca se curva ligeramente, con la comisura izquierda tirando hacia abajo por el ceño fruncido constante. Se perdió las ojeras, moradas como si fueran moratones, por lo que supongo que es más o menos la misma cantidad de sueño que yo he estado durmiendo. Se perdió lo *joven* que luce sin la máscara.

Treinta años, tal vez. No mucho mayor que yo.

Lleva el pelo echado hacia atrás, pero revuelto, como si se lo hubiera peinado con las manos. Tiene un rasguño en la mandíbula, justo debajo de la oreja. Un corte de afeitado, algo normal y humano.

Una parte de mí está casi decepcionada. No me había dado cuenta hasta ahora de que quería que fuera feo. Si se quitara la máscara y revelara algo monstruoso, eso haría que todo esto fuera más fácil de clasificar y descartar.

Pero no es feo. En absoluto.

Pero eso no significa que no tenga miedo de lo que está a punto de pasar.

No me gusta sentirme inferior a él, así que me levanto. —Hoy he ido a tu oficina —le digo—. ¿Ni siquiera te has molestado en ponerte una tirita en la nuca? Felicitaciones, eres oficialmente el peor asesino de la historia del crimen organizado.

Sigue sin decir nada.

—Esto es lo que va a pasar —continúo—. Ahora mismo tengo un correo electrónico redactado en mi teléfono. Contiene todo lo que he recopilado. Tu nombre en putas letras rojas, además de los

allanamientos, lo que le hiciste a Elliot, el mensaje sangriento en la pared de mi baño. Y luego, por supuesto, toda la información sobre Giovanni Ochoa y los huesos en Astoria. Todo.

Saco el móvil del bolsillo y lo levanto para que pueda ver la pantalla. El correo está ahí mismo, redactado y listo, con la dirección de Doug en el campo "**Para**".

—Un toque —digo—. Eso es todo lo que hace falta. Un toque y esto se lo envía a un tipo que lo tendrá delante del equipo legal antes de que llegues a la Sexta Avenida. Y entonces no solo tendrás que lidiar conmigo. Tendrás que lidiar con el puto *New York Times* —Respiro hondo—. Así que vas a responder a mis preguntas. A todas y cada una de ellas. O pulso enviar y todo tu mundo se desmoronará.

Sigue sin moverse ni hablar. Solo me mira con esos ojos grises y espera.

Hasta que, por fin, habla. —Deja el teléfono, Jillian.

Parpadeo. —¿No has escuchado ni una palabra de lo que acabo de decir?

Empieza a dar un paso hacia mí, pero extiendo el teléfono hacia el espacio que nos separa y se detiene en seco.

—Jillian… Te lo digo por tu propio bien: deja el teléfono.

—"Por tu propio bien" —repito—. Qué gracioso, viniendo de ti. ¿Desde cuándo te importa una mierda lo que es bueno para mí?

—Desde el principio —dice solemnemente.

Hay algo en su rostro que parece demasiado desgarrado como para estar mintiendo. Lentamente, bajo la mano que sujeta el teléfono y lo miro entrecerrando los ojos. —¿De qué estás hablando?

—Del hecho de que, si pulsas enviar en ese correo electrónico, vas a salir herida de una forma que hará que lo que le hice a Elliot parezca un golpecito de amor.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, poniéndome la piel de gallina. —No entiendo.

Kir da otro medio paso hacia mí. —Estoy intentando explicártelo, si me dejas. Solo deja el teléfono, ¿vale? —Extiende las manos como para demostrar que no lleva ningún arma—. Te juro por Dios que no estoy aquí para hacerte daño. Estoy intentando protegerte.

Sin dejar de fruncir el ceño, dejo el teléfono con cuidado sobre la mesa. Lo mantengo boca arriba y al alcance de la mano, por si acaso. —Explícate —digo sin rodeos.

Kir señala con la barbilla hacia las sillas. —¿Podemos sentarnos?

—No. Explícate.

Suspira y deja caer las manos a los lados. —Mi padre me ordenó que te matara.

Me quedo sin palabras. Hay un nivel de depravación aquí que no esperaba ni en mis sueños más descabellados. Uno de los multimillonarios más poderosos e infames de Nueva York ordenó *a su propio hijo,* el director ejecutivo de la empresa que lleva el apellido de la familia, que viniera a darme caza y me matara en mi propio apartamento…

—Hace aproximadamente una semana y media —continúa—, después de que tu amiga Rae fuera humillada públicamente en la gala de Lazarev, mi padre se enfadó porque intenté intervenir para protegerla. Discutimos. A mi padre no le gusta que le desafíen —Casi inconscientemente, una de las yemas de los dedos de Kir se eleva para tocar lo que ahora puedo ver que es un moratón amarillento y difuminado que le rodea el ojo—. Fue entonces cuando me encargó el asesinato. Se enteró de que estabas trabajando en una historia sobre nuestra familia y quería que se enterrara.

—Y, sin embargo, aquí estoy —digo, todavía conmocionada—. Respirando.

—Sí. Aquí estás —Exhala con fuerza por la nariz—. No pude hacerlo. Obviamente.

—Mierda, claro que viniste aquí con la intención de hacerlo —le recuerdo dando una patada al suelo con rabia.

—Sí, así es —confiesa—. Entré en tu apartamento esa primera noche dispuesto a hacerlo porque no significabas nada para mí. Solo un nombre en un trozo de papel. Nada más.

Se frota la cara con una mano. La máscara cuelga de su otro puño, olvidada.

—Y entonces me *mordiste* —Se le escapa un bufido de incredulidad —. No podías ver, no podías moverte, no tenías arma, ni plan, ni salida… y me mordiste a través del guante e intentaste romperme las costillas con el codo. ¿Cuánto pesas? ¿Sesenta kilos? Y me *enfrentaste*. Como si prefirieras morir de pie antes que suplicar de rodillas —Se ríe entre dientes—. He visto a gente que te dobla en tamaño suplicarme por sus vidas. Hombres adultos, hombres peligrosos, pero se derrumban en cuanto comprenden lo que está pasando —Me mira con tanta intensidad en los ojos que me deja sin aliento—. Tú no te rendiste. Te *enfadaste*. Y algo dentro de mí simplemente... —Cierra el puño y luego lo abre, lentamente, como si soltara algo que nunca recuperará—. Se rompió.

Se le hace un nudo en la garganta y niega con la cabeza.

—Estuve jodido desde ese momento, Jillian. Completamente y para siempre jodido. Lo supe enseguida. Me fui a casa esa noche y no podía quitarme tu olor de encima. Todavía podía oler tu perfume en mis manos, y te inhalé como si fueras una maldita droga. Lo necesitaba. Necesitaba más. Me contagiaste una enfermedad, Jillian, y la única cura era más de lo que la había causado.

Apartando la mirada de mí hacia la oscuridad de la ciudad más allá de mi ventana, sigue hablando.

—Así que volví a por más. No solo a tu apartamento, aunque sí, claro, vine aquí. Pero también a tu cafetería. A tu cita con tu vecino. Me quedé fuera, en el frío, durante una hora, viéndote cenar con otro hombre, y sentí una rabia como nunca había sentido. Lo dejé medio muerto a golpes en un baño porque se sentó frente a ti y te *sonrió*, y lo peor, lo malditamente peor, Jillian, es que me gustó. Me gustó el sonido que hizo su cara contra los azulejos. Me gustó cómo me miró cuando entendió que no eras suya para sonreírle. Soy un jodido bastardo enfermo y tú me has convertido en esto, y no lo cambiaría por nada. ¿Me oyes? Eres *mía,* zorrita.

Su voz se ha convertido en un gruñido salvaje mientras se acerca cada vez más. Se me corta la respiración.

—No soy una buena persona, Jillian. No te confundas. Todo lo que acabo de decirte debería hacerte salir corriendo a las putas montañas. Si fueras lista, enviarías ese correo, llamarías a la policía y nunca más me dejarías acercarme a menos de quinientos metros de ti. Porque esta enfermedad, esta obsesión… No va a desaparecer. No hay ninguna versión de esto en la que yo me vaya. Ningún universo en el que no entre por esa ventana… una y otra vez, y otra vez.

Su mano desnuda se extiende y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. —Así que si no puedes vivir con eso… te sugiero que grites.

Latido.

Respiración.

Pulso estrangulado y sordo.

Me gano la vida escribiendo y, sin embargo, sigo sin encontrar las palabras para describir lo que está pasando aquí. Quizá sea la primera persona en la historia de la humanidad en sentir esta mezcla exacta de emociones: miedo y excitación, terror y lujuria, y también,

¿una especie de… aprecio? Ese no puede ser el término correcto, pero no sé cómo llamarlo de otra manera.

Me *han visto.* Eso es lo que es. Esos ojos grises me han observado desde detrás de la máscara y han visto tanto, tanto. Partes de mí que no sabía que ya eran visibles.

Justo en ese momento, sus ojos se clavan en los míos. —Pero mi padre no sabe nada de esto. Por lo que él sabe, vas a morir en cualquier momento. Le he estado diciendo que todo acabará pronto. Mintiendo, en esencia. Ganando tiempo.

—¿Ganando tiempo para *qué*?

—Aún no he decidido esa parte.

Casi me echo a reír, en un arrebato de delirio. —Un plan increíble.

—Lo único que sé es que, si envías ese correo electrónico y mi padre descubre que le he mentido, entonces no seré yo quien venga a arreglar el desastre. Enviará a alguien que no dudará. Si eso ocurre, los dos estamos muertos. ¿Lo entiendes?

Lo entiendo. Ese es el problema. Porque me he pasado la última semana diciéndome a mí misma que el hombre de la máscara era el peor de los casos, pero resulta que el fondo del pozo es mucho más profundo aún.

Kir no es la amenaza. Nunca lo fue.

Es el *amortiguador*.

Y si ese amortiguador desaparece, lo que vendrá después es algo sobre lo que no tengo ningún control. Pienso en la cara de Elliot en esa cama de hospital. Un ojo hinchado y cerrado, sangre seca en los pliegues de la oreja. Kir le hizo eso porque Elliot me *sonrió*. Y se supone que Kir es el misericordioso en esta ecuación.

Así que quienquiera que Lukas envíe en su lugar...

No quiero ni imaginarlo.

—Pero hay una forma mejor —dice Kir—. Yo también quiero que mi padre desaparezca.

Levanto la vista alarmada. Pero tiene la mandíbula apretada, los ojos fijos y serios. Lo dice en serio.

—Llevo mucho tiempo queriendo que desaparezca —continúa—. Dieciocho años, para ser exactos. Pero no puedo hacerlo desde dentro, no sin lo estropearlo todo y hundirme. Necesito a alguien de fuera. Alguien con una plataforma, una firma y la terquedad suficiente para llevarlo a cabo.

—Me necesitas —concluyo.

—Sí —Asiente—. Te necesito.

Cruzo los brazos sobre el pecho. —¿Y qué me propones exactamente?

Kir saca una de las sillas de la cocina y se sienta. —Tú escribes el artículo —dice—. Pero a mi ritmo y según mis condiciones. Te daré todo lo que necesites. Entrevistas, documentos, estados financieros, comunicaciones internas... cosas que ningún otro periodista podrá conseguir jamás. Cosas que harán que tu editor se corra en los pantalones.

—¿Y a cambio?

—A cambio —dice—, yo controlo el calendario. Yo decido cuándo sale cada cosa y en qué orden. Porque, si publicas demasiado pronto o demasiado, mi padre sabrá que viene de mí, y entonces ninguno de los dos vivirá para ver la Navidad.

Me lo pienso. No es poco. De hecho, es el tipo de trato con el que sueñan los periodistas: un informante del más alto nivel que te entrega las llaves del reino en bandeja de plata. Como dijo Kir, los pantalones de Doug sí que necesitarían una limpieza en seco.

Pero no soy ingenua. —Me estás pidiendo que deje que una fuente dicte las condiciones de la noticia. El periodismo no funciona así.

—Te pido que seas flexible con el *cuándo*, no con el *qué* —me corrige—. Tú publicas la verdad. Toda. Solo necesito asegurarme de que ambos estemos fuera del radio de la explosión antes de que detone.

—¿Y si digo que no?

Se encoge de hombros. —Entonces volverás a revisar los registros de las sociedades limitadas y a esperar que Ochoa aparezca con vida, y mientras tanto, mi padre se quedará sin paciencia y enviará a alguien a quien no le cueste seguir órdenes —Hace una pausa—. O dices que sí, y obtienes la historia de la década entregada en mano por la única persona en el mundo que tiene acceso a todo.

Mierda.

Parece que, después de todo, no tengo muchas opciones.

Kir se levanta y cruza la cocina hacia mí. Se detiene tan cerca que puedo sentir el calor que desprende. —¿Cerramos el trato? —murmura.

Bajo la mirada hacia la máscara que aún cuelga de su puño. Entonces, aturdida, alargo la mano y se la quito. La tela está caliente por su contacto, suave y gastada de todas esas noches que se la ha puesto aquí para aterrorizarme.

La levanto con ambas manos y se la coloco sobre la cara. Se la ajusto bajo la barbilla, la aliso sobre sus pómulos y la ajusto sobre el puente de la nariz hasta que solo se ven esos ojos grises por encima de la tela negra.

Ahí está. Mi desconocido. Mi don nadie.

Ya no es un don nadie. Es el puto Kir Lazarev. Pero la máscara sigue provocándome algo en el cerebro que no puedo explicar. Acciona un interruptor. Hace que esto esté bien.

Sus manos me agarran por la cintura. —Ahí está —ronronea—. Ven aquí, mi zorrita. Déjame devorarte.

## PARTE III

# RIESGO PERSONAL

## 26

# JILLIAN

*"No me engañas, oh, nena, no me engañas"*

*—Traducción de un fragment de la canción "You Don't Fool Me", de UFO*

Me parece que parpadeo y me despierto en mi escritorio de la oficina un martes por la mañana. Tengo el pelo aún húmedo por una ducha que apenas recuerdo haberme dado y llevo un conjunto horriblemente arrugado y que no pega nada. Todo muy poco propio de mí.

Mi entorno no es mejor. El escritorio es un desastre, con papeles apilados por todas partes y notas a medio terminar. Lo único que tiene a su favor es que refleja bastante bien mi estado mental.

Me siento, abro mi portátil y me quedo mirando la pantalla un rato. El cursor parpadea en una barra de búsqueda vacía, pero no escribo nada.

Aún puedo sentirlo. Ese es el problema. No solo las cosas obvias, aunque sí, eso también: las huellas dactilares en la parte interna de mi muslo, el dolor entre mis piernas. Pero también sus manos en mi

cara cuando me quitó la máscara. El moretón que se desvanece alrededor de su ojo, que le hizo su padre.

*Mi padre me ordenó que te matara.*

—¡Eh! —grita alguien a mis espaldas—. Si es mi pequeña taza de... ¡Dios mío, Jill, qué demonios te ha pasado!

Me giro en mi silla. Weston está ahí de pie con dos cafés, uno ya tendido hacia mí, pero su cara ha pasado de alegre a preocupada.

—No me ha pasado nada —murmuro, cogiendo el café y apartando cuidadosamente la cara de él—. Estoy bien.

—*No* estás bien —insiste él—. Pareces como si hubieras dormido en un contenedor de basura. Y lo digo con cariño.

—Sí que sabes cómo hacer que una chica se sienta especial.

Dios, hoy me cuesta mucho sacar mi sarcasmo habitual. Estoy completamente desorientada y a la deriva, y Weston lo sabe. Por desgracia, no es el tipo de chico que me va a dejar salir del paso fácilmente.

Se sienta en el borde de mi escritorio y me observa. —En serio, Jill, ¿qué pasa? Cuéntamelo. Aquí estás a salvo.

Doy un sorbo de café y, como un capitán que se hunde con su barco, sigo con mi rutina habitual. —Solo fue una noche de juerga. Conocí a un chico en un bar. Ya sabes.

Weston no se ríe, no arquea las cejas, no pide detalles, ni hace ninguna broma tonta sobre mi resistencia sexual. Solo me mira con escepticismo y declara—: Mentira.

—¡No es una mentira!

—Es mierda de vaca de primera calidad. Tengo experiencia, vengo del campo —Me acerca a él en mi silla de ruedas y me lleva la mano hasta su regazo—. Jill, cariño, vienes aquí todos los días con un aspecto digno de la portada de una revista. El pelo arreglado, el

conjunto a juego, las uñas perfectas. Hoy llevas una chaqueta azul marino con pantalones negros y la camisa al revés.

Bajo la mirada. Mi camisa está, efectivamente, al revés. La etiqueta me sobresale justo debajo de la barbilla. Mierda.

—Así que, sea lo que sea lo que esté pasando —continúa—, no es por un rollo de una noche. Inténtalo de nuevo.

La mirada de Weston dice que no hay ni una pizca de posibilidad de que me salga con la mía esta vez. Pero ¿qué se supone que debo hacer? La verdad está, obviamente, fuera de discusión. Después de lo que le pasó a Elliot, lo último que voy a hacer es meter a otra persona inocente en esta mierda sórdida. Mis mentiras y fingimientos habituales tampoco van a colar, así que me siento atrapada.

Por suerte, me salvan. Más o menos. No es que Doug sea precisamente un superhéroe, porque en cuanto empieza a hablar, me doy cuenta de que en realidad es más bien una situación de "de la sartén al fuego".

—Weston, lárgate —ordena Doug mientras se acerca con aire amenazador, señalando el cubículo de Weston con su panecillo—. Me debes quinientas palabras para las once de la mañana y, si mis sospechas son correctas, no has escrito ni una sola.

Weston se sonroja, culpable. —Sí, señor, líder intrépido —Me lanza una mirada y frunce el ceño, luego articula con los labios: *Hablamos luego, ¿vale?* Le hago un gesto de pulgar hacia arriba y se aleja trotando.

Intento fingir que me dirijo al baño de mujeres para escapar de la ira de mi editor, pero mi trasero apenas se ha levantado unos centímetros del asiento cuando Doug me apunta con su panecillo como si fuera el cetro real que él parece creer que es. —No lo creo, Pierce. Siéntate. Ponme al corriente.

Suspirando, vuelvo a sentarme, resignada a mi destino. —Como desees, Majestad.

Arruga la nariz. —Has estado pasando demasiado tiempo con Weston. Tu descaro empieza a parecerse al suyo. En fin. Como sea. ¿Te reuniste con alguien de Lazarev ayer?

Pongo mi mejor cara de *definitivamente no estoy mintiendo* y niego con la cabeza. —Lo intenté, pero esa directora de comunicación, la reina de hielo, me puso trabas. Se ofreció a transmitir mis preguntas por los "canales adecuados".

—Así que eso es un no.

—Me pareció más bien un *no, y además vete a la mierda*.

Doug gruñe y levanta la pantalla de su teléfono. —Entonces, ¿por qué estás aquí sentada? Kir Lazarev va a inaugurar un hospital infantil esta tarde. La fundación benéfica de su familia ha donado una nueva ala para salvar a niños con cáncer incurable de ceja o lo que coño sea. Es una gran sesión de fotos para los donantes, con todo lo que eso conlleva. También habrá prensa local y una rueda de prensa abierta después.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

Levanta la vista al cielo como si estuviera rezando por tener paciencia para lidiar conmigo. —Es una oportunidad para presentarte ante el joven Lazarev, cabeza hueca. Te presentas, te das a conocer, le das la mano y le pides una reunión formal. Eso es todo. No tienes que tenderle una emboscada al tipo. Solo haz que te vea para que la próxima vez que llames a su oficina, no seas una desconocida.

Dejo caer la barbilla hacia el pecho. —¿Tengo que hacerlo?

Doug ni siquiera se digna a responder. Solo me muestra el panecillo una vez más. Hoy es de centeno, veo. Bien por él por variar. —Ponte algo que no tenga la etiqueta asomando —Luego se marcha dando pisotones, silbando a Vivaldi entre dientes.

Haciendo una mueca, cojo mi acreditación de prensa y mi grabadora, me echo el abrigo por encima y me dirijo a la puerta. Al salir, veo mi reflejo en el cromo rayado de las puertas del ascensor.

*Muy bien, Kir… Es la hora de la verdad.*



El hospital infantil está en el Upper East Side, un gran edificio moderno con una pancarta nueva colgada en la entrada que dice ***FUNDACIÓN DE LA FAMILIA LAZAREV: ALA DE ONCOLOGÍA PEDIÁTRICA***. Dentro, el equipo de relaciones públicas de Lazarev Global ha reunido a los medios de comunicación en un luminoso atrio con globos y un estrado. El grupo de prensa es reducido. Cuento seis periodistas y dos equipos de cámara. Una filial local de la NBC, un par de publicaciones especializadas en salud, un bloguero al que reconozco vagamente de un boletín sobre filantropía. Nadie de la sección local del *Times*, lo que significa que Bartlett no está aquí para robarme la primicia. Es un pequeño alivio.

Me hago con un sitio cerca del fondo, detrás de un cámara que ajusta su trípode. Abro mi libreta y hago clic con mi bolígrafo, igual que todos los demás. Solo otra reportera cubriendo una sesión fotográfica de donantes un martes por la tarde. Aquí no hay nada que ver. *¿Quién, yo? ¿Acostándome con el director general?! No, no, ¡por supuesto que no! Te has equivocado de mujer.*

Al dar la hora, Kir sale por una puerta lateral flanqueado por dos administradores del hospital y una mujer a la que reconozco como Vera, la responsable de prensa que conocí ayer. Lleva pantalones de traje negros con una camisa blanca impecable, sin chaqueta ni corbata. Es un aspecto informal y encantadoramente relajado, sin nada de la amenaza depredadora del hombre que se presentó en mi puerta y me susurró promesas obscenas al oído hace doce horas.

Para empezar, esta versión de Kir sonríe. Es una sonrisa que te hace confiar en él al instante. Bueno, *yo* no, pero otros quizá sí. Le da la

mano al director general del hospital, se ríe de algo que dice uno de los médicos y luego se agacha para hablar con una niña en silla de ruedas, calva y con un soporte para suero. Se queda ahí un rato. Tampoco es una simple pose para la foto. Está hablando de verdad con ella, a la altura de sus ojos, asintiendo muy en serio a todo lo que ella le cuenta.

La niña se ríe. Kir mete la mano en el bolsillo de la chaqueta, saca un pequeño peluche y se lo da. Ella lo abraza contra su pecho, rebosante de amor.

Observo todo esto con el bolígrafo suspendido sobre mi cuaderno. ¿Qué demonios se supone que debo anotar sobre *eso?*

Cuando se abre paso entre la multitud, sube al estrado y responde a la avalancha inicial de preguntas fáciles sin sudar ni una gota. Qué inspiró la donación, qué le depara el futuro a la fundación, qué se siente al devolver a la sociedad. Responde a todas con calidez y concreción. Casi todas las mujeres de la sala suspiran con nostalgia cuando habla de "construir un mundo en el que todos los niños tengan la vida plena y feliz que se merecen". Apostaría lo que fuera a que todas están pensando: *¿Ha dicho "niño"? Le daré un niño si eso es lo que quiere.*

Maldita sea, se le da muy, muy bien esto.

Entonces, el moderador señala el fondo de la sala. —Última pregunta.

Antes de perder el valor, me levanto de un salto.

La mirada de Kir se posa en mí y se queda clavada. Durante una fracción de segundo, algo se agita detrás de esos ojos grises, aunque estoy demasiado lejos para ver exactamente qué es. Pero solo dura un instante. Luego espera con una sonrisa insulsa y agradable en el rostro, como si yo fuera igual que cualquier otro periodista de los que están aquí.

—Jillian Pierce, del *New York Times* —anuncio con la voz más clara que puedo reunir—. Sr. Lazarev, la rama benéfica de Lazarev Global ha donado más de cuarenta millones de dólares a instituciones de Nueva York solo en los últimos tres años. ¿Puede decirnos si alguna de esas donaciones está relacionada con los problemas legales a los que se enfrentan actualmente la empresa matriz o sus filiales? ¿Está tratando de distraer al público de algunos aspectos poco recomendables de su negocio familiar?

Mi pregunta deja a todos sin aliento. El tipo de la NBC baja el teléfono. El bloguero deja de escribir. —Por Dios, mujer, es un *evento de un hospital infantil* —murmura alguien entre dientes. Vera, a un lado, de repente aprieta con fuerza su portapapeles, como si estuviera tratando de determinar si podría cortarme la cabeza con él si lo lanzara con suficiente fuerza.

Kir sonríe.

Esos ojos, sin embargo… No sonríen en absoluto.

—Es una gran pregunta —dice—. Y también agradezco la acusación creativa. La respuesta corta es no. Nuestra fundación opera de forma independiente de los asuntos legales y comerciales de la empresa matriz, siempre, y cada dólar se somete a una auditoría pública y está disponible en nuestra página web. Animo a cualquier interesado a echar un vistazo. Es una lectura bastante árida, pero la transparencia suele serlo.

Unas cuantas risas corteses se propagan por la sala. Su mirada se detiene en mí un instante más antes de que se gire para mirar a otra persona.

Sigo ahí de pie, como una tonta. —Si pudiera continuar con...

—Creo que lo dejaremos ahí —interrumpe Kir con suavidad. Señala a un periodista en la segunda fila—. Sí, adelante.

El cámara de la NBC a mi izquierda se ríe entre dientes. No muy alto, pero lo suficiente como para que sienta que se me enrojece la cara y

me vuelva a sentar, presionando el bolígrafo con tanta fuerza contra mi libreta que la punta perfora la página.

El siguiente periodista hace una pregunta intrascendente sobre los planes de la fundación para el año que viene. Kir la responde con la misma despreocupación con la que ha tratado a todos los demás. No vuelve a mirarme.

Unos minutos más tarde, termina la rueda de prensa. El resto de los miembros de la prensa comienzan a salir lentamente de la sala, pero yo me quedo en mi asiento, con la grabadora aún encendida, el bolígrafo aún en la mano y la cara aún ardiendo por haber sido rechazada públicamente en una sala llena de colegas.

El tipo de la NBC me da un codazo al pasar. —Fallaste de pleno, ¿eh, Lois Lane?

—De gran ayuda, como siempre, Ed —le espeto.

Él sonríe con descaro y sigue caminando. Detrás de él, una mujer mayor a la que reconozco vagamente de una de las publicaciones especializadas en salud se detiene a mi lado y baja la voz. —¿Un consejo, cariño? No te metas con los Lazarev. Tienen buena memoria y mucho poder. Llevo veinte años cubriendo la filantropía en esta ciudad, y te diré una cosa: los periodistas que se meten con esa familia suelen acabar cubriendo reuniones del consejo escolar en Albany. Si tienen suerte, claro. Algunos acaban con zapatos de hormigón en el East River.

—Agradezco la preocupación —le digo con acidez—. ¿No quieres ir a hacerle a Kir una pregunta de seguimiento sobre lo bien que sienta ayudar a los niños necesitados?

Ella se estremece ante mi sarcasmo obvio y cruel. Luego, se encoge de hombros y guarda su libreta en su bolso. —Es tu pellejo, cariño.

La veo alejarse, luego apago la grabadora y la guardo en el bolsillo de mi abrigo.

¿Que me mantenga alejada de los Lazarev?

Ja. Sí, claro.

Demasiado tarde.

## 27

# JILLIAN

*"Si me quedo aquí tumbado. Si simplemente me quedo aquí tumbado ¿Te acostarías conmigo y te olvidarías del mundo?"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Chasing Cars", de Snow Patrol*

VUELVO furiosa a la redacción y me dejo caer en mi silla con tanta fuerza que sale disparada hacia atrás y se estrella contra la pared del cubículo de Weston. Asoma la cabeza por la mampara, me echa un vistazo a la cara y se retira sin decir palabra. Una sabia decisión por su parte.

Apretando los dientes, abro un documento en blanco y empiezo a teclear como si intentara hacer diez agujeros en el teclado. Doug quiere un artículo sobre la inauguración, así que Doug tendrá un artículo sobre la inauguración.

Pero el artículo que va a recibir Doug son doscientas cincuenta palabras de absolutamente nada, mierda. *Kir Lazarev dona una unidad de oncología pediátrica. Kir Lazarev estrecha la mano del director general del hospital. Kir Lazarev se agacha para hablar con los niños enfermos y reparte peluches porque Kir Lazarev es un ser*

*humano maravilloso, generoso y emocionalmente equilibrado con una vida sexual completamente normal y sin complicaciones.*

Cita, cita, verificación de datos, listo. Otra obra maestra periodística de la reportera superestrella Jillian Pierce.

Pero mientras mis dedos están sobre el teclado, hay un segundo artículo escribiéndose solo en mi cabeza. El verdadero. En esta versión, la sonrisa caritativa del director general es un fraude caótico y sus manos desnudas aún tienen costras en los nudillos por haber dejado inconsciente a mi vecino a golpes. En *esta* versión, el Sr. Chico de Oro se cuela por las ventanas con una máscara negra y guantes de cuero y susurra fantasías depravadas al oído de una reportera mientras una orden de muerte de su propio padre se cierne sobre las cabezas de ambos.

Esa versión no llega a escribirse.

Al menos, todavía no.

Hago clic en "enviar" en el artículo adulador y veo cómo desaparece en la bandeja de entrada de Doug. Menos mal que se ha ido.

Luego cojo mi teléfono. Necesito algo que me distraiga del desastre en que se ha convertido mi vida, y sé exactamente qué: Rae.

Mi mejor amiga lleva días sin dar señales. Se fue de juerga al otro lado del Atlántico a Dios sabe dónde con Lukas Lazarev, un hombre cuyo hijo acaba de confesarme que Lukas *asesinó a su propia* esposa, y no ha respondido ni a uno solo de mis mensajes. He estado tan metida en mi propio lío que no he tenido capacidad para obsesionarme como es debido con esto, pero esa capacidad acaba de liberarse, y, madre mía, allá vamos.

Abro "Buscar a mis amigos". Aparece el puntito verde y contengo la respiración. Lleva días desaparecida, pero espero que...

Ahí está. Está en Manhattan.

Está *aquí*. Ha vuelto.

El alivio dura más o menos un cuarto de segundo antes de que la furia lo arrase por completo. ¿Ha vuelto y no me ha llamado? ¿Ni un mensaje? ¿Ni siquiera un ***"hola, para que veas que sigo viva, prueba de vida, no te preocupes"***?

Soy plenamente consciente de que estoy desviando la atención. La ira que siento ahora mismo no tiene que ver del todo, ni siquiera en su mayor parte, con Rae. Tiene que ver con que Kir me humillara públicamente en esa rueda de prensa. Y ya que estamos haciendo cuentas, también tiene que ver con la inminente fecha límite de Doug, con Bartlett dando vueltas, con la marcha de Ochoa y con el maldito mensaje del que casi aún puedo ver el contorno en la pared de mi ducha.

Se trata de todo eso.

Pero Rae es lo único sobre lo que realmente puedo *hacer* algo, así que Rae es la que se lleva la culpa.

Abro nuestro hilo de mensajes.

*¿Así que has vuelto a Nueva York y no me lo ibas a decir?*

*Llevo DÍAS enviándote mensajes, Rae.*

*Entiendo que estés pasando por un mal momento, pero aquí me estoy volviendo loca. ¿Te has esfumado con un tipo que da miedo y no has podido mandarme ni un mensaje para decirme que seguías viva?*

No responde, así que dejo caer el teléfono sobre mi escritorio y me presiono las palmas contra los ojos. Tengo un nudo en la garganta y me tiemblan las manos. Dios, me detesto. Sé que estoy siendo injusta. Rae no sabe nada de lo que he descubierto. No sabe que cada hora que no estaba localizable, me imaginaba a Lukas haciéndole lo que le hizo a Elena.

Pero ese es el problema. Ella no sabe nada de esto, porque no se lo he contado.

Y sigo sin poder hacerlo.

Eso no significa que no pueda ir a ver cómo está, sin embargo. Necesito saber que al menos una cosa preciosa en mi vida sigue a salvo. Así que cojo mi abrigo del respaldo de la silla, me meto el teléfono en el bolsillo y me voy sin decirle a nadie adónde voy.

Rae vive en un edificio sin ascensor cerca del Barclays Center, en Brooklyn. Cuando llego, subo las escaleras de dos en dos y me quedo delante de su puerta, jadeando, no por la subida, sino por todo lo que se me ha acumulado en el pecho.

Llamo dos veces, pero no responde. Tampoco contesta cuando la llamo por su nombre. Así que rebusco en mi bolso la llave de repuesto que me dio hace un par de años. La encuentro enterrada bajo unos recibos sueltos y el envoltorio arrugado de una barrita de cereales. La cerradura gira con facilidad y empujo la puerta para abrirla.

—¿Rae? —llamo al interior del apartamento—. Voy a entrar, así que si estás desnuda o haciendo algo raro, considéralo una advertencia.

Entro y cierro la puerta detrás de mí. Definitivamente aún no está aquí, así que me dejo caer en el sofá y vuelvo a mirar "Buscar mi iPhone". El punto verde se mueve en mi dirección. Se dirige hacia el sur, hacia donde estoy sentada. A diez minutos, quizá quince.

Vale. Esperaré.

Me siento en su sofá y ensayo el discurso que he estado preparando en mi cabeza durante todo el trayecto en metro. Es un buen discurso. Habla de no enviar mensajes, de desaparecer, de desconectarse del mundo con un hombre que...

La cerradura gira. La puerta se abre.

Y cada palabra que había preparado se me atraganta en la garganta.

Rae tiene un aspecto horrible. Lleva el pelo recogido en una coleta lacia y tiene los ojos hinchados y enrojecidos. Lleva un vestido desaliñado que no reconozco y que le queda demasiado holgado alrededor de las costillas.

Ha pasado algo. Algo malo.

Eso se confirma cuando me ve y sus ojos se le salen de las órbitas mientras suelta un medio grito.

—¡Por Dios, Rae! —Salto del sofá—. ¡Soy yo! ¡Solo soy yo!

Se aferra al marco de la puerta como si fuera a desplomarse hasta el centro de la Tierra sin ese apoyo. Tiene los ojos del tamaño de platos y parece como si acabara de ver cómo asesinaban a alguien, lo cual, dada la compañía que ha estado frecuentando, no es algo imposible.

—¿Qué *coño* pasa, Jill? —jadea Rae—. ¡Casi me das un infarto!

—¿Que casi te *doy* un infarto? —Me pongo las manos en las caderas. La desfachatez de esta mujer. Si no fuera mi mejor amiga, la estrangularía—. ¿Me estás tomando el pelo? ¡Desapareces de la faz de la tierra durante tres días, sin mensajes, sin llamadas, nada, cero, y *soy* yo la que tiene que dar explicaciones?!

Me mira parpadeando. —Yo… ¿qué?

—Tres días, Rae —Levanto tres dedos y se los señalo para que los vea bien—. Uno, dos, tres. Setenta y dos horas. Te llamé como noventa y cinco veces. Te envié tantos mensajes que estoy segura de que me ha dado síndrome del túnel carpiano. ¿Y qué he recibido a cambio? Nada. Silencio total. Pensé que te habías *muerto*.

Al menos tiene el buen sentido de parecer culpable. Como debería. He pasado por las cinco etapas del duelo y he vuelto a la primera al menos dos veces.

—Bean, lo siento muchísimo. No tenía cobertura. Estaba en Francia —Hace una pausa y frunce el ceño—. Pero ¿cómo sabías que había

vuelto…?

—Porque he estado actualizando obsesivamente tu ubicación, tonta. En *cuanto* tu móvil volvió a tener cobertura y se conectó a una torre, vine a buscarte. Esa es la única razón por la que sabía siquiera que estabas viva —Me mira boquiabierta, lo que solo me enfurece aún más—. Soy periodista, Rae. Mi trabajo consiste, literalmente, en encontrar a gente que no quiere ser encontrada —Cruzo los brazos y añado—: Además, eres mi mejor amiga, y me preocupaba que Lukas Lazarev te hubiera asesinado y tirado el cadáver en la Costa Azul.

No se me escapa cómo se estremece cuando pronuncio ese nombre en voz alta. Oh, *sin duda* hay cosas aquí que hay que aclarar.

—Bueno, no me ha asesinado —murmura—. Obviamente.

—Ob-via-men-te —le respondo con sarcasmo—. Pero sí que te llevó a Francia. ¡¿Qué demonios pasa ahí?!

Ella mira a todas partes menos a mí.

—Es… complicado —suspira por fin.

La miro con el ceño fruncido. —Te esfumaste a otro continente con un hombre que puede que haya matado a su mujer o puede que no, ¿y "complicado" es lo mejor que se te ocurre?

—¿Puedo al menos darme una ducha primero? Huelo a sudor —Se pasa una mano por el cuerpo y me doy cuenta de que no solo lleva un vestido que nunca había visto antes; también está sucia, con el pelo enredado, demacrada y pálida. ¿Qué demonios le han hecho los Lazarev?

—Vale. Pero te voy a cronometrar. Tienes quince minutos, y luego me lo cuentas todo. Todo. Absolutamente todo —La hago girar y le doy un suave empujón hacia el baño—. Vete. Tic-tac.

Me quedo de pie en la cocina de Rae y escucho cómo se abre el grifo detrás de la puerta del baño. Luego apoyo la espalda contra la nevera y cierro los ojos.

Mis manos siguen temblando. Las cierro en puños y las meto bajo las axilas.

Esto no tiene que ver con Rae. Bueno, sí, un poco, o mucho, pero no se trata *solo* de Rae. También se trata de mí y de lo que estoy pasando. Deseo con todas mis fuerzas recibir el consejo de mi mejor amiga, pero no puedo contarle la verdad.

Porque si lo hago, ¿quién dice que lo que le pasó a Elliot no le pase a ella también? ¿O algo peor? No puedo decirle que la esposa muerta de su jefe podría estar enterrada bajo una obra en Astoria.

Cualquier cosa de esto podría costarle la vida.

Cualquiera de estas cosas podría c*ostarme* la vida.

Decido hacer algo útil mientras Rae se ducha. O eso, o sentarme en el sofá a dar vueltas al asunto, y ya he hecho suficiente de eso en la última semana como para toda una vida.

Busco su chándal más cómodo y lo dejo sobre la cama. Le sirvo una copa de vino y la dejo en la mesita de noche. No es gran cosa, pero es lo que tengo. Rae siempre ha sido mejor con los grandes gestos. Yo soy más del tipo de amiga que "organiza tu vida en silencio mientras no miras".

Luego vuelvo al salón y la espero. No tarda mucho en oírse cómo se cierra el grifo de la ducha. Unos minutos más tarde, Rae entra arrastrando los pies en el salón con la ropa de chándal que le he elegido y una camiseta extragrande, el pelo mojado recogido en un moño desordenado. La copa de vino que le llené ya está vacía.

No ha comido. Lo noto por cómo el alcohol le cambia los ojos casi al instante. Están un poco vidriosos, un poco muy desorientados. Añado "dar de comer a Rae a la fuerza un sándwich" a mi lista mental de cosas por hacer.

—Habla —le ordeno.

Y lo hace.

Es una historia y media, por decirlo suavemente. La versión corta es que, al igual que yo, la vida de Rae ha pasado de la sartén al fuego. Pensaba que trabajar para Kir era duro, pero ahora que está en las garras del *anciano* Lazarev, está descubriendo lo mucho que pueden complicarse las cosas. Este viaje espontáneo a Burdeos fue la culminación de casi un mes de acontecimientos, uno tras otro. Pensaba que solo se había enredado con un hombre obsesivo y poderoso al que le había caído bien, pero a medida que me cuenta todos los detalles escabrosos, me doy cuenta de que este agujero es mucho, mucho más profundo de lo que jamás sospeché.

Me refiero a besos apasionados y prohibidos en bodegas góticas francesas. Cenas a la luz de las velas y manoseos a medianoche en la cocina. Es un poco obvio, pero hay que reconocerle a Lukas un montón de puntos de estilo: el hombre sabe cómo crear una atmósfera intimidante. Es el jefe multimillonario, enorme, enigmático y con pelo plateado que acecha en las fantasías más escabrosas de cualquier chica de veintitantos. Tanto las partes buenas *como* la amenaza siempre presente de un asesinato inminente.

—Espera. —Levanto una mano—. ¿Se limitó a *ver cómo casi te ahogabas?* ¿Se quedó ahí parado sin hacer nada?

—Durante un minuto, sí —Da un largo sorbo de vino como si se estuviera armando de valor—. Luego me sacó del agua y me dijo que no había matado a Elena. Al menos, no como yo creo que lo hizo.

—¿Qué demonios significa eso?

—Ni idea. No se explayó mucho —mira fijamente su copa—. Estaba demasiado ocupado frotándome contra un árbol.

El vino que estoy bebiendo se me va por el lado equivocado y me hace toser y escupir en mi puño como una idiota. —¿Perdón?

—Sí —El rubor le sube por el cuello—. Se nos fue un poco de las manos.

Dejo la copa de vino sobre la mesa antes de que se me caiga y le cojo las manos, acercándolas a mi regazo. —Cariño, *todo* esto se te está yendo de las manos. Estoy preocupada por ti.

Ella se lleva las rodillas al pecho y se encoge sobre sí misma. El chándal que le elegí es su favorito, pero no es una armadura. Nada lo es, no contra lo que sea que Lukas Lazarev le esté haciendo en la cabeza.

Hablamos de su vida y del lío en que se ha convertido durante un rato más, antes de que Rae dirija la atención hacia mí. Se seca los ojos con el dorso de la mano. —En fin, basta ya de hablar de mí y de mis terribles decisiones de vida. ¿Qué te pasa? Parece que llevas una semana sin dormir.

Me encojo de hombros. —Oh, ya sabes. Lo de siempre. Siguiendo pistas, molestando a gente poderosa, esquivando a bichos raros.

No debería haber dicho esa última parte. Se me escapó antes de que pudiera evitarlo. Quizá, inconscientemente, *quiero* que Rae me diga que todo lo que estoy haciendo con Kir es una muy mala idea.

No es que no lo sepa. Quiero decir, *claro:* basta con echar un vistazo a mi vida desde cualquier perspectiva que se parezca a una objetiva para darme cuenta de que estoy metida en un lío demasiado grande. Pero siento que estoy al borde del abismo, y un empujón de Rae me convencería de abandonar el barco.

Así que el hecho de que esté ocultando cosas… ¿significa eso que a una parte de mí *le gusta* lo que Kir está haciendo? ¿Significa eso que estoy *cayendo en su oscuridad*? Dios mío.

—¿Bichos raros? —Rae entrecierra los ojos.

Le hago un gesto de indiferencia con la mano, pero esta se desliza hacia mi cuello para subirme el cuello de la camisa. Es un reflejo que he desarrollado recientemente. Esta necesidad de cubrirme, de cerrar las brechas. —Probablemente no sea nada. Es solo que últimamente tengo esta sensación, como si… ¿alguien me estuviera

observando? —Me río, con un tono un poco demasiado agudo para resultar convincente—. Seguro que solo es paranoia. Es algo recurrente en mi línea de trabajo.

No es paranoia. Sé que no lo es. Lo que temo tiene forma, nombre y voz, y lleva una máscara negra… y, aun así, sigo invitándolo a que se cuele por mi ventana y me folle hasta dejarme sin sentido.

Pero Rae no necesita saber eso. No esta noche. Ya tiene mucho en la cabeza.

Sin embargo, como es un alma bondadosa, insiste de todos modos. —Jill, eso no suena a nada. ¿Crees que tiene que ver con esa historia en la que has estado trabajando?

Me encojo de hombros. —Quizá sí, quizá no.

—¿Has pensado en retirarte?

—¡Ni hablar! —Aprieto la mandíbula. Porque estoy cerca. Estoy *tan* cerca de desvelar todo esto, y no voy a dejar que el jodido Kir Lazarev me asuste—. Estoy cerca de algo grande, Rae. Lo noto —Hago una pausa y luego añado en voz más baja—: Hay historias de las que no puedes alejarte. Incluso cuando probablemente deberías.

—Pero si alguien te está siguiendo...

—Tendré cuidado —La miro fijamente—. Además, no estás en posición de darme lecciones sobre instinto de supervivencia. ¿Ya has dejado tu trabajo?

—No, pero...

—Entonces yo no voy a dejar el mío.

Con eso queda zanjado el asunto. Hablamos un rato más, pero cuando las dos bostezamos, la arrastro a la fuerza a la cama. Me convence de que me quede a pasar la noche, así que le pido prestado un cepillo de dientes y un pijama y me acurruco a su lado.

—Oye, Rae —susurro en la oscuridad.

—¿Sí?

—Ten cuidado, ¿vale? No quiero perderte.

—Tendré cuidado —promete.

No lo hará. Sé que no lo hará. Y sé que yo tampoco lo haré, porque lo que estoy persiguiendo se vuelve más grande y oscuro cuanto más me acerco.

Y puedo sentir que empieza a perseguirme a mí también.

Rae se queda dormida enseguida, pero ahora que no tengo que preocuparme por ella, mis propios problemas me susurran al oído y me mantienen despierta. No se me escapa la hipocresía de lo que estoy haciendo. Me subo al pedestal, diciéndole a Rae que tenga cuidado con un Lazarev, mientras que yo, literalmente, *me acuesto* con uno. Es la misma sangre en unas manos muy estrechamente relacionadas. Si Rae supiera todo lo que he hecho o le he dejado hacerme, me mataría. Y tendría razón.

La miro de reojo. Está profundamente dormida, con la boca abierta y un brazo extendido sobre la almohada, por encima de la cabeza. Siempre se duerme rápido. Nunca he entendido cómo lo hace: simplemente decide dejar de estar consciente y, *de repente*, lo hace, como si apagara un interruptor.

Yo no tengo tanta suerte. Me acuesto boca arriba, miro al techo y pienso en que es casi medianoche. Kir probablemente esté sentado en la mesa de mi cocina en este momento, con la Máscara puesta, las piernas cruzadas, frunciendo el ceño mientras me espera.

Esta noche se va a encontrar con una habitación vacía.

Bien. Que espere.

# 28

# KIR

*"Dame combustible, dame fuego, dame lo que deseo"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Fuel", de Metallica*

La inauguración fue hace seis horas y todavía puedo oír su voz.

*¿Está tratando de distraer al público de algunos aspectos poco recomendables de su negocio familiar?*

En ese momento, me entraron ganas de reírme. Allí mismo, en el podio, delante de las cámaras, de los niños enfermos y de los administradores del hospital que creen que el dinero de mi familia no tiene sangre seca bajo las uñas. No solo reírme: quería echar la cabeza hacia atrás y aullar, porque la mujer en la que me he estado enterrando cada noche acababa de levantarse en una sala llena de periodistas y había ido directo a la yugular.

Está loca.

Es magnífica.

Nos va a matar a los dos.

Estoy sentado en mi despacho con las luces apagadas y la puerta cerrada con llave, la silla girada hacia las ventanas. La ciudad abajo hace lo que siempre hace, moverse, chirriar, devorarse a sí misma, y yo no veo nada de eso. Veo a Jillian en ese atrio. Chaqueta azul marino, pelo rojo impactante, barbilla alta, pecho erguido.

Mi obsesión no ha disminuido ni un ápice. Pensé que quizá lo haría. Mierda, *recé* para que así fuera, porque este tipo de enfermedad nos condenará a los dos.

Pero no ha sido así.

Solo ha empeorado.

Cada hora que no estoy con ella es una hora que paso pensando en la próxima vez que lo estaré. Es patológico. Cuando cierro los ojos, ahí está ella. Sus gemidos, su respiración, sus maldiciones, sus exigencias… todo eso me enciende. Ese pequeño chillido que suelta cuando me deslizo dentro de ella, ese pequeño suspiro entrecortado y sorprendido, como si hubiera olvidado que su cuerpo podía hacer eso. Como si alguien se lo hubiera robado hace mucho tiempo y ella todavía se estuviera acostumbrando a tenerlo de vuelta.

La deseo a todas horas. Mi polla permanece a media asta perpetuamente. Todo a mi alrededor se desmorona, pero este ardor por ella no desaparece.

Así que hago lo único que puedo hacer: me sumerjo en el trabajo. El trabajo es el único ámbito en el que mi cerebro sigue funcionando con claridad.

Me ayuda. No mucho, pero lo suficiente. A las seis en punto, he recuperado algo parecido a la concentración. Estoy celebrando una pequeña reunión en mi despacho con cuatro de mis jefes de división, Johnston, de inmobiliaria; Magana, de asuntos jurídicos; Collier, de finanzas; y O'Neal, de operaciones, para repasar la adquisición de un terreno en Newark que lleva meses dándonos dolores de cabeza. Magana está a mitad de una frase sobre las

variaciones de zonificación cuando la puerta de la sala de reuniones se abre de golpe sin llamar.

Mi padre ha llegado.

Ocupa todo el marco de la puerta como siempre: con sus 1,93 metros de altura, imponente en todas las direcciones, con una espesa barba plateada, traje oscuro y unos ojos que no revelan absolutamente nada. —Fuera —ladra Lukas.

Nadie se mueve. Todos me miran a mí, porque son *mi* gente. *Mi* equipo.

Eso le desagrada a Lukas. —Ahora —añade.

Asiento levemente con la cabeza. Es todo lo que necesitan. Se cierran de golpe los portátiles, las sillas chirrían y cuatro hombres adultos huyen de la habitación.

Cuando la puerta se cierra con un clic tras ellos, Lukas y yo nos quedamos solos.

Me recuesto en la silla y dejo que la máscara se asiente en su sitio, esa que he estado perfeccionando desde que tenía doce años. Aburrido. Intocable. El hijo en el que él me convirtió. —Padre —digo con tono arrastrado—. Qué placer tan inesperado.

Él no parece compartir el sentimiento. Atraviesa la habitación a zancadas y deja caer un ejemplar del *New York Times* sobre mi escritorio. Su dedo señala una firma. Puedo leerla con solo un rápido vistazo.

***POR JILLIAN PIERCE***

—Te encargué una sola cosa —gruñe—. Una sola puta cosa. ¿Fue demasiado para ti, hijo?

Veo que esta mañana ha venido a por sangre. Pero estoy tan lleno de un millón de jodidos sentimientos que estoy listo para devolverle el golpe. Así que, manteniendo mi voz insolente porque eso

maximizará su rabia, digo—: Ah, ¿te refieres al asesinato que me delegaste porque estás demasiado ocupado follándote a mi asistente como para hacerlo tú mismo?

Bum. Golpe directo. Aprieta los dientes con tanta fuerza que puedo oírlos desde el otro lado del escritorio.

—Adelante —le provoco—. Pégame otra vez. Esa siempre ha sido tu solución para todo, ¿no? No puedes ganar con tus palabras, así que ganas con los puños.

—Cierra la boca, chico.

—¿Estamos un poco irritables esta mañana? Nunca pensé que vería este día. El legendario Lukas Lazarev, perdiendo la compostura. Por una chica —Niego con la cabeza, triste—. Sabes, padre, todos estos años viéndote actuar, y nunca te vi nervioso ni una sola vez. Ni siquiera parecías tan alterado cuando murió madre.

—Cuida lo que dices —me advierte de nuevo con los dientes apretados.

—Diré lo que me dé la gana. ¿Crees que no sé lo que estás haciendo? —insisto—. ¿Los viajes, los mimos? Es patético. *Eres* patético.

—Ten cuidado.

—¿O qué? —Me pongo de pie, igualando su altura aunque nunca iguale su envergadura. Es un muro. Siempre ha sido un muro. Pero los muros pueden resquebrajarse si sabes dónde presionar—. ¿Me harás lo mismo que le hiciste a mamá?

Su rostro se congela. Una máscara sobre otra máscara.

—La mataste —escupo—. Todo el mundo lo sabe. Toda la puta ciudad lo sabe.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no sabes de lo que estás hablando?

Rodeo mi escritorio para plantarme frente a él. —Tenía doce años, padre. *Doce.* Un día, mi madre estaba allí, y al día siguiente, se había ido, y tú nunca derramaste ni una sola puta lágrima. Nunca explicaste una puta cosa. Solo me dijiste que estaba muerta y ya está.

Ahora respira con dificultad, el pecho se le agita por el esfuerzo.

—Te quería —le recuerdo—. Te quería más que a nada en el mundo. Y tú...

—Ya basta.

—…la enterraste en algún lugar donde nadie la encontraría jamás, y luego volviste al trabajo como si nada hubiera pasado. ¿Alguna vez la quisiste siquiera? ¿Eres siquiera capaz de…?

La mano de Lukas se cierra alrededor de mi garganta y me empuja contra la ventana de mi despacho. Sus ojos son puro odio. —Podría matarte ahora mismo —dice, como si eso no estuviera ya más que claro.

—Pero no lo harás —logro decir, sacando las palabras a duras penas de entre el yugo de su mano—. Porque soy el único heredero que tienes.

Gruñendo, me suelta y se da la vuelta. Se arregla los puños mientras recupera su habitual actitud de rey de hielo.

—Mata a la periodista antes de que acabe el mes —gruñe—. O le daré todo lo que necesita para destruirte *a ti* en lugar de a mí.

Las ventanas vibran cuando Lukas da un portazo al salir. Me vuelvo hacia mi escritorio y mis ojos se posan en la placa de Harvard que cuelga de la pared detrás de mi silla. *Kirill A. Lazarev, Máster en Administración de Empresas, con distinción.* Enmarcada en madera negra maciza y colgada en la pared el día que me mudé a esta oficina.

La desengancho del clavo. El cristal refleja las luces de la ciudad y proyecta una delgada franja dorada en el techo.

Entonces, la lanzo contra la pared opuesta con toda la fuerza que puedo.

El marco estalla con el impacto. El cristal salpica la alfombra, la madera se astilla en las juntas de las esquinas y el diploma cae revoloteando en un arco lento y perezoso, como una hoja caída.

Mierda, qué bien sienta romper cosas.

El cristal cruje bajo mis zapatos mientras vuelvo a mi silla y me dejo caer en ella. Saco el móvil y llamo a Mat.

Contesta enseguida. —¿Qué pasa, hombre?

—Necesito un favor.

—Que me pidas cosas es básicamente la base de toda nuestra amistad —Oigo el tráfico de fondo. Está caminando por algún sitio—. ¿Qué tipo de favor?

—De los legales.

Suspira aliviado. —Esos son mis favoritos. También los más caros, pero eso ya lo sabes —Suena el claxon de un coche al otro lado de la línea—. Adelante.

Miro el marco destrozado en el suelo y el clavo desnudo que sobresale de la pared donde antes colgaba. Las cosas se están desmoronando incluso más rápido de lo que esperaba. Tengo que salir de la zona de peligro.

Y tengo que llevarme a Jillian conmigo.

—Necesito que saques los estatutos de la empresa —le digo a Mat—. Concretamente la sección sobre los votos de censura al presidente del consejo. Es hora de que mi padre se vaya.

## 29

# JILLIAN

*"Desentierra sus huesos, pero deja el alma en paz"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Bones", de MS MR*

RESULTA que no consigo dormirme en absoluto. Las horas pasan mientras miro fijamente el techo de la habitación de Rae. Al final, solo una notificación de Signal que hace vibrar mi teléfono a las cinco menos cuarto de la mañana me rescata de dar más vueltas en la cama sin resultado.

El mensaje en la aplicación encriptada es de una posible fuente a la que he estado intentando sacar a la luz desde que me metí de lleno en esta historia hace un par de semanas. Su contacto está guardado como T.F., que significa "técnico forense". Eso es porque es un técnico forense. No es precisamente el alias más creativo que se haya ideado jamás, pero oye, soy periodista, no escritora de ficción, ¿vale?

**T.F.**

*-Tengo un hueco a primera hora de la mañana. Callejón trasero detrás de la oficina. Ven antes de las 5:30.*

Lo leo dos veces y luego una tercera para asegurarme de que no estoy alucinando por la falta de sueño. Entonces me pongo en marcha, saliendo de debajo de las sábanas a cámara lenta para no despertar a Rae, cojo mis vaqueros del suelo y meto los pies en los zapatos sin atármelos.

Rae no se mueve. Le envío un mensaje para que sepa que no me han secuestrado por la noche: ***He tenido que salir corriendo. La fuente por fin ha accedido a reunirse. Te llamaré más tarde. No hagas ninguna tontería mientras no esté. Besos, Bean***. Luego salgo por la puerta principal y la cierro tras de mí con todo el cuidado que puedo. Son las 4:53 de la madrugada.

El técnico forense en cuestión trabaja en el laboratorio criminalístico de la policía de Nueva York en Queens. Tiene acceso a bases de datos de pruebas que consolidarían toda mi investigación si ese cabrón testarudo accediera a hablar de forma extraoficial. Llevo semanas enviándole mensajes por Signal, desde que Ochoa dejó escapar que esta persona quizá supiera algo útil, pero hasta ahora lo único que he recibido es silencio total y un "borra este número" muy tajante.

Algo ha hecho que cambie de opinión. Qué puede ser ese algo, no lo sé ni me importa. Solo necesito llegar a Koreatown antes de que se arrepienta.

Contra todo pronóstico, llego al callejón detrás del laboratorio criminalístico justo antes de que se me acabe el tiempo. T.F. ya está allí, apoyado contra un contenedor de basura con un café en una mano y una carpeta de cartón bajo el brazo. Cuando me ve, no sonríe. Sus ojos deambulan por todas partes menos hacia mí, como si hubiera traído espías conmigo por diversión. —Me quedan unos cuatro minutos antes del cambio de turno —dice bruscamente—. Así que vamos a darnos prisa.

Sé cómo va esto. Lo que estoy haciendo no es, estrictamente hablando, legal ni ético, pero cuando vives con un pie en el sórdido mundo del crimen como yo, aprendes rápidamente que hay que cruzar ciertas líneas si quieres hacer bien tu trabajo.

Saco de mi bolso un sobre que contiene cinco mil dólares en billetes de veinte y se lo tiendo. —Por las molestias.

Coge el sobre, lo ojea y asiente con gravedad. Luego me entrega la carpeta.

Dentro hay un resumen de laboratorio de una sola página. Lo ojeo y se me salen los ojos de las órbitas. Los restos recuperados en la excavación de Astoria han sido identificados positivamente, a través de los registros dentales, como los de Elena Sergeeva Lazareva, la difunta esposa de Lukas Lazarev. Y ahí, a mitad de la página, hay una línea que hace que mi pulso se acelere:

***El análisis toxicológico de la médula ósea conservada indica la presencia de compuestos barbitúricos compatibles con el fenobarbital.***

En lenguaje llano, eso significa que encontraron niveles letales de somníferos en los huesos de una mujer cuya familia afirmaba que había muerto de una enfermedad.

No dice *"ASESINATO"* de forma tan explícita, pero bien podría hacerlo.

Mierda.

Mierda.

Mierda.

—Dios —susurro.

—Sí —dice T.F.—. Eso es más o menos lo que dije yo también. —Se bebe el café de un trago, aplasta el vaso y lo tira al contenedor que

tiene detrás—. Eso es todo lo que tengo. Si veo algo más, te lo diré. No me envíes mensajes.

—Espera, ¿puedo preguntarte sobre...?

—No —Dobla la esquina y desaparece.

Me quedo en el callejón con la carpeta de cartón pegada al pecho, respirando con dificultad, con el cerebro funcionando a toda máquina. Me apoyo contra la pared de ladrillo y me permito hacer balance de la situación.

Giovanni Ochoa, mi fuente original, sigue desaparecido. Eso es malo. Pero lo que tengo entre las manos ahora mismo es mejor que cualquier cosa que Ochoa pudiera haberme dado. Tengo una identificación positiva de los restos de Astoria. Tengo un informe toxicológico que muestra la presencia de barbitúricos en su médula ósea. Todo ello conforma el esbozo de una historia muy clara y altamente condenatoria: uno de los multimillonarios más infames y poderosos de Nueva York posiblemente, tal vez, pero sin duda *de forma plausible,* asesinó a su esposa y arrojó su cuerpo a una fosa común.

Lo que aún no tengo es a alguien dispuesto a decir nada de esto oficialmente.

O espera un momento…

*¿O sí que lo tengo?*

Después de todo, Kir me ofreció un trato, ¿no? Va a participar. Quiere que Lukas desaparezca, lo dijo él mismo, y no había nada en su rostro ni en sus palabras que indicara que estuviera mintiendo.

Si Kir confirmara tan solo la mitad de lo que hay en esta carpeta, lo tendría todo.

Pero preguntarle a Kir significa ver a Kir. Y ver a Kir significa enfrentarme a la máscara, a la ventana, a sus manos, a su boca y a

la forma en que mi cerebro se convierte en ruido blanco en el instante en que me toca.

Aprieto la carpeta con más fuerza contra mi pecho. Este es el problema. Ahora todo está entrelazado. La historia, el sexo, el peligro, la necesidad. No puedo tirar de un hilo sin arrastrar al resto con él. Kir es mi fuente *y* mi sujeto *y* demasiadas otras cosas como para nombrarlas.

Sea lo que sea o no sea, no puedo pensar en él sin que mi juicio profesional se nuble en el instante en que me pone un dedo encima.

Eso complica las cosas.



Tomo el metro de vuelta a mi apartamento mientras los pensamientos zumban en mi cabeza. Pulso el botón del ascensor en el vestíbulo y subo, pensando en cómo y cuándo contarle esto a Doug. ¿Debería consolidar todo primero o hacerle saber que tengo un gran avance entre manos? ¿En qué momento le hablo de Kir? No por su nombre, claro, sino solo como "una fuente interna clave cercana a la familia" que confirmará muchas de estas cosas.

Tardo un segundo en darme cuenta de que el sonido que oigo cuando las puertas se deslizan para dejarme salir en mi planta es un grito ahogado de hombre…

…y va dirigido a *mí.*

Elliot está en el pasillo, esperando para bajar. En cuanto nuestras miradas se cruzan, se le va todo el color de la cara. Los puntos sobre su ojo izquierdo aún están frescos, y los moratones alrededor del hueso orbital se han desvanecido hasta adquirir un enfermizo tono verde-amarillento. Su ojo bueno se abre como un plato y su boca se abre y se cierra como la de un pez dorado.

—Yo… yo cogeré el siguiente —tartamudea. Se da vuelta y huye por las escaleras antes de que yo pueda siquiera articular una respuesta.

Me lleva otro segundo ordenar mis pensamientos al respecto. Sigo sintiéndome fatal por lo que le pasó a Elliot. No se merecía eso y Kir es un auténtico psicópata por reclamar lo suyo de forma tan violenta.

Pero supongo que es bueno que al menos una persona en este edificio tenga un instinto de supervivencia sano. Desde luego, no soy yo.

Suspirando, entro en mi apartamento, dejo la bolsa junto a la puerta y me quito los zapatos.

Entonces, me detengo.

Algo no va bien.

No es una persona, no creo. No siento ese cosquilleo revelador de *"no estás sola"* en la nuca. Pero hay algo más, una anomalía que no puedo nombrar, un detalle que me roza el límite de la conciencia como una palabra en la punta de la lengua.

Me quedo de pie en medio del salón y doy una vuelta lenta sobre mí misma. A diferencia de la última vez que tuve esta sensación, la cocina está limpia y normal. Sobre la mesa, mi portátil está cerrado y mi silla, metida bajo la mesa. En el salón: los cojines del sofá están en su sitio, la manta doblada, el mando a distancia en el reposabrazos.

Todo está exactamente como lo dejé.

Entonces, ¿por qué mi instinto sigue insistiendo en lo contrario?

Entro en la cocina y abro la nevera, como si hubiera un acosador enmascarado y sexy escondido ahí dentro. Por desgracia, solo hay una variedad de productos lácteos a medio caducar y una barra de pan de un verde sospechoso.

Compruebo la ventana que hay sobre la escalera de incendios. Cerrada con llave, pestillo seguro. Compruebo el cerrojo de la puerta principal. Puesto.

Me dirijo al dormitorio, pero, al igual que en el resto de la casa, aquí tampoco hay nada fuera de lugar. Estoy a punto de achacar todo esto a la paranoia por la falta de sueño cuando, por fin, mis ojos se fijan en lo que no encaja.

La rejilla de ventilación. Esa rejilla metálica rectangular cerca del techo, encima de la puerta del armario de mi dormitorio. He mirado esa rejilla mil veces sin fijarme en ella. Es una de esas cosas que simplemente *están ahí*, forman parte de la arquitectura, del ruido de fondo.

Pero ahora mismo, en la tenue luz de la mañana que se cuela a través de mis cortinas, hay un pequeño punto rojo parpadeando detrás de las rendijas.

*Blink.*

*Blink.*

*Blink.*

Un pequeño LED. Inconfundible una vez que lo ves, pero invisible si no estás mirando.

Arrastro mi silla de tocador hasta el armario y me subo a ella. Ahora tengo la cara a la altura de la rejilla de ventilación. Acerco el ojo a las rendijas metálicas y miro a través de ellas.

Ahí está. Un pequeño dispositivo negro, no más grande que una memoria USB, encajado en el conducto justo detrás de la rejilla. Una lente del tamaño de la punta de un lápiz. La pequeña luz roja parpadea a su lado.

*Es una cámara.*

Hay una puta cámara en la rejilla de ventilación de mi dormitorio.

Bajo de la silla y me quedo allí de pie un buen rato, atónita. Mi cerebro repasa la lista de sospechosos, que es muy corta, porque solo una persona ha tenido acceso sin supervisión a mi apartamento en múltiples ocasiones. Solo una persona colocaría una cámara en mi dormitorio. Solo una persona querría vigilarme cuando no está aquí.

*Oh, este hijo de puta.*

# 30

# KIR

*"Cada respiro que das. Cada movimiento que haces. Cada vínculo que rompes. Cada paso que das. Te estaré observando"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Every Breath You Take", de The Police*

NO VOLVIÓ A CASA ANOCHE.

Lo sé porque la estaba vigilando. Me senté en mi escritorio con la transmisión de la cámara abierta en una pestaña del navegador y observé su habitación vacía durante horas. La cama seguía hecha. La lámpara seguía apagada. La taza de café en el alféizar de la ventana no se movió.

Sé dónde estaba, por supuesto, porque cloné los servicios de localización de su teléfono con una sencilla instalación remota que ella nunca detectaría, y cuando lo comprobé, vi el punto que representaba a mi zorrita a salvo en el apartamento de Rae Everett en Brooklyn toda la noche. Eso fue lo único que me impidió perder los estribos, mierda, porque si hubiera pensado que había estado en casa de otro hombre, podría haber cometido un asesinato en masa. Lo que le hice a su vecinito enclenque parecería una misericordia

comparado con lo que le haría si la encontrara en brazos de otro hombre.

Solo de pensarlo me dan ganas de destrozar algo con mis propias manos.

No comparto mis cosas. Nunca lo he hecho, ni lo haré. Y Jillian Pierce me pertenece ahora, lo haya aceptado o no. Me importa una mierda si es una locura o "demasiado pronto" o cualquier otra tontería por el estilo. Cada gemido que emita en los años venideros será para mis oídos y solo para mí. Nunca volverá a arañar la espalda de otro hombre hasta dejarla hecha trizas.

Solo a mí.

Solo yo.

Incluso la idea de que se acurruque con Rae hace que los celos que hay dentro de mí se vuelvan ardientes y viscosos. Pero los reprimo, me obligo a alejar la vista de la pantalla y me concentro en el trabajo de verdad durante un rato.

Mat está trabajando en los estatutos. Es lo único que tengo avanzando en la dirección correcta. Un voto de censura contra el presidente requiere una mayoría de dos tercios de la junta. Eso son ocho de doce puestos. Yo tengo uno y mi padre tiene otro, así que se puede decir con seguridad que eso es un voto a favor y otro en contra. Los diez restantes se reparten entre leales, indecisos y un puñado de consejeros "independientes" que se han pasado la última década dando el visto bueno a todo lo que Lukas les ha puesto delante.

Sobre el papel, parece imposible. Lukas creó este consejo para que fuera dócil. Él mismo seleccionó a la mayoría de ellos. Le deben sus puestos, sus bonificaciones, sus afiliaciones a los clubes de campo y a los restaurantes de acceso exclusivo que consideran su hogar. Pedirles que voten en su contra es pedirles que muerdan la mano que les da de comer.

Pero Mat ve fisuras. Me llamó esta mañana, temprano, antes incluso de que me hubiera terminado mi primer café.

*—Tres de los independientes están nerviosos* —dijo—*. No les gusta ver esta ruptura entre padre e hijo. Es malo para el negocio.*

*—Estar nerviosos no es lo mismo que estar dispuestos* —le dije.

*—No* —aseguró—*. Pero el nerviosismo es el punto de partida de la disposición. Dame unos días.*

Así que le voy a dar unos días. Si tengo tanto tiempo que perder antes de que mi padre se entere de lo que estoy tramando es otra cuestión totalmente distinta.

Mientras tanto, tengo que lidiar con Rae. Ha vuelto de Francia, y solo Dios sabe lo que mi padre le habrá hecho allí. Lo único que sé es que el reloj no se detiene en el juego enfermizo que sea que esté jugando con ella. No puedo controlar lo que pasa entre ellos a puerta cerrada, créeme, lo he intentado, pero al menos puedo intentar limitar su exposición. Tengo una sensación desagradable en el pecho en lo que a ella se refiere. Después de todo el infierno por el que la hice pasar, lo menos que puedo hacer es intentar protegerla del aún más peligroso Lazarev.

Lo mejor que puedo hacer es crear distancia entre ellos. Me lleva media mañana idear una "iniciativa" que suene vaga y que le obligue a pasar tiempo lejos del dominio de mi padre en la planta cincuenta. Abro mi correo electrónico y empiezo a redactar. Añado el nombre de Rae a la primera ronda de reasignaciones de personal, escondido en una lista de un puñado de otros empleados para que no parezca algo específico. El grupo de trabajo no tiene que hacer nada en realidad. Solo tiene que existir sobre el papel el tiempo suficiente para sacarla de la planta de mi padre y ponerla en algún lugar donde pueda vigilarla.

Pulso "enviar" y veo cómo el correo desaparece en el servidor. Es una tirita en una herida de bala. Lo sé. Pero me da tiempo y el

tiempo es la única moneda que me queda.

Cuando termino, me permito el capricho de echar otro vistazo a las cámaras. Todo está igual que lo dejé. O al menos, eso creo… hasta que veo un movimiento en la puerta.

Jillian irrumpe en el dormitorio con expresión enfadada. Se detiene a unos metros de la puerta y mira a su alrededor entrecerrando los ojos. Su mirada recorre cada pequeño detalle a la vista, desde la cama hasta la cómoda y la ventana bien cerrada con llave. Frunzo el ceño igual que ella. ¿Qué está buscando mi zorrita?

Entonces, sus ojos se clavan directamente en los míos.

Mientras la observo, arrastra la silla del tocador por la alfombra y se sube a ella. Su rostro llena el encuadre.

Está tan cerca que la lente estenopeica capta hasta la última peca. Sus ojos son de un verde bosque y están furiosos, con mechones rojos de pelo flotando sobre su rostro y la boca torcida en un gesto de enfado. Un rubor de ira se apodera de sus mejillas y clavícula, tiñéndola de un tono rosa perfecto.

Mantiene mi mirada a través de la lente durante al menos cinco segundos completos. Luego, mete dos dedos en la rejilla de ventilación, saca la cámara y la sostiene frente a su cara.

Funciona con pilas, así que la transmisión no se corta, pero la imagen se convierte en una escena de película de acción cuando ella se agacha de nuevo y cruza la habitación pisando fuerte. Alcanzo a ver un pequeño destello de la abertura de su bolso antes de que meta la cámara dentro, y luego no hay más que oscuridad.

No puedo más que reírme. Verla tan enfurecida no tiene precio. Ni siquiera me molesta; esto no es más que el último giro en una lucha libre que se ha vuelto cada vez más divertida a medida que nos hemos enredado más el uno con el otro. Por primera vez desde que mi padre irrumpió ayer en mi oficina e intentó imponerse físicamente a mí, me doy cuenta de que estoy sonriendo.

*Te toca mover ficha, zorrita.*

*¿Qué se te ocurrirá esta vez?*



NO TENGO que esperar mucho para obtener una respuesta.

Al principio, el alboroto es débil. Oigo una voz elevada desde algún lugar más allá de las puertas dobles que separan mi suite ejecutiva de la zona de recepción principal. —…me da igual si está en una reunión, en coma o en la puta Estación Espacial Internacional. Necesito verlo. Ahora mismo.

Conozco esa voz, tanto cuando grita mi nombre como cuando me dice que me vaya a la mierda.

Mi sonrisa burlona ha vuelto. Y también mi erección.

Me levanto de mi escritorio y me acerco a la puerta, entreabriéndola lo justo para escuchar el resto.

—Señora, lo entiendo perfectamente, pero la agenda del señor Lazarev está... —Es Madison, mi nueva recepcionista, la sustituta de Rae Everett. Tiene veintitrés años, es rubia y excesivamente alegre, y trata la recepción como si fuera la cuerda de terciopelo de la entrada de una discoteca. En circunstancias normales, nadie pasa de Madison sin una cita confirmada y un documento de identidad oficial.

—Dile que Jillian Pierce está aquí.

—Lo siento mucho, Srta. Pierce, pero sin una cita programada...

—¿Te parece que me importa la agenda ahora mismo? ¿Te parece que tengo *una cita programada*?

Pobre Madison. No tiene ni idea de con quién está lidiando. Quizás haya cuatro personas en este planeta capaces de derribar mi puerta

cerrada a base de pura fuerza de personalidad, y una de ellas está ahora mismo en mi vestíbulo con una cámara prohibida en el bolso y el asesinato en la mirada.

—Señora, si pudiera simplemente...

—¡No me voy a sentar ni voy a volver más tarde, no! Puedes llamar a seguridad si quieres, y yo estaré *encantada* de montar un escándalo delante de todas y cada una de las personas de esta planta. Es tu pellejo el que está en juego.

Sonriendo de oreja a oreja, saco el móvil del bolsillo y abro Slack.

**Kir Lazarev** a **Madison Albright**: *Déjala pasar.*

Aparecen tres puntos. Luego:

**Madison Albright**: *¿Está seguro? Parece muy enfadada.*

**Kir Lazarev**: *Estoy seguro. Dile que pase.*

**Madison Albright**: *¡Vale! ¡Buena suerte!* 😊

Cierro la puerta y vuelvo a mi escritorio. Me siento, me desabrocho la chaqueta del traje y cruzo un tobillo sobre la rodilla opuesta. Hay algo en el hecho de que Jillian esté aquí, en mi territorio, que me pone cachondo como el carajo. Viene llena de vigor y rabia, y ponerla aún más nerviosa va a ser lo mejor de mi día.

La puerta se abre de par en par y el huracán Jillian irrumpe rugiendo. Lleva el pelo alborotado, medio soltado de lo que fuera que se lo había recogido esta mañana. Tiene las mejillas sonrojadas y me clava la mirada con tanta intensidad que podría derretir las paredes de cristal de esta oficina. Lleva los vaqueros de ayer y una chaqueta arrugada, parece que no ha dormido y es la cosa más hermosa que he visto en mi puta vida.

No se molesta en saludar. En su lugar, cruza la oficina hacia donde estoy sentado, coge mi portátil con ambas manos y lo lanza fuera del escritorio. Pasa volando por encima de mi hombro izquierdo y se

estrella contra la pared detrás de mí con un crujido que suena muy caro. Luego, en el espacio donde estaba mi ordenador hace un momento, deja caer de golpe la cámara y la batería.

—¿Cuánto tiempo? —pregunta.

Miro la cámara y luego levanto la vista perezosamente hacia ella. —¿Eh?

—¿Cuánto *tiempo*, Kir? ¿Cuánto tiempo llevas espiándome?

Me borro la sonrisa de la cara. Me cuesta mucho esfuerzo, porque todo lo que rodea este momento está alimentando algo hambriento y salvaje dentro de mí. Pero será mucho más divertido si esto sale como tengo en mente.

Me levanto para recordarle sutilmente a Jillian que soy mucho, mucho más alto que ella. Ella cree que su furia la salvará, pero solo la está llevando a aguas profundas donde solo yo sé nadar. Me abrocho la chaqueta con una mano, con suavidad y sin prisas, y me pavoneo alrededor del escritorio.

Se mantiene firme durante unos tres segundos. Luego doy otro paso y ella retrocede uno.

Otro paso.

Otro paso atrás.

—No lo hagas —me advierte.

Pero lo hago. Sigo caminando y ella sigue retrocediendo. Sus omóplatos chocan con la pared junto a la puerta por la que acaba de entrar.

Apoyo la mano derecha contra la pared, junto a su cabeza. Luego la izquierda, al otro lado. Está acorralada, rodeada por mis brazos y estoy lo suficientemente cerca como para contar cada peca del puente de su nariz.

—Mi zorrita —le susurro al oído—, ¿no recuerdas cómo llegamos hasta aquí? Irrumpí en tu apartamento y te puse de rodillas con una pistola apuntándote a la espalda. Golpeé a un hombre hasta casi matarlo porque te sonrió, y luego te escribí una carta de amor en los azulejos de tu ducha con su sangre —Mis labios rozan su lóbulo y lo muerdo ligeramente entre mis dientes—. Te he tenido en el suelo de tu cocina, contra la pared del pasillo, en un callejón asqueroso con la cara aplastada contra los ladrillos. Te he agarrado por el cuello mientras te corrías tan fuerte que te olvidaste de tu propio nombre —Siento que su respiración se entrecorta y se acelera—. Te he dicho a la cara que me enviaron para matarte. Y tú me invitaste a volver. Todas y cada una de las noches.

Me aparto lo justo para mirarla. Tiene las pupilas dilatadas, el pecho subiendo y bajando rápidamente.

—Así que perdóname, zorrita, si me cuesta entender por qué una diminuta cámara es lo que finalmente te hace perder los estribos —Inclino la cabeza para mirarla con frialdad—. Teniendo en cuenta todo lo demás que me has dejado hacerte, parece un poco incoherente, ¿no?

Mueve la mandíbula, pero no sale ningún sonido.

—Sí. Eso es lo que pensaba.

## 31

# JILLIAN

*"Quiero que te des cuenta, cuando no estoy cerca"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Creep", de Radiohead*

Oh.

Este.

*Hijo de puta.*

El maldito pervertido me tiene acorralada contra la pared, y sé que le encanta. Puedo sentir la prueba de lo mucho que le gusta ahí entre nosotros. Quiero decirle dónde se lo puede meter, spoiler: ni de coña cerca de mí, pero no encuentro las palabras. Es como si se me hubieran esfumado todas de la cabeza.

No. ¡No, no, *no*! No he venido aquí para quedarme en blanco; he venido aquí para arrancarle la maldita garganta.

Me agacho por debajo del brazo de Kir y lo empujo para pasar, poniendo el escritorio entre nosotros. Necesito distancia o voy a hacer algo extremadamente estúpido.

—Eres un voyeur —lo acuso—. Eso es lo que eres. Pusiste una cámara en mi dormitorio. En mi *dormitorio*, Kir. Donde duermo. Donde me visto. Donde...

—¿Donde tú qué? —pregunta, con demasiada calma.

—No te atrevas a terminar esa frase por mí. —Apunto con un dedo tembloroso a la cámara sobre su escritorio—. Teníamos un trato. Reglas muy claras. ¿Las recuerdas? Sin nombres, sin caras, sin amor. Ninguna parte incluía *instalar equipo de vigilancia en mi jodido conducto de ventilación para poder verme desnudarme cuando no estás por aquí*.

Se sienta en el borde de su escritorio y cruza los brazos sobre el pecho. Parece casi aburrido. Eso lo hace mucho peor.

—Eres un acosador —continúo—. Estás mal de la cabeza y necesitas ayuda. Ayuda profesional. De esa que viene con un diván y un recetario. Y quizá una camisa de fuerza.

—¿Ya has terminado?

—¡No! —grito—. ¡Ni de lejos! Me has mentido. Esto es una violación total y absoluta. Cuánto tiempo llevas haciendo esto, ¿eh? ¿Una semana? ¿Dos semanas? ¿Desde la primera noche?

—No —Niega con la cabeza. Empiezo a dar un suspiro de alivio, hasta que dice—: Desde la *segunda* noche.

—La *segunda*... —Me tapo los ojos con las dos manos hasta que veo estrellas—. Dios mío.

—Jillian...

—No. Cállate. Estoy hablando —Me quito las manos y lo miro con ira —. Esto se acabó. Sea lo que sea que haya sido o no, se acabó. Me voy. Fue una mala idea desde el principio y debería haberlo sabido, lo sabía, y lo hice de todos modos porque, al parecer, soy la mujer más tonta del universo.

Él no reacciona. Eso es lo que me saca de quicio de Kir. Cuando grito, él se queda callado. Cuando yo subo el tono, él se calma. Es exasperante. Yo quiero una pelea y él sigue ofreciéndome una partida de ajedrez.

—¿Ya has terminado? —pregunta de nuevo.

—Yo… Sí.

—Bien —Descruza los brazos y se apoya las manos en las rodillas—. Entonces déjame recordarte algunos hechos clave. Mi padre me envió a matarte. Ya lo sabes. Te lo dije yo mismo.

—Lo sé, sí, gracias por el resumen...

—¿Y qué crees que pasará si no lo hago? —Frunce el ceño—. Piensa, Jillian. Eres una mujer inteligente. Piensa en esto durante más de cinco segundos. Si Kir no mata a la periodista, ¿qué hará Lukas a continuación? ¿Se encogerá de hombros y seguirá adelante? ¿Lo dará por perdido? ¿Enviará una cesta de frutas y sus más sinceras condolencias?

No respondo.

—No. Enviará a otra persona. A alguien que realmente lo haga. Y esa persona no se subirá por tu ventana para pedirte educadamente que te arrodilles. Esa persona derribará tu puerta a las tres de la madrugada y te hará cosas que yo... —Se detiene y se tapa la boca con la mano por un momento—. Esa cámara no es porque me excite verte cambiarte de ropa. Bueno, no *solo* eso. También es para asegurarme de que sigues viva cuando no puedo estar allí para protegerte yo mismo.

En realidad no estoy más tranquila. Sigo queriendo coger ese portátil que acabo de destrozar y golpearle en la cabeza con él. Pero no puedo, porque lo que acaba de decir tiene un sentido horrible y retorcido.

—Eso no lo hace correcto —digo.

Se encoge de hombros. —Hace tiempo que pasamos de lo "correcto", Srta. Pierce —Entonces, una esquina de su labio se curva en el inicio de una sonrisa—. Además —dice—, no creo que lo odies tanto como dices. Por cierto, la ropa interior roja te queda bien.

Siento cómo el calor me sube por el cuello antes de poder evitarlo. —¿Me has visto vestirme?

—Te he visto hacer muchas cosas —No se ha movido del borde del escritorio. Sigue con los brazos cruzados. Parece completamente a gusto, lo que me da ganas de lanzarle algo más—. Te tomas tu tiempo por las mañanas, ¿lo sabes? La mayoría de la gente simplemente coge lo que tiene más a mano y se lo pone. Tú no. Te quedas delante del armario y te lo piensas. Sostienes las prendas. Las vuelves a colgar. Cambias de opinión. Y luego… —Hace una pausa—. Y luego se te cae la toalla.

—Para.

—Se te cayó y te quedaste ahí un segundo. Desnuda. Mirándote en ese pequeño espejo que tienes en la parte trasera de la puerta del armario. Y luego cogiste las rojas.

Tengo la boca seca. Trago saliva, pero no sirve de nada.

—Te vi ponértelas —continúa. No ha apartado los ojos de los míos—. Y luego cerré con llave la puerta de mi despacho y me masturbé en mi escritorio mientras las contemplaba. Me corrí tan fuerte que no pude ver bien durante un rato.

—Eres *repugnante*.

—Quizá —Sonríe—. Pero esto es lo que pienso, Jillian: creo que si hubieras sabido que te estaba mirando, si te lo hubiera dicho de antemano, si hubieras sabido que al otro lado de esa pequeña luz roja parpadeante había un hombre que no podía apartar los ojos de ti, no habrías cerrado la rejilla de ventilación. Habrías ido más despacio. Habrías tardado aún más. Me habrías dejado ver aún más.

—Eso no es cierto.

—¿No?

—No.

—Entonces, ¿por qué se te está acelerando el pulso? —Asiente hacia mi cuello—. Puedo verlo desde aquí.

Me tapo el lado del cuello con la mano, la señal más obvia que podría darle.

—Creo —reflexiona—, que te *gustaba* que te miraran. Creo que te gustaba incluso antes de darte cuenta de que estaba pasando. Y creo que la parte de ti que me está gritando ahora mismo es la misma que eligió el encaje rojo en una mañana tranquila en la que se suponía que nadie iba a verte.

—Te equivocas —le digo.

Él solo sonríe. —Oh, no, no creo que me equivoque.

Se baja del escritorio antes de que pueda pestañear, acortando la distancia que tanto me costó poner entre nosotros. Mi espalda vuelve a chocar con la pared, pero esta vez sus manos no me aprisionan. En cambio, una se posa en mi cadera, con los dedos clavándose a través del vaquero, y la otra se aplana contra mi estómago, justo por encima del cinturón.

—Creo que estarías empapada y muerta de ganas de tocarte si lo supieras —susurra, en voz baja y muy cerca—. Te gusta que te miren, ¿verdad? —Su pulgar traza una línea lenta a lo largo de mi cadera—. Te gusta sentir mi mirada sobre ti. Lucirte para mí.

—No estaba luciéndome para nadie. Me estaba *vistiendo*.

Su mano sobre mi vientre se desliza medio centímetro hacia abajo. No lo suficiente para que signifique nada, pero sí lo suficiente para que lo signifique todo. —¿Para quién llevabas esas braguitas rojas, Jillian? ¿Para mí?

—Para mí.

Arquea las cejas. —Mentirosa.

—Me pongo lo que me da la gana. No tiene nada que ver contigo.

—¿No? —repite—. Bueno, entonces supongo que fue solo mi suerte. Eso no me impidió correrme, por supuesto. Vi tu culo de rojo y fue como si toda la sangre de mi cuerpo se precipitara directamente a mi polla. Lo has notado; sabes lo dura que se pone por ti, zorrita —Su pulgar se desliza justo por dentro de la cintura de mis vaqueros y acaricia el borde con volantes del tanga negro que llevo hoy—. Estaba follándome y gimiendo tu nombre. Justo en esta oficina, de hecho. Me corrí pensando en ti, y creo que, en el fondo, lo sabías. Lo sentiste, ¿verdad…? más o menos… *aquí.*

*Aquí,* su mano se desliza dentro de mi ropa interior lo justo para rozar mi clítoris y confirmar que, tal y como sospechaba, estoy de hecho increíblemente mojada. Siento que mis mejillas arden y lo empujo hacia atrás.

O al menos, eso es lo que pretendo hacer. Pero el mensaje se cruza en algún punto del camino, así que en lugar de agarrarle la muñeca y sacarle la mano de mis pantalones, envuelvo mis dedos alrededor de su antebrazo fuerte y musculoso, y simplemente… me quedo ahí. Sin apartarlo ni decirle que no. Al contrario, de hecho: estoy impidiendo que se vaya a cualquier otro sitio.

Casi como si quisiera esto.

—Kir, yo...

Pero nunca llegamos a saber lo que iba a decir, porque antes de que pueda hacerlo, nos interrumpen tres golpes secos en la puerta.

—¿Sr. Lazarev? ¿Va todo bien ahí dentro? He oído unos... eh... ruidos.

Es su asistente, esa rubia menuda y luchadora que intentó impedir que entrara aquí desde el principio.

La mano de Kir se separa de mis pantalones tan rápido que casi resulta cómico. Da un paso atrás y se lleva ambas manos a la corbata para enderezársela. El cambio es instantáneo y me da envidia. En un momento tiene los dedos sobre mí y, al siguiente, parece a punto de presidir una reunión de la junta directiva. Ni un pelo fuera de lugar. Mientras tanto, yo estoy aquí de pie con los vaqueros desabrochados y la cara del color de un camión de bomberos.

Uno de los dos es mucho mejor que el otro a la hora de cambiar de máscara.

—Todo va bien, Madison —grita hacia la puerta—. La Srta. Pierce se marchaba.

—¡Vale! ¡Solo quería asegurarme! ¡Avíseme si necesita algo! —Los tacones de Madison se alejan por el pasillo.

Tanteo el botón de mis vaqueros, pero mis dedos no me obedecen. Kir me observa forcejear con el botón un segundo más y luego aparta la mirada. No por cortesía, no creo que esa palabra exista en su vocabulario. Más bien porque sabe que, si sigue mirándome ahora mismo, ninguno de los dos saldrá de esta oficina con la dignidad intacta.

—Tienes que irte —dice—. Antes de que alguien más decida venir a ver qué es ese ruido y te encuentre aquí.

—¿Te refieres al ruido que has hecho al echar mis límites profesionales a una trituradora de madera?

Echa un vistazo a los escombros detrás de su escritorio. —Tú has causado la mayor parte. Por cierto, esa era una máquina de doce mil dólares.

—Envíame la factura —Cojo mi bolso del suelo, donde se me había caído, y me lo cuelgo al hombro. Siento que las piernas me fallan. Todo lo que tengo por debajo del ombligo me late con fuerza y me cuesta mucho caminar en línea recta.

Estoy a medio camino de la puerta cuando su mano me agarra del codo. Me doy la vuelta, lista para estallar, pero no me está tirando hacia atrás. Me está metiendo algo en la palma de la mano.

Es la cámara, con la batería aún colgando de ella.

—Quédatela —me ordena—. Devuélvela al lugar donde la encontraste.

La miro, y luego vuelvo a mirarlo. —Estás bromeando.

—Duermo mejor cuando te veo.

Sin embargo, su rostro es de lo más serio. Y en lugar de hacer lo más sensato y decirle que se la meta por el culo… recojo la cámara y la guardo en mi bolso.

No digo ni una palabra. Él tampoco. Simplemente le doy la espalda y salgo pasando junto a Madison, que me dedica una sonrisa radiante y un pequeño gesto de despedida que no le devuelvo. No dejo de caminar hasta llegar a la calle.

## 32

# JILLIAN

*"Voy a recuperar la corona. Estoy todo arreglado y desnudo. Veo lo que es mío y lo tomo"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Emperor's New Clothes", de Panic! at the Disco*

No me voy directamente a casa después de salir del edificio de Kir. Camino un rato, bajando por la Sexta, luego hacia el oeste, en dirección al río, y después hacia el sur sin ningún motivo en absoluto. Es esencial seguir moviéndome para poder quemar cualquier residuo tóxico que aún me hormiguee bajo la piel por la mano de Kir dentro de mis vaqueros y su boca contra mi oído. ¡Qué descaro, hacer que lo desee mientras me esfuerzo tanto por odiarlo! ¿Cómo se atreve?

Cuando por fin llego a mi apartamento, son más de las siete y estoy muerta de cansancio. Cierro la puerta con llave tras de mí y, por si acaso, echo el cerrojo y la cadena de seguridad. Dejo caer el bolso sobre la encimera y me inclino hasta apoyar la frente en el mármol frío. Me quedo así un minuto sin hacer absolutamente nada antes de

soltar un suspiro que sacude la tierra, enderezarme y entrar en mi dormitorio.

Me detengo a un paso de la puerta y levanto la vista. La rejilla de ventilación sobre la puerta del armario está a oscuras. No hay luz roja. La cámara sigue en mi bolso, donde la guardé después de que Kir me la pusiera en la mano. Aún no he decidido qué hacer con ella. Ese es un problema para la Jillian del futuro.

Me quito la ropa arrugada de ayer y me pongo una camiseta suave y holgada y unos pantalones cortos de pijama de algodón. La camiseta es de mi primer año de universidad, con las siglas NYU estampadas en un orgulloso color morado en la parte delantera. Para ser sincera, no sé por qué todavía la tengo. No guardo muchas cosas de esa época de mi vida. La mayor parte acabó en bolsas de basura cuando me mudé de la residencia. Lo tiré todo y no miré atrás.

De alguna manera, la camiseta sobrevivió a la purga.

Suspirando de nuevo a un volumen insoportable, como si eso fuera a ahuyentar mis pensamientos sin rumbo, me lavo los dientes, me lavo la cara y me meto en la cama, aunque aún no sean ni las ocho de la tarde. Pero entonces, como mi cerebro me odia y quiere que sea infeliz para siempre, cojo el móvil y abro el álbum de fotos que mantengo bien escondido, metido dentro de una carpeta llamada "Documentos fiscales 2019", dentro de otra carpeta llamada "Varios". Nadie lo encontraría por casualidad. Esa es la idea.

Solo hay una foto en él: una pulsera de hospital en una muñeca diminuta, rosada y regordeta. Al fondo, el borde de una manta blanca de algodón.

Me quedo mirándola un rato. Luego cierro el álbum y bloqueo el teléfono. Me subo las mantas hasta la barbilla y me quedo allí tumbada en silencio, esperando un ruido en la ventana que no llega.

Por desgracia para mí, el sueño tampoco llega. Me obligo a esperar una hora entera antes de quitarme las sábanas y dirigirme a la

cocina.

La cámara está justo donde la dejé, enterrada en el fondo de mi bolso. La saco y la llevo de vuelta al dormitorio, luego me siento en el borde de la cama y la giro entre mis dedos. Es tan pequeña. Apenas pesa nada. El LED rojo está apagado porque la batería se soltó al meter el bolso a toda prisa antes, enfadada.

Podría tirarla por el retrete. Podría aplastarla con un martillo. Podría tirarla al compactador de basura del sótano y no volver a pensar en ella nunca más.

Pero en lugar de hacer nada de eso, vuelvo a encajar la batería en su sitio.

La luz roja parpadea.

Lo llevo a mi cómoda y lo apoyo contra el joyero, orientando la lente hacia la cama. Luego doy un paso atrás y lo miro. El diminuto punto rojo parpadea en la habitación en penumbra.

Él está mirando. No tengo pruebas. Solo lo sé, igual que sé mi propio nombre, igual que conozco la distribución de este apartamento en la oscuridad. Kir Lazarev está al otro lado de esta pequeña luz parpadeante, y me está observando en este preciso instante.

Lo que estoy haciendo no es normal. Lo sé. Ya no me limito a permitir que estas cosas me sucedan; las elijo activamente. *Elijo* la oscuridad y las máscaras que esta lleva. Como Elvis, lo normal hace tiempo que abandonó el edificio, si es que alguna vez estuvo aquí.

¿Qué dice eso de mí? Estoy destrozada; eso también lo sé. Pero quizá estoy destrozada de una forma muy concreta en la que Kir Lazarev encaja a la perfección. En algún lugar entre los escombros de lo que me pasó hace cinco años, mi cableado psicológico se cruzó tanto que el peligro y la seguridad intercambiaron sus lugares en mi cabeza. Un hombre amable como Elliot me pone los pelos de punta.

Un hombre que irrumpió en mi apartamento con una pistola me hace sentir vista.

Es una locura.

…Y, sin embargo.

Me acurruco con las rodillas contra el pecho y apoyo la barbilla en ellas, sin apartar la mirada de la lente. Durante un rato, eso es todo lo que hago. Las nueve se convierten en las nueve y media, y sigo sin moverme.

Pero algo está pasando dentro de mí. Un rubor extraño y temerario, como si alguien hubiera encendido una cerilla y prendido fuego a algo en lo más profundo de mi vientre, está subiendo y haciéndome dar vueltas la cabeza. Siento una energía nerviosa en las yemas de los dedos y mis pezones están extrañamente tensos y erectos. Saben algo que yo no sé.

El rubor sigue avanzando. Es una ola de calor que no deja de encontrar nuevos rincones y recovecos en mi cuerpo para inundarlos de fuego. Mi respiración se vuelve más entrecortada y ni siquiera me he movido. Solo estoy aquí sentada en mi propia cama, con las rodillas encogidas, mirando a una cámara del tamaño de una memoria USB, y todo mi cuerpo me está gritando.

Porque quiero que él me vea.

No de forma abstracta, no en esa pequeña fantasía segura que puedo doblar y guardar cuando se acabe. Lo quiero *ahora mismo, en esta habitación,* con sus manos sobre mí y su peso presionándome contra este colchón. Quiero la máscara y la canela y el timbre grave con el que pronuncia mi nombre cuando está a punto de perder el control. Quiero que sus dedos me dejen moratones en las caderas. Quiero oírle decir que soy *suya*.

Siento la piel demasiado tensa. Cada terminación nerviosa está despierta y reclama atención.

La luz roja parpadea. Él está ahí. Con los ojos bien abiertos. Esperando a ver qué hago a continuación.

Eso solo hace que el calor sea aún peor.

Así que no es ninguna sorpresa, en realidad, que haga lo que hago a continuación.

Que mis dedos se estiren hacia el bajo de mi camiseta.

Que mis rodillas se separen hacia ambos lados.

Que me suba la camiseta, dejando al descubierto una franja de vientre, y luego la vuelva a bajar nerviosamente.

—Esto es una locura. No puedo estar... No deberías... Esto es una locura, ¿vale? —le digo a la habitación vacía.

Pero mis dedos vuelven a empezar a subir la camiseta por mi vientre tembloroso.

—Solo lo hago porque quiero —le digo a la cámara con severidad. —No porque me lo hayas pedido. Porque quiero.

Decir esa parte en voz alta ayuda de alguna extraña manera. Expresarlo con palabras *"quiero hacerlo; yo, Jillian Pierce, elijo esto"* desata el nudo tembloroso y culpable que tengo en el pecho. No del todo, pero lo suficiente.

Porque es verdad. Nadie me obliga a hacer esto. No hay ninguna mano enguantada en mi muñeca, ni ningún cuerpo bloqueando la puerta. Kir no está aquí. No puede tocarme. No puede darme órdenes. Lo único que puede hacer es mirar, si yo decido dejarlo.

Y se lo estoy permitiendo.

Durante cinco años, la cuestión de lo que quiero y lo que permito ha sido una maraña imposible, tan enredada que no podía encontrar ninguno de los extremos. Pero ahora mismo, sola en mi habitación, en mi propia cama, soy la única variable de la ecuación. Solo estoy yo y una luz roja parpadeante.

El temblor de mis dedos se calma. El nerviosismo se desvanece. Una confianza salvaje, risueña y seductora ocupa su lugar.

Ya no estoy nerviosa. Estoy *decidida*.

Me quito la camiseta de la NYU de un tirón y la dejo caer al suelo junto a la cama, pero me tapo los pechos, sin sujetador, con una mano para ocultarlos de la vista de la cámara. El aire me golpea la piel desnuda y tiemblo, pero no es por el frío.

—Me estás viendo, ¿verdad? —susurro con timidez—. Estás sentado en tu oficina con las luces apagadas, completamente solo. Apuesto a que te está matando estar tan lejos de mí, ¿verdad?

La luz roja parpadea.

—Y —digo mordiéndome el labio inferior—, apuesto a que estás echando espuma por la boca, prácticamente *suplicándome* que mueva la mano para poder verme más. ¿No es así, señor Lazarev?

Deslizo la mano unos centímetros hacia abajo. Solo unos pocos centímetros provocadores, los suficientes para que la curva de mis pechos se asome por encima de mis dedos. Entonces me detengo.

—Mmm. No, todavía no, no lo creo. Aún no te lo has ganado.

Vuelvo a subir la mano y me cubro por completo de nuevo, presionando la palma contra mi pecho. Puedo sentir los latidos de mi corazón golpeando contra mi palma. Le digo a la cámara—: Llevas días mirándome sin mi permiso. Así que ahora, miras según *mis* condiciones. Y mis condiciones dicen que esperes.

Inclino la cabeza hacia la izquierda y dejo que mi pelo caiga sobre un hombro, dejando al descubierto el otro lado de mi cuello, donde Kir me mordió con tanta fuerza que me dejó un moratón que he estado cubriendo con jerseys de cuello alto y corrector toda la semana. Me giro para que la lente pueda verlo.

—Dejaste esto —le regaño con suavidad, pasando las yemas de los dedos por la marca que se está desvaneciendo—. Tuve que llevar

una bufanda al trabajo, animal.

Deslizo esas mismas yemas por el costado de mi cuello, cruzando la clavícula, y a lo largo de la parte superior de mi otra mano, que aún cubre mi pecho. Trazando círculos perezosos sobre mi propia piel, tomándome mi tiempo, sin ir a ningún sitio en particular.

—Me pregunto qué estarás haciendo ahora mismo —Mi voz me suena extraña a mis propios oídos. Susurrante, sensual. Es la voz de la mujer que he fingido ser en el trabajo durante cinco años—. ¿Estás recostado? ¿O ya estás buscando tu cinturón, porque ya no puedes más? Espero que estés sufriendo. Apuesto a que lo estás.

Separo los dedos, lo justo para que la cámara pueda vislumbrar la piel entre ellos. No lo suficiente como para ver nada real. Solo sombras e insinuaciones. Me muerdo el labio de nuevo y sonrío.

Luego cambio de posición en el colchón, descruzo las piernas y las estiro delante de mí. Los pantalones cortos de algodón se me suben por los muslos. Los dejo donde están y me recuesto sobre un codo, sin soltar la otra mano sobre mis pechos, sin dejar de ocultarlos a la vista.

—Me dijiste que me gustaba exhibirme —murmuro—. Que me gustaba que me miraran. Estabas tan seguro de ti mismo. Tan engreído—. Me paso la lengua por el labio inferior—. ¿Y sabes una cosa? Empiezo a pensar que tienes razón.

Dejo caer la mano.

No rápido. De ninguna manera rápido. La separo dedo a dedo. Primero el meñique, luego el anular, luego el medio, sin apartar la vista de la cámara en ningún momento. Para cuando mi dedo índice se libera para revelar mi turgente pezón, mi pecho está completamente desnudo y el aire fresco del apartamento me cosquillea cada centímetro de piel.

Acaricio ambos pechos con las manos y los aprieto, rozando mis pezones con los pulgares hasta que se endurecen tanto que me

duelen. Se me escapa un gemido y no hago ningún esfuerzo por reprimirlo.

—Dios, qué bien se siente —susurro, echando la cabeza hacia atrás —. Esto debe de ser duro para ti, ¿eh? —Mis manos siguen trabajando, amasando, pellizcando, tirando hasta que mis caderas empiezan a balancearse sobre el colchón por sí solas—. Te debe de estar matando que estas no sean *tus* manos. Son las mías. —Me pellizco ambos pezones a la vez y gimo—. ¿Qué se siente, Kir?

En broma, dejo que mi mirada recorra mi cuerpo, más abajo, más abajo, hasta que veo mis pantalones cortos de algodón arrugados. Cuando lo hago, abro mucho los ojos como si me acabara de dar cuenta de ellos. —¡Oh! *Oh.* Ya veo. Hay mucho *más* que te está matando. Apuesto a que quieres que desaparezcan, ¿verdad? ¿Quieres verme toda? ¿A que sí, Kir? ¿A que sí?

Aliso mis manos por mi cuerpo, sobre mis costillas y caderas, hasta que engancho los pulgares en la cintura y levanto las caderas del colchón. Lentamente, muy, muy lentamente, empiezo a bajar el algodón primero por un lado, dejando al descubierto el saliente de mi hueso de la cadera, y luego por el otro. Pero justo cuando empiezo a dejar al descubierto el borde de mis braguitas color piel sin costuras, me detengo y frunzo el ceño.

—Aunque quizá no —reflexiono en voz alta—. No te has portado muy bien, ¿verdad, con todo eso de espiarme? Quizá no mereces un espectáculo tan grande.

Casi puedo oírlo gemir desde el otro lado de la ciudad.

—Pero ahora mismo estoy tan excitada al pensar en lo triste que debes verte. No es agradable, ¿verdad?, cuando otra persona lleva las riendas. ¿Te duele tener que seguir mi ritmo? ¿Estás empalmado, Kir? ¿Estás chorreando por mí?

Me lo imagino en su oficina a oscuras, con el cinturón desabrochado, la cremallera bajada, su polla dolorida apretada en su puño mientras

se muerde el interior de la mejilla mientras la tortura lo consume, de la misma manera que este calor depravado me está consumiendo a mí.

Suspiro con simpatía. —Supongo que puedo compadecerme. Sé lo que se siente al estar a merced de otra persona. Pero ten paciencia —susurro, guiñándole un ojo a la lente—. No puedes precipitarte en esta parte.

Reanudo el striptease, bajándome los pantalones cortos, pasando las rodillas, bajándolos por las espinillas. Cuelgan de un tobillo durante un segundo antes de que los tire al suelo junto a la camiseta.

Deslizo las palmas de las manos por mi vientre y las apoyo en la parte interna de los muslos, enmarcando lo que hay entre ellos sin tocarlo. —Ya está —digo—. ¿Ya estás contento? ¿O quieres más? Porque creo que quieres más. Creo que siempre quieres más. Ese es todo tu problema, Kir Lazarev. Eres *codicioso*.

Dejo que mis rodillas se separen otro centímetro y recorro con la yema de un dedo el borde de la tela donde se une con mi muslo.

—Por suerte para ti —murmuro—, yo también.

Presiono delicadamente los dedos contra el fino algodón y los deslizo hacia abajo con una caricia larga y lenta. Ya están empapados. Puedo sentirlo, y sé que la cámara también lo ve: una mancha oscura y húmeda que delata todo lo que mi boca aún no ha dicho.

—Oh —susurro—. ¿Lo notas? No, no puedes, ¿verdad? De eso se trata. Puedes mirar, pero no puedes tocar. Esta noche no. Esta noche solo podrás verme hacer lo que te gustaría estar haciendo tú.

Froto en círculos, restregando la palma de la mano contra mí misma a través de la tela húmeda. Mis caderas se levantan del colchón para encontrarse con mi propia mano, sin vergüenza, sin retroceder. Quiero que vea cada cosa que hace mi cuerpo cuando persigue lo que necesita.

—Esto es lo que te pasa por espiarme —le sermoneo al punto rojo parpadeante—. Te toca quedarte ahí sentado y sufrir. Te toca verme darme placer y saber que ahora mismo deberían ser tus dedos, pero no lo son. Son los míos. Todos míos.

Aumento la presión y un gemido se me escapa. Mi mano libre agarra las sábanas junto a mi cadera, arrugando el algodón en mi puño. La fricción a través de las braguitas es buena. Muy buena. Pero no es suficiente.

—Dios, Kir —jadeo—. No tienes ni idea de lo que me haces. O quizá sí. Quizá por eso no puedes mantenerte alejado.

Engancho un dedo bajo el borde de la tela y lo aparto hacia un lado, exponiéndome por completo ante la lente. Nunca en mi vida he estado tan mojada. Puedo sentirlo en la parte interior de mis muslos, resbaladizo y abundante, y cuando paso dos dedos por él, el sonido es francamente obsceno.

—Dios —susurro, mitad para él y mitad para mí misma.

Encuentro mi clítoris y lo rodeo con mi dedo corazón, al principio con un toque ligero como una pluma, sin apenas presión. Podría correrme enseguida si quisiera, pero me obligo a ir despacio, aunque cada nervio de mi cuerpo me grita que acelere y persiga la meta.

—Quieres que vaya más rápido, ¿verdad? —le pregunto a la cámara. Mi pecho jadea—. Qué pena. Ya te lo dije: mis condiciones. Mi ritmo.

Sigo con los círculos perezosos y sin prisas, bajando más para recoger más humedad antes de volver a subir. Me tiemblan las piernas y los músculos del estómago no dejan de contraerse en pequeños espasmos involuntarios. Abro más las rodillas y me meto dos dedos, curvándolos hacia delante, y el gemido que se me escapa es gutural y fuerte.

—Mierda —jadeo. Muevo los dedos dos veces, luego los saco y los vuelvo a llevar a mi clítoris—. Mierda, mierda, *mierda*.

Sigo haciéndolo. Dos caricias hacia dentro, luego unos cuantos círculos sobre mi clítoris.

Otra vez.

Más.

Mejor.

Más cerca.

Una mano ya no es suficiente. Necesito las dos. Pongo la izquierda sobre mi sensible manojo de nervios mientras los dedos corazón y anular de la derecha se deslizan dentro de mí, luego fuera, luego dentro, luego fuera.

—Kir —gimo—. Kir, estoy a punto. ¿Quieres ver cómo me corro?

Me lo imagino en esa oficina oscura, con el cinturón desabrochado, los pantalones bajados, la mano envuelta alrededor de sí mismo. Me lo imagino con la máscara puesta, aunque probablemente eso no sea cierto, pero hace que todo sea mucho más excitante. Me imagino su cabeza echada hacia atrás contra su sillón de cuero. Me imagino los sonidos graves y entrecortados que emite justo antes de correrse, sonidos que he oído con mis propios oídos, pegada a su pecho mientras se mueve dentro de mí.

Me follo más fuerte. Mi mano izquierda acelera el ritmo para seguirle el paso. La presión aumenta tan rápido que casi me asusta, esa cosa imponente y tambaleante que está a punto de derrumbarse y arrasarme por completo.

—Mírame —le ordeno a la luz roja parpadeante—. Mira cómo me corro para ti.

Y entonces lo hago. Me atraviesa desde el centro hacia fuera, al rojo vivo, con la espalda completamente arqueada fuera de la cama, ambas manos acariciándome mientras grito su nombre en una habitación vacía.

Las réplicas me recorren durante mucho tiempo. Me tiemblan las piernas. Me quedo allí tumbada con los ojos cerrados, con ambas manos aún entre los muslos, y dejo que mi ritmo cardíaco se calme por sí solo.

Cuando por fin abro los ojos, la luz roja sigue parpadeando.

Retiro los dedos y me giro de lado, mirando a la cámara. Tengo la piel enrojecida y húmeda, pero a medida que el sudor se enfría, empiezo a temblar. Me acurruco bajo las sábanas y me las subo hasta la barbilla.

—Solo un recordatorio —le digo a la lente—. Eso fue para mí. No para ti.

La adrenalina ya se está desvaneciendo, sustituida por un agotamiento profundo y pesado que me tira de los párpados. No apago la cámara ni me molesto en estirar el brazo para apuntarla a otro sitio. Simplemente me quedo tumbada, mirándola, y dejo que se me cierren los ojos.

Lo último que pienso antes de que el sueño me arrastre es que hacía mucho tiempo que no me sentía tan a salvo.

La luz roja parpadea, observando.

Siempre, siempre observando.

# 33

# KIR

*"Y nos estamos desviando del rumbo que habíamos preparado. Pero en todo caos hay cálculo"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Glory And Gore", de Lorde*

No me muevo.

Lo cual es tan jodidamente patético que me dan ganas de reír. Jillian me caló en lo que respecta a la puesta en escena. Estoy en mi oficina, con las luces apagadas, la cara iluminada en azul por la pantalla brillante, pero se equivocó en todo lo demás. Mi cinturón sigue abrochado. Mi mano descansa sobre él, no ha hecho otra cosa que eso durante toda su actuación, pero no he desabrochado el cierre. No me he bajado la cremallera. No me he tocado ni una sola vez.

Solo miré.

No porque no quisiera. Dios, cómo quería. Desde el momento en que se quitó la camiseta por la cabeza, todo mi cuerpo se puso rígido y mi polla se puso tan dura que se convirtió en una agonía.

Cuando se bajó esos pantalones cortos y vi la mancha húmeda en el algodón, casi me corro en los pantalones sin mover un dedo.

Pero no me moví.

Porque ella me dijo que esperara. Me dijo explícitamente que eran sus condiciones, su ritmo y su espectáculo, así que me senté aquí, en mi oficina a oscuras de la planta cuarenta y nueve, y esperé.

Eso es algo nuevo para mí. ¿Obediencia? A la mierda. Yo no obedezco; nunca lo he hecho. Lukas ha intentado inculcármelo a golpes durante treinta años y lo único que ha conseguido es enseñarme a devolver los golpes con más fuerza. Profesores, tutores, entrenadores, incluso oficiales al mando durante la breve estancia en la escuela militar que Lukas organizó: ninguno de ellos pudo hacerme seguir una orden que no quisiera seguir.

Pero Jillian me susurra *"paciencia"* a través de una cámara estenopeica desde diez kilómetros de distancia y me convierto en una maldita estatua.

Ahora está dormida. Su pelo rojo se extiende en abanico sobre la almohada, su rostro es suave y apacible.

Ahora es el momento.

Me desabrocho el cinturón.

Pero no por la imagen de la pantalla. Ni por el recuerdo de sus dedos entre sus piernas o los sonidos que emitía, tan húmedos y lascivos. Todo eso está grabado a fuego en mi cerebro para siempre, y lo usaré más tarde, probablemente mañana, o pasado mañana, o... Vale, si somos sinceros, todos los días durante el resto de mi miserable vida.

Pero ahora mismo, en esta silla, cierro los ojos y empiezo a soñar con algo diferente.

*Estoy en su apartamento. Llevo puesta la máscara. Ella está de pie en la puerta de la cocina, con los brazos cruzados y la cadera*

*apoyada contra el marco. Camino hacia ella y no se inmuta. Alza ambas manos, engancha los dedos bajo el borde de la tela y la levanta.*

*La máscara se desprende. Y en la fantasía, lo permito. Me quedo allí con todo el rostro al descubierto, cada cicatriz y cada sombra, y espero lo que siempre viene después: el retroceso. El asco. El momento en que alguien ve a Kirill Lazarev, hijo de Lukas, sangre de la Bratva, y decide que no quiere saber nada de ello.*

*Pero Jillian no se echa atrás.*

*Me mira, y sus ojos son suaves, claros y no muestran ningún miedo. No hay odio en ellos.*

*Solo hay amor.*

*Solo amor.*

Me corro tan fuerte que mi visión se oscurece. Mis pantalones están destrozados y mi semen me gotea por la muñeca y los nudillos, pero me quedo sentado entre los restos de mí mismo un rato, con la cabeza echada hacia atrás, mirando al techo. Dejo que la fantasía se desvanezca porque tiene que hacerlo. Eso es todo lo que es y lo que siempre podrá ser: una fantasía. Jillian sabe mi nombre y conoce mi cara, y aún no ha huido, pero eso no significa que me quiera.

Me *aguanta*, sí. Me desea, tal vez. Si no fuera exactamente lo que ella me acusaba de ser *"codicioso"*, entonces eso bastaría.

Pero no basta. No basta ni por asomo.

En la pantalla, Jillian se mueve en sueños y se ajusta la manta. Me limpio con un puñado de pañuelos de la caja que tengo en el escritorio y los tiro a la papelera. Luego me abrocho el cinturón, me arreglo la camisa y vuelvo a acomodarme en la silla.

La observo dormir hasta la mañana siguiente. Durante todo el tiempo que estoy allí sentado, un pensamiento da vueltas y vueltas en mi cabeza como un avión sin ningún lugar donde aterrizar.

*Se supone que yo soy quien tiene el control.*

*…Pero ya no tengo el control de una sola puta cosa.*

*Ella* lo tiene*.*

## 34

# JILLIAN

*"Sonríe como si lo sintieras de verdad. Oh, no, oh, no, no, no"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Smile Like You Mean It", de The Killers*

Dos mañanas después, estoy en mi escritorio fingiendo leer un expediente de zonificación del emplazamiento de Newark y sin retener absolutamente nada de lo que leo. Mi teléfono está junto al teclado, tan silencioso como la tumba de Elena Lazareva.

Sigo esperando, pero no llega nada. No estoy segura de qué esperaba. ¿Un mensaje de texto? ¿Una llamada? ¿Un mensaje de Signal? Si no es eso, ¿qué tal un emoji críptico, un apodo amenazante, un *"hola, zorrita"* escrito a mano apareciendo en mi mesita de noche?

Pero no he recibido nada de eso. Desde lo que sea que hayamos acordado llamar (o mejor aún, *no* llamar) al espectáculo improvisado por webcam que hice el miércoles por la noche, ha habido silencio total y absoluto.

¿Hice algo mal? ¿Malinterpreté las reglas del juego? Me siento avergonzada y nerviosa. Fue una tontería lo que hice. Quizás no lo vio después de todo. Me he vuelto un poco creída, y la vergüenza es lo que me merezco por cruzar una línea tan estúpida y obvia.

O quizá lo vio todo y se rió todo el rato. Probablemente piense que soy patética, como cuando ves a una niña pequeña con los tacones de mamá y fingiendo que ahora es ella la mujer de la casa. A sus ojos, solo era una chica desesperada montando un espectáculo humillante para un hombre al que le da completamente igual. Dios, eso es mucho peor que si no lo hubiera visto en absoluto.

Le doy la vuelta al móvil. No hay notificaciones. Lo vuelvo a poner boca abajo y me juro a mí misma que no lo volveré a mirar hasta después de comer.

Lo que me está comiendo viva no es el silencio en sí mismo; es lo que el silencio le está haciendo a mi cerebro. Menudo cambio respecto al miércoles por la noche. Hace menos de cuarenta y ocho horas, me sentía libre, salvaje, sin ataduras y al mando. Y ahora, aquí estoy, sentada en mi escritorio, cuestionándome si a mi acosador enmascarado le gustó lo suficiente mi pequeño striptease como para enviarme un mensaje al respecto.

—Contrólate, Pierce —murmuro.

Weston echa un vistazo por encima de la pared del cubículo. —¿Has dicho algo?

—No.

Vuelvo a fijar la vista en el expediente de zonificación. Las palabras siguen sin tener sentido. Leo el mismo párrafo por cuarta, decimocuarta y cuadragésima vez, pero sigo sin poder decir qué pone.

Entonces, sin previo aviso, el ambiente de la planta cambia.

No sé cómo describirlo de otra manera. En un segundo, es el zumbido habitual de los teclados, conversaciones en voz baja y el Spotify de alguien que se escapa de unos auriculares de mala calidad. Entonces, las cabezas comienzan a girarse. La gente se endereza y se asoma por encima de los bordes de sus cubículos.

Sigo las miradas... y se me hace un nudo en el estómago.

*Porque Kir Lazarev está atravesando la redacción.*

Lleva un traje beige con una corbata azul cielo, está bien afeitado y es guapísimo. Por el rabillo del ojo, veo que la mitad de las mujeres de la oficina empiezan a arreglarse el pelo y a ajustarse la ropa. Y lo que es peor, Kir camina junto a Richard Thornton. Sí, *el mismísimo* Richard Thornton. El redactor jefe de *todo el puto periódico*. El jefe del jefe del jefe del jefe de mi jefe. El nombre que encabeza la cabecera. El gran mandamás. Si alguna vez nos cruzáramos, me vería obligada a llamarlo *señor Thornton* y a mantener la mirada clavada firmemente en el suelo.

Kir, sin embargo, parece perfectamente a gusto dándole una palmada en el hombro y diciéndole—: Rick, si alguien supiera que tus chistes son la mitad de obscenos de lo que son, te echarían de la buena sociedad con antorchas y horcas —Luego ambos se ríen a carcajadas como viejos compañeros de fraternidad.

Es oficial: estoy en una espiral.

Las razones son muchas, cada una más válida que la anterior. El objeto de mi investigación está a seis metros de mi escritorio, a un tiro de piedra del tablón de corcho de la sala de reuniones donde he clavado una foto impresa de la ficha dental de Elena Lazareva con un círculo rojo alrededor. Mierda, hay un cuaderno abierto junto a mi teclado con el nombre de su padre escrito en mayúsculas en la parte superior de la página.

Pero no solo está *aquí,* sino que parece ser *bienvenido*.

Kir y Thornton dan una vuelta lenta por la planta, deteniéndose en los escritorios, estrechando manos. Thornton se encarga de las presentaciones —Este es Kir Lazarev, director ejecutivo de Lazarev Global, uno de nuestros socios publicitarios más valiosos —y Kir se encarga de todo lo demás. Recuerda los nombres con solo oírlos una vez. Hace preguntas de seguimiento. Cuando Thornton le presenta a Cheryl, de la sección de cultura, Kir de alguna manera ya sabe que ella escribió un artículo sobre la nueva ala contemporánea del Met el mes pasado. —Lo leí dos veces —le dice con una mirada solemne de gratitud—. Me hiciste interesarme por la arquitectura brutalista, algo que no creía posible—. Cheryl se pone del color de un tomate maduro y se ríe tanto que estornuda.

Hace esto con todo el mundo. Deborah, de redacción, recibe un cumplido por su taza de café, que tiene una foto de un gato gruñón y las palabras *"HE SOBREVIVIDO A OTRA REUNIÓN QUE DEBERÍA HABER SIDO UN CORREO ELECTRÓNICO".* —Necesito una de esas —se ríe Kir—. Compraré cien y las repartiré entre todo mi equipo —Deborah casi se cae de la silla.

Los becarios casi explotan de risa. Priyanka, que tiene veintidós años y acaba de salir de la facultad de periodismo de Columbia, se le resbala tanto el bolígrafo que cae al suelo y rueda bajo el zapato de Kir. Él se agacha, lo recoge y se lo devuelve con una sonrisa que podría vender pasta de dientes. —Cuidado —le advierte—. La pluma es más poderosa que la espada. No querrás perder tu mejor arma —Priyanka se la quita de las manos y luego se limita a asentir varias veces, como un muñeco de cabeza oscilante estropeado.

Weston vuelve a asomar la cabeza por encima de la pared del cubículo y señala con el pulgar el espectáculo que se está desarrollando a nuestras espaldas. —¿Quién demonios es *ese*?

—Kir Lazarev —digo, sin levantar la vista del expediente de zonificación que, desde luego, no estoy leyendo—. El director ejecutivo de Lazarev Global.

—¿Ese es el tal Lazarev? ¿El que has estado...? —Señala vagamente el desastre que es mi escritorio.

—Sí.

—Es guapo.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta.

Weston me lanza una mirada que dice que no me cree ni un ápice. —Está dando la mano y besando bebés ahí fuera, como un político que se presenta a las elecciones.

En realidad, es una descripción bastante acertada. Kir se mueve por la redacción como si fuera su sitio, como si el espacio estuviera esperando a que él lo ocupara. Choca los codos, mantiene el contacto visual con facilidad y se ríe de chistes flojos y nerviosos como si fueran lo más gracioso que ha oído en su vida. Las mujeres son las que reaccionan de forma más evidente. Todas se retocan el peinado una y otra vez, y juraría que a algunas se les han desabrochado los botones de la blusa también.

Pero los hombres también caen en la trampa con la misma facilidad. Veo a Doug salir de su despacho con las gafas de lectura subidas a la frente, estrechar la mano de Kir y esbozar una sonrisa que solo le he visto unas tres veces en toda mi vida.

Mientras tanto, me hundo más en mi silla.

Doug me mira mientras se dirige de vuelta a su despacho. Su sonrisa se desvanece y se convierte en un ceño fruncido. Entonces cambia de rumbo y se acerca con paso firme a mi cubículo, con las gafas de lectura aún posadas en la frente.

—Tienes cara de estar mal —dice sin rodeos—. ¿Has comido algo en mal estado?

Niego con la cabeza. —Estoy bien.

Frunce el ceño. Abre la boca para decir algo más, pero entonces la potente voz de barítono de Thornton resuena por toda la planta. —¡Doug! Trae aquí a tu mejor y más brillante equipo. Kir quiere conocer al equipo de investigación.

Doug me lanza una mirada. Yo le devuelvo la mirada.

—No —susurro—. Por favor, no.

—Pierce, levántate.

—Doug, de verdad que no creo que...

—Levántate.

Me pongo de pie con las piernas temblorosas. Me ajusto el dobladillo de la blusa, me paso la lengua por los dientes y sigo a Doug hacia mi perdición, cruzando la sala hacia donde Kir y Thornton están de pie, cerca de la sala de reuniones con paredes de cristal.

Kir me ve venir desde cinco metros de distancia. Su rostro no cambia. Ni un parpadeo, ni un espasmo. Es bueno. Es muy, muy, muy bueno.

Thornton sonríe radiante. —Kir, esta es Jillian Pierce, una de nuestras reporteras de investigación más brillantes.

Kir me tiende la mano. —Srta. Pierce. Es un placer.

Le estrecho la mano. Su apretón es firme y cálido, y sus dedos se cierran alrededor de los míos durante el tiempo justo. Ni demasiado largo, ni demasiado corto. Un apretón de manos perfectamente calibrado de un hombre que ha estrechado diez mil manos y ha hecho que cada persona al otro lado se sintiera como si fuera la única en la sala.

Excepto a mí.

Me hace sentir como si no fuera nadie.

—Srta. Pierce —dice—. Creo que usted cubre la empresa de mi familia.

—Así es —logro decir.

—Bueno, espero que le hayamos dado mucho sobre lo que escribir. —Sonríe con naturalidad, amablemente y, sobre todo, con indiferencia. Sin ningún tipo de calidez. Podría estar conociéndome por primera vez y nunca se notaría la diferencia.

Thornton da una palmada en el hombro de Kir. —Vamos, déjame enseñarte el despacho de la esquina. Acabamos de renovarlo.

Kir mantiene mi mirada un instante más. Luego, asiente y se despide. —Guíanos, Rick.

Se dan la vuelta y se dirigen hacia la oficina con paredes de cristal al otro extremo de la planta. Me quedo allí de pie, con la mano aún medio extendida, viéndolos alejarse.

Justo antes de doblar la esquina, Kir mira hacia atrás por encima del hombro.

Me guiña un ojo.

Luego desaparece, caminando a zancadas tras Thornton con las manos en los bolsillos y sin una sola preocupación en el mundo.

## 35

# JILLIAN

*"Apaga la luz. Llevamos días despiertos y ya nadie viene por aquí"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Cold Contagious", de Bush*

Me quedo allí parada demasiado tiempo. Tanto que Weston tiene que carraspear varias veces antes de que yo registre el sonido y me gire para mirarlo.

—¿Estás bien? —me pregunta—. Parece que acabas de ver un fantasma.

—Estoy genial —digo, una palabra que nunca había usado en toda mi vida.

Vuelvo a mi escritorio en piloto automático y me siento. La solicitud de zonificación sigue abierta en mi pantalla. Me desplazo una línea hacia abajo, y luego vuelvo a subir. Resalto una frase y luego la desmarco. Mientras tanto, a través de la pared de cristal de la oficina de la esquina, puedo ver a Kir y a Thornton sentados uno frente al otro. Kir tiene el tobillo apoyado en la rodilla. Está gesticulando con

una mano mientras Thornton asiente, y cada pocos segundos, ambos se ríen de algo.

Mi pulso no se calma. No dejo de revivir el apretón de manos y la total inexpresividad de su rostro. Yo solo era otra parada del recorrido, igual que Cheryl, Deborah o la becaria Priyanka.

Y luego ese guiño. Nadie más lo vio; él nunca sería tan descuidado. Pero *yo* sí. Otro pequeño regalo para mí y solo para mí.

Aprieto los muslos bajo el escritorio. Lo odio. De verdad, lo odio con toda mi alma.

Excepto por el hecho de que no lo odio en absoluto.

Treinta minutos más tarde, se abre la puerta del despacho de la esquina y Kir sale con Thornton justo detrás de él. Más apretones de manos, más risas, más *"Rick esto"* y *"amigo aquello"*. Entonces, Kir se dirige a la asistente de Thornton, Linda, y le pregunta, tan alto como para que lo oiga la mitad de la planta—: Disculpa, ¿podrías indicarme dónde está el baño?

Linda le da indicaciones. Kir le agradece con esa misma sonrisa de mil vatios y se aleja tranquilamente por el pasillo, pasando por la sala de fotocopias.

Sé lo que es esto.

*Una invitación.*

Pero no voy a ir tras él. De ninguna manera. Tengo una fecha límite que cumplir y, además, ya sabes, un atisbo de dignidad profesional que proteger. No voy a levantarme de mi escritorio y seguir a Kir Lazarev al baño de mi propia redacción en mitad de una jornada laboral simplemente porque me ha guiñado un ojo y eso ha encendido un nuevo fuego en mi interior.

No voy a hacer eso…

…hasta que echo la silla hacia atrás y me levanto.

Weston me mira. —¿A dónde vas?

—Al baño —respondo.

—Acabas de ir hace como media hora.

—Problemas de vejiga. No te metas donde no te llaman, Weston.

Con las piernas temblorosas, camino por el pasillo hacia los baños.

Estoy a mitad del pasillo, entre la sala de fotocopias y el armario de suministros con la manija rota, cuando una mano sale disparada del antiguo cuarto oscuro y me agarra la muñeca.

Ni siquiera grito. Una parte de mí se lo esperaba.

Kir me empuja a través de la puerta y la cierra detrás de nosotros. El cuarto oscuro lleva años sin usarse. Es diminuto, tal vez dos metros por dos y medio, abarrotado de estanterías polvorientas y pilas de cajas de cartón que nadie ha tocado en décadas. No hay ventanas ni luz; el lugar está diseñado para mantenerla fuera.

—Estás loco —siseo.

Kir me empuja contra la estantería. Una caja de algo se cae del estante superior y aterriza en el suelo con un suave golpe.

—Viniste —murmura, y su aroma a canela me envuelve, relajando y excitando todo lo que toca al mismo tiempo.

—Iba al baño —insisto.

Él se limita a reír.

—Vale, está bien. Iba a buscarte, pero solo para decirte que aparecer en mi oficina es...

Me pone el pulgar en el labio inferior y lo desliza hacia abajo. Dejo de hablar.

—No lo estropees fingiendo que estás enfadada —dice.

—*Estoy* enfadada.

—No parecías muy enfadada la *última* vez que te vi.

Su pulgar sigue sobre mi labio. Puedo saborear la sal de su piel. En la oscuridad total de esta pequeña habitación, no puedo verle la cara, y hay algo en eso que activa el viejo circuito de mi cerebro, la laguna que hace que esto funcione, que lo hace todo aceptable, que me permite desear cosas sin tener que mirar a la persona a la que se las pido.

—Lo viste —susurro. Hasta este momento, no podía estar segura al cien por cien. Creía que lo sabía, *sabía* que lo sabía, pero no estaba segura. La confirmación me hace sentir mareada y eufórica.

La voz de Kir es un ronquido profano. —Cada. Puto. Segundo. Esa actuación —murmura contra la piel de mi cuello mientras se inclina y acaricia lentamente con la punta de la nariz detrás de mi oreja—, fue lo más cruel que nadie me ha hecho jamás. Y eso que crecí con Lukas Lazarev como padre.

Una risa se me escapa antes de que pueda evitarlo. Él la atrapa con la boca, besándome profunda y hambrientamente en la oscuridad.

Cuando nos separamos, estoy respirando con dificultad y agarrando su corbata con el puño. —No puedes aparecer aquí como si nada —le digo—. Este es mi *trabajo*.

—Tenía una reunión con Rick.

—¿Rick? —hago una mueca ante la injusticia—. Llevo dos años trabajando aquí y nunca le he llamado de ninguna manera. No creo que sepa que existo.

Kir se ríe. —Quizá deberías intentar ser más simpática.

Le doy un tirón a la corbata en respuesta, pero él solo se ríe de nuevo. —Me diste la mano como si fuera una desconocida —le espeto—. ¿Soy una desconocida para ti?

Me acaricia la parte interior de la rodilla con la yema de un dedo. —¿Hubieras preferido que te inclinara sobre la mesa de redacción delante de tus compañeros? Quiero decir, pide y se te dará, pero no creo que tus jefes lo aprobaran.

—¿Es pedir demasiado que reconozcas que existo?

—¿Acaso el guiño no fue suficiente?

—¡El guiño lo empeoró todo!

Su pulgar recorre mi mandíbula en la oscuridad. —Te gustó.

—Quería estrangularte.

—Según mi experiencia, eso también puede ser una forma de afecto.

Suelto su corbata y la aliso contra su pecho, lo cual es un error, porque ahora mi mano está ahí y puedo sentir los latidos de su corazón, firmes y seguros bajo la tela.

—Eres lo peor —digo.

—Y, sin embargo, aquí estás.

—Sí —suspiro—. Aquí estoy. ¿Qué pasa ahora?

Casi puedo sentir la sonrisa de Kir, aunque no puedo ver ni una pizca de ella. —Estaba pensando en algo así.

Me da la vuelta antes de que pueda tomar aire.

Mis palmas se estrellan contra la estantería metálica y una fila de frascos de productos químicos traquetea. Kir no se detiene. Sus manos encuentran el dobladillo de mi falda lápiz y me la suben por encima de las caderas con un movimiento salvaje, arrugando la tela por encima de mi cintura.

—Ya tuviste tu turno —dice—. Tus reglas, tu ritmo, tus pequeñas y lindas órdenes —Sus dedos se enganchan en la cintura de mis

bragas y me las baja hasta la mitad del muslo—. Ahora me toca a mí.

No le pido que se ponga una máscara. No la necesito. El cuarto oscuro es completamente negro, más profundo que la noche o que cerrar los ojos. Aquí no hay farolas que se filtren a través de las cortinas ni LED rojos parpadeando desde un conducto de ventilación. Es un vacío. Pura nada. Una nada absoluta, aterciopelada, envolvente, y dentro de ella, sus manos están por todas partes y su cuerpo es un horno detrás del mío. Él es nadie y todo el mundo y la única persona viva.

El cuarto oscuro *es* una máscara.

—¿Sabes lo que me has hecho? —Desliza la mano entre la V de mis piernas para acariciar mi centro dolorido—. No me toqué en ningún momento mientras actuabas. Ni una sola vez. Me dijiste que fuera paciente, y lo fui. Me quedé ahí sentado como un puto perrito mientras te corrías en tu propia mano y gemías mi nombre.

Dos de sus dedos se introducen en mí. Jadeo y me agarro al estante con tanta fuerza que el borde metálico se me clava en las palmas.

—Y luego te quedaste dormida —continúa mientras empieza a meter y sacar un dedo grueso de dentro de mí —Te observé dormir. Toda la noche. Como un hombre que ha perdido la puta cabeza—. Retira los dedos casi por completo y luego los vuelve a meter. Me derrumbaría en el suelo si no fuera porque sus caderas me inmovilizan contra la mesa—. Y es así. Gracias a ti.

—Eres... —empiezo a decir, pero el resto de la frase se evapora cuando añade un tercer dedo y me abre de par en par.

—¿Qué soy? —Frota la palma de la mano contra mi clítoris, y las sensaciones que se propagan desde allí me hacen tartamudear y babear—. Vamos. Usa tus palabras. El miércoles estabas tan habladora. *¿Qué se siente, Kir?* —Imita mi cadencia entrecortada de

forma alarmantemente buena—*. ¿Estás excitado, Kir? ¿Estás goteando por mí?*

Mi cara arde en la oscuridad. —Eso fue...

—Tortura —termina él—. Eso es lo que fue. Montaste un espectáculo diseñado para quebrarme, y luego te fuiste a dormir como un bebé mientras yo me quedaba sentado en un charco de mi propio semen tratando de averiguar qué coño me acababa de pasar —Me muerde el tendón del lado del cuello, sin ningún tipo de delicadeza—. Así que considera esto tu recibo.

Oigo su cinturón. El tintineo de la hebilla, el silbido al deslizarse por las presillas, el clic metálico. Supongo que solo se lo está quitando… hasta que, de repente, siento ese cuero calentado por el cuerpo alrededor de mi garganta.

—Quédate quieta —me ordena.

Pasa el extremo por la hebilla y tira hasta que siento una presión suave y uniforme a ambos lados de la tráquea. Mis vías respiratorias se estrechan y el mundo se vuelve difuso, algodonoso y lejano. Cada sensación por debajo del cuello se intensifica el doble. Puedo sentir mi propio pulso latiendo contra el cuero.

—¿Está bien? —pregunta.

Gimoteo algo que se parece vagamente a un sí. Aunque pudiera hablar, no querría cambiar nada. La presión es demasiado perfecta, justo la necesaria para recordarme que está aquí y que me está sujetando. Si necesitara que parara, lo haría. Pero no necesito que pare.

Necesito *más*.

Estiro la mano a ciegas hacia atrás y agarro su cadera, atrayéndolo hacia mí. Exhala contra mi oído y tira del cinturón de nuevo, y me derrito.

Pero incluso entonces, no se precipita. Cabrón donde los haya, me deja ahí de pie esperando ansiosamente, con la falda subida hasta las costillas, la ropa interior enredada en los muslos, esperando, *escuchando*, mientras él se toma su tiempo.

—Kir —susurro.

—Dilo otra vez.

*—Kir*.

—Más alto.

—Estamos en medio de mi redacción...

Me inclina hacia delante con una mano apoyada entre mis omóplatos, empujando mi pecho hacia la estantería hasta que mi mejilla se presiona contra el frío metal*.* —He dicho *que más* alto —repite. Puedo sentir su gruesa punta presionando contra mi entrada, pero aún no está donde tanto lo necesito.

*—¡Kir!*

Se clava hasta el fondo de un solo golpe.

Debía de saber lo desquiciado que iba a ser el sonido que estaba a punto de emitir, porque justo antes de que pudiera salir a borbotones de mi boca, Kir me tapa la boca con la mano para amortiguarlo. —Shhh —me susurra, mientras retrocede las caderas para la segunda embestida—. Eso es. Esa es mi chica —Se lanza hacia delante y yo gimo contra su palma—. ¿Te acuerdas de la *paciencia*? Porque yo sí. Recuerdo cada palabra que dijiste. *No puedes precipitarte en esta parte.* ¿Te acuerdas de eso?

Asiento frenéticamente contra su mano.

Pierdo la noción de lo que está pasando, perdida en la confusión de todo ello. Largas y lentas retiradas seguidas de embestidas tan profundas que las siento en la base de la columna. Cada una de ellas hace vibrar la estantería. Las botellas tintinean. Algo parecido al

papel me roza el antebrazo, tiras de negativos colgantes que se balancean de una cuerda tendida en lo alto, fantasmas de fotografías que nunca se revelaron, imágenes atrapadas en el tiempo mientras Kir Lazarev me folla contra la estantería de la que cuelgan.

—¿No es eso lo que me dijiste, zorrita? ¿Mientras te tocabas? ¿Mientras estabas empapada, abriendo las piernas para mi cámara?

Gimo detrás de sus dedos.

—Querías que sufriera —Su mano libre me agarra el hueso de la cadera con tanta fuerza que me deja un moratón—. Así que ahora sufre.

Se retira casi por completo y se queda ahí, con solo la punta dentro de mí, mientras yo me retuerzo y empujo hacia atrás y emito ruidos patéticos y ahogados contra su palma.

—Pídelo —me ordena.

Niego con la cabeza.

*—Pídelo*.

Aprieto los dientes y me niego.

Él espera. La quietud es agonizante. Puedo sentir mi pulso latiendo donde estamos unidos mientras me aprieto alrededor de la nada. La humedad*, mi* humedad, resbala por la parte interior de mi muslo. Un temblor que recorre todo mi cuerpo me sacude. El estante se clava en mis caderas. Mis pantorrillas están gritando.

Pasan diez segundos. Quince. Una eternidad.

Yo cedo primero.

—¡Por favor! —jadeo contra su mano—. Por favor, por favor, *por favor*...

Él me penetra con tanta fuerza que toda la estantería se sacude hacia atrás y golpea la pared con un estruendo metálico. Kir abandona por completo el juego lento y me está follando con todo lo que tiene, una mano aún sellada sobre mi boca, la otra agarrándome la cintura, sus caderas golpeando mi culo con un ritmo que no deja lugar para pensar.

Entonces, su mano abandona mi cintura y siento su dedo resbaladizo por mis fluidos que se desliza entre mis nalgas y presiona contra un lugar que nadie ha tocado jamás.

Todo mi cuerpo se bloquea, no por miedo, sino por la sorpresa, una descarga de "*Dios mío"* a toda potencia que borra cualquier pensamiento racional que haya tenido jamás.

Sin embargo, no empuja. Es solo la yema de su pulgar, dando vueltas, tanteando, ejerciendo la más mínima presión contra ese estrecho anillo de músculo mientras sigue penetrándome por detrás. La doble sensación es tan abrumadora que se me doblan las rodillas y tiene que sujetarme por la cintura para mantenerme en pie.

—¿Estás bien? —murmura contra mi nuca.

Asiento tan rápido que casi me hago un latigazo cervical. El cinturón se me clava en la garganta mientras Kir se adueña de una nueva parte de mí, y siento que "orgasmo" ya no describe adecuadamente lo que está a punto de pasarme. Necesitamos una nueva palabra para lo que se avecina. Las viejas ya no sirven.

Desliza solo la punta de su dedo más allá de la resistencia, tal vez un centímetro, y algo dentro de mí explota. Empujo mis caderas hacia él con tanta fuerza que gruñe, y luego me froto contra él, persiguiéndolo, codiciosa, salvaje, completamente más allá de la vergüenza. Estoy haciendo sonidos de loca y su mano sobre mi boca es la única barrera entre mí y toda la redacción, que podría oír exactamente lo que está pasando en este cuarto oscuro.

—Mierda —susurra—. *Ahí* está. Es *mía.* Y ella lo sabe.

Con un dedo en mi culo, otro arrastrándome hacia la salvaje longitud de su polla y su cinturón bien apretado alrededor de mi garganta, no hay nada en mí que no le pertenezca. Lo tiene todo, y mientras estemos en la oscuridad, estoy feliz de entregárselo. Me siento más ligera que el aire, liberada de todo lo que alguna vez me ha molestado.

Soy libre en la oscuridad.

Soy *yo misma* en la oscuridad.

—¿Quieres correrte? —murmura Kir, y la repentina ternura en su voz después de toda esta brutalidad casi me derrumba más que todo lo demás junto.

Asiento frenéticamente.

—Pues córrete para mí, Jillian. No para la cámara. Ni siquiera para ti. Para *mí*.

*¡Bum!*

Muerdo su mano para ahogar el grito, hundiendo los dientes en su piel, mientras las lágrimas brotan de mis ojos. Kir es lo único que me mantiene en pie mientras me folla hasta que se retira de mí con un *chasquido* húmedo y melancólico y termina sobre la curva de mi culo con espesos y calientes chorros de semen.

El cuarto oscuro está en silencio, salvo por nuestra respiración. La mía es temblorosa y entrecortada, la suya profunda y lenta. Afuera, en el mundo exterior, que de hecho sigue existiendo, contrariamente a lo que creía hace un par de segundos, puedo oír el débil murmullo de la sala de redacción.

Kir presiona sus labios contra mi nuca. Es un beso, creo, aunque es tan suave y tierno que quizá merezca un nombre propio.

Me afloja el cinturón del cuello y me lo quita. Me quedo tumbada boca abajo sobre la mesa; necesito un poco más de tiempo para recomponerme. Al final, me despego de la superficie pegajosa, me

subo la ropa interior y me ajusto la falda, pero aún puedo sentir la pegajosidad que me dejó en el trasero.

Como si me leyera el pensamiento, Kir encuentra mi mano en la oscuridad y me pone un trozo de tela en la palma. Tardo un momento en darme cuenta de que es un pañuelo de seda doblado. Con iniciales, si tuviera que adivinar. Sacudiendo la cabeza y riendo, me limpio lo mejor que puedo y me guardo el pañuelo en el bolsillo.

—Tengo que volver —digo—. Llevo demasiado tiempo fuera.

—Entonces deberías irte —asiente él—. Antes de que cierre la puerta con llave y te mantenga aquí para siempre.

—Promesas, promesas.

Aun así, por muy bien que suene eso, voy a buscar el pomo de la puerta y la entreabro un centímetro. El pasillo está vacío, gracias a Dios. Salgo sin mirar atrás, cerrando la puerta tras de mí. Tengo la blusa por un lado fuera del pantalón, el pelo es una catástrofe y huelo a sexo, canela y productos químicos fotográficos.

Nunca he sido más feliz en toda mi vida.

## 36

# JILLIAN

*"Y lo más difícil fue dejarlo ir, no participar"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "The Hardest Part", de Coldplay*

LLEGO a mi escritorio sin que nadie me pare. No sé cómo ha pasado. El de Arriba debe de haber tenido por fin piedad de mí. Me dejo caer en la silla, me enderezo la blusa y vuelvo a abrir el expediente de zonificación. Pero, una vez más, las palabras se me nublan y se disuelven en un galimatías. ¿Cómo voy a concentrarme en las complejidades de las normas urbanísticas cuando todavía me tiemblan los muslos y tengo un punto sensible en el cuello donde me presionaba el cinturón? ¿O el suave peso del pañuelo de Kir arrugado en mi bolsillo, húmedo y comprometedor?

Cojo mi café. Está frío, pero me lo bebo de todos modos, porque le da a mis manos algo que hacer.

Weston hace rodar su silla alrededor de la mampara del cubículo unos cuarenta y cinco segundos después. —Menudo día en la oficina, ¿verdad? —dice con un silbido de admiración—. Las chicas guapas estaban por las nubes.

Finjo burlarme. —Nada del otro mundo.

Pero Weston está empeñado, al parecer. Se queda boquiabierto, incrédulo. —¿Te fallan los ojos? Lo viste de cerca, ¿no? Es un bombón vestido de Tom Ford, mujer —Apoya los codos en el borde de mi escritorio y se sostiene la barbilla con las manos—. Por favor, dime que le has pedido el número.

Resoplo. —¿Por qué iba a pedirle el número?

—¿Porque parece hecho en un laboratorio? ¿Porque huele a una vela muy cara? Estaba a cuatro cubículos de distancia y me llegó el aroma, y *no* lo he olvidado.

—Es una fuente, Weston —le recuerdo con sarcasmo—. Cubro las noticias de su empresa.

—Vale, pero, hipotéticamente —insiste él—. Si no fuera una fuente.

—Hipotéticamente, seguiría siendo no.

—¿Por qué no?

—No es mi tipo.

Weston me mira parpadeando. —Jillian. Jill. Jilly. Mi chica. Mi nena. Mi amor… Ese hombre es el tipo *de todo el mundo*. Es universal, objetiva y científicamente atractivo —Inclina la cabeza—. ¿Desde cuándo tienes siquiera un tipo? ¿No me estabas hablando hace un par de semanas de ese chico de Hinge? Creo recordar específicamente que dijiste: *No era mi tipo, pero estaba bueno, así que me fui a su casa*.

Me sonrojo al recordar esa mentira, una de las mil millones similares que he contado desde que Weston y yo nos hicimos amigos y empecé con todo mi numerito de *"Jill la sexualmente liberada"* para quitarme presión. —Eso es diferente.

—¿Cómo? —pregunta Weston, incrédulo.

—Simplemente lo es, ¿vale? No voy a hablar más de esto —Me doy la vuelta como si fuera a volver al trabajo, pero Weston no hace ningún gesto de imitarme. Puedo sentir el calor de su mirada en la nuca. Me encojo de hombros y rezo para que el cuello alto de mi blusa oculte las marcas del cinturón de Kir, porque si Weston ve eso, su interrogatorio no tendrá fin.

Sin embargo, esto se está volviendo más difícil. Siento que la actuación se está resquebrajando por los bordes. Hace dos semanas, esto habría sido fácil. Me habría metido en el papel, habría hecho una broma sobre la mandíbula de Kir, le habría pedido a Weston que le enviara un mensaje directo en mi nombre, habría convertido todo el asunto en una broma. Esa versión de la rutina solía salirme tan naturalmente que ni siquiera tenía que pensar.

Pero ahora tengo un pañuelo en el bolsillo y marcas de cinturón en la garganta, y esa evasiva desenfadada que antes me quedaba tan bien me queda dos tallas pequeña.

—Estás actuando raro —decide Weston—. Incluso más raro de lo habitual. —Entrecierra los ojos y luego baja la voz a un tono preocupado—. Jill… ¿Pasó algo en ese evento del hospital? Llevas así desde entonces.

Niego con la cabeza sin mirarlo. —No ha pasado nada. Solo estoy cansada.

Weston me mira entrecerrando los ojos durante unos segundos más, luego suspira y se encoge de hombros. —Está bien. Guárdate tus secretos —Echa la silla hacia atrás hasta su lado—. Pero, para que conste, eres una mentirosa terrible.

Vuelvo a mirar la pantalla. Hubo un tiempo en que se habría equivocado: solía ser *muy* buena mintiendo.

Pero parece que ya no.

Tras un día largo e increíblemente improductivo, salgo de la oficina a las seis y tomo el camino más largo a casa. No planeo el desvío; mis pies simplemente van a donde van, y para cuando me doy cuenta de adónde me dirijo, ya estoy cruzando el parque con los últimos rayos de luz del día desvaneciéndose tras los edificios. El aire es lo suficientemente frío como para picarme las mejillas y debería haberme puesto un abrigo más grueso, pero sigo caminando.

El parque está más vacío que en Acción de Gracias. Pero en los columpios, una mujer está empujando a una niña pequeña. La niña tiene cuatro años, quizá cinco. Lleva el pelo castaño recogido en dos coletas cortas y lleva un abrigo morado con capucha ribeteada de piel y botas de lluvia con margaritas. Da patadas con las piernas en el movimiento ascendente y grita cada vez que llega a lo más alto del arco. Su madre agarra las cadenas en el movimiento descendente, le da otro empujón y le dice algo que no puedo oír desde aquí. La niña echa la cabeza hacia atrás y se ríe, el sonido más puro que he oído jamás.

Enredo los dedos en la valla metálica.

Hago los cálculos en mi cabeza, como siempre. Cinco años y tres meses, si soy exacta, y siempre soy exacta, porque las matemáticas son lo único a lo que me permito aferrarme. Todo lo demás, lo regalé. Una pulsera de hospital en una muñeca diminuta y regordeta: desaparecida.

La niña del columpio tiene el pelo castaño. El suyo habría sido pelirrojo. Estoy casi segura. Mi madre era pelirroja. Mi abuela era pelirroja. Lo llevamos tan arraigado en la sangre que no puedo imaginar que se salte una generación solo porque la otra mitad de la ecuación fuera morena y monstruosa.

Tendría pecas en el puente de la nariz, sería testaruda, ruidosa.

Sería *mía*.

No lloro. Solía hacerlo, cada vez que venía aquí y hacía exactamente lo que estoy haciendo ahora mismo, pero me he entrenado para no hacerlo. Llorar es una puerta, y una vez que la abres en un lugar tan público, es casi imposible volver a cerrarla.

La madre mira hacia aquí. Nuestras miradas se cruzan a través de nueve metros de virutas de madera y alfombrillas de goma, y veo cómo cambia su rostro al darse cuenta de que la estoy mirando fijamente. Detiene el columpio a mitad de su recorrido, levanta a la niña del asiento y camina a paso rápido hacia el parque infantil al otro lado del patio. La niña protesta, estirando los brazos hacia los columpios, pero su madre no reduce el paso.

Bajo la mirada hacia mis manos. Tengo los nudillos blancos alrededor de la malla metálica, los dedos enroscados en los huecos en forma de rombo con tanta fuerza que el metal me ha dejado surcos rojos en la piel.

En realidad, no puedo culparla. Siento una oleada de culpa y vergüenza a la vez. Una mujer sola junto a la valla de un parque infantil, mirando a una niña que no es suya… Sé cómo se ve eso. Sé exactamente lo que esa madre acaba de ver cuando me miró, porque yo habría hecho lo mismo. Cualquier buena madre lo haría.

Suelto la valla. Las marcas en mis dedos se van rellenando poco a poco, el rojo se desvanece hasta convertirse en rosa.

Me doy la vuelta y camino hacia casa. No miro atrás hacia el parque, por mucho que desee echar un último vistazo a una niña feliz y a la madre que la quiere.

Mi edificio aparece a la vista y busco las llaves, con la cabeza gacha, todavía sacudiéndome la sensación persistente que me ha dejado el parque infantil. Es como un residuo que se pega a mi piel y la deja fría y húmeda. Subo por las escaleras y me cuelo en mi apartamento.

Dejo caer el bolso sobre la encimera y me quito los zapatos, el ritual de siempre. Entonces oigo un golpecito en el cristal.

Está en la escalera de incendios. Esta noche no lleva máscara. Es solo Kir, tal y como es, sentado en la rejilla metálica con la espalda apoyada contra el ladrillo, una rodilla flexionada, vestido con un jersey oscuro y vaqueros.

Abro la ventana.

—Querías entrar —dice en lugar de saludarme—. Hablemos.

Doy un paso atrás y lo dejo pasar. Se queda de pie en mi cocina, erguido, y siento la familiar doble oleada de *"¿qué estoy haciendo?"* y *"¿cómo podría parar?"*. Así que abro el armario y saco dos vasos y el whisky.

—Vale —digo mientras sirvo uno para mí y otro para él—. Habla.

## 37

# JILLIAN

*"Siento cómo la tierra cae sobre mi cabeza"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Please, Please, Please, Let Me Get What I Want", de The Smiths*

SACO MI GRABADORA DEL BOLSO, la enciendo y la coloco junto al vaso de whisky de Kir. Kir la mira, luego me mira a mí, y finalmente se inclina y la apaga.

—No —dice simplemente.

—Kir...

—Todo lo que diga esta noche es extraoficial. Ni nombres ni caras, ¿recuerdas? Esas son mis condiciones.

Agarro el vaso con ambas manos. —Extraoficial es mejor que nada, pero por muy poco. No puedo construir una historia sólida basándome en...

Me interrumpe. —Puedes usar lo que te cuente para saber dónde y qué buscar, y luego encontrarás tus propias pruebas a través de canales que no se remonten a mí —Empuja la grabadora hacia mi

lado de la mesa—. Así es como funciona esto, o no funciona en absoluto.

Todos mis instintos como periodista me gritan que me mantenga firme. Si consigo que se atenga a lo que me dice, esto dejará boquiabiertos a los lectores de todo el país.

Pero también sé que, si le presiono demasiado, volverá a salir por esa ventana y desaparecerá como el fantasma que es, y yo me quedaré aquí sentada sola, bebiendo por los dos.

—Vale —cedo por fin—. Extraoficial. Pero más vale que sea *una información extraoficial jodidamente buena*.

Asiente una vez. Luego coge su vaso, da un largo trago y lo deja sobre la mesa. —Cuando tenía doce años —comienza—, vi a mi padre matar a mi madre.

Me quedo boquiabierta.

El rostro de Kir permanece impasible, al menos en apariencia. Pero hay algo bajo toda esa impasibilidad que reconozco, porque he pasado cinco años construyendo exactamente el mismo andamiaje alrededor de una herida muy similar. Te mantienes muy quieto para que nadie pueda ver lo que se mueve dentro de ti.

Deslizo la mano por la mesa y la pongo sobre la suya.

Él baja la mirada hacia mis dedos que cubren sus nudillos. No retira la mano. Tampoco me devuelve el apretón. Simplemente deja que suceda, y tengo la sensación de que nadie ha hecho esto por él en mucho tiempo. Quizás nunca.

—No tienes por qué contarme todo esto esta noche —me apresuro a decir. Mis antiguos profesores de la facultad de periodismo me están dando patadas mentales, horrorizados por mi traición a nuestra profesión*. "¡¿Cómo has podido?!"* gritan. *"¡Exígele que te cuente hasta el último detalle!".*

Pero no lo hago.

Porque ahora mismo no estoy sentada frente a Kir Lazarev como reportera.

Estoy sentada frente a él como alguien a quien *le importa*.

—Sí, de hecho, sí —Da la vuelta a su mano debajo de la mía para que nuestras palmas queden unidas—. Porque, si no lo hago ahora, mañana por la mañana me habré echado atrás.

Trago saliva y asiento. —De acuerdo. Entonces te escucho.

Kir da otro trago y empieza a hablar. —Se llamaba Elena —continúa —. Elena Sergeeva Lazareva. Cuando yo tenía once años, se enfermó. Mis padres no me contaron mucho; supongo que no querían que me preocupara. Así que, incluso ahora, no sé hasta qué punto estaba enferma, pero ella y mi padre hacían muchos viajes, se iban mucho, ese tipo de cosas. Supuse que todo estaba relacionado —Baja la mirada hacia el fondo de su vaso—. Más o menos un año después del diagnóstico, se suponía que iba a pasar la noche en casa de un amigo, pero se canceló, así que volví a casa antes de tiempo. Iba a darle una sorpresa a mi madre. Gastarle una broma, o lo que fuera. Pero cuando entré a escondidas, vi a mi padre en la cocina.

Hay algo en la forma en que lo dice que me hace fruncir el ceño. —¿Haciendo qué?

—Triturando pastillas. Las machacó y las mezcló con una taza de compota de manzana —Kir hace una pausa y luego me mira a los ojos—. Era lo único que ella podía retener en el estómago por entonces.

Un temor lento y opresivo empieza a invadirme. —¿Qué hiciste?

—Nada. Solo sabía que algo no estaba bien. Así que me senté en el armario y miré por la rendija de las puertas. Él llevó el puré de manzana por el pasillo hasta su habitación. Luego los oí hablar, pero no pude distinguir las palabras. Después se hizo el silencio.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Horas, creo. No lo sé. Me parecieron horas. Luego oí pasos. Y, cuando miré hacia fuera… Pasó justo por delante del armario llevándola en brazos. Tenía la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y la boca un poco abierta, y no se movía. No se movía en absoluto.

—Kir…

Empieza a frotar la punta del dedo por el borde del vaso, una y otra vez. —La sacó por la puerta principal. Yo me quedé en el armario. Me repetí a mí mismo que la llevaba al hospital, que las pastillas eran medicinas, que papá quiere a mamá, que *papá quiere a mamá.* Incluso empecé a creerlo… hasta que volvió.

Un lamento agudo comienza a surgir del dedo de Kir sobre el vaso. Suena como un fantasma llorando. —Cuando lo hizo, vi que su camisa y sus manos estaban embarradas y cubiertas de sangre. Como si hubiera estado cavando.

—¿Qué hiciste?

—Abrí la puerta de una patada. Le pregunté qué le había hecho.

—¿Qué te dijo?

—Me dijo que volviera a la cama.

Arqueo las cejas. —¿Eso es todo?

—Lo presioné todo lo que pude. Le dije que lo había visto. Le dije que lo había visto triturar las pastillas. Le dije que lo había visto sacarla en brazos. Me dijo que estaba muy enferma y que tenía mucho dolor, y que yo no lo entendía. Le dije que lo entendía perfectamente. Le dije que la había matado.

—¿Lo negó?

Niega con la cabeza. —No. No, no lo hizo. Solo me miró y me dijo que lo entendería cuando fuera mayor.

Me siento mal, como nunca antes. Mal desde la coronilla hasta la planta de los pies. Pero estamos en un momento delicado y él me necesita ahora mismo, así que le pregunto—: ¿Lo haces? Si lo entiendes quiero decir.

Kir asiente. —Sí. Lo entiendo —Se bebe de un trago lo que le queda del licor—. Entiendo que mi madre quería dejarlo, y por eso mi padre decidió que, si él no podía tenerla, nadie podría. Así es como funciona. No suelta presa. Prefiere destruir algo antes que ver cómo se aleja de él —Deja el vaso sobre la mesa con un golpe seco—. Ella era lo más puro que he tenido en mi maldita vida y él me la quitó. Quizá podríamos haber encontrado una forma de superar eso, no sé cómo, pero quizá, si él no hubiera pasado las dos décadas siguientes borrando todo rastro de ella. Cerró la casa y quemó todas las fotografías. Se aseguró de que ella se fuera para siempre.

Me duele la garganta, pero no solo por las razones obvias. Hay algo en mí que reconoce la culpa que Lukas debe sentir, porque yo también he borrado cosas. Un álbum de fotos oculto con la etiqueta *"Documentos fiscales 2019"* esconde mi mayor vergüenza.

Sé lo que es enterrar a alguien que todavía está vivo.

Y, antes de que pueda pensarlo, antes de que pueda sopesar las palabras o preguntarme por qué salen así, pregunto—: ¿Qué crees que diría ella si pudiera verte ahora?

Es una pregunta extraña. Lo sé en el momento en que sale de mi boca. Un buen periodista preguntaría *"¿Qué pasó después?"*, *"¿Dónde está enterrada?"* o *"¿Tienes pruebas de lo que dices?"*.

Pero, pensándolo bien, la pregunta no tiene que ver realmente con Elena.

Se trata de una pulsera de hospital en una muñeca diminuta y regordeta. Una niña pequeña cuyo pelo debe de ser pelirrojo, aunque no puedo saberlo con certeza. Se trata de si hice lo correcto.

Kir se queda completamente inmóvil. Durante un buen rato, no habla, ni se mueve, ni respira, y yo hago lo mismo que él.

Entonces, deja el vaso sobre la mesa, echa la silla hacia atrás y se pone de pie. —Ella diría que esperé demasiado para vengarla.

Se aleja. La ventana se abre.

Y Kir se funde con la noche.

## 38

# JILLIAN

*"Ave María, perdóname. Sangre por sangre, corazones latiendo"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "King for a Day", de Pierce the Veil*

ME DESPIERTO con la mejilla pegada a la mesa de la cocina y un tirón en el cuello que parece permanente. El apartamento está gris y frío, con un viento helado y cortante que se cuela por la ventana abierta. La botella de whisky sigue fuera, los dos vasos donde los dejamos, el suyo vacío, el mío medio lleno. Mi teléfono marca las 4:28 a. m.

No recuerdo haberme quedado dormida aquí. Recuerdo a Kir saliendo por la ventana, y recuerdo servirme otro trago, y recuerdo haber apoyado la cabeza solo un segundo.

De eso hace horas.

Entre tanto, soñé. Los sueños fueron malos. No eran los de siempre, nada de dormitorios ni grietas en el techo. Estos eran nuevos y vívidos. Un niño agazapado en un armario oscuro, con el ojo pegado al hueco entre las puertas. Un hombre que pasaba con una mujer en brazos, ella con la cabeza echada hacia atrás, la boca floja. Manos

embarradas. Sangre bajo las uñas. Y el chico sin hacer ruido, sin moverse, solo viendo cómo se llevaban todo su mundo por la puerta principal. Lo soñé una y otra vez. Cada vez, no podía moverme ni gritar ni hacer nada más que mirar a través de esa rendija.

Levanto la cara de la mesa y me incorporo. Me siento vacía y pesada al mismo tiempo.

Cierro la ventana, lavo los dos vasos y guardo el whisky. Luego abro mi portátil en la mesa de la cocina e intento trabajar mientras la historia de Kir aún está fresca en mi mente.

Pero la historia no se mantiene clara en mi mente. Elena Lazareva, pastillas trituradas, puré de manzana, un armario con una rendija en la puerta. Los detalles se funden, se desvanecen y se niegan a quedarse quietos.

Quizá porque ya no es la historia de Kir lo que estoy viendo.

Es una habitación de hospital. Paredes beige, luces fluorescentes, máquinas que emiten pitidos. Estaba tan cansada que casi no podía mantener los ojos abiertos, pero los forcé a abrirse de todos modos, porque sabía que no me quedaba mucho tiempo.

La pusieron sobre mi pecho. No pesaba casi nada. Tenía la cara roja y los puños bien cerrados, y gritaba, absolutamente furiosa con el mundo por sacarla del lugar cálido, oscuro y seguro en el que había estado viviendo.

La enfermera me dijo que me tomara todo el tiempo que necesitara. Quería decir: *Entonces necesitaré toda la vida*, pero sabía que esa no era una de las opciones. Así que, cuando se acabó el tiempo que me había asignado, le di un beso en la coronilla, olía a algo que no puedo describir, limpio y nuevo, y se la devolví.

La enfermera se la llevó fuera de la habitación y no volví a verla.

Me dije a mí misma que había hecho lo correcto. Le estaba dando una vida mejor de la que yo podía ofrecerle. Estaba asustada y sin

un centavo, y la persona que la había puesto dentro de mí era un monstruo. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Criar a una niña concebida en la violencia?

Pensé que había elegido bien.

Kir me hace pensar lo contrario. Él no sabía por qué su madre se había ido, solo que *se había* ido, y nadie le explicaba por qué. Eso lo ha destrozado. ¿La destrocé yo?

¿Lo hice? ¿Lo hice? ¿Lo hice?

Cierro el portátil. No puedo hacer esto ahora mismo.

Me ducho en piloto automático, luego salgo, me seco con la toalla y me pongo lo primero que encuentran mis manos. Vaqueros, un jersey verde, botas. Cojo mi abrigo y mis llaves y salgo por la puerta antes de las cinco y media.

Las calles están desiertas en el gris de la madrugada. El cielo es la oscuridad plana y crepitante de una mala fotocopia. No sé adónde voy. Mis pies simplemente se mueven y yo les dejo, porque quedarme en ese apartamento con el portátil cerrado y mis pensamientos abiertos no era una opción. Me dirijo hacia el sur por Broadway y luego giro hacia el este en algún punto cerca de Houston.

De alguna manera acabo en Mulberry Street. No recuerdo haber girado, pero estoy aquí, y me encuentro frente a una iglesia, la Basílica de la Antigua Catedral de San Patricio. He pasado por delante cientos de veces de camino a comer *pho* en el pequeño local vietnamita de la esquina, pero nunca he entrado.

Es hermosa, pero inquietante. El edificio es antiguo, de ladrillo oscuro, con ventanas góticas y una verja de hierro forjado que rodea el cementerio contiguo. Las lápidas están ordenadas y rectas, bien cuidadas. Las puertas principales están abiertas. Una tenue luz amarilla se derrama sobre los escalones de piedra.

No sé por qué estoy aquí. No sé qué estoy buscando. Ni siquiera estoy segura de creer en nada de esto: Dios, el perdón, la oración. Aunque sí creo que ahora creo en los demonios. Al fin y al cabo, uno lleva una máscara y viene a mi apartamento noche tras noche.

Pero las puertas están abiertas, y no tengo ningún otro sitio donde ir, y la alternativa es volver a mi apartamento, abrir el portátil e intentar escribir sobre madres muertas mientras mi propio fantasma se sienta en mi hombro y me respira en la nuca.

Así que respiro hondo y entro.

# 39

# KIR

*"Si no hay nadie a tu lado cuando tu alma emprenda el viaje, entonces te seguiré a la oscuridad"*

*—Traducción de un fragment de la canción "I Will Follow You Into the Dark", de Death Cab for Cutie*

Tomo el camino más largo a casa.

No porque necesite el aire, aunque lo necesito, sino porque mis piernas no me llevan en línea recta esta noche. La pregunta de Jillian es una espina envenenada clavada en mi costado. *¿Qué crees que diría si pudiera verte ahora?*

Le di la respuesta que parecía correcta: que su venganza ya se había retrasado demasiado.

Pero la verdad que me tragué antes de que pudiera salir de mi boca es a la vez más simple y peor: se sentiría decepcionada. Me miraría y vería exactamente lo que Lukas ha creado.

Atravieso el parque de la 70, giro hacia el este por Lexington y luego vuelvo a dar una vuelta hacia el sur sin rumbo fijo. Para cuando

llego a mi edificio, es casi medianoche. El portero asiente. El ascensor sube treinta y dos pisos en silencio.

Abro la puerta del ático y sé de inmediato que no estoy solo.

Afon Satyrin, la mano derecha de mi padre, está sentado en mi sofá.

Tiene un vaso de mi vodka en una mano y las botas sobre mi mesa de centro, justo sobre la grieta del mármol. Simplemente está sentado en la oscuridad, esperando, como espera una araña.

—Kirill —me saluda.

—Afon. —Cierro la puerta detrás de mí—. Siéntete como en casa, por supuesto.

Da un sorbo lento y sin complejos y deja el vaso sobre la mesa. —Me envía tu padre.

—Gracias —le digo—, pero no, gracias. —Señalo con la barbilla hacia la puerta—. No hace falta que pierdas el tiempo.

Afon retira las botas de la mesa y se pone de pie. Es unos centímetros más bajo que yo, pero el doble de ancho, con una complexión como la de un contenedor de transporte al que alguien le hubiera puesto brazos y piernas. Su sobrino Mat heredó el aspecto de la familia; Afon, la brutalidad de la fuerza bruta. —Tenemos un recado.

Arrugo la nariz. —¿Qué tipo de recado?

—Del tipo Bratva.

No me muevo de la puerta. —Entonces, definitivamente paso.

—Tu viejo cree que te has vuelto blando —dice Afon sin emoción alguna—. Quiere que vengas esta noche. Que le demuestres que se equivoca.

—Yo no...

—Los dos sabemos que no es una pregunta, hijo —Se bebe el vaso de un trago y lo deja educadamente sobre la encimera de mi cocina, luego se dirige con paso pesado hacia la salida, rozándome al pasar al salir del apartamento.



AFON CONDUCE. Me siento en el asiento del copiloto con las manos sobre las rodillas y observo la ciudad mientras avanzamos, una neblina de farolas amarillas de sodio y ventanas ennegrecidas.

Cruzamos el puente de Williamsburg hacia Brooklyn. Afon gira hacia el sur por Bedford, luego hacia el este, y aparca frente a una lavandería con un cartel escrito a mano pegado en la puerta: ***LAS SECADORAS ESTÁN AVERIADAS, LO SENTIMOS.***

Apaga el motor, pero deja los faros encendidos. Su luz ilumina un estrecho hueco entre la lavandería y un salón de manicura tapiado. Al fondo del hueco, visible solo porque los faros llegan lo suficientemente lejos, hay un hombre atado con bridas a una silla plegable.

El hombre tiene la cabeza gacha. Lleva una sudadera gris con capucha, vaqueros oscuros y zapatillas sin cordones. No reconozco a nadie, y estoy seguro de que esa es precisamente la idea. No se trata de un objetivo de alto valor, ni de un rival, ni de alguien que haya hecho daño a la familia de forma significativa. Es una prueba con vida propia. Una prueba sorpresa que Lukas ha improvisado durante la cena para ver si su hijo sigue teniendo lo que hay que tener para el negocio familiar.

Son dos preguntas de opción múltiple.

*(A) Matarlo.*

*(B) Suspender.*

Afon abre la guantera y me entrega una Makarov con el número de serie limado. Compruebo el cargador por costumbre e introduzco una bala en la recámara.

—¿Quién es? —pregunto innecesariamente.

—Un soplón. Le ha dado algunos nombres a un detective de la comisaría 68 —Afon se quita algo de debajo de la uña del pulgar—. Tu padre quiere que se resuelva esta noche.

—Cualquiera podría hacerlo.

—Sí —Afon me mira por primera vez desde que salimos de Manhattan. Sus ojos son inexpresivos, bovinos, indiferentes—. Pero tu padre quería que lo hicieras *tú*.

Con una mueca, salgo del coche.

El callejón apesta a pis. Mis zapatos chapotean en el líquido que se escurre de un contenedor cercano. El hombre me oye llegar y levanta la cabeza; su rostro es tan corriente que me duele el pecho. Parece el contable de alguien. Parece el padre de alguien. Empieza a llorar antes de que me acerque a menos de tres metros.

Sin dudarlo, levanto la Makarov y le disparo una vez en el centro de la frente. El sonido es un *pop* sordo, amortiguado por el silenciador. Su cabeza se echa hacia atrás y luego cae hacia delante, con la barbilla contra el pecho. Un fino hilo oscuro le corre por el puente de la nariz desde el agujero.

Me quedo allí un momento, con la pistola aún levantada, escuchando el silencio que sigue.

El silencio se alarga. Llena el callejón como agua estancada, subiendo hasta mis tobillos, y luego cada vez más alto. La barbilla del hombre descansa sobre su pecho en una postura que podría confundirse con el sueño si no se viera el agujero rojo y negro entre sus cejas o la forma en que sus dedos ya se han aflojado contra las bridas.

Bajo la Makarov.

Mi mano no tiembla. Eso me molesta, solo porque demuestra algo que llevo semanas intentando refutar: que soy perfectamente capaz de hacer esto. La mecánica es algo innato. No dudé. No hace mucho, el hueso orbital de Elliot Wilkinson se fracturó bajo mi puño y me sentí *bien* al hacerlo. Este desconocido atado con bridas a una silla plegable en un callejón empapado de orina en Brooklyn está ahora muerto porque le apunté con una pistola a la cara y apreté el gatillo sin que mi pulso se acelerara ni un solo latido por minuto.

*Entonces*, ¿por qué ella sigue respirando?

Jillian Pierce también debería estar muerta. Hay tantas formas en las que podría haberlo hecho. Una pistola, un cuchillo... Mierda, he tenido mi mano literalmente alrededor de su garganta y no me he atrevido a apretar. Me he quedado de pie junto a ella en la oscuridad mientras dormía y he observado el subir y bajar de su pecho, sabiendo exactamente lo fácil que sería.

Y, sin embargo, no puedo.

Mi padre pudo, y ¿qué soy yo sino el hijo de mi padre? Él asesinó a la mujer que amaba y enterró su cuerpo en algún lugar de la ciudad, y al día siguiente fue a trabajar. ¿Soy él? Las pruebas dicen que sí. También lo dice la sangre que se enfría en una silla plegable a tres metros de distancia y las costras en mis nudillos por haberle dado una paliza a Elliot Wilkinson hasta dejarlo inconsciente.

Pero no puedo hacerle a Jillian lo que él le hizo a Elena. Ni con una pistola, ni con pastillas, ni con mis propias manos. Ni siquiera si Lukas me pusiera un cuchillo en la garganta y contara hacia atrás desde diez. *Hazlo o atente a las consecuencias.*

Lo cual no me hace mejor que él. Salvar una vida no compensa quitar otra. La piedad hacia la mujer que deseo no redime la violencia que he infligido a todos los demás. Solo significa que mi crueldad es selectiva, lo que quizá sea la peor clase.

Porque no se sabe a quién elegirá después.

Me meto la Makarov en la cintura, le doy la espalda al cadáver y me dirijo al coche.

Afon no dice ni una palabra hasta que volvemos a cruzar el puente. Los cables de suspensión del Williamsburg pasan por el parabrisas como los barrotes de una jaula, y el East River, abajo, es negro como el petróleo.

—Tu padre está preocupado por ti —dice por fin.

Suelto una risa burlona. —No. ¿Tramas? ¿Manipulaciones? Claro. Pero no *se preocupa* por mí.

Afon se encoge de hombros. —Son facetas diferentes de lo mismo, cuando se trata de tu hijo.

—¿Cómo lo sabes? Tú no tienes un hijo, Afon.

—No —Se detiene en un semáforo en rojo y observa cómo la luz se difumina sobre el capó—. Pero tengo un sobrino.

Pienso en Mat en la mesa del fondo de aquel bar clandestino de la East 4th, la última vez que lo vi en persona. Fue el más listo de los dos: supo huir antes de que la Bratva pudiera clavarle sus garras. Yo nunca tuve esa opción, y aunque la hubiera tenido, no estoy seguro de si habría sido lo suficientemente sensato como para aprovecharla.

—Mat es un buen hombre —digo. Es parcialmente cierto… bueno, a veces; Mat es de la misma pasta que yo, aunque haya tomado mejores decisiones con las cartas que le tocaron. Pero también lo digo como cebo. Tengo curiosidad por saber adónde quiere llegar Afon.

La mandíbula de Afon se mueve bajo el marcado arco de su pómulo. —Mat es un hombre *inteligente*. ¿Bueno? No estoy tan seguro — Acelera al cruzar con el semáforo aún en amarillo—. Se suponía que iba a entrar en la familia como es debido. Su padre, mi hermano,

quería eso para él. En cambio, se saca la carrera de Derecho, consigue un despacho de esquina y se cree por encima de todo.

—Quizá solo quería algo diferente.

Chasquea la lengua con desdén. —Eso no es una opción. No cuando estás eligiendo quién eres. El chico ha perdido el rumbo —Me lanza una mirada—. La familia es importante, Kirill. Hay que apoyar a los tuyos. Mat también lo aprenderá, tarde o temprano. Igual que tú lo estás aprendiendo ahora.

Giro la cabeza y miro por la ventanilla del copiloto a una hilera de escaparates cerrados que pasan a toda velocidad, todos ellos con rejas y a oscuras. Una floristería cerrada. Una barbería cerrada. Todo cerrado.

*La familia es importante.* Lukas diría lo mismo. No estoy seguro de estar de acuerdo, pero me lo guardo para mí. Hay desacuerdos que es mejor no expresar.

Afon se detiene junto a la acera frente a mi edificio. El reloj del salpicadero marca las 4:41 de la madrugada. Alargo la mano hacia la manilla de la puerta.

—Kirill.

Me detengo, pero no me giro.

Afon mantiene las manos en el volante, con la mirada al frente. No me mira. —Un consejo. Gratis.

—No sabía que dieras consejos.

—No los doy —Deja el motor al ralentí durante unos segundos—. La periodista. La pelirroja.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensan.

—Tienes que dar el paso —me aconseja—. Pronto.

Mantengo la mano en la manilla de la puerta e intento controlar la respiración. —Le dije a mi padre que me encargaría.

—Sí, lo hiciste. Y te creyó la primera vez. Quizá también la segunda. —Afon da unos golpecitos con su pulgar en el volante—. Ya no te cree.

—Eso es cosa nuestra.

—No será así por mucho más tiempo —Por fin gira la cabeza. Su rostro es indescifrable a la tenue luz de los instrumentos del salpicadero—. Ya está haciendo planes, hijo. Buscando contactos. Sondeando el terreno. Ya sabes cómo es.

Sé cómo va esto. Lukas tiene una lista reducida de personas en las que confía para este tipo de trabajo. —¿No te usará a ti?

Niega con la cabeza. —Le dije que sería mejor que lo hiciera alguien ajeno a la organización. Un mercenario.

—Entonces, ¿quién? —pregunto.

Afon niega con la cabeza. —No conozco los detalles. Solo sé que las cosas se están poniendo en marcha, y más rápido de lo que crees —Vuelve la mirada al parabrisas—. Hagas lo que hagas, hazlo rápido. Porque la ventana en la que aún puedes ser tú quien tome la decisión se está cerrando. Y, una vez que se cierre... —Se encoge de hombros con esos enormes hombros—. No se volverá a abrir.

Me quedo allí sentado un buen rato, reflexionando. —¿Por qué me cuentas esto ahora? —pregunto.

Afon se toma su tiempo para considerar la pregunta. —Porque tu padre me pidió que te sacara esta noche para ver si aún lo llevabas dentro. Y lo llevas. Ese hombre del callejón es la prueba —Hace una pausa—. Pero llevo el tiempo suficiente en esto como para saber que llevarlo dentro y estar dispuesto a usarlo no siempre son lo mismo. No cuando se trata de ciertas personas.

Abro la puerta. El aire frío entra de golpe.

—El reloj no se detiene —dice Afon a mis espaldas—. No dejes que se acabe el tiempo.



Dentro del ático, no enciendo las luces. Dejo caer la chaqueta sobre el respaldo del sofá y me sirvo tres dedos de vodka, luego me lo bebo de pie junto a la encimera de la cocina, mirando fijamente la mesa de centro de mármol agrietada que nunca he sustituido.

Luego, hago lo de siempre.

Abro la transmisión.

El apartamento de Jillian se carga en un verde cristalino de visión nocturna. La cocina está vacía, limpia, con los vasos guardados como si yo nunca hubiera estado allí. Deslizo el dedo hacia la cámara del dormitorio, ahora que ha vuelto a su ubicación original. A pesar de lo tarde que es, la cama sigue hecha. Jillian no aparece por ningún lado.

Cambio a la aplicación de rastreo. La ubicación de su teléfono aparece en el mapa como un pequeño punto verde. No está en ninguno de los lugares que podría haber imaginado. Ni en casa de Rae ni en la oficina.

Está en Mulberry Street. Little Italy. Acerco la imagen y el marcador se sitúa sobre un lugar inusual: la Basílica de la Antigua Catedral de San Patricio.

Cuando lo veo, frunzo el ceño ante la pantalla. ¿Por qué está en una catedral a las cinco de la mañana?

Sé la respuesta antes de terminar de preguntarme: hay cargas que resultan demasiado pesadas para uno solo.

Guardo el teléfono en el bolsillo, recojo la chaqueta del sofá y salgo a zancadas. No he vuelto a poner un pie en una iglesia desde el

funeral de mi madre. Ese día juré que nunca volvería. No quería tener nada que ver con un Dios que creara a un hombre como Lukas Lazarev.

Pero por ella, iré.

## 40

# JILLIAN

*"Llévame a la iglesia. Adoraré como un perro en el santuario de tus mentiras"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Take Me to Church", de Hozier*

COMO ESPERABA, la catedral está casi completamente vacía. Solo estamos una anciana sentada cerca de la parte delantera, en el lado derecho, y yo. Elijo un banco cerca de la parte trasera, a la izquierda, y me siento. La madera está fría a través de mis vaqueros. El techo se eleva a una altura increíble sobre mí, abovedado y pintado en tonos dorados y azules apagados que apenas distingo en la tenue luz. Las velas parpadean a lo largo de los pasillos laterales.

No había vuelto a una iglesia desde que estaba embarazada. Aquella no era ni de lejos tan grandiosa como esta. Era una pequeña capilla junto a una autopista en el norte del estado, a unos cuarenta minutos de Poughkeepsie, donde pasé nueve meses fingiendo que era invisible. La capilla tenía sillas plegables a modo de bancos, una cruz de madera torcida en la pared y una ventana que daba a un

aparcamiento. Solía ir allí por las tardes, no para rezar, sino solo para apoyar la barriga en las manos y respirar.

Nunca supe qué decir allí. Y sigo sin saberlo.

Ahora cruzo las manos sobre el regazo. Ya no hay ningún vientre de embarazada sobre el que apoyarlas.

No sé a quién le pido perdón. Ese es el problema. Llevo cinco años dándole vueltas a esto y sigo sin saber a quién le debo una disculpa. A Dios, tal vez, si está ahí arriba y si le importa. A mi hija, sin duda, salvo que ella no sabe que existo. O a mí misma, lo cual me parece egoísta pero también me parece cierto, porque llevo media década castigándome y estoy cansada.

Estoy jodidamente cansada.

En la capilla de Poughkeepsie, solía susurrar lo mismo cada noche con las palmas de las manos apoyadas contra el estómago: *lo siento. Lo siento. Voy a hacer lo correcto, y tú me odiarás, y lo siento.*

Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi abrigo. Lo ignoro. No estoy aquí para el mundo exterior. Eso puede esperar.

O eso pensaba, hasta que vuelve a vibrar. Y otra vez.

La anciana que está cerca de la entrada voltea y me lanza una mirada que podría cuajar la leche. —Silencia eso —sisea—. Esta es la casa de Dios, no una cabina telefónica.

—Lo siento —murmuro, y saco el teléfono del bolsillo a tientas. Tenía intención de apagarlo, pero entonces veo que la pantalla se ilumina con un mensaje de un número no guardado. Es una foto.

La abro... y casi grito.

La foto soy yo. Tomada desde atrás y desde arriba, quizá a unos cuatro metros y medio a la derecha. Mi pelo rojo contra la madera

oscura del banco. Mi jersey verde. Mis manos cruzadas en el regazo, tal y como están ahora mismo.

La foto se tomó hace unos segundos.

No me doy vuelta. Me quedo sentada exactamente donde estoy, mirando fijamente la imagen de mí misma en la pequeña y brillante pantalla, mientras mi pulso se dispara sin control.

Él está aquí.

Kir está aquí.

Le respondo con los pulgares temblorosos: ***No estoy aquí. Ahora no.***

Aparecen tres puntos de inmediato.

*-Viniste aquí para confesar algo. Yo también.*

Un sacerdote pasa por el pasillo central, dirigiéndose hacia la sacristía. Se da cuenta de que lo estoy mirando y asiente, un pequeño, cálido y pausado gesto de bienvenida.

Intento devolverle el gesto. Lo que consigo es algo que probablemente se parezca más a un sobresalto. Porque la palabra *PECADORA* bien podría estar tatuada en mi frente en letras mayúsculas. Este sacerdote no tiene ni idea de a qué acaba de sonreír. Si lo supiera, sin duda no sería bienvenida aquí.

Miro a mi alrededor en la catedral para ver si alguien se ha dado cuenta de mi espiral de ansiedad. La respuesta parece ser no. La anciana sigue en su banco de delante y el sacerdote ha desaparecido por una puerta junto al altar. No hay nadie más aquí.

Empiezo a escribir: *¿Dónde estás?,* y luego me detengo. Como si algo invisible los atrajera, mis ojos se desvían hacia los confesionarios a lo largo de la pared del fondo. Hay tres,

ornamentados y de madera, con pesadas cortinas y puertas estrechas. Dos están claramente vacíos, con las cortinas corridas, el interior oscuro y en silencio.

El tercero tiene la puerta del lado derecho cerrada. Mientras lo observo, se mueve. No mucho. Medio centímetro, quizá menos. No me daría cuenta si no estuviera ya pendiente. Pero sé lo que significa.

*Está esperando.*

Me quedo sentada con las manos en el regazo unos segundos más, porque necesito que mis piernas dejen de temblar antes de poder levantarme. Cuando por fin lo hacen, me pongo de pie. Mis rodillas se doblan en una genuflexión antes de que pueda detenerlas. A la memoria muscular no le importa que lleve media década sin creer en nada sagrado.

Recorro el pasillo. Cada paso resuena en ese techo pintado y vuelve a bajar con un sonido el doble de intenso. Llego al tercer confesionario y abro la puerta de la izquierda, la del penitente. La cabina es pequeña, oscura y huele a madera vieja y a abrillantador de muebles y, debajo de eso…

*A canela.*

Me siento en el estrecho banco de madera y cierro la puerta detrás de mí. El pestillo encaja con un suave clic.

La celosía que nos separa es vieja e intrincada, con huecos tan pequeños que no puedo distinguir ningún detalle real al otro lado. Solo formas. Un hombro. El contorno de una mandíbula. Pero puedo oírle respirar.

Susurro—: Esto es una mierda.

Él suspira. —Pues vete.

Debería. Pero no lo hago.

—Esta noche he hecho daño a alguien —confiesa—. A un hombre que no conocía. No importaba —Su respiración es tensa y entrecortada—. Pero no dudé y no sentí nada mientras lo hacía. Simplemente le metí una bala en su puto cráneo.

Mis uñas se clavan en la tela que envuelve mis muslos.

—La barrera que me impide hacerte lo mismo —continúa, apenas por encima de un susurro—, es tan delgada como esta celosía que nos separa.

Me quedo mirando la mampara de madera tallada. Mientras la observo, las yemas de los dedos de Kir aparecen a través de uno de los huecos. Son cuatro, pálidas contra la madera oscura, manchadas de una sustancia gris ceniza que solo puede ser pólvora.

Levanto la mano de mi muslo y presiono mis yemas contra las suyas. Piel con piel. Cálidas, vivas y temblorosas. Mis manos limpias contra las suyas manchadas.

Nos quedamos así durante un largo rato. Sus yemas y las mías, unidas a través de la rejilla, cuatro puntos de contacto no más grandes que hostias. Puedo sentir su pulso a través de las yemas de sus dedos, o tal vez sea el mío; es imposible separarlos cuando laten tan rápido.

Y entonces, algo cobra vida.

Empieza en lo más profundo de mi estómago, un fuego que no tiene nada que hacer aquí. No en un confesionario. Pero la rejilla me está haciendo algo, algo que reconozco con una claridad enfermiza y vertiginosa, porque está haciendo lo que solía hacer la máscara. Es una barrera. Un velo. Lo reduce a una voz y una sombra, y la separación es *un permiso*. La bendición de sentir lo que siento sin tener que mirarlo a la cara.

Mi respiración cambia. Aprieto los dedos con más fuerza contra los suyos a través de la malla y el calor de mi estómago desciende, extendiéndose entre mis caderas, acumulándose y encendiéndose

allí con una insistencia que me hace apretar los muslos contra el banco.

Esto es una iglesia. Estoy sentada en un confesionario de una catedral en Mulberry Street a las cinco y pico de la mañana, y me estoy mojando por un hombre que acaba de decirme que ha asesinado a alguien esta noche. No hay ninguna versión de esto que no me lleve a un círculo muy concreto del infierno.

Entonces, los dedos de Kir se retiran.

Lo escucho levantarse. El banco de madera a su lado cruje con la repentina ausencia de peso, y luego se abre su puerta, con las bisagras gimiendo suavemente, y se cierra con un clic.

Pasos. Uno, dos...

Se abre mi puerta.

Kir ocupa todo el marco. Sigue con el jersey oscuro de antes, el pelo revuelto, la mandíbula tan apretada que puedo ver cómo se mueve el músculo bajo la piel. Sus ojos grises encuentran los míos en la penumbra iluminada por las velas y brillan con una luz profana.

—Ya no quiero un muro entre nosotros —gruñe—. Ni una máscara, ni una excusa. Te quiero a ti, Jillian Pierce. Y te arrastraré al infierno conmigo si eso es lo que hace falta para tenerte.

Da un paso adelante, agachando la cabeza por debajo del marco bajo, y cierra la puerta tras de sí, y este confesionario se convierte en un ataúd construido para dos.

El espacio se reduce a la nada. Sus rodillas presionan contra las mías. Sus manos encuentran la pared a ambos lados de mi cabeza, encerrándome, y su olor, canela, cordita, aire frío de la noche, llena cada centímetro cúbico de la cabina hasta que no queda oxígeno que no sepa a él.

—Esto es una iglesia —susurro.

—Lo sé.

—Hay una anciana ahí fuera. Y un sacerdote.

—Lo sé, Jillian. Ninguno de ellos puede detenerme. Ni Dios ni el Diablo. La única que puede hacerlo eres tú. ¿Me detendrás, zorrita?

Alzo la vista hacia él. Su rostro está a centímetros del mío, tan cerca que puedo contar las motas plateadas de sus iris grises y la vena que late en su sien. Está esperando mi respuesta, lo cual es absurdo, porque ¿cómo es posible que no la vea?

Sé lo que quiero. Lo sé desde hace mucho tiempo.

Alzo la mano y le rodeo la muñeca con los dedos, luego le aparto la mano de la pared y le presiono la palma contra mi pecho, justo sobre mi corazón, para que pueda sentir cómo late por él.

—No —susurro—. No lo haré.

## 41

# JILLIAN

*"Ven a mí. Quema tu corona estrellada, mi ángel oscuro"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Come to Me", de PJ Harvey y Mark Lanegan*

La cabina está hecha para un solo cuerpo y una sola confesión, así que, con los dos aquí dentro, no hay espacio que no sea compartido. Los muslos de Kir rodean los míos. Su pecho me aprieta contra el panel trasero. Puedo sentir la línea dura de la hebilla de su cinturón y la línea aún más dura de su erección contra mi estómago. Cada respiración que tomo me empuja más cerca de él porque no hay ningún otro sitio adonde ir.

Sin embargo, no me besa como esperaba.

En cambio, se *deja caer*.

Kir Lazarev se arrodilla en el suelo del confesionario. Sus pulgares presionan el hueco sobre mis caderas, con fuerza y posesividad, y me mira a través de la oscuridad, esos ojos grises captando el fino rayo de luz de las velas que se cuela por la celosía.

—¿Qué estás haciendo? —susurro con voz ronca.

—Adorándote —Me desabrocha el botón de los vaqueros con una sola mano, me baja la cremallera y luego me arranca los pantalones y la ropa interior de un tirón brusco.

—¡Kir!

Presiona su boca contra la parte interior de mi muslo, justo por encima de la rodilla, y noto sus dientes. —Abre las piernas.

—Kir, estamos en un...

—Te he dicho que abras las putas piernas, Jillian. Hazlo antes de que te las abra yo.

Trago saliva y lo hago. Debido a los vaqueros enredados alrededor de mis pantorrillas, solo puedo separar los muslos unos centímetros, lo que es casi peor porque significa que todo lo que siga sucederá en una proximidad estrecha y claustrofóbica. Sus hombros se cuelan en el estrecho hueco que he dejado. Su aliento me roza primero el centro, caliente y entrecortado, y luego su boca.

Grito cuando me lame los pliegues y, acto seguido, me tapo la boca con la mano.

Se retira medio centímetro y me agarra la muñeca. —Baja las manos.

—¡Alguien nos oirá!

—He dicho que las manos *abajo*, Jillian.

Dejo caer la mano a un lado y la cierro en un puño. Él me recompensa deslizando la lengua de forma plana y lenta de abajo hacia arriba, y mi cabeza se golpea contra el panel de madera con tanta fuerza que me duele.

—Cállate —me susurra al oído—. O, mejor dicho, no. La verdad es que me da igual.

Sella su boca sobre mi clítoris y chupa. Mis caderas se sacuden hacia delante y él las inmoviliza con un antebrazo que me rodea la pelvis.

La fuerza de ese único brazo es asombrosa. No puedo moverme en absoluto. Solo puedo sentarme aquí con la espalda contra la madera que ha escuchado décadas de pecados susurrados y aceptar lo que me está dando.

No es nada delicado. Me devora con toda la boca, labios, lengua, dientes, de forma descuidada y despiadada. Sabe exactamente lo que necesito, pero cuando intento frotarme contra su cara, se aparta.

—Pídemelo.

—No.

—Entonces me voy.

—No te atreverías.

Aparta la boca por completo y apoya la barbilla en mi cadera, mirándome con los labios húmedos y sin piedad alguna. —Pruébame.

Aguanto unos cuatro segundos antes de ceder. —Por favor.

—¿Por favor qué?

—Por favor, no pares.

—Buena chica.

Vuelve a sumergirse con ganas, y esta vez, dos dedos se introducen en mi interior. Me muerdo el puño. Mi otra mano encuentra la coronilla de su cabeza y le agarra un puñado de pelo. Los sonidos húmedos que hace su boca son obscenos y se amplifican en esta diminuta caja de madera, y a través de la celosía puedo ver el resplandor parpadeante de las velas de oración y la sombra del crucifijo en la pared del fondo.

Los dedos de Kir se curvan mientras me come el coño. —Sabes como si hubieras estado pensando en mí toda la noche —ronronea contra mi coño.

Le tiro del pelo con fuerza. Quiero que le duela. Gruñe de placer y chupa con más fuerza, y mis rodillas se doblan de verdad. Me sujeta con ambas manos en el culo y me sostiene, con la cara hundida entre mis muslos, y yo estoy prácticamente sentada sobre sus manos mientras su boca me destroza.

El orgasmo me atraviesa. Un sonido ahogado se escapa entre mis nudillos, agudo y desesperado, pero Kir sigue sin parar. Me lleva hasta el final, ahora más lento, más suave, alargándolo hasta que estoy temblando e hipersensible.

Me da un último beso en la parte interior del muslo. Luego se pone de pie.

En este espacio, ponerse de pie significa que su cuerpo está pegado al mío desde la rodilla hasta el pecho. La hebilla de su cinturón se clava en mi cadera desnuda. Sus manos vuelven a estar en la pared detrás de mi cabeza, y su rostro está tan cerca que cuando exhala, yo lo inhalo.

—Date la vuelta —me ordena.

No hay mucho espacio, pero lo hago de todos modos, moviéndome a regañadientes en el estrecho espacio y rozándome contra él en el proceso, hasta que mi pecho queda presionado contra el panel trasero y mi mejilla descansa sobre la madera. Detrás de mí, oigo su cinturón, luego el deslizamiento de una cremallera, y entonces su mano está en la nuca, firme, sujetándome en mi sitio.

—Las manos contra la pared —me indica—. Planas.

Aprieto ambas palmas contra el panel. La madera está pulida por décadas de manos haciendo exactamente esto: presionar con las palmas, agarrarse, prepararse para lo que venga después. La misma postura. Un contexto muy diferente.

Me separa las piernas de una patada tanto como me lo permiten los vaqueros arrugados a la altura de las rodillas. Luego me empuja por detrás.

Chillo, sorprendida.

—Shh —me susurra al oído, pero hay una sonrisa en su voz.

—Entonces ve despacio.

—Ni de coña.

Se retira y vuelve a empujar, con más fuerza, y mi frente golpea contra la madera. Me agarra el pelo con una mano y me echa la cabeza hacia atrás, manteniendo mi espalda arqueada, mientras que con la otra mano me sujeta la cadera para mantenerme en mi sitio.

—Esto es lo que te mereces —dice—, por arrodillarte en un banco con las manos juntas como una santa, cuando los dos sabemos que eres todo lo contrario.

—Soy mejor persona que tú.

Él se lanza hacia delante y me atraganto con lo que fuera que iba a decir a continuación. —Eres una mocosa —me corrige, apretando el puño en mi pelo—. Una mocosa preciosa, insufrible y testaruda que no aguanta ni cinco minutos sin soltar una. Y amo cada puto segundo.

Amor… *esa* es una palabra que no vamos a explorar esta noche. Me empujo contra él con fuerza, tomándolo más profundamente, y él balbucea sorprendido mientras lo aprieto con fuerza. Sonrío salvajemente. Si voy a perder la cabeza en un confesionario, él vendrá conmigo.

—¿Eso es lo mejor que tienes? —susurro.

Es un cebo, puro y simple. Él lo muerde. Su mano abandona mi pelo y se envuelve alrededor de mi garganta por detrás. La otra mano se desliza por mi frente, encuentra mi clítoris y empieza a trabajarlo con un movimiento rápido y difuso mientras sigue follándome con su gruesa polla. Es demasiado.

—Di mi nombre —me ordena.

—Que te jodan —jadeo.

—Dilo.

—No voy a...

Me pellizca ligeramente el clítoris y se retira hasta la mitad. —Se lo dijiste a la cámara —me recuerda—. Justo la otra noche, ¿te acuerdas? Lo gemiste en una habitación vacía. Ahora puedes decirlo.

Lo grité en una habitación vacía y ante una luz roja parpadeante. Me sentí segura porque él no estaba allí. Pero ahora está aquí, con su pecho contra mi espalda y su mano en mi pulso y su polla dentro de mí en una iglesia, y decir su nombre significa admitir que esto es real. Esto no es una máscara, ni una pantalla, ni una cámara.

Esto es un hombre.

Es *él*.

Empuja una vez, profundo y devastador. —Dilo, Jillian.

Estoy temblando por todas partes. Aprieta un poco más su mano en mi garganta y reanuda su ritmo, lento al principio y luego cada vez más rápido, y la presión en mi interior se intensifica y se intensifica, sé que estoy a punto y él sabe que estoy a punto y no me dejará llegar hasta que le dé lo que quiere.

Susurro algo.

—Más alto.

—...Kir.

—Otra vez.

—*Kir*...

—Otra vez.

—¡Kir!

—Otra vez.

—¡KIR!

Y entonces el orgasmo me atraviesa con tanta fuerza que mis brazos se rinden. Me derrumbo hacia delante contra el panel y él me sigue, aplastándome contra él, sus caderas empujándome mientras las réplicas del orgasmo aún me sacuden, sus dedos siguen trabajando y su otra mano me acaricia suavemente la garganta. Me dice algo al oído, pero no puedo oírlo por el rugido que tengo en los oídos. Siento que su ritmo vacila, luego se detiene, y se hunde profundamente una última vez y todo su cuerpo se tensa detrás de mí. Siento su calor dentro de mí sin ninguna rejilla, condón o máscara entre nosotros.

Cuando ambos hemos terminado de correrno, nos quedamos allí un buen rato. Apretados uno contra otro contra el panel trasero del confesionario, respirando el mismo aire caliente. Su frente descansa contra la parte posterior de mi cráneo.

Al final, se retira. Siento cómo se vuelve a meter y se sube la cremallera. Luego sus manos encuentran mis caderas y me sube los calzoncillos y los vaqueros, y los abrocha con ternura.

Me doy la vuelta en ese espacio estrecho. Cara a cara. Pecho contra pecho. Su frente se apoya contra la mía. Puedo sentir los latidos de su corazón a través de su jersey. Son rápidos. Más rápidos que los míos, tal vez.

—Has dicho mi nombre —dice en voz baja.

—Sí.

—¿Cómo se sintió?

Pienso en mentir. El hábito está tan arraigado que la evasiva surge automáticamente: *solo era un nombre, no te hagas ilusiones, se me escapó.* Pero la mentira no sale. No aquí, no en esta estrecha caja de madera que no tolera ninguna mentira.

—Se sintió real —le digo.

Sus manos encuentran las mías en la oscuridad y las sujeta, con los dedos entrelazados entre nuestros pechos. Me aparto lo justo para mirarlo.

—Deberíamos irnos —murmuro—. Antes de que llegue la multitud de la misa temprana y tengamos que dar explicaciones.

Se le tensa la comisura de los labios. —¿Qué diríamos?

—Que estábamos rezando.

—Esa es una forma de decirlo.

Casi me echo a reír. Se gira, empuja la puerta y sale primero, echando un vistazo al pasillo. La catedral está vacía ahora. La anciana se ha ido, el sacerdote no se ve por ninguna parte. Kir se gira, me coge de la mano y me saca fuera. Tengo las piernas de goma. Me agarro al marco de la puerta del confesionario hasta que recuperan el uso.

Caminamos por el pasillo uno al lado del otro, sin tocarnos ahora, dos personas en una iglesia al amanecer que podrían ser cualquiera. En las puertas principales, se detiene. Me detengo a su lado.

Las primeras luces del día inundan la ciudad cuando Kir se gira hacia mí. Tiene el pelo revuelto, pero sus ojos son firmes y claros. —El próximo miércoles —dice—. A las ocho en punto.

Parpadeo. —¿Eh?

Se ríe. —Te voy a llevar a salir. Una cita de verdad. No el suelo de tu cocina, ni un callejón, ni un... —Echa un vistazo hacia el confesionario—. Eso.

—¿Me estás invitando a una cita? —digo, todavía confundida.

Kir asiente. —En la esquina de la calle 28 Oeste con la 10ª Avenida. Estaré allí a las ocho.

—¿Y si no aparezco?

Ni siquiera se plantea la pregunta. —Lo harás.

Quiero discutir, pero probablemente tenga razón. —¿Qué me pongo?

—Algo que te haga sentir peligrosa —Se acerca, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. Quiero que todos los hombres con los que nos crucemos se pregunten qué hicieron mal en una vida pasada para no tener a una mujer como tú del brazo.

Luego, empuja las pesadas puertas y desaparece en la mañana.

## 42

# JILLIAN

*—Yo y el diablo, caminando codo con codo. Y voy a ver a mi hombre, hasta que quede satisfecha"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Me and the Devil", de Soap&Skin*

Cinco días son mucho tiempo para discutir contigo misma y perder.

Cuando me desperté el domingo después del sacrilegio en la catedral, estaba segura de que no iba a ir.

El lunes, cambié de opinión.

El martes, sí.

El miércoles por la mañana, no.

Pero ahora que es miércoles por la noche y he dado tantas vueltas y con tanta violencia como para preocupar a todos los quiroprácticos de los cinco distritos, finalmente he decidido admitir lo que debería haber sido obvio desde el principio:

Voy a ir a la cita.

Pero primero tengo que decidir qué ponerme. Y así es como me encuentro de pie delante de mi armario, envuelta en una toalla, goteando sobre el parqué, mirando mis opciones y mordiéndome el labio.

Saco primero un vestido negro. Lo compré para un evento de trabajo en mi primer año en The Times y no me lo he vuelto a poner desde entonces. Aunque es bonito: ajustado, por la rodilla, con un escote alto por delante pero abierto por detrás casi hasta la cintura. Rae lo llamaba mi "vestido arma secreta" porque por delante parece conservador y luego te das la vuelta y es una situación totalmente diferente. Me lo sostengo contra el cuerpo y me miro en el espejo.

Se me ocurre que nunca me he arreglado para Kir. Me ha visto en pijama de franela y blusas del revés, en vaqueros que me puse a oscuras. Me ha visto sin nada puesto. Pero nunca me ha visto *esforzarme*. La idea de esforzarme, de querer estar guapa para *él*, específicamente, a propósito, me pone muy nerviosa.

Ojalá pudiera llamar a Rae. Hoy he cogido el teléfono mil millones de veces para enviarle un mensaje sobre esto y, cada vez, lo he vuelto a dejar. Porque llamar a Rae significa explicarle la situación, y explicarle la situación significa decirle a mi mejor amiga que me he estado acostando con el hijo del hombre que la compró en una subasta benéfica por cinco millones de dólares y que actualmente está en proceso de consumirla por completo. Esa conversación no va a salir bien para ninguna de las dos. Además, ya tiene bastante con lo suyo.

Así que Rae sigue sin saber nada, y yo sigo envuelta en mi toalla.

Valoro mis otras opciones, pero vuelvo una y otra vez a la primera. Al final, gana el vestido negro.

Dejo caer la toalla y me pongo primero la ropa interior. Encaje negro, no rojo, solo para mantener a Kir en vilo. Me meto en el vestido y subo la cremallera lateral, luego me giro para mirarme la espalda en el espejo. El escote de espalda deja ver las

protuberancias de mi columna vertebral, los dos hoyuelos en la base de la espalda y, lo peor de todo, una marca de mordisco que se está desvaneciendo justo debajo de mi omóplato izquierdo y que había olvidado que todavía estaba ahí. La toco con la yema de los dedos. Ya no me duele. Simplemente está ahí, un pequeño recuerdo del hombre de la máscara.

Me siento ante el tocador y empiezo con el rostro. Primero la base, luego el corrector debajo de los ojos para ocultar estas ojeras, porque *nadie* necesita eso. Colorete, lo justo para parecer viva. Para el delineador, lo aplico más marcado de lo habitual, una línea gruesa que hace que mis ojos verdes parezcan más penetrantes. A continuación, rímel. Pintalabios: un tono baya intenso que la Jillian de hace cinco años solía llevar todos los días y que la Jillian de ahora no ha tocado en mucho tiempo.

Quito el tapón y lo aplico lentamente, viendo cómo el color transforma mi boca en un atrevido trazo carmesí.

*Algo que te haga sentir peligrosa.* Esa era la consigna.

Diría que este aspecto cumple los requisitos.

Los pendientes de Bloomingdale's son dorados, sencillos y elegantes. Tengo el pelo medio seco, así que lo estrujo con un poco de producto y dejo que haga de las suyas con su caótico rojo, porque no hay forma de domarlo. Y lo que es más importante, el caos me parece perfecto esta noche.

Rocío Lost Cherry a lo largo de mis clavículas y muñecas. La cereza y la almendra son las primeras en llegar, seguidas de las notas más profundas que hay debajo. Tonka, sándalo. Huele a lujo y a imprudencia, que es exactamente como quiero sentirme.

Mis tacones son negros y de punta afilada. Son lo suficientemente altos como para que mis pantorrillas se vean bien, pero lo suficientemente bajos como para que pueda salir corriendo si la cita sale mal y tengo que huir a pie. Soy muy práctica.

Cuando mi armadura de batalla está completamente montada, me paro frente al espejo de cuerpo entero y hago balance. Es la descarada franqueza de todo ello lo que más me sorprende. Parezco que quiero algo y no tengo miedo de demostrarlo.

Sin embargo, por dentro estoy nerviosa. Tengo las palmas sudorosas y el pulso acelerado. Los hombres con los que he salido en los últimos cinco años eran apuestas seguras, de bajo riesgo. Los elegí porque sabía que me iría antes del postre. No importaban.

Kir *sí* me importa. Ojalá no fuera así, pero me importa, y ya no puedo seguir fingiendo lo contrario. Los dos estamos demasiado metidos en esto para eso.

Cojo mi abrigo y mi bolso de mano y miro la hora. Son las 7:32. Si me voy ahora, llegaré a Chelsea justo a tiempo.

Cierro la puerta con llave y me dirijo a las escaleras.



La esquina de la calle 28 Oeste con la 10ª Avenida está a oscuras, tiene un aspecto industrial y está inquietantemente vacía. Por un segundo, creo que me he equivocado de dirección. Entonces, lo veo.

Kir está apoyado contra una pared de ladrillo bajo un toldo en penumbra, con un abrigo de lana oscuro sobre una camisa negra abotonada. Lleva el pelo peinado hacia atrás y su mandíbula se perfila nítida y brillante en la tenue luz. Parece un sueño oscuro: no una pesadilla, sino un vacío sinuoso y sensual lleno de sombras. Una oscuridad seductora.

Me ve llegar desde media manzana de distancia y se despega de la pared. Me detengo frente a él. Sus ojos recorren mi cuerpo de arriba abajo y luego vuelven a subir, lentamente, y su boca se abre solo un poco y luego se cierra de nuevo. Es un gesto minúsculo, pero me hace sentir sonrojada y mareada por todas partes.

—Hola —chirrío.

—Hola, zorrita —Mete la mano en el bolsillo de su abrigo y saca algo blanco. Me lo tiende. Es una máscara. No una máscara de esquí, como la que él llevaba; es una máscara blanca de estilo veneciano, de esas que cubren la mitad superior del rostro y dejan la boca al descubierto. Vacía, sin rasgos y extrañamente hermosa.

La cojo y la giro entre mis manos. —¿Qué es esto?

—Póntelo.

—Espera un momento, amigo. No hasta que me digas qué...

Asiente hacia arriba. Sigo su mirada hacia el edificio detrás de él. Sobre la entrada, parcialmente oculto por los andamios y la sombra, un cartel que aún no había visto lleva tres palabras en letras blancas y mayúsculas:

***SLEEP NO MORE***

Mi mente se queda en blanco por un segundo y luego lo capto todo de golpe. —Espera. Esto es... ¿Hablas en serio?

—Totalmente en serio.

*—¡¿Sleep No More?!*

—¿Lo conoces?

—¿Si lo conozco? ¡Llevo *años* queriendo verlo! —Ahora tengo la máscara pegada al pecho y puedo oír la emoción en mi propia voz. Parezco una niña pequeña encantada en una excursión—. Es una producción teatral inmersiva basada en *Macbeth*. Te pones una máscara y deambulas por un enorme almacén mientras los actores actúan a tu alrededor y tú sigues a quien quieras. Lleva en cartelera desde… ¿qué, 2011? Rae y yo hemos hablado de venir un montón de veces, pero siempre surgía algo.

Kir me mira con una expresión que no le había visto antes. Casi tierna. Divertida, pero también discretamente complacida. —Sé lo

que es.

—Todo es no verbal —digo de todos modos—. Los actores no hablan. Todo es coreografía y escenografía y... —Me detengo—. Ya sabes todo esto. Tú compraste las entradas.

—Sí.

—Es un detalle increíble.

—No te sorprendas tanto.

—Dada la historia de nuestra relación, diría que mis expectativas estaban ajustadas en consecuencia.

Se ríe. —Supongo que es justo.

Bajo la mirada hacia la máscara que tengo en las manos. La ironía es tan densa que podría cortarla con un cuchillo de carne. Este hombre llevaba una máscara para aterrorizarme, para controlarme, para follarme en la oscuridad. Y ahora, me está dando una para que podamos entrar en un edificio de la mano, en una *cita,* nada menos, y perdernos en una hermosa tragedia.

—¿Lista? —pregunta.

Me coloco la máscara en la cara y ajusto la goma elástica. Se adapta perfectamente a mis pómulos, fresca contra mi piel.

—Lista.

Kir saca una máscara a juego de su otro bolsillo y se la coloca en la cara. Le cubre desde la frente hasta los pómulos, dejando al descubierto la boca y la mandíbula. Parece un villano en un baile de máscaras, que es más o menos lo que es.

Me coge de la mano. Entrelaza sus dedos con los míos y me aprieta una vez, y luego me guía hacia la entrada.

Dentro, la oscuridad es inquietante y crea un ambiente especial. Nos guían por un estrecho pasillo flanqueado por pesadas cortinas de

terciopelo, mientras aromas de lavanda seca y madera quemada nos envuelven. Una mujer con un uniforme de enfermera de los años treinta y una máscara blanca sin rasgos se materializa ante nosotros, se lleva un dedo a los labios y nos indica que avancemos sin decir palabra.

Entonces, el pasillo se abre y se me corta la respiración.

Está diseñado como un hotel. Toda la producción tiene lugar aquí, en este extenso decorado que se extiende por lo que parecen cinco o seis plantas conectadas por escaleras, pasillos y ascensores. Todas las habitaciones están completamente amuebladas con una decoración inquietante. Puedo ver un dormitorio a través de una puerta, un salón de baile a través de otra y una sala de hospital a través de una tercera. Hay escritorios con papeles encima, bañeras llenas de agua y barras con botellas de verdad. El nivel de detalle es alucinante.

Y mires donde mires, gente con máscaras.

Docenas y docenas. Quizá un centenar. Todas llevan las mismas máscaras blancas que nosotros, deambulan en silencio por estas salas y se cruzan sin dirigirse la palabra. Los actores se abren paso entre la multitud. Son los únicos que no llevan máscara. Tienen la cara pintada y sus trajes son de época. Una mujer con un camisón manchado de sangre pasa corriendo descalza junto a nosotros, llorando lágrimas negras, y desaparece por una escalera. Un hombre con esmoquin baila solo en un salón de baile vacío, con la mirada fija en una pareja que solo él puede ver, mientras un fantasmal foco blanco le sigue por todas partes.

Aprieto la mano de Kir con más fuerza. —Esto es increíble —susurro.

Él me acerca más a él y acerca su boca a mi oído. —Norma de la casa. No se habla.

—¿Desde cuándo sigues las reglas?

—De vez en cuando. Vamos.

Recorremos el hotel juntos, habitación por habitación. En la primera, un estudio con un enorme escritorio de roble y estanterías repletas de volúmenes encuadernados en cuero, un actor está encorvado sobre el escritorio, garabateando frenéticamente a la luz de las velas. Cuando levanta la vista, su rostro está angustiado, pero sus ojos me atraviesan sin verme.

No nos ve. Aquí somos fantasmas. Todos somos fantasmas.

Kir nos guía hacia adelante. Su mano no suelta la mía.

Subimos una escalera y encontramos un dormitorio donde una mujer con un camisón blanco está destrozando un tocador, tirando al suelo frascos de perfume y cepillos de pelo. La violencia y el terror de la escena son profundamente inquietantes. Un grupo de espectadores enmascarados se apiña contra la pared, observando. La actriz se ve reflejada en el espejo roto y se queda paralizada; luego extiende la mano para tocar su propio reflejo, horrorizada por lo que ve.

Más. Por un pasillo bordeado de apliques parpadeantes, a través de una inquietante tienda llena de cabezas de animales disecadas y ojos de cristal que reflejan la tenue luz. A través de una tienda de golosinas con tarros de dulces de verdad en las estanterías. Hacia un cementerio, envuelto en niebla, lleno de gemidos.

Dondequiera que vamos, siento que me hundo cada vez más en nuestra *propia* historia oscura... y me encanta. Aquí nadie sabe ni le importa quiénes somos. Mi máscara me ha quitado todo lo que alguna vez me ha hecho daño, y las máscaras que llevan todos los demás significan que ellos también son fantasmas.

Nadie está investigando si el director ejecutivo de Lazarev Global está teniendo un romance con una periodista del New York Times. Nadie está relacionando mi rostro con el suyo.

Solo somos dos personas en la oscuridad.

Igual que todos los demás.

Cuando veo una oportunidad, empujo a Kir hacia un rincón detrás de una pesada cortina. La tela cae cerrando el paso detrás de nosotros. Es un espacio minúsculo, apenas suficiente para dos cuerpos, y él me mira a través de la máscara blanca. Puedo ver su boca y la línea marcada de su mandíbula.

Me pongo de puntillas y lo beso, máscara contra máscara. Su mano libre encuentra la piel desnuda de mi espalda a través del escote del vestido y su palma se extiende entre mis omóplatos, anclándome al suelo.

Nuestras lenguas se entrelazan brevemente. Cuando me aparto, él me persigue durante medio segundo antes de detenerse.

—¿A qué vino eso? —pregunta.

—Fue un agradecimiento —le explico tímidamente—. Esta es la mejor cita de mi vida.

# 43

# KIR

*"Ahoga este amor hasta que las venas empiecen a temblar. Un último aliento hasta que las lágrimas empiecen a marchitarse"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "River", de Bishop Briggs*

*Esta es la mejor cita de mi vida.*

Una pequeña frase es todo lo que hace falta para conmoverme.

Es la sorpresa en su voz lo que más me llega. Está casi asombrada por el concepto en sí. ¿No solo una cita, no solo una buena cita, sino la *mejor cita?* Eso es algo para otras mujeres, parece pensar. No para Jillian Pierce.

Ojalá tuviera algo elegante y distante que decir, porque eso es lo único que podría evitar que todo esto se descontrolara aún más de lo que ya está. Pero eso se fue al garete hace mucho tiempo. Justo cuando me metí por *su* ventana. Con doble sentido incluido.

Así que, en lugar de ser elegante y distante, simplemente le digo la verdad:

—La mía también.

Jillian sonríe. Es fugaz, pero mierda, qué bonita es.

Entonces coge mi mano y me arrastra de vuelta a través de la cortina hacia el caos.

A partir de ahí pierdo el hilo. No la pierdo a ella, a ella nunca. Podría encontrar a Jillian en una habitación sin ventanas con los ojos cosidos; su atracción es gravitatoria. Pero pierdo el hilo de todo lo demás que debería importarme. El encargo. El artículo. La orden de eliminar y el ultimátum de Lukas que se cierne sobre nuestras cabezas. Afon, el cadáver en la silla plegable de Brooklyn… Todo se desvanece en el momento en que ella aprieta sus dedos alrededor de los míos y me empuja hacia la habitación contigua.

La máscara me oculta la mitad de su rostro, pero la sonrisa permanece. Puedo verla, sus dientes nacarados en la oscuridad, y luego sus ojos muy abiertos, sorprendidos y encantados cuando tropezamos por un pasillo y salimos a un salón de baile envuelto en niebla.

Mientras buscamos un sitio para mirar junto a la pared, un pensamiento recorre mi cabeza con paso inagotable:

*Podría hacer esto todos los días durante el resto de mi puta vida.*

En el centro del salón de baile hay una cama. Es una cama con dosel cubierta de lino oscuro, con una única lámpara de luz ámbar encendida en una esquina. Los focos puntuales y el humo que se arremolina hacen que todo el espacio parezca más pequeño de lo que es, casi claustrofóbico. A nuestro alrededor, el público ha formado un círculo informal a lo largo de las paredes. Sus máscaras blancas flotan en la penumbra como un jurado de muertos.

Dos actores ocupan el centro. Uno está dormido. Yace en la cama con los brazos a los lados, el pecho subiendo y bajando suavemente. El otro está de pie junto a él. El hombre de pie va sin camisa, con el torso reluciente de sudor o aceite, y en la penumbra, su musculatura

parece esculpida en roca. Mira fijamente al hombre dormido con una expresión que reconozco de inmediato, porque yo mismo la lucí en un callejón de Brooklyn hace solo unas noches.

No es solo ira, aunque en parte lo es.

No es solo odio, aunque en parte también lo es.

No es sed de sangre, ni miedo, ni psicopatía.

Es *resignación.*

La aceptación de que lo que va a pasar a continuación es lo que siempre estuvo destinado a pasar.

Entonces, con un suspiro largo y prolongado, el hombre de pie rodea con ambas manos el cuello del durmiente y comienza a estrangularlo.

Sé lo que va a pasar a continuación porque conozco la obra. Duncan muere en su cama a manos de un hombre en quien confiaba. Macbeth asesina a su rey porque alguien a quien amaba le dijo que era necesario, y porque el poder nos convierte a todos en parásitos.

Las manos se aprietan. El cuerpo del hombre dormido se sacude, una vez, dos veces, y luego se queda inmóvil. El asesino aguanta mucho más tiempo del necesario, como si reconociera que soltar significa que el pecado está verdaderamente cometido. Al final, sin embargo, afloja el agarre y da un paso atrás para examinar lo que ha hecho. Sus dedos están muy abiertos, temblando. Es como si la garganta del muerto hubiera dejado quemaduras invisibles en sus palmas.

A mi alrededor, el público observa sin respirar. La mano de Jillian se aferra a la mía, tan fuerte que puedo sentir los huesos de sus dedos rozando mis nudillos. Está hipnotizada. Inclinada hacia delante sobre las puntas de los pies, con los labios entreabiertos bajo la máscara blanca, completamente absorta en la actuación.

¿Y yo? Yo no estoy aquí.

Ya no estoy viendo la actuación.

Estoy viendo la cocina de mi padre. Pastillas trituradas. Puré de manzana. Un niño en un armario.

Veo un callejón empapado de orina en Williamsburg y a un desconocido atado con bridas a una silla plegable con un agujero entre las cejas.

Estoy viendo el apartamento de Jillian. La electricidad cortada. El teléfono intervenido. Su espalda contra la pared y mi mano sobre su boca y su cuerpo yéndose a algún lugar al que yo no podía seguirla.

*Mata a la periodista antes de que acabe el mes…*

*...o enviaré a alguien que lo haga.*

En la cama, el actor muerto yace completamente inmóvil. Las manos del asesino cuelgan a los lados. Gira lentamente sobre sí mismo, observando el círculo de rostros enmascarados como si buscara uno que lo absuelva.

Su mirada pasa por encima de mí. Vacila. Niega con la cabeza. Sigue adelante.

Jillian debe de pensar que estoy hipnotizado. No tiene ni idea de que la temperatura de mi sangre acaba de caer en picado, porque la escena de ese escenario no es una metáfora. Es una jodida sesión de adivinación. Es exactamente lo que mi padre lleva semanas pidiéndome que haga, y la única diferencia entre Macbeth y yo es que Macbeth realmente lo llevó a cabo.

Bueno, esa es la única diferencia *por ahora.*

¿Quién sabe lo que nos deparará el futuro?

Jillian se gira para susurrarme algo. Pero antes de que pueda siquiera pronunciar la primera sílaba, ve algo en mis ojos, y la frase muere más rápido que Duncan.

No sé exactamente qué ve allí. Solo sé lo que siento, que es la certeza fría y profunda de que el universo acaba de ponerme un espejo delante y yo lo he mirado directamente. ¿Qué es eso que dice Nietzsche*? ¿Que si miras fijamente al abismo durante el tiempo suficiente, el abismo te devolverá la mirada?* Esto es lo que parece. El abismo me ha visto y me ha considerado indigno.

En cuanto a cómo se refleja eso en la arquitectura de mi rostro, no lo sé. Ya es bastante malo que pueda ver lo que le ocurre a ella. La luz de sus ojos se apaga de inmediato, fría, muerta. Su sonrisa blanca como el lirio se desmorona. Sus labios tiemblan y sus dedos se aprietan con preocupación alrededor de los míos mientras susurra —: Kir…? ¿Estás…?

Retiro mi mano de un tirón.

Sus dedos se aferran al aire durante una fracción de segundo antes de caer a un lado, y veo la confusión reflejarse en la mitad inferior de su rostro. Se balancea hacia atrás sobre los talones, casi como si la hubiera empujado.

—Quédate aquí —gruño—. Necesito aire.

—Kir, ¿qué pasa…?

No me quedo a escuchar el final de su pregunta, ni a responderla. En cambio, me cuelo entre dos miembros del público enmascarados y salgo corriendo al pasillo más allá del salón de baile. La lúgubre niebla se arremolina y se enrosca a mi paso como si se aferrara a mí.

El pasillo es estrecho, está tenuemente iluminado y está revestido de papel pintado descascarillado y retratos inquietantes. Una mujer con un vestido de novia mugriento dobla la esquina delante de mí y extiende sus pálidos dedos hacia mi garganta. Me estremezco, luego la esquivo sin perder el paso y sigo corriendo.

Necesito aire. Mierda, necesito aire. No puedo respirar en este maldito lugar. Este frío de cementerio se me está metiendo en los

pulmones y los está sellando como cemento.

Encuentro una escalera y la bajo de dos en dos, pasando por un rellano decorado con pájaros disecados que cuelgan del techo con alambre invisible. Sus ojos de cristal me siguen con la mirada mientras paso. Como el actor que interpretó al asesino Macbeth, me ven tal y como soy y no les gusta lo que ven.

Al final hay una salida de incendios. Empujo con fuerza la barra y salgo tambaleándome a un callejón de servicio detrás del edificio. Es diciembre en la ciudad, lo que significa que hace un frío brutal. Doy gracias por ello. El frío es lo único que puede sacarme esta mierda de encima. Me arranco la máscara y trago oxígeno hasta que mis pulmones empiezan a bombear de nuevo a regañadientes.

Mi espalda choca con una pared de ladrillo. Me deslizo por ella hasta quedarme sentado en el asfalto sucio, con las rodillas encogidas y la máscara blanca colgando de una mano, mirando hacia arriba, a la delgada y mísera franja de cielo negro sin estrellas que se ve entre los edificios.

En algún lugar por encima de mí, Jillian está de pie, sola, preguntándose qué coño acaba de pasar.

Ojalá supiera cómo decírselo:

*Me estoy enamorando de ti, zorrita.*

*Tengo que matarte antes de que eso ocurra.*

## 44

# JILLIAN

*"Qué injusto, es solo nuestro amor. Encontramos algo auténtico que está fuera de nuestro alcance. Pero si buscases por todo el mundo ¿Te atreverías a dejarlo escapar?"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Not About Angels", de Birdy*

HAY un hueco con forma de Kir en la niebla. Estaba ahí hace un segundo, y ahora se ha ido, y hay un contorno vacío en mi corazón que coincide con el que dejó atrás.

¿Qué demonios ha pasado? ¡Lo estábamos pasando bien! Tengo tantas ganas de ir tras él, agarrarlo por el cuello y exigirle una explicación. *¿Por qué tienes que arruinarlo todo justo cuando las cosas se ponían bien? ¿Por qué no podemos ser jodidamente normales por una vez? ¿No me lo merezco? ¿Y tú? ¿Nosotros?*

Es la mirada que vi en su rostro la que me impide seguir sus pasos. Fuera lo que fuera ese aturdimiento inquietante, no tenía nada que ver conmigo. Había algo detrás de sus ojos a lo que no podía llegar. Y perseguir a un hombre en la oscuridad cuando te mira con tanto temor en el rostro es una forma segura de empeorar las cosas.

Así que no voy tras él de inmediato.

Vuelvo a mirar a través de las aberturas de mi máscara hacia la escena que se está desarrollando. El actor en la cama sigue muerto, obviamente. Así es como suele funcionar, según mi experiencia. El asesino se ha arrodillado junto al cadáver y ahora acuna la mano del muerto, acariciándola contra su propia mejilla. Dolor, culpa, horror: todo ello se refleja en su rostro pintado en una agonía perfecta y muda.

Mi mano sigue caliente donde Kir la sostenía.

Cierro los dedos en un puño y lo presiono contra mi mejilla, igual que el actor en el escenario. El aroma y el calor de Kir están ahí, tan reconfortantes como siempre. Si esta es la última vez que veo a Kir Lazarev, sé que seguiré sintiendo esta punzada visceral de atracción y culpa cada vez que tan solo huela un chicle Big Red por el resto de mi vida. La canela se ha convertido en mi único afrodisíaco. El aroma de los sueños y las pesadillas por igual.

Las luces se apagan y la cama con dosel queda sumida en la penumbra. A mi alrededor, algunos espectadores se dirigen hacia las salidas, siguiendo a otros actores hacia otras salas, otras historias. El salón de baile se va vaciando. La máquina de humo sisea desde encima de la cama, bombeando más vapor gris a una sala que ya tiene demasiado.

Repaso los últimos sesenta segundos. Estábamos bien. Estábamos *más* que bien. Le cogía de la mano y veía la obra, y por una vez todo parecía fácil. Solo dos personas en una cita: qué concepto. Y entonces el actor rodeó con las manos el cuello del hombre dormido y Kir se fue a otro lugar por completo.

Sé cómo se ve eso. Yo misma lo he hecho. Me he desconectado, me he ausentado, he abandonado el edificio mientras mi cuerpo se quedaba atrás. Normalmente significa que algo del presente acaba de chocar con algo del pasado, y la colisión lo ha dejado todo fuera de servicio.

¿Qué vio él allí, en ese escenario, que yo no vi?

A un hombre matando a otro en su cama. Las manos alrededor del cuello. Un cuerpo que se queda inerte.

Pienso en lo que Kir me contó en mi cocina. Su madre. Las pastillas. Su padre pasando con el cuerpo de ella en brazos.

*Oh.* No puedo decir que eso no tenga todo el sentido del mundo.

Me quedo allí otros diez segundos, con el puño apretado contra la mejilla, respirando los restos de él. Luego bajo la mano, y una palabra me llena la cabeza como una valla publicitaria de neón brillante.

*No.*

No, él no puede hacer esto.

No puede cogerme de la mano mientras recorremos cinco pisos de este hotel encantado, besarme detrás de una cortina, mirarme como me miró cuando le dije que esta era la mejor cita de mi vida, y luego salir corriendo en cuanto las cosas se ponen difíciles. Así no es como funciona esto. Y sí, soy consciente de la ironía de que sea yo quien diga eso, porque llevo huyendo de las cosas difíciles desde que tenía diecinueve años. Tengo el cinturón negro en "Evadir-Kwon-Do". Podría dar una jodida clase magistral.

Pero estoy aquí, ¿no? Yo, la mujer que no ha dejado que un hombre pase de la segunda copa en cinco años. Sigo durmiendo con las luces encendidas, por el amor de Dios, pero he venido aquí, a pesar del miedo y los recuerdos que me persiguen día tras día. Me *he presentado, mierda*, para algo que me aterrorizaba, por la mínima posibilidad de que aún pudiera haber un "felices para siempre" escondido entre las sombras.

Si yo puedo hacerlo, él también puede hacerlo, maldita sea.

Su padre asesinó a su madre a sangre fría y luego la enterró en una tumba sin nombre, y su hijo lo vio todo, y sí, eso es lo más horrible

que puede pasar. Pero un desconocido me robó el cuerpo y la inocencia, y de una forma jodidamente enfermiza, también me robó la mayor bendición de mi vida, así que no es que no hable por experiencia propia. Los dos llegamos al comienzo de esta pesadilla con un montón de equipaje.

Pero cuando Kir apagó las luces de mi casa, me empujó de rodillas y me dijo que *me quedara,* me *quedé,* mierda, ¿no? Lo hice. Sé que lo hice. Me quedé también por todo lo que vino después, toda la incertidumbre y el miedo. Me quedé no porque él sea seguro, es sin lugar a duda, la persona menos segura que he conocido jamás, sino porque no me dejó alejarme. Me agarró por la barbilla, me devolvió a mi propia piel y me hizo sentir cada segundo de ello. Eso importó más de lo que la seguridad jamás lo ha hecho.

Así que ahora me toca a mí.

Él está ahí fuera en algún lugar, temblando en la oscuridad con la mano metafórica de su padre alrededor de su garganta, convenciéndose a sí mismo de que es un monstruo.

Y quizá lo sea. Quizá lo seamos los dos.

Pero los monstruos no podemos abandonarnos unos a otros. No cuando estamos a punto de encontrar la salida de la oscuridad.

Me arranco la máscara, la guardo en mi bolso de mano y empiezo a correr hacia la señal de salida más cercana.

Empujo la cortina y salgo al pasillo. El pasillo es estrecho y oscuro, y hay cuerpos enmascarados por todas partes, deambulando con ese aire lento y onírico que exige el espectáculo. No me molesto en pedir permiso para abrirme paso entre la multitud embrujada; simplemente empiezo a empujar. Un tipo con un chaquetón se tambalea hacia un lado cuando le rozo el hombro y se queja, pero no le hago caso.

Mientras me abro paso a empujones, escudriño cada silueta en busca de la suya. Es imposible no verlo. No es que necesite verle la

cara para saber que es él; conozco su olor y su forma desde hace mucho más tiempo de lo que conozco su rostro. Esa postura alta y orgullosa, que se eleva por encima de todos incluso cuando se está desmoronando por completo.

Pero ninguno de ellos es él. Solo es un mar de óvalos blancos flotando en la penumbra, todos idénticos y todos incorrectos.

Sigo avanzando de todos modos, porque hay una sensación que se acumula en mi pecho. Como si cada paso que doy en su dirección fuera un paso más cerca de una versión de nosotros que realmente pudiera sobrevivir más allá de esta noche.

*De la que* llevo cinco años huyendo.

*A la que* estoy buscando ahora.

Doblo una esquina y casi choco con una actriz con un vestido de novia empapado en sangre. Ella se estira hacia mí con los dedos extendidos y yo me agacho por debajo de su brazo y sigo adelante.

Otra escalera. Me agarro a la barandilla y bajo corriendo los escalones. Me siento como un perro de caza, porque casi podría jurar que es el aroma a canela de Kir lo que percibo en la brisa que me azota la cara. Por encima de mí, pájaros disecados tienen las alas bien extendidas, como si se hubieran quedado congelados en medio de un picado para sacarme los ojos.

El aroma a canela se hace más intenso. Está por aquí; sé que está aquí. Redoblo el paso aunque me duelen los pies y se resisten.

No tiene por qué cargar con esto solo. Ninguno de los dos. De eso se trata todo esto, sea lo que sea. Dos piezas rotas que encajan pueden formar un todo si te tomas el tiempo de alinear los bordes irregulares.

Así que, si consigo *encontrarlo*, si logro alcanzarlo antes de que la espiral lo arrastre hacia el abismo, podré demostrárselo. Le pondré la mano en el pecho, como hice en el confesionario, y le diré: *Estoy*

*aquí, lo veo todo y no me voy a ir*. Puede que eso no arregle nada. Al fin y al cabo, su padre seguirá siendo un monstruo, la orden de ejecución seguirá pesando sobre nuestras cabezas y el artículo seguirá acercándose poco a poco a la portada.

Pero afrontaremos esas cosas *juntos*, hombro con hombro, y juntos no es nada.

Juntos es, de hecho, todo.

Así que a la mierda el miedo. Voy a encontrar a mi hombre enmascarado, agarrarlo por esa ridícula mandíbula y decirle que lo que sea que haya visto en ese escenario no es nuestro futuro. La oscuridad solo tiene la última palabra si tú se lo permites.

Hay una puerta de incendios esperándome al pie de las escaleras. La barra de empuje está torcida, no encaja a ras en su alojamiento, como si alguien acabara de golpearla con fuerza. Me lanzo contra ella sin perder el paso.

Salgo disparada a un callejón. Hace tanto frío que se me llenan los ojos de lágrimas, pero cuando parpadeo para secármelas, veo una masa acurrucada al pie de la pared, y veo que él…

…no está aquí.

Es una bolsa de basura, nada más. Me acerco a ella tambaleándome, con la vista aún borrosa por el frío. No sé qué estoy buscando hasta que mi mirada cae a mis pies y lo veo.

La máscara de Kir está en el suelo, justo al pie del muro, sobre el hormigón donde él la dejó. Mira hacia arriba a través de los huecos vacíos de los ojos hacia el cielo igualmente vacío que hay sobre ella. La cinta elástica está estirada y retorcida, como si se la hubieran arrancado a toda prisa.

La recojo. Todavía está caliente, pero de alguna manera sé que se ha ido.

Quiero gritar, pero entonces esa palabra vuelve a brillar con fuerza en mi cabeza.

*No.*

¡Mierda, no!

No voy a dejar que se escape. No, mierda, no, no, *no.*

Doy media vuelta y abro de un tirón la puerta de la salida de emergencia, lanzándome a la escalera. Les muestro mis dos dedos medios a los pájaros disecados solo porque no me gusta cómo me miran.

De vuelta en la planta principal, la niebla es más espesa que antes. Debe de estar empezando una nueva escena en algún sitio, porque la mayoría de los espectadores enmascarados se han desplazado hacia el extremo más alejado del edificio, dejando este pasillo medio vacío. Examino a cada persona con la que me cruzo. Demasiado bajita. Demasiado fornida. El abrigo no es el adecuado.

Entonces, lo veo.

Dos salas más adelante, atravesando una puerta. Es él, tiene que serlo. Camina rápido, con la cabeza gacha, y está a punto de desaparecer tras la esquina.

Empiezo a correr. Mis tacones se enganchan en un cable pegado al suelo con cinta adhesiva y tropiezo, me agarro al marco de una puerta y sigo adelante. Atravieso la primera habitación, una especie de botica, con estantes llenos de frascos de cristal marrón y contenidos turbios e indescriptibles, y entro en la segunda, una lúgubre oficina de detective con máquinas de escribir y sombreros fedora colgados de ganchos en la pared.

Ahí está. A unos tres metros, de espaldas a mí, a punto de desaparecer de nuevo.

Me lanzo hacia delante y lo agarro de la mano. Se detiene.

Y lo sé de inmediato:

*No es Kir.*

La mano no es la misma. Los dedos son demasiado gruesos, la palma demasiado ancha, la piel demasiado suave. Las manos de Kir son grandes pero delgadas, de dedos largos, y a estas alturas conozco cada surco y cada nudillo. Esta mano pertenece a otra persona completamente diferente.

Retiro la mano tan rápido como puedo, pero no puedo evitar sentir que he soltado algo que debería haber permanecido encerrado el mayor tiempo posible.

El hombre se da vuelta. La máscara blanca le cubre desde la frente hasta los pómulos, pero por debajo, la mandíbula es más pesada, más cuadrada y con más barba incipiente, con una boca severa trazada en una línea plana.

Me mira desde arriba. La luz parpadeante de la lámpara ilumina el borde de su mandíbula y deja el resto de su rostro en la sombra.

—Ah. Tú debes de ser la chica.

No hay nada amistoso en su voz, y de ninguna manera es una pregunta. Sabe exactamente quién soy.

Y la chispa de placer violento en sus ojos negros dice que soy justo la mujer que estaba buscando.

## 45

# JILLIAN

*"Eres mi caída más dulce. Te amé primero, te amé primero*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Samson", de Regina Spektor*

La mano del desconocido suelta la mía, pero solo para agarrarme del brazo. Me empuja de lado a través de un estrecho hueco entre dos estanterías y me lleva a otro pequeño nicho escondido tras una cortina de terciopelo. Un aplique de pared proyecta una luz pálida y tenue sobre su mandíbula y su cuello.

Tiro de mi brazo para liberarlo. —Quítame las manos de encima.

Me suelta y no vuelve a tocarme. Se queda ahí de pie, bloqueando la única salida. La máscara hace imposible distinguir nada por encima de la boca, y la boca no me dice gran cosa.

—¿Quién eres? —le pregunto.

—Un amigo de Kir.

—Kir no tiene amigos.

—Tiene uno.

—Pues debería haberte mencionado —digo, apoyando la espalda contra la estantería que tengo detrás—. Porque últimamente he pasado mucho tiempo con Kir y nunca ha salido tu nombre.

—¿Quieres saber mi nombre o quieres saber qué he venido a contarte?

Siento un nudo en el estómago, pero mantengo el rostro impasible. *Cara de periodista, cara de periodista, cara de periodista,* repito para mis adentros. Tengo que volver a ponerme las máscaras, todas las que importan, porque empiezo a tener un presentimiento muy desagradable sobre lo que este hombre ha venido a contarme. —No sé de qué estás...

—Basta —Levanta una mano, con la palma hacia fuera—. No vine a jugar contigo, Srta. Pierce, y no tengo tiempo para que finjas que no sabes de qué estoy hablando.

Cierro la boca.

—Si sigues así, vas a conseguir que los maten a ti *y* a él —El hombre se acerca un poco más. Huele fresco y fragante, a aguamarina y bosque. La barba incipiente de su rostro es negra como la noche, sobre la piel blanca como la nieve que hay debajo.

—A Kir le encargaron una misión —continúa—. Sabes cuál. No la ha cumplido. Eso también lo sabes —Aprieta los labios—. Lo que *no* sabes es lo que ocurre cuando se fracasa en esa misión. Lo que hace su padre cuando se le acaba la paciencia.

—¿Y qué hace su padre?

—Deja de delegar.

Trago saliva. El aire en el rincón es denso y polvoriento. Me cuesta cada vez más respirar.

—Kir le está mintiendo a Lukas —continúa el hombre—. Le dice que el trabajo está casi terminado, que las complicaciones han ralentizado las cosas, bla, bla, bla. Ha estado intentando ganar tiempo, pero ya no funciona. Y las consecuencias serán graves. Para los dos.

—Los dos —repito.

—Los dos —Lo repite, más despacio, como si tuviera problemas de audición—. Adelante, dime que correrás el riesgo, que no te importa, que no tienes miedo. ¿Pero y él? ¿Crees que eres la única que corre peligro aquí? Kir está arriesgando su propio cuello solo para que tú sigas respirando. Y lo está haciendo mal. Así que déjame repetirlo: salgan de aquí antes de que los masacren y los hagan pedazos a los dos.

Abro la boca para decirle algo, aún no he decidido qué, exactamente, pero no llego.

Antes de que pueda hacerlo, una mano se desliza por encima de mi hombro y agarra al hombre por la parte delantera de la camisa. Kir aparece detrás de mí tan rápido que parece como si la propia niebla lo hubiera escupido.

—Aléjate de ella.

Kir ha cambiado. Todo en él, los ojos, las manos, la postura, es diferente de lo que era hace diez minutos. El hombre que se quedó paralizado y huyó de mí ha desaparecido. Esta versión de Kir está concentrada y es letal, y el agarre que ejerce sobre la camisa del hombre augura peligro.

El hombre no parece demasiado preocupado, sin embargo. Levanta ambas manos lentamente, con las palmas hacia fuera y los dedos extendidos. *No estoy armado,* dice. *No pretendo hacer daño.* Mantiene la mirada de Kir durante un instante y algo pasa entre ellos que no puedo descifrar. Curiosamente, parece que de verdad se

conocen. Qué raro. Pensaba que el hombre estaba mintiendo, pero empiezo a dudar de mí misma.

Entonces Kir lo suelta. El hombre da un paso atrás, fuera del alcance de Kir, y se arregla la camisa donde Kir se la había arrugado. No dice ni una palabra. Se gira para mirarme de nuevo, y sus ojos son un recordatorio silencioso de lo que acaba de decirme. Luego se da la vuelta y se escabulle por el hueco de la cortina, dejándonos solos.

Miro a Kir, pero él no me devuelve la mirada. Está mirando hacia donde la oscuridad se ha tragado a su posible amigo, y frunce el ceño con fuerza.

Luego se gira para mirarme. —¿Qué te ha dicho?

Me apetece contarle toda esa extraña y perturbadora conversación, pero por alguna razón, dudo. Se daba a entender que el desconocido no quería tener esa pequeña charla delante de Kir, así que me pregunto si yo también debo mantenerlo en secreto. Si el hombre quería que dejara a Kir porque lo estoy distrayendo, ¿puedo decirle a Kir que eso es lo que está pasando? ¿Puedo preguntarle quién demonios era ese?

Otra parte de mí ve la angustia creciente en el rostro de Kir y se pregunta qué demonios está pasando por su cabeza.

—Yo…

—Déjame adivinar. —Kir mueve la mandíbula—. Te dijo que huyeras de mí antes de que los dos acabemos hechos pedazos. —No digo nada. Se pasa una mano por la cara—. Puto *mudak* entrometido.

Le toco el codo. —Kir, ¿quién era ese? ¿Por qué me ha dicho eso? ¿Por qué parece que va a pasar algo si no...?

La mano de Kir se cierra alrededor de mi brazo y me hace callar. No es tan fuerte como el agarre del desconocido, pero tampoco es precisamente el toque más suave que me haya dado nunca. —Nos vamos.

—Kir…

—Ahora.

Me arrastra fuera del nicho y al pasillo, moviéndose rápido. Tengo que correr a medio trote para seguirle el ritmo con mis tacones, y el cable con el que tropecé antes me vuelve a enganchar el dedo del pie. Kir me agarra antes de que tropiece y me echa al hombro. Grito de sorpresa, pero él no me baja hasta que bajamos la escalera decorada con los pájaros disecados, salimos por la puerta y nos adentramos en la noche.

El frío me duele al inhalar. La calle está mojada por una lluvia que debe de haber empezado mientras estábamos dentro. Los charcos reflejan el resplandor de los faros que pasan. Kir me suelta la muñeca, se quita el abrigo y me lo coloca sobre los hombros desnudos sin preguntar.

Sigue sin mirarme.

—Kir —le suplico—, háblame. Por favor.

Kir empieza a caminar. Corro tras él de nuevo, preguntándole—: Kir, ¿quién era ese? ¿De qué lo conocías? ¡Dijo que era tu amigo! ¡Kir!

Se niega a responder a ninguna de mis preguntas, así que, con un bufido de enfado, dejo de caminar.

Da unos pasos más antes de darse cuenta de que ya no estoy a su lado. La lluvia arrecia. Me da frío en las piernas desnudas y me está estropeando el pelo, pero no me importa nada de eso.

—Dijo que nos va a matar a los dos —le grito. Tengo los talones clavados en la acera mojada y no me muevo—. Eso parece merecer una conversación.

Kir se da la vuelta. Tiene la camisa empapada y el pelo pegado a la frente. Hay una mirada salvaje en su rostro que solo he visto antes en breves y aterradores destellos. Me preparo, porque estoy segura

de que está a punto de gritarme, o agarrarme, o decirme que me meta en mis malditos asuntos.

En cambio, exhala. La lluvia le resbala por el puente de la nariz. —Sí, bueno, tiene razón.

Me ajusto el abrigo sobre los hombros y acorto la distancia entre nosotros, deteniéndome cuando estamos a treinta centímetros. —Explícamelo —le suplico.

Kir me mira durante un largo rato. —Mi padre me dio hasta fin de mes —dice—, para matarte. Y decidí que no lo voy a hacer, porque la muerte ya se ha llevado a demasiadas personas que amo.

Se me corta la respiración al oír esa parte en concreto. Kir lo ve y asiente. Con complicidad, con tristeza.

—Sí, lo sé. *Amor.* Esa es la parte que lo jode todo. Si simplemente no pudiera hacerlo, si fuera solo un bloqueo moral, encontraría una salida. Pero ya no puedo pensar con claridad. Lo único en lo que puedo pensar es en ti, y eso me hace descuidado. En mi mundo, el descuido lleva a la gente a la tumba.

Alzo la mano y le seco la lluvia de la mejilla con el pulgar. Se estremece ante la ternura, pero no se aparta.

—Ese hombre de ahí tenía razón —dice Kir—. Si esto sigue así, solo puede acabar de una manera. No es feliz. Así que, si estás en esto por un final feliz, empieza a correr, joder, y no pares hasta perderme de vista, zorrita.

Me burlo. —Si dijera que sí, ¿me dejarías ir siquiera?

Kir frunce el ceño. —Bueno…

—Eres un acosador enmascarado —le recuerdo—.No eres precisamente del tipo que "deja ir".

Casi se le dibuja una sonrisa, oculta bajo la lluvia y el agotamiento. —No. No lo soy.

—Entonces, la muerte para los dos.

—Sí —asiente—. Sí, probablemente así sea.

Asiento. —Entonces disfrutemos de esto mientras dure. Porque no me voy a ir a ninguna puta parte.

Un instante de silencio.

Una pausa.

Un silencio frío, brumoso, solitario y empapado por la lluvia.

Entonces él me besa, y yo le beso a él. Nos agarramos con fuerza el uno al otro porque estar cerca no es suficiente. Es el calor de nuestros cuerpos contra el frío de un mundo indiferente, pero aquí, en la oscuridad, hemos encontrado un lugar seguro.

—Llévame a casa —jadeo entre besos—. Te necesito.

Hace señas a un taxi y nos metemos en él, besándonos como adolescentes, acurrucados, enredados, deshechos, torturados, totalmente perdidos el uno en el otro. Salimos del taxi de la misma manera y subimos corriendo las escaleras hasta mi apartamento, entramos a trompicones por la puerta ya medio desnudos y nos encontramos cayendo en mi cama, todavía atrapados en lo que queda de nuestra ropa empapada.

De alguna manera conseguimos quitárnosla toda, sin separar nuestras bocas más tiempo del estrictamente necesario. Mi cuerpo ha pasado de tener la piel de gallina a estar enrojecido, y el de Kir está igual, más caliente que nunca. Me sorprende que la lluvia no esté chisporroteando y evaporándose de nosotros.

Pero cuando estamos desnudos y él me toca y su erección se yergue como el complemento perfecto para lo que necesito tan, tan desesperadamente, lo detengo un segundo. Meto la mano en mi bolso de mano, que ha caído junto a mi cama, y saco algo de él.

Kir mira lo que tengo en la mano y luego vuelve a mirarme.

—Viejas costumbres —le explico con una sonrisa tímida.

Coge la máscara blanca que dejó en el callejón y se la pone. En cuanto lo hace, una delicia dolorosa y reconfortante se apodera de mi interior. Un cerrojo que se abre. Una puerta de par en par que le invita a entrar.

—A veces —susurro—, no puedo creer que seas real.

—Lo mismo digo —asiente él, y entonces se adentra en mí, y nos llevamos el uno al otro a un lugar mucho más allá de donde la muerte, las amenazas o la lluvia pudieran siquiera rozarnos.



Me despierto sobresaltada, jadeando, pero la pesadilla que me ha despertado ya se ha desvanecido. La habitación huele a lluvia. *Petrichor:* así se llama ese aroma. Recuerdo que un profesor de literatura inglesa de la universidad me dijo lo mucho que le gustaba esa palabra. A mí también me gusta. Petrichor, canela y sexo. Me tranquiliza como nada más en mi vida lo ha hecho jamás.

Pero lo que me tranquiliza aún más es lo que ocurre a continuación.

Extiendo la mano…

…y él está *ahí*.

Nunca se había quedado a dormir antes, pero ahí está, de verdad y en persona. Mis dedos rozan primero su pecho, luego suben hasta su mandíbula, y casi me río, porque el idiota se ha quedado dormido con la máscara puesta. Ahora está torcida, girada hacia un lado, con la goma clavándose en la piel detrás de la oreja. No da señales de que le moleste mientras duerme.

Le quito la máscara con todo el cuidado del mundo para no despertarlo. Su rostro debajo está relajado y joven, desprotegido de

una forma que nunca le había visto. La ira hirviente de siempre ha desaparecido.

Le doy besos ligeros como mariposas en cada uno de sus párpados cerrados, luego dejo la máscara en la mesita de noche y lo observo un rato. El moratón bajo su ojo izquierdo. La tenue cicatriz cerca de su labio. Las largas pestañas desplegadas contra sus pómulos.

*Amor.*

Menuda palabra.

# 46

# KIR

*"Quemaré tu reino si intentas conquistarnos a mí y a los míos"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Kingdom Come", de The Civil Wars*

ME SIENTO RENACIDO.

Han pasado cuatro días desde el bautismo bajo la lluvia, y me siento como un puto hombre nuevo. Palabras como "paz", "felicidad", "satisfacción"... Antes ponía la nariz en alto y me burlaba de esa mierda. Si esos conceptos eran siquiera reales, cosa de la que dudaba mucho, nunca estuvieron destinados a gente como yo. Los Lazarev estábamos malditos; yo lo sabía, mi padre lo sabía y mi madre lo aprendió por las malas.

Resulta que me equivocaba. Los tengo al alcance de la mano. Esas manos no están limpias ni por asomo, pero mi zorrita me deja tocarla con ellas de todos modos.

Ahora es sábado por la mañana. Estoy tumbado en el sofá de mi ático con el teléfono apoyado en el pecho. Fuera, a través de las ventanas, el East River es de un gris plomo bajo un cielo bajo de

diciembre, y un remolcador avanza resoplando hacia el puerto. Normalmente, diría que esta tormenta que dura ya una semana es un fiel reflejo de mi estado interior.

Hoy no.

Hoy le estoy enviando mensajes a Jillian Pierce como un puto adolescente enamorado. Ni siquiera tengo la decencia de sentir vergüenza.

**ZORRITA**

*-Dime algo bonito. Necesito borrar de mi cabeza la imagen de Doug comiéndose ese pollo asado con las manos desnudas*

*-Seguro que no fue para tanto.*

*-Llevaba un puto babero.*

*-Respeto a un hombre que viene preparado.*

*-Hablas como alguien que una vez se coló en mi apartamento con una mochila llena de bridas y cinta adhesiva.*

*-Lo dices como si no te gustara que te aten.*

ELLA ENVÍA un emoji de un mono tapándose los ojos avergonzado.

*-DEMÁNDAME.*

*-¿Qué llevas puesto?*

*-Son las 9 de la mañana de un sábado, Kir. Llevo un pijama muy raído*

*-¿Entonces no es un babero?*

CASI PUEDO oírla reírse al otro lado del chat, a tres kilómetros del centro.

*-No, cabrón cachondo, no es un babero.*

*-Qué pena. Me estaba haciendo una bonita imagen mental. Pasaré a imaginarme todo lo que no llevas puesto debajo de la camiseta gris de la NYU.*

*-¿Cómo supiste que...? Oh, espera. La cámara. Eres un pervertido.*

*-He apagado la cámara.*

*-¿Desde cuándo?*

*-Desde que empezaste a montar un espectáculo. Le quitaste toda la diversión al espionaje.*

*-Eres imposible.*

*-Prefiero eso que ser predecible. Ser predecible te aburre.*

*-(Por suerte o por desgracia), ser "predecible" nunca ha sido una opción contigo. Lo mejor que puedo esperar es que "probablemente no me mates hoy".*

*-Hoy puedo garantizar tu seguridad.*

*-¿Y mañana?*

*-Mañana es mañana.*

*-Me derrito. Cálmate, corazón mío.*

ELLA VUELVE A ESCRIBIR, pero mientras espero a que desaparezcan las tres burbujas, suena el interfono. Lo ignoro, porque nadie con quien quiera hablar estaría usando el interfono ahora mismo. La lista de personas a las que me interesa ver tiene una sola persona, y le estoy enviando un mensaje justo en este momento.

Pero entonces, para mi irritación, vuelve a sonar. Luego una tercera vez, una quinta, una décima, todas seguidas. Alguien sabe que estoy en casa y que lo estoy ignorando, así que está apretando el timbre sin parar.

Toco el altavoz. —¿Qué?

—Abre la puerta, estúpido. Hace un frío de morirse aquí afuera.

Es Mat.

Le abro y desbloqueo la puerta, y luego me dejo caer en el sofá. El siguiente mensaje de Jillian llega mientras estoy en la puerta.

*-Por cierto, deberías volver a encender la cámara más tarde. Tenía algo planeado.*

Mi polla se pone dura al instante.

*-Es una idea encantadora, pero espera. Ha surgido algo.*

*-¿Es eso un código para decir "tengo que ir a cometer delitos"?*

*-Hoy no. Solo una plaga en mi puerta que hay que exterminar.*

El ascensor suena en el pasillo. Mat entra sin llamar y se detiene en la puerta para observarme con mirada crítica. Lleva un chaquetón negro sobre un jersey de cuello alto negro, el pelo oscuro mojado por la lluvia, y lleva dos tazas de café de la cafetería turca de la Segunda Avenida.

Deja un vaso sobre la encimera, se quita el abrigo y se deja caer en el sillón frente a mí con un suspiro melancólico y entrecortado que sugiere que quiere que le pregunte cómo está. No lo hago.

—Tu pequeña payasada en Sleep No More fue innecesaria —le digo.

Mat da un sorbo a su café. —No sé de qué estás hablando.

—Mat.

—Kir.

—¿De verdad pensaste que acorralar a Jillian y susurrarle amenazas vagas al oído la asustaría lo suficiente como para huir? No sé quién debería sentirse más ofendido, si ella o yo.

Él frunce el ceño. —Necesitaba oírlo.

—Necesitaba oírlo de *mí*. En *mis propios* términos. No de un desconocido enmascarado que la agarrara en la oscuridad… Ya ha tenido suficiente de eso para toda una vida.

—Estaba intentando...

—Sé lo que intentabas hacer. Y te digo que no era decisión tuya — Me incorporo y dejo caer las piernas del sofá—. Aléjate de ella.

Mat suspira de nuevo y levanta ambas manos en señal de rendición. —Vale. Mensaje recibido. Pero no es por eso por lo que he venido…

—Francamente, hombre, me importa una mierda por qué has venido. No si tiene algo que ver con ese tema —Carraspeo—. Lo que quiero saber es: ¿en qué punto estamos con la junta directiva?

La postura de Mat cambia en una milésima de segundo. A este viejo amigo mío le sienta bien esa máscara de abogado. A veces, casi se me olvida que corre por sus venas la misma sangre violenta que por las mías. —Tengo cinco de nueve asegurados —me dice—. Tú, obviamente. Además de Lambert, Fernández, Carillo y McCormick.

—Eso es uno menos que la mayoría de dos tercios.

—Soy consciente, gracias —Da unos golpecitos con el pulgar contra la taza de café—. Los cuatro restantes son tu padre, Mays, Blanchard y Solomon. Se puede decir con seguridad que tu padre votará en contra de la moción de dejarlo como un idiota incompetente. Mays es un hombre de Lukas hasta la médula; es un "no" seguro. Blanchard es una veleta; votará con quien crea que va a ganar cinco minutos antes de que la moción llegue al pleno. Lo que nos deja a Solomon.

—¿Y de qué lado está Solomon?

Mat hace una mueca. —Solomon está nervioso. No le gusta la imagen de un hijo destituyendo a su padre. Tonterías de lealtad a la vieja escuela, y él es de la vieja escuela hasta los huesos. Pero tampoco le gusta lo que ha estado oyendo sobre Astoria, y *realmente* no le gusta la idea de que se publique una investigación del *New York Times* mientras su nombre siga apareciendo en el membrete. Estoy trabajando con él. Pero va a estar reñido.

—La votación es dentro de dos días —le recuerdo—. Hay un "reñido" y hay otro "*reñido*".

—¿Te parece que necesito que me expliques esa mierda? —gruñe—. Por el amor de Dios, puto egoísta, estoy haciendo esta mierda por ti a pesar de que juré que no quería tener nada que ver. Un poco de gratitud no estaría de más.

—Ahórrame las quejas —gruño—. De todos modos, no sabrías qué hacer con un puto "gracias".

Sin embargo, sigue refunfuñando. —No te mataría reconocer el puto esfuerzo.

Mat se bebe la mitad del café de un trago y, cuando deja la taza sobre la mesa, me doy cuenta de que le tiembla un poco la mano. Eso es nuevo. No me gusta.

—Anoche hablé con Afon —dice con tono ominoso.

Eso me hace enderezarme. Mat no habla con su tío a menos que sea absolutamente necesario. No desde la noche en que rompió con el negocio familiar y se independizó. Lo que significa que lo que sea que lo haya arrastrado de vuelta a la órbita de Afon fue lo suficientemente grave como para anular todos los principios que se ha pasado la última década construyendo.

—¿Intencionalmente? —pregunto, aún inseguro.

—Me llamó él. —Mat aprieta la mandíbula—. Y antes de que digas nada… sí, lo sé. Sé lo que dije. Sé lo que dije que quería. Pero tienes

que escuchar esto.

Espero.

—Tu padre contrató a alguien para matar a Jillian.

—Lo sé.

Mat parpadea. —¿Lo *sabes*?

—Me lo dijo Afon. La semana pasada, después de lo de Brooklyn.

—Entonces, ¿por qué coño estás aquí sentado en vez de…? —Se detiene, se pellizca el puente de la nariz y se recompone—. Kir, amigo, escúchame muy jodidamente bien. Esto ya no es una amenaza. Esta mierda está literalmente en marcha. Lukas ya ha pasado la fase en la que confía en que tú te encargues. Otro tiene el contrato. La oportunidad que tenías de adelantarte a esto…

—Se ha cerrado —termino yo.

—Definitivamente —reitera Mat—. Lo que significa que estás viviendo con tiempo prestado que acaba de acortarse muchísimo.

Una sensación nauseabunda empieza a subirme por la garganta. —¿Cuánto más corto?

—No conozco todos los detalles —advierte, extendiendo las manos —. Solo sé que, a partir de la medianoche de ayer, se publicó el contrato de asesinato y el nuevo hombre de Lukas está al acecho.

*Mierda.*

Eso es todo lo que necesito oír. Salto del sofá, cojo las llaves de la mesita del recibidor y me lanzo la chaqueta. Mat se mueve rápido para ser un abogado. Se interpone entre la puerta y yo antes de que la alcance. —No hagas lo que creo que estás a punto de hacer —me aconseja.

—Apártate —gruño.

—Kir, si te pones en la línea de fuego, este asesino puede y te acabará de un puto tiro para llegar hasta ella. No seas un puto...

Lo agarro del hombro, le doy un giro y, con un movimiento de judo, lo tiro al suelo de espaldas con pulcritud y eficacia. Aterriza con un gemido y un jadeo. Hubo un tiempo en el que nunca me habría dejado manejarlo así de fácilmente, pero la vida como abogado lo está volviendo un poco lento y un poco blando.

Lo dejo tirado allí, balbuceando, mientras salgo al mundo.

¿Este hijo de puta mercenario quiere dispararme para llegar hasta Jillian? Que lo intente.

Lo *reto* a que lo intente, mierda.

## 47

# JILLIAN

*"Y ahí tienes una tormenta que estás provocando ahora"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Hurricane", de Halsey*

RAE ME RECOGE temprano el sábado por la mañana para que podamos conducir al norte del estado a visitar a su hermano en su centro de rehabilitación. La calefacción del Honda está a tope y aún así apenas gana la batalla contra el frío de diciembre que se cuela por las ventanillas. Me hago cargo de la música, obviamente: el gusto musical de Rae es notoriamente horrible.

—Solo digo que, si hay tantos ciervos, quizá deberíamos preocuparnos —comento, entrecerrando los ojos ante otra señal amarilla de paso de animales mientras sorbo los últimos restos aguados de mi café helado.

—¿Crees que están tramando algo? —bromea Rae—. ¿Una rebelión?

—No te burles —le advierto, manteniendo una expresión muy seria —. Serás la primera en ir contra la pared cuando llegue el levantamiento de los ciervos.

Ella se ríe. Es la primera risa de verdad que le oigo en semanas, lo cual es una agradable sorpresa. Se muestra muy reservada sobre todo lo que está pasando en su vida, pero me alegra ver que no la he perdido por completo.

—Ahí está —digo, mirándola con cariño—. Empezaba a preocuparme que mi alegre mejor amiga hubiera sido secuestrada.

—Solo estoy cansada —asegura—. He hecho horas extra en el trabajo.

—¿Él ha hecho algo nuevo? —Con "él" me refiero a Lukas, por supuesto, la pesadilla de nuestras vidas, aunque de formas muy diferentes.

—No, no, no. Solo estaba atascada en un… un proyecto difícil —Traga saliva y desvía la mirada hacia la ventanilla del copiloto—. Nada fuera de lo normal.

—Mmm.

No la presiono. Me gustaría hacerlo. Dios, cómo me gustaría. Todos mis instintos me gritan que pare el coche y le saque la verdad a la fuerza sobre lo que sea que Lukas Lazarev le esté haciendo a mi mejor amiga. Pero Rae tiene esa mirada en los ojos y agarra el volante con fuerza, y sé por experiencia que tocar ese tema en este momento solo hará que todo se desmorone de una forma para la que ninguna de las dos estamos preparadas.

Así que le doy espacio. Se me da bien eso. He tenido mucha práctica porque yo misma lo he necesitado.

Mi teléfono se ilumina sobre mi muslo. Echo un vistazo. Es Kir otra vez.

Aprieto los labios para evitar sonreír y/o soltar un torrente de palabras sobre lo repugnantemente feliz que soy. No quiero creer en esta cosa buena, porque las cosas buenas y yo tenemos una historia complicada. Parece un espejismo en el rabillo del ojo: si no lo miro

con demasiada intensidad, se quedará justo donde está, tal y como yo quiero.

—Hablando de estar ausente y distraída —dice Rae, mirándome de reojo—, últimamente has estado un poco en las nubes.

Aprieto con fuerza el vaso de café helado entre los dedos. —¿A qué te refieres?

—Me refiero a que tú, señorita *"nunca dejo el móvil más tiempo del necesario",* has tardado una eternidad en responder a mis mensajes esta semana. Y ahora, esta mañana, no dejas de mirar el móvil como si esperaras recibir la noticia de que te ha tocado la lotería.

Finjo soltar un suspiro de cansancio. —Cosas del trabajo —es la vaga evasiva que le ofrezco.

—Supongo que todavía no puedes hablarlo, ¿verdad? —pregunta Rae.

—No —Niego con la cabeza, agradecida de que se haya creído la mentira—. Pronto, pero todavía no. Es delicado. Y, sinceramente, cuanto menos sepas ahora mismo, mejor.

Eso es cierto en muchos sentidos.

Las cosas van bien. Desde el beso bajo la lluvia tras la cita del miércoles por la noche, he estado en una nube. Cuando no estoy enviando mensajes sin parar a Kir, voy volando en el trabajo, y por fin puedo ver la luz al final de este túnel de Elena Lazareva. Conozco el meollo de la historia, gracias a Kir, así que a estas alturas solo queda la verificación, las pruebas, las evidencias, todo eso que forma parte de mi trabajo.

Pero no puedo contarle nada de esto a Rae. Ni lo de Kir ni lo del artículo. Está ahogándose en su propio lío con Lazarev y apenas mantiene la cabeza a flote. Aunque Kir me haya prometido que me mantendrá a salvo, sigo oyendo la advertencia de aquel desconocido

de Sleep No More resonando en mi cabeza. Las personas cercanas a mí son objetivos. Por definición, eso incluye a Rae.

Así que me callo y cambio de canción.

Por suerte, llegamos al Centro de Recuperación Westgate antes de que ella tenga oportunidad de hacer más preguntas. Es una buena visita con su hermano. Desde que murieron sus padres, Gideon ha tenido más problemas de los que le correspondían, pero hablando de luces al final de diversos túneles, parece que está a punto de entrar en su era de felicidad. Ha ganado peso, se ha rellenado y vuelve a haber vida en sus ojos. Pasamos un rato en la sala común, riéndonos como en los viejos tiempos hasta que se acaba el horario de visitas y llega la hora de volver a casa.

Salimos por las puertas dobles al aparcamiento, y estoy a medio decir que vamos a cenar algo de camino a casa cuando Rae se detiene.

Sigo su mirada… y entonces yo también me quedo paralizada.

Kir Lazarev está apoyado contra un sedán negro, mirando su teléfono.

Rae palidece a mi lado. Su mano busca mi antebrazo y lo aprieta.

Sé por qué *está* confundida. Kir es su jefe. O lo era. ¿O lo es de nuevo? La verdad es que no tengo claros los detalles. Más concretamente, es el hijo del hombre que la compró en una subasta y que poco a poco está destrozando su vida. Que Kir aparezca en el centro de rehabilitación de su hermano, sin avisar, es una violación de todos los límites que le quedan.

Pero se me revuelve el estómago por una razón totalmente diferente.

Porque sé, sin necesidad de preguntar, que Kir no está aquí por Rae. Está aquí por *mí*.

Algo pasó después de que nos enviáramos mensajes esta mañana. Algo lo suficientemente grave como para que condujera dos horas hacia el norte y rastreara mi ubicación hasta un centro de recuperación en Saugerties.

Kir se guarda el móvil en el bolsillo al acercarnos. Mira primero a Rae.

—Kir —suelta Rae—. ¿Qué haces aquí?

—Visitando a un amigo —dice.

Es una mentira terrible. Ni siquiera lo intenta. Su atención ya se está desviando de Rae para posarse en mí, y la diferencia entre las dos miradas es tan obvia que me sorprende que Rae no se dé cuenta de inmediato.

La que le dirige a Rae es una mirada plana, educada y sin sentido.

La que me lanza a mí es una señal de alarma roja parpadeante.

Mi pulso se acelera con fuerza.

—Jillian Pierce, ¿verdad? —dice Kir, tendiéndome la mano—. He oído hablar mucho de ti.

Me niego intencionadamente a estrechársela. —¿Quién eres? —pregunto, manteniendo un tono seco y monótono, porque Rae está justo a mi lado y no puede saber que he tenido el cinturón de este hombre alrededor de mi cuello y su pene dentro de mí.

—Kir Lazarev. El jefe de Rae. Bueno... —Sonríe—. Uno de ellos, al menos.

Se guarda la mano en el bolsillo. Todos nos quedamos allí de pie. El viento se intensifica y envía una ráfaga de hojas secas que se deslizan por el asfalto. Puedo sentir a Rae a mi lado, presa del pánico, confundida, tratando de entender lo que está viendo. Y yo estoy mirando a Kir con ira, y Kir me está mirando con ira, y para

Rae probablemente eso se interprete como hostilidad mutua. Odio a primera vista.

No es exactamente eso lo que está pasando.

*¿Qué ha pasado?,* preguntan mis ojos.

*Aquí no,* responden sus ojos.

—Deberíamos irnos —interviene Rae, con la mano en mi codo—. Nos queda un largo viaje de vuelta.

—Por supuesto —Kir se hace a un lado y señala el destartalado Honda de Rae con aire de falsa galantería—. Conduzcan con cuidado, señoritas —Su mirada se clava en la mía—. Las carreteras por aquí son *muy* peligrosas.

Luego, se mete en el sedán negro, el motor cobra vida y se aleja entre los árboles desnudos del invierno.

El aliento de Rae se condensa en el frío. —¿Qué *coño* ha sido eso?

Miro la carretera desierta donde estaba el coche de Kir hace un segundo. Mi corazón late a mil por hora. Lo que sea que lo haya asustado tanto como para aparecer aquí era algo que no podía decir delante de Rae, lo que significa que es malo. Muy malo.

—¿…Jilly?

Parpadeo. Rae me mira, esperando una respuesta.

—Ni idea —digo—. Tu jefe es un bicho raro.

Rae no se ríe. No parece en absoluto tranquila. Pero abre el coche y nos metemos dentro. Subo la calefacción y la música y finjo que todo va bien.

Sin embargo, tengo la sensación de que *nada* va nada bien.

Nada va bien en absoluto.

## 48

# JILLIAN

*"Cuando la violencia provoca silencio, debemos estar equivocados"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Zombie", de The Cranberries*

ESTABA TAN segura de que me enviaría un mensaje. Durante todo el camino de vuelta a casa desde Westgate, mientras Rae conducía y yo fingía dormir la siesta en el asiento del copiloto, mantuve el móvil en la mano bajo el abrigo de Kir, esperando el pitido. Pero nunca llegó.

Rae me dejó delante de mi edificio con un abrazo y una mirada preocupada, y luego se marchó para devolver el coche de alquiler. Subí las escaleras con paso pesado, me cambié, fui al gimnasio, hice ejercicio, volví a casa, me duché, preparé la cena y… seguía sin haber noticias.

Ahora es domingo por la mañana y empiezo a preocuparme. No me he podido quitar de encima a ese hombre en semanas, pero ahora que quiero saber qué está pasando, de repente no hay ni rastro de él. Eso es todo menos una buena señal.

No dejo de darle vueltas a la conversación en mi cabeza. Es frustrantemente escasa. *Las carreteras por aquí son muy peligrosas.* ¿Qué demonios de mensaje es ese? Estoy a punto de empezar a contar letras y a hacer numerología bíblica con lo que dijo para encontrar significados ocultos*.*

Y luego está la *otra* cosa. Lo de la palabra que empieza por "A". No hemos hablado de eso y no hay indicios de que tal conversación esté en nuestro futuro. Simplemente soltó esa bomba de forma casual bajo la lluvia torrencial y gélida y luego dejó que explotara en mi cabeza.

*Amor. Esa es la parte que lo jode todo.*

La subestimación del maldito año. Eso lo jode *todo.* Si todo esto fuera una especie de terapia de exposición sexual demencial pero teóricamente defendible, sería fácil decir: *Genial, misión cumplida,* y así no tener que volver a ver a Kir nunca más. *El Dr. Acosador Enmascarado declara al paciente curado.*

Pero es mucho más que eso.

¿Cuánto más? Eso está por verse.

He dejado de fingir que voy a tener un domingo normal. Me ducho, me visto y cojo el metro hacia la oficina. La única alternativa al trabajo de fin de semana es quedarme sentado en mi piso actualizando un hilo de mensajes que se niega a actualizarse, y no me interesa en absoluto esa tortura en particular. Ergo, al trabajo.

La redacción es, como era de esperar, aburrida. Solo hay un puñado de editores de fin de semana y un tipo de Deportes dormido sobre el teclado. Me deslizo hasta mi cubículo, abro el portátil y abro todos los documentos que tengo sobre Lazarev Global.

Si Kir no quiere hablar conmigo, perfecto. Trabajaré.

El informe del laboratorio forense sigue en mi bolso. Lo extiendo sobre la mesa junto a mis notas de la entrevista con Kir sobre sus

antecedentes. Ahí está el informe de la autopsia de Elena Lazareva, identificada positivamente por los registros dentales, y el nuevo documento que confirma rastros de fenobarbital en la médula ósea. Lo tengo todo delante de mí, al descubierto y a la vista. La conclusión: una mujer quería dejar a su tiránico marido multimillonario y acabó bajo una obra en Astoria durante dieciocho años.

Con la palabra que empieza por "A" o sin ella, quizá huir sea lo correcto después de todo. Hay un argumento muy sólido a favor de que lo más inteligente que puedo hacer es terminar este artículo, entregárselo a Doug y cortar todos los lazos que me unen a la familia Lazarev.

Publicar la historia. Y luego salir de ahí. Una ruptura limpia e irreversible.

Pero ¿cómo puedo hacerlo si eso significa dejar atrás a Kir?

Escribo durante horas sin parar. Para cuando termino, ya casi ha anochecido. Guardo el borrador, bloqueo mi portátil y cojo mi abrigo. Soy la última que queda. Incluso el chico de Deportes se despertó y se fue en algún momento. Bajo sola en el ascensor y salgo a la fría noche de Manhattan.

Decido ir andando a casa a pesar del frío, sobre todo para mantener la mente ocupada. Me arrepiento de la decisión casi de inmediato, pero mamá Pierce no crió a una cobarde, así que aprieto los dientes y me obligo a seguir poniendo un pie delante del otro. Para cuando llego a mi edificio, estoy helada hasta los huesos. Empiezo a subir las escaleras, deseando con ansias una ducha caliente y una manta gruesa y mullida.

Y, por supuesto, es entonces cuando, como era de esperar, la luz del edificio se va a la mierda.

Estoy a mitad de camino de mi piso cuando se apagan las luces. Todas, hasta la última. La escalera queda a oscuras.

Joder. Otra vez no.

La última vez que se fue la luz en este edificio, un hombre enmascarado me estaba esperando en mi apartamento con una pistola.

Mi mano encuentra la barandilla y me detengo. El corazón me late con fuerza en el pecho. Me quedo allí de pie unos diez segundos, respirando por la nariz, escuchando con atención. Pero no oigo nada. Ni pasos, ni respiración. Ni un solo sonido, salvo el lejano murmullo de la ciudad ahí fuera.

Entonces, asustada, subo el resto de las escaleras a tientas, con una mano en la barandilla y la otra extendida delante de mí, con las llaves asomando por los huecos entre los dedos. Llego a mi piso, pero, curiosamente, ni siquiera las luces de emergencia están encendidas.

Encuentro mi puerta contando los pasos desde la escalera, introduzco la llave en el cerrojo y giro.

Se abre de par en par… y me quedo sin aliento.

Lo primero que veo en mi piso son velas. *Por todas partes*. En la encimera de la cocina, en el alféizar de la ventana, en la mesita del salón, en las estanterías, en el suelo a lo largo de los zócalos. Velas de té, velas cilíndricas, velas cónicas clavadas en tazas de café y viejas botellas de vino. Debe de haber quinientas, quizá más. Todo el apartamento brilla con una luz cálida y dorada, y hay un olor en el aire que no es de cera de vela. Es ajo y mantequilla, algo asado y con aroma a hierbas, y debajo de todo eso hay… *canela*.

Debería haberlo sabido.

La mesa de mi cocina está puesta para dos. El vino ya está servido en dos copas. Hay un bol de ensalada, un plato de pollo asado con verduras y pan sobre una tabla de cortar.

Kir está de pie junto a la encimera con las mangas remangadas hasta los codos. Lleva un paño de cocina colgado del hombro. Se ha echado el pelo hacia atrás y parece concentrado y hogareño.

Abro la boca para decirle que, si está intentando meterse en mis bragas esta noche, esto es muy eficaz, pero también supone un gran esfuerzo. Sabe que no soy tan difícil de convencer cuando se trata de acostarme con él últimamente.

Levanta un dedo sin mirarme, sin dejar de cortar el pan en trozos. —No hagas preguntas esta noche —me interrumpe—. Solo siéntate.

Miro la mesa. Miro las velas. Miro a este hombre que irrumpió en mi apartamento para matarme hace cinco semanas y ahora me está sirviendo pollo asado con una ensalada.

Entonces, sonriendo, me siento.

—¿Dónde aprendiste a cocinar? —le pregunto, robándole un trozo de pan de la tabla de cortar.

—En YouTube —admite Kir mientras se sienta a mi lado—. Hace unas cuatro horas.

Casi me atraganto con el vino. —¿Has aprendido a hacer esto *hoy*?

—Estaba motivado —Da un sorbo a su copa—. Además, quemé el primer intento. Y el segundo. Por cierto, la pila de tu detector de humo está agotada. Deberías arreglarlo.

—Lo añadiré a la lista. Justo debajo *de cambiar las cerraduras de las ventanas* y *dejar de acostarme con hombres que se cuelan en mi apartamento*.

Me lanza una mirada divertida. Luego comemos.

Es extraño lo normal que se siente todo esto. La luz de las velas, el vino. Los tenedores rozando silenciosamente los platos. Si entrecierro los ojos e ignoro algunos detalles sin importancia, podríamos ser cualquier pareja en cualquier apartamento cualquier

domingo por la noche en Nueva York. Me vuelve a llenar la copa sin que se lo pida y me pasa el pan antes de que yo lo coja. Come con la mano izquierda, algo que nunca había notado antes. Lo archivo junto con todos los demás detalles insignificantes, inútiles y preciosos que he ido recopilando sobre él.

—Espero que no te importe que esta noche no lleve máscara —dice Kir, secándose la boca con una servilleta—. Sería difícil comer con ella puesta.

Me río. Pero la broma abre una puerta que no esperaba, y la risa se desvanece más rápido de lo que debería. Empujo un trozo de pollo por el plato con el tenedor.

—A mí me importa —digo—. La máscara. Probablemente debería explicarte por qué.

Kir deja el tenedor sobre la mesa y espera pacientemente a que yo continúe cuando me apetezca.

Doy un largo trago al vino. Luego, dejo la copa sobre la mesa y la agarro con ambas manos por la base, porque necesito algo a lo que aferrarme.

—Cuando tenía diecinueve años —empiezo—, estaba en mi segundo año de la universidad. Fui a una fiesta. Bebí demasiado. Me fui a mi habitación de la residencia con un chico porque parecía simpático y yo estaba borracha y fui una tonta. —Trago saliva—. No era simpático. En absoluto.

La luz de las velas parpadea sobre el rostro de Kir. Me mira fijamente. Pero no me atrevo a cruzar mi mirada con la suya.

—No recuerdo todo. Solo fragmentos. El techo tenía una grieta. Junto a la puerta había un calcetín que llevaba toda la semana buscando. Es curioso que eso sea lo que recuerdo, pero es como si mi cerebro se hubiera ido a otro sitio. A algún lugar más seguro que mi propio cuerpo.

Me doy cuenta de que estoy agarrando la copa de vino con tanta fuerza que el tallo podría romperse. Me obligo a aflojar el agarre, dedo a dedo.

—No se lo conté a nadie. Volví a mi residencia, me di una ducha y fui a clase a la mañana siguiente y solo… seguí adelante. Eso es lo que hay que hacer, pensé. Si lo denunciaba, eso significaba que yo… que él… como que *había ganado*.

Me detengo y respiro.

—No he estado con nadie desde entonces. Durante cinco años, ni una sola persona. Hasta que apareciste tú.

Por fin, me arriesgo a mirarlo. Kir está completamente inmóvil. Tiene las manos apoyadas en la mesa a ambos lados del plato, la comida olvidada hace tiempo. Me mira con la atención más cuidadosa y controlada que jamás le haya visto, y me doy cuenta de que se mantiene muy, muy quieto a propósito, porque sea lo que sea lo que esté sintiendo ahora mismo, no quiere que se le escape y que esto se convierta en algo sobre él.

—Lo que me lleva a la máscara —continúo—. Cuando llevabas puesta la máscara, no eras… no eras una persona. No eras un hombre con un rostro, un nombre y una historia. Solo eras algo en la oscuridad. Y algo en la oscuridad no podía hacerme daño, porque no era real. ¿Tiene sentido?

Asiente, pero no dice nada.

—Me dio permiso para volver a desear algo. Me encontré capaz de dejar que alguien me tocara sin que cada neurona de mi cerebro me gritara que huyera. Y eso fue suficiente para permitirme permanecer en mi cuerpo por primera vez en cinco años.

He terminado. Hay más… hay mucho más, todo un capítulo que me he saltado, una habitación de hospital y el llanto de un bebé y una pulsera en una muñequita… pero esa parte permanece bajo llave.

Esa parte sigue *siendo mía*. Lo que le he dado es suficiente por ahora. Es lo máximo que le he dado nunca a nadie.

Los cientos de velas que nos envuelven en su calor titilan mientras Kir se inclina sobre la mesa y me coge la mano. —Lo habría matado si te hubiera conocido entonces —dice sin rodeos.

Una persona normal quizá habría dicho "*siento lo que te pasó*". Quizá un "*¿Has pensado en ir a terapia?*".

Kir Lazarev me ofrece un asesinato a sangre fría.

¿Y sabes qué es lo curioso? No solo que le crea, porque Dios sabe que lo hago. Lo curioso es que me siento extrañamente reconfortada por la oferta.

¿Qué significa que la idea de la venganza cure algo en mí? ¿Hasta qué punto me he jodido? ¿Siempre fui así? ¿O fue Kir quien me convirtió en esto? ¿Fue mi violador? ¿Soy más feliz en la oscuridad que a la luz? ¿Es un acosador enmascarado y asesino el único hombre al que podría amar y dejar que me ame? ¿Es *"amor"* siquiera una palabra que nos sirva?

Todo lo que tengo son preguntas, preguntas, preguntas. Hay una broma obvia de periodista ahí en alguna parte, pero si somos sinceros, no me importaría tener algunas respuestas reales en algún momento.

Por ahora, sin embargo, lo único que tengo es esto: unos ojos grises y ardientes clavados en los míos, dedos entrelazados, velas a nuestro alrededor mientras nos consumimos juntos. De alguna manera, el fuego hace que la oscuridad parezca más oscura.

Creo que me gusta así.

Entonces, se oye un ruido.

Algo entre un roce y un arrastre de pies, justo fuera de mi puerta principal.

La mano de Kir suelta la mía. Endereza la espalda. Baja la barbilla. Sus ojos se vuelven planos y fríos, absolutamente vacíos de cualquier cosa que yo reconozca. Mete la mano izquierda debajo de la mesa y saca una pistola. No parece sorprendido en absoluto, y de repente me doy cuenta de que eso es porque no está sorprendido en absoluto.

Sea lo que sea esto, él lo esperaba.

—Ve al baño —ordena Kir con voz tranquila y firme—. Cierra la puerta con llave. No salgas hasta que me oigas decir tu nombre.

No me muevo de inmediato. Mis manos siguen agarrando la copa de vino. Las velas siguen titilando. El pan sigue sobre la tabla de cortar. Todo parece igual que hace diez segundos, pero ya nada tiene sentido.

—Jillian —No me mira. Está mirando hacia la puerta principal—. Ve. *Ahora*.

Me voy.

No lo pienso. Mi cuerpo simplemente obedece, las piernas me llevan por el corto pasillo hasta el baño antes de que mi cerebro tenga tiempo de formarse una opinión. Entro, cierro la puerta y giro el pequeño y endeble pestillo de botón de la manilla. No es nada. Aguantaría medio segundo contra cualquiera que realmente quisiera entrar. Pero es todo lo que tengo, así que me conformo.

Luego, apoyo la espalda contra la puerta y me tapo la boca con ambas manos.

Oigo los pasos de Kir atravesando el apartamento. El crujido de la puerta principal al abrirse lentamente.

Luego, una explosión de ruido. Gruñidos, golpes, portazos, cristales rompiéndose.

Rasguño, rasguño, rasguño.

Luego, algo que nunca podré borrar de mi memoria.

Es *húmedo*. Esa es la única palabra para describirlo. Húmedo, denso y definitivo, y lo oigo una segunda vez antes de que todo quede tan silencioso como una tumba.

Después de eso, no hay nada.

# 49

# KIR

*"Arderé por ti. Sentiré dolor por ti. Giraré el cuchillo y desangraré mi corazón dolorido"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "#1 Crush" de Garbage*

He estado esperando a ese hijo de puta toda la noche.

Pero justo en el momento crucial, casi lo había olvidado.

Me había absorto demasiado en esa mierda que solo estaba destinada a ser un señuelo. Velas, pollo y vino, los placeres sencillos de la compañía de Jillian… Todas esas cosas que, lenta pero inexorablemente, me han arrastrado a aguas profundas, psicológicamente hablando. Mucho más allá de los límites donde se suponía que debía haberme detenido hace ya mucho tiempo.

El apagón fue obra mía, para empezar. Corté el interruptor principal en el armario de servicio del sótano antes incluso de colarme en su apartamento. Un edificio sin electricidad es un edificio sin cámaras, ni luces, ni alarmas. Es una invitación, un blanco fácil que prácticamente grita: *Cua, cua, ven a matarme* a un posible asesino.

Eso fue intencionado. Quería que el mercenario de Lukas se sintiera cómodo. De esa forma, se acercaría tranquilamente a la puerta de Jillian pensando que tenía la ventaja.

Quería ser lo último que viera cuando se diera cuenta de que nunca tuvo ninguna oportunidad.

Así que el apagón fue real, sí. Pero en algún momento, el resto también se volvió real. Cuando empezó a hablar de las cosas que ese puto violador le hizo, que le robaron la santidad del único lugar que siempre se suponía que debía ser sagrado y seguro para ella, su propio cuerpo, su propia mente, vi rojo, y todos los pensamientos sobre la logística de mi velada y la proyección de prevención del asesinato quedaron instantáneamente a un lado.

Las manos de otro hombre sobre ella… Empujándola sobre un colchón húmedo… Un único calcetín gris como única compañía…

No hay palabras para describir lo que le haría a ese cabrón. Lo despellejaría. Le arrancaría cada centímetro de piel del cuerpo. Abrazaría la herencia violenta de mi familia solo para hacer que le doliera, y le doliera, y le doliera aún más. Quizás algún día tenga la oportunidad de hacer precisamente eso. No puede haber huido muy lejos. Al menos, no lo suficiente como para esconderse de mí.

Una parte de mi mente se adentró en ese laberinto. El resto de mí, cada una de mis neuronas, estaba al otro lado de la mesa con ella, tratando de darle una fuerza en la que no debería tener que apoyarse, porque eso nunca debería haberle pasado en primer lugar. Mientras hablaba, me quedé clavado, pensando una y otra vez: *Esta mujer es más valiente de lo que yo jamás seré.*

Me perdí en eso. En esa oleada de sentimientos hacia ella que no tiene nombre y no conoce fin. Si el rasguño hubiera llegado treinta segundos antes, mientras aún le sostenía la mano al otro lado de la mesa con el pulso rugiendo en mis oídos y fantasías de venganza y asesinato repitiéndose en bucle detrás de mis ojos, quizá habría reaccionado con lentitud.

Un cuarto de segundo de retraso. Eso es todo lo que hace falta en esta vida.

Pero lo oí, gracias a Dios. El roce de la suela de una bota sobre las baldosas del pasillo, seguido del más leve clic metálico de un silenciador enroscándose en un cañón. Sonidos de aficionado, la verdad. Un profesional habría sido más silencioso. Lukas contrató a gente barata, lo que me dice que Lukas se está desesperando.

Eso está bien. Él será el siguiente.

Primero, me encargo de su sicario.

Una vez que Jillian está en el baño, compruebo que el seguro de mi pistola está quitado. Luego me arrastro por el salón con pasos silenciosos, me aplasto contra la pared junto a la puerta principal, respiro por la boca y empiezo a contar los latidos del corazón.

Uno.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Entra al contar hasta seis, rápido, con la intención de sorprender y aturdir a quienquiera que haya dentro.

La puerta estalla hacia dentro y el hombre se precipita por el umbral agachado, con la pistola silenciada apuntando a la izquierda, donde está la mesa de la cocina, donde Jillian estaba sentada hace treinta segundos hasta que le dije que se fuera a esconder. Es de complexión compacta, quizá 1,78 m, vestido todo de negro con un pasamontañas calado hasta los ojos. Su postura es correcta. Codos pegados al cuerpo, control del arma, hizo una entrada rápida y decisiva. Pero está mirando en la dirección equivocada, porque esperaba encontrar a una mujer sola.

En su lugar, me ha encontrado a mí.

Agarro su silenciador con la mano izquierda y le giro el cañón hacia el techo. Su disparo impacta en el yeso sobre el marco de la puerta, un *golpe* sordo que hace que una nube de polvo blanco caiga sobre los dos. Antes de que pueda reaccionar, le clavo la culata de mi Makarov en el puente de la nariz. El cartílago cruje. Se tambalea. Le arranco el arma de las manos y la lanzo detrás de mí, por el pasillo.

Se recupera más rápido de lo que esperaba. Hay que reconocerle el mérito, supongo, aunque al final no le salvará. Me lanza un codazo corto que me alcanza en la boca, rasgándome el interior de la mejilla contra los dientes. Siento cómo la sangre me brota en la lengua. Lo sigue con una rodilla dirigida a la ingle que apenas consigo desviar a tiempo para que me golpee en el muslo.

Vale. Lo haremos así.

Dejo caer mi propia pistola. Para esto quiero mis jodidas manos desnudas.

Esquivo su siguiente puñetazo temerario, le agarro la muñeca, le retuerzo el brazo a la espalda y lo estrello de pecho contra la pared del pasillo. Una foto enmarcada del skyline de Manhattan se estrella contra el suelo. Se resiste e intenta darme un cabezazo, golpeándome la barbilla con la nuca con tanta fuerza que me hacen chocar los dientes. Respondo estrellándole la cara contra la pared una vez, dos veces, y en el segundo impacto siento cómo el hueso cede bajo el yeso.

Mierda, qué bien sienta. No puedo ponerle las manos encima al violador de Jillian, al menos, todavía no, así que este pedazo de mierda tendrá que hacer de sustituto involuntario por ahora. Reducirle la cara a un puto puré es un placer ardiente y salvaje.

*Esto es por ella,* pienso con severidad. *Mi padre creyó que podía tocarla. Se equivocó, pero yo aún no estoy lo suficientemente cerca*

*como para pagar el precio, así que tú tendrás que soportar su dolor en su lugar. Te mereces* esto, *y* esto, *y* esto.

Con cada *"esto",* le rompo otro dedo. Se rompen como cerillas. Jodidamente fácil. Apenas tengo que esforzarme.

Para cuando llego al tercer dedo destrozado, ya ha perdido toda voluntad de luchar. Cae de rodillas. La sangre le brota de la nariz y tiene un corte en la frente, donde el yeso le ha abierto la piel. Está acabado y lo sabe. Sus ojos están desorbitados y llenos de miedo mientras el final de su lamentable vida se acerca a toda velocidad.

Me agacho, agarro un puñado del pasamontañas y se lo arranco de un tirón. Debajo hay un rostro que no reconozco. Pelo rubio, barba de tres días. Olvidable. Solo un contratista desventurado que Lukas encontró y señaló a la mujer que amo.

—¿Quién te ha enviado? —le pregunto, aunque ya lo sé. Quiero oír el nombre de su boca.

Su labio ensangrentado tiembla mientras la baba y los mocos le gotean sobre el parqué de Jillian. —Lazarev.

—¿Cuál?

Sus ojos se clavan en los míos. Sea lo que sea lo que ve allí, le lo dice todo. —El viejo —dice con voz ronca.

Asiento. —Eso es lo que pensaba. Bueno, *este* Lazarev está aquí para decirte que ya no se necesitan tus servicios —Me agacho para coger su pistola con silenciador del suelo.

Abre la boca para gritar, pero no llega más allá de "¡N…!" antes de que una bala en el tronco cerebral acabe con lo que queda de él.

El cuerpo se desploma de costado sobre el suelo del pasillo de Jillian. Una pierna se le contrae. Luego, nada.

Me quedo de pie junto a él, respirando con dificultad, la pistola con silenciador aún caliente en mi mano. La sangre empapa la parte

delantera de mi camisa. Es suya, no mía, aunque puedo saborear la mía donde me ha cortado el interior de la mejilla.

—¿…Kir?

La voz de Jillian llega flotando a través de la puerta del baño, débil y firme, pero quizá un poco menos asustada de lo que habría estado de otra manera. Me gusta pensar que eso es mérito mío. Que la hice sentir segura, a pesar de la tormenta de caos que se arremolinaba a su alrededor.

Sin embargo, no le respondo de inmediato.

Estoy mirándome las manos. Se parecen más a las de mi padre de lo que jamás había imaginado. Los mismos nudillos anchos, los mismos dedos largos. Cicatrices y tatuajes como los suyos. En cuanto a lo que hay en mi interior… Bueno, siempre juré que era todo lo contrario a Lukas Lazarev. Aunque ya no estoy tan seguro. Hace diez minutos, mi zorrita se sentó frente a mí y me contó lo que le hizo un hombre violento. Cómo la inmovilizó y le quitó algo que no le pertenecía. Cómo su mente abandonó su cuerpo para sobrevivir a aquello. Cómo pasó cinco años luchando simplemente por volver a existir dentro de su propia piel.

Y entonces, en la habitación de al lado, me convertí exactamente en eso.

Un hombre violento con sangre en las manos y un cuerpo a sus pies.

Quizá Lukas tenía razón sobre mí. Quizá soy su hijo, de pies a cabeza.

Pero mientras sea por *su* bien…

…quizá no importe.

## 50

# JILLIAN

*"Encontré la paz en tu violencia. No me digas que no vale la pena intentarlo. Estoy en mi elemento y he estado callado demasiado tiempo"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Silence", de Marshmello con Khalid*

GIRA el pomo de la puerta del baño. Me levanto de donde estaba sentada, en el borde de la bañera, con una mano apoyada en la pared para sostenerme y la otra llevada a la boca para morderme nerviosamente las uñas.

La puerta se abre. Dejo de respirar.

Kir está de pie en el umbral. Tiene la camisa manchada de sangre y ambas manos rojas hasta la muñeca. Su rostro, sin embargo, está completamente inexpresivo.

—Jillian —dice con voz ronca.

Me quito las manos de la boca. Tengo los dedos entumecidos y las uñas mordidas hasta la raíz.

Antes de hacer nada, lo examino de arriba abajo. Tiene la boca ligeramente hinchada y el enrojecimiento en el lado de la mejilla tiene la forma de un puño. Una mancha de polvo de yeso salpica su cabello como canas, lo que me da una visión repentina e inesperada de cómo se verá dentro de treinta años. Como era de esperar, le queda bien.

Luego, miro más allá de él, hacia el pasillo.

Hay un hombre muerto en mi apartamento.

Está boca abajo. Un brazo está doblado en un ángulo en el que los brazos no se doblan. Un pasamontaña yace arrugado a su lado. La sangre debajo de él es oscura y se extiende en un charco lento y desigual que ya ha llegado al zócalo.

No se mueve. No volverá a moverse jamás.

No he visto un cadáver desde los funerales de los padres de Rae, y aun así, fue solo un breve vistazo al ataúd antes de apartar la mirada, incapaz de soportarlo. Aunque el funerario hizo un buen trabajo restaurando su buen aspecto, no se podía negar la muerte de ellos. Desde entonces, lo más cerca que he estado son las fotos de la escena del crimen para el trabajo, y es fácil convencerse de que esas no son reales.

¿Esto? Esto no es eso. Esto es jodidamente real. Esto es tridimensional y cálido y lo suficientemente cerca como para olerlo, y está en el suelo de mi apartamento, rodeado por todos lados de velas que parpadean alegremente.

Espero a que el grito salga de mí, pero no llega. Mis piernas se mantienen firmes, el suelo no se precipita hacia mí y mi cuerpo no se bloquea ni falla en absoluto. De hecho, no pasa nada en absoluto.

Entonces, miro a Kir.

—¿Estaba aquí por mí? —pregunto.

Kir asiente una vez.

—¿Por eso preparaste la cena?

Kir suspira. Baja la mirada hacia sus manos ensangrentadas y luego vuelve a mirarme. —Sabía que iba a venir —explica—. Aunque no sabía exactamente cuándo. Así que te necesitaba aquí, en un entorno controlado, donde pudiera esconderte en un lugar seguro en cuanto empezara todo.

De repente, toda la velada se reorganiza en mi cabeza. *Él* hizo todo esto. Apagó las luces, encendió las velas, escondió la pistola, preparó la cena. Es bueno-malo-bueno-malo, tan vertiginoso que me siento mal solo de pensarlo. Sé que las personas son complejas y todo eso, pero *¿*cómo puede un solo hombre ser tantas *cosas* a la vez*?*

Es un caballero andante y un asesino a sangre fría. Es un héroe y un espectáculo de terror. Es un acosador y un salvador, un amante y un lunático, y la idea de que esas manos ensangrentadas me toquen me hace querer retorcerme, chillar e implosionar de formas que nunca había deseado. Me está cambiando, poco a poco.

Y yo se lo estoy *permitiendo*.

Me encanta el proceso de permitírselo.

Lo más desconcertante de todo es la falta de reacción en el espacio mental donde debería estar el horror. Sigo esperando a que aparezca y me golpee en el estómago. En cualquier momento, seguro. Solo unos segundos más y miraré el cadáver en mi suelo y sentiré la repulsión adecuada. Quiero decir, Kir organizó una cita en torno a un asesinato y luego no le dio ni una pizca de piedad a ese intruso.

*Yo lo habría matado,* dijo sobre mi violador. ¿Qué es esto sino una prueba de lo mucho que lo decía en serio?

—No puedes quedarte aquí esta noche —declara Kir.

Miro el pasillo detrás de él. El cadáver. La sangre. Las velas aún encendidas, las quinientas todas, alegres, cálidas y completamente

incongruentes junto al hombre muerto en el suelo.

—No —asiento—. Supongo que no.

Me tiende la mano.

Hay sangre en ella. Seca en los pliegues de sus nudillos, incrustada bajo sus uñas, manchada por toda su palma. La sangre de otro hombre. Un hombre que vino aquí a matarme y, en cambio, acabó muerto él mismo.

La cojo.

Los dedos de Kir se cierran alrededor de los míos y pasamos juntos por encima del cadáver.



Me lleva a su apartamento. Salgo al suelo de madera oscura y me quedo allí un segundo, contemplándolo.

No hace falta decir que es enorme. Las ventanas sin marcos ocupan toda la longitud de la pared del fondo, y las vistas son increíbles. Puedo ver las crestas espumosas de las olas en el East River, a los peatones que cruzan el puente de Queensboro, todo el brillante horizonte desplegado como un diorama.

El mobiliario también es como esperaba. No faltan las líneas limpias y el cuero oscuro y reluciente. Hay una mesa de centro de mármol con una grieta que recorre el centro. No es lo suficientemente artística como para ser intencionada, lo que me hace pensar que él la rompió, lo que me hace preguntarme cómo y por qué sintió la necesidad de estropear sus propios muebles, lo que me hace recordar la violencia que lleva dentro, lo que me hace sonrojarme y temblar por todo el cuerpo.

Le doy la espalda y paso de largo. La cocina está tan impecable como el resto de la casa, tallada en mármol negro con una artesanía

tan perfecta que parece que toda la habitación es una sola pieza de roca fluida. Dicho esto, apostaría mis tres próximos sueldos a que nadie ha cocinado nunca en ella.

Deambulo por el salón mientras Kir cierra con llave detrás de mí. Una estantería empotrada se alza contra la pared del fondo, pero no hay nada en ella, ni un solo libro ni un adorno. No hay fotos por ninguna parte. Ni una sola. Y tampoco hay cuadros en las paredes. No me sorprendería que me dijera que se acaba de mudar ayer.

—Hace frío aquí —digo. No me refiero a la temperatura.

Kir está ahora apoyado contra la isla de la cocina con los brazos cruzados, observándome mientras exploro. —Lo sé.

—¿De verdad vives aquí? ¿O solo te guardas aquí como una aspiradora en desuso entre tus apariciones públicas?

Lo piensa un momento. —No le veía sentido a decorar. Es solo donde duermo.

Paso la mano por el respaldo del sofá de cuero. Está frío y liso, perfecto y *triste*. Todo este lugar es triste. Triste por valor de diez millones de dólares, si tuviera que adivinar.

—Me voy a dar una ducha —me dice—. Intenta no matarte mientras no estoy.

Pongo los ojos en blanco. —Eso no tiene ninguna gracia, teniendo en cuenta las circunstancias.

Eso no le impide soltar una risita seca mientras se da la vuelta y se aleja a zancadas por el pasillo a oscuras. Poco después, oigo cómo empieza a correr el agua.

Me siento en el sofá, pero eso solo dura unos treinta segundos antes de que me encuentre levantándome de un salto otra vez. Sentarme sola en este salón que parece un museo me parece mal.

Me deslizo por el pasillo, siguiendo los pasos de Kir, hacia el sonido de la ducha. La puerta de su dormitorio está abierta de par en par, pero la puerta del baño en suite está casi completamente cerrada, lo justo para dejar pasar un fino rayo de luz.

Me siento en el borde de su cama. Es tan enorme como era de esperar, como todo lo demás, e igual de desierta. Las sábanas son grises y están tan tiradas que casi parecen duras al tacto. Con un sentimiento de culpa, me inclino y las huelo. Sin embargo, no hay rastro de la canela de Kir. Nada más que detergente y seda. Decepcionante.

Por alguna razón, sigo sintiéndome tan inquieta como en el salón. El vapor se cuela por la rendija de la puerta del baño y se enrosca alrededor de mis pies como un gatito. Oigo el agua golpear contra los azulejos y, de vez en cuando, el sonido más suave de su contacto con la piel.

Se me ocurre que podría entrar ahí.

Podría levantarme, quitarme el jersey por la cabeza, sacarme los vaqueros y la ropa interior, y luego empujar esa puerta y meterme en cualquier ridícula ducha de lluvia que, sin duda, tiene un hombre con tanto dinero. Podría apoyar la frente contra su pecho y dejar que el agua caliente nos empapara a los dos. Él podría rodearme con los brazos, abrazarme fuerte y decirme que todo va a salir bien. Que el cadáver que yace en el suelo de mi pasillo no cambia nada. Lo que le dije durante la cena no cambia nada. Que vamos a resolver esto, juntos, porque eso es lo que hace la gente cuando...

¿Cuando *qué*, exactamente?

Me acurruco en el colchón y me envuelvo las rodillas con los brazos, sintiendo de repente frío. Esa es la fantasía, ¿no? La *real*. No las pervertidas: esta no necesita máscaras ni cinturones ni marcas duras y dolorosas para hacerme desear lo que ofrece. Esas cosas son fáciles, porque ese es su objetivo. Me sacan de mi cabeza y me

permiten ocupar un cuerpo que decidió hace mucho tiempo lo que anhela de Kir Lazarev.

Pero la fantasía que estoy imaginando, la fantasía de ser *vista*, *abrazada* y *amada…*

Eso es mucho, mucho más difícil. Esa requiere *todo* de mí. No solo el cuerpo, sino también el corazón y la mente.

No creo que esté preparada para mostrárselos todavía.

Así que me quedo donde estoy. Con las rodillas recogidas, los brazos envueltos alrededor de ellas, sentada en el borde de su cama con mis vaqueros y mi jersey, mientras la ducha corre y el vapor sigue saliendo por debajo de la puerta.

Pronto, el agua se corta. Poco después, la puerta del baño se abre y Kir sale con una toalla anudada a la altura de las caderas, todavía goteando. Tiene el pelo oscuro y peinado hacia atrás, y el agua le resbala por el cuello y las clavículas en finos hilos que brillan a la luz que viene de detrás de él. Me permito mirarlo, porque ¿por qué fingir que no lo voy a hacer? Lo nuestro ha sido descarado y carnal desde el principio. Esta es una de las ventajas.

Es delgado por todas partes, pero esa delgadez es engañosa, porque también está muy musculoso. Sus hombros y brazos están marcados por los músculos. Su abdomen es plano y duro, y hay un rastro de vello oscuro debajo del ombligo del que tengo que apartar la mirada a la fuerza.

Me ve en la cama y se detiene en el marco de la puerta, sin atreverse a acercarse más. Una mano se agarra al marco de la puerta por encima de su cabeza, mientras que la otra cuelga a un lado. Se queda ahí mismo, a tres metros de distancia. Es como si hubiera trazado una línea en el suelo y no se permitiera cruzarla.

—Tengo a unos tipos de camino a tu apartamento —me informa con voz ronca, mirando a un punto en algún lugar por encima de mi cabeza—. Tardarán unas horas, pero cuando terminen, podrás...

Me levanto.

Kir se queda en silencio. Su mano se aferra con más fuerza al marco de la puerta mientras acorto la distancia entre nosotros, y puedo ver el momento exacto en que se da cuenta de lo que estoy haciendo, porque todo su cuerpo se tensa.

Me detengo justo delante de él. Lo suficientemente cerca como para sentir el calor que aún irradia su piel húmeda por la ducha, para oler su jabón y, debajo de él, siempre, ese ligero aroma a canela.

Alargo la mano hacia su mano derecha, que cuelga a un lado de su cuerpo. Me deja cogerla, aunque sus dedos permanecen rígidos, como si no estuviera seguro de lo que voy a hacer con ella. Me la acerco a los ojos y la examino. Tiene los nudillos destrozados. La piel está agrietada en los dos primeros, y el tercero ya se está volviendo de un morado intenso y enfadado. Lo miro a los ojos, luego me llevo su mano a la boca y presiono mis labios contra la piel desgarrada, un nudillo tras otro.

Es intensamente íntimo. Podría mirarle a los ojos mientras le hago una mamada y no creo que fuera exactamente así. Ninguno de los dos parpadea ni respira. Solo existe la suave presión de mi beso sobre su mano destrozada y el *tintineo* de las últimas gotas de agua que caen del cabezal de la ducha.

Beso.

*Goteo.*

Beso.

*Goteo.*

Beso.

Entonces suelto su mano y bajo la mirada hacia su torso. Hay un moratón extendiéndose por su costado izquierdo, justo debajo de la caja torácica. Es reciente y lúgubre, rojo que se desvanece a morado en los bordes, feo.

Me hundo lentamente de rodillas. Mi pulso es casi doloroso, palpitando en mi garganta. Entonces, con las manos sobre su torso, acerco mi boca a él. Suavemente. Mis labios contra la piel caliente e hinchada, quedándome ahí, respirando contra él. Su estómago se contrae bajo mi mejilla y su mano se eleva para flotar cerca de la parte posterior de mi cabeza sin llegar a tocarme, como si temiera que el peso de su palma pudiera romper algo frágil.

Me enderezo y lo miro. —Ya no te tengo miedo —le digo.

Sorprendentemente, lo siento y suena a verdad. No le tengo miedo a Kir Lazarev. Hace ya un tiempo que no lo tengo, si soy sincera.

La mano de Kir finalmente se posa con firmeza en la nuca. —No deberías haberme tenido miedo en primer lugar —gruñe—. No soy un peligro para ti, Jillian. Nunca lo seré —Su pulgar traza un lento recorrido detrás de mi oreja—. ¿Pero cualquiera que intente hacerte daño? Para ellos, soy jodidamente peligroso.

Se inclina y me sujeta la barbilla con su enorme mano. Me levanta la cara hacia la suya y me besa con delicadeza. Luego me pone de pie con una mano y desata el nudo de su toalla con la otra.

Al poco rato estoy desnuda, aunque no me doy cuenta del todo hasta que mi espalda desnuda aterriza sobre sus sábanas, frías al tacto. Se arrastra sobre mí, con sus extremidades extendiéndose sin fin en todas direcciones, su erección dura pero paciente entre mis muslos.

—Esta noche voy a tomármelo con calma contigo —me susurra al oído mientras yo recorro con las uñas los viejos y familiares surcos de su columna vertebral—. Por una vez, tenemos todo el tiempo del mundo.

Asiento con entusiasmo. Él cumple lo prometido. Primero, los dedos; luego, la lengua; y después, cuando por fin estoy lista para recibirlo, la aterradora penetración de su miembro dentro de mí. Gimo y abro las piernas todo lo que puedo para que pueda acomodarse.

—¿Todo bien? —pregunta.

—Sí. Estoy perfecta.

En la penumbra, nos movemos juntos, al principio despacio, luego cada vez más rápido. Su piel y su pelo, húmedos por la ducha, se funden con los míos, de modo que, cuando ambos estamos a punto de llegar, estamos tan mojados, calientes y con olor a jabón el uno como el otro. Él es una masa urgente encima de mí y yo soy un lío retorcido debajo de él. Yo gimo, él gruñe, y entonces todo nos envuelve tan maravillosamente que todo lo que no sea *esto* deja de importar.

Cuando por fin todo ha terminado, cierro los ojos.

Por primera vez en cinco años, me duermo en los brazos de un hombre. No hay ningún calcetín en el suelo ni ninguna grieta en el techo. Aquí estoy a salvo.

*Sé* que aquí estoy a salvo.

## 51

# JILLIAN

*"Encontramos el amor en un lugar sin esperanza"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "We Found Love (DJ Dark Cover Remix)", de Rihanna con Calvin Harris*

Me despierto con el sonido de una hebilla. Kir ya está vestido, de pie a los pies de la cama con un traje negro, pasando el cuero de su cinturón por la última presilla. Tiene el pelo húmedo por una segunda ducha que me he perdido por completo mientras dormía.

—¿Qué hora es? —murmuro.

—Es temprano —Rodea la cama y me da un beso con una barbilla bien afeitada en la sien—. Vuelve a dormirte.

Lo ignoro y me incorporo apoyándome en un codo. —¿Adónde vas?

—A la reunión de la junta directiva —Se ajusta el cinturón y se lo abrocha—. Va a ser larga. Hoy no podré enviar mensajes ni llamar. No te hagas ideas raras.

—¿Quién, yo? Yo nunca me hago ideas raras.

Me lanza una mirada que dice que sabe que eso es mentira, y luego se inclina para darme un beso de verdad. Este es lento y cuidadoso, con su mano cálida sobre mi mandíbula. Sabe a pasta de dientes y café.

—Quédate aquí —me ordena contra mi boca—. Te quiero así tal cual cuando llegue a casa —Vacila, y luego añade—: Por favor.

Sonrío mientras pequeñas espirales de alegría rebotan en mi abdomen. —Vale. Pero solo porque me lo has pedido tan amablemente.

Me guiña un ojo. Luego se endereza, coge su abrigo de la silla y se marcha.

Me quedo tumbada unos minutos más, escuchando el silencio de su apartamento. Ser una mujer mantenida no estaría tan mal, creo. Dormir hasta tarde, despertarme con un hombre guapísimo dándome besos dulces, quizá tomarme un matcha latte e ir a Pilates con las otras mujeres mantenidas guapas a eso del mediodía.

Entonces recuerdo que soy la jodida Jillian Pierce, y que no necesito que nadie *me mantenga.* Yo me mantengo a mí misma. Así que, en homenaje a los iconos feministas que me han moldeado, me levanto de la cama, me pongo la camiseta que Kir dejó tirada anoche y unos pantalones de chándal suyos que tengo que enrollar unas mil millones de veces por la cintura, y voy descalza a la cocina.

Esta no es mi oficina habitual, pero servirá.

Saco mi portátil y mis notas del bolso y lo extiendo todo sobre la encimera de mármol negro. Aunque lo he hecho tantas veces que prácticamente puedo ver las palabras grabadas en el interior de mis párpados, vuelvo a repasar exactamente lo que sé. Es esto, más o menos:

Elena Sergeeva Lazareva, esposa de Lukas Lazarev, murió oficialmente de una enfermedad prolongada hace dieciocho años. Ataúd cerrado, sin personas ajenas, sin causa pública de la muerte.

Contrariamente a esa historia de tapadera, sus restos fueron recuperados de una excavación en Astoria hace siete semanas e identificados positivamente a través de registros dentales por la oficina del forense de Queens. El análisis toxicológico de la médula ósea conservada mostró niveles letales de fenobarbital. La mataron las pastillas para dormir, no una enfermedad. Giovanni Ochoa, el empleado de la morgue que fue el primero en señalar la discrepancia, se puso en contacto conmigo por Signal y luego desapareció antes de que pudiéramos vernos. Lleva desaparecido más de un mes.

Es lo que, como decimos en el mundo del periodismo, "jugoso".

Ahora viene la parte difícil: escribir de una vez el puto artículo. Por alguna razón, esto siempre me pone los nervios de punta. He hecho todo el trabajo que se podía hacer, pero *hacer el trabajo* e *informar al mundo sobre él* son dos cosas completamente diferentes. Por desgracia para mí, andar con rodeos sobre la ubicación de hasta la última coma en mi artículo no es una opción. Doug ha dejado muy claro que numerosas fuentes, tanto dentro como fuera del periódico, están husmeando en todo este lío desde diversos ángulos, así que me conviene terminarlo cuanto antes. E incluso si fuera la única con la primicia, su calendario de fin de año sigue siendo un obstáculo gigante que superar antes de que me quite mi gallina de los huevos de oro y se la pase a otra persona.

No puedo permitir que eso ocurra. He llegado demasiado lejos.

Así que, tras respirar hondo, me lanzo.

Escribo durante tres horas seguidas, sin apenas levantar la vista. Las palabras fluyen con más facilidad de lo que esperaba una vez que dejo de darle vueltas y me limito a plasmarlo. Es como volver a vivir el primer día de la facultad de periodismo de nuevo: ¿Quién?, ¿qué?, ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿cómo?, y lo más inquietante de todo, ¿*por qué*? Esa última pregunta se deja principalmente como ejercicio para el lector, pero no es precisamente difícil sacar conclusiones aquí. Ojalá pudiera conseguir que Kir hablara oficialmente sobre lo que vio

la noche en que murió su madre. *Eso* haría estallar los quioscos de todo el planeta.

Por ahora, sin embargo, esto es un comienzo. Habrá más artículos, estoy segura. Apenas hemos arañado la punta del iceberg, o como sea que se diga. Siempre se me han dado fatal las comparaciones.

Hacia el mediodía, estiro los brazos por encima de la cabeza y cojo el teléfono de la encimera. Hace un tiempo preocupantemente largo que no sé nada de Rae, así que decido llamarla.

Curiosamente, suena cinco veces y luego se corta de repente, sin siquiera pasarme al buzón de voz. Qué raro. Pero cuando lo intento de nuevo, solo suena dos veces antes de que vuelva a haber silencio.

Cuelgo, me preparo una taza de café en la cafetera de Kir y lo intento de nuevo un rato después. Esta vez, ni un solo tono. Es como si me estuvieran advirtiendo que me mantenga alejada.

Pero al diablo con eso. Frunciendo el ceño, le envío un mensaje: ***Llámame cuando puedas, solo quiero oír tu voz.***

El mensaje se envía, pero no hay confirmación de lectura, ni burbuja de escritura. Dejo el teléfono en la encimera y me muerdo el labio. Esto no es propio de ella. Rae siempre me contesta. Siempre.

¿Seguro que Lukas no habrá…?

No. No puedo pensar así. Estamos a punto de que nos pasen cosas *buenas*. Rae probablemente esté perfectamente bien, mi artículo está casi terminado y estoy enamorándome... Dios, "enamorándome" ya no es suficiente, ¿verdad?

Quiero decir, seamos sinceros con nosotros mismos. Llamémoslo por su nombre.

*Estoy enamorada de Kir Lazarev.*

Ya está. Lo he dicho. Aunque solo haya sido en mi cabeza, y nadie lo haya oído salvo la cafetera y yo, ya está fuera. No puedo quitármelo de la boca. No puedo volver a meterlo en la habitación cerrada y bajo llave de mi corazón donde lo he estado guardando.

La pregunta más aterradora es si él siente lo mismo. Sé que lo dijo, pero ¿y qué? Podría estar equivocado. Así que sigo dándole vueltas, analizando la situación desde diferentes ángulos, tratando de encontrar la versión de los hechos en la que todo esto no sea más que obsesión o posesión o alguna fijación oscura y retorcida que no tenga nada que ver con el amor.

Pero luego pienso en anoche. No en la violencia, aunque eso sin duda forma parte, y *lo* desentrañaré en terapia algún día si es que vuelvo. Pienso en la cena y las velas, en su mano entre las mías. El hombre mató a alguien por mí y luego me besó en la frente y me dijo que volviera a dormir.

Ese es un hombre comprometido, lo sepa él o no.

Así que a la mierda. Amo a Kir Lazarev, y él me ama. Decírnoslo a la cara es otro nivel superior con el que la Jillian del futuro y el Kir del futuro tendrán que lidiar. Por ahora, acuno esta pequeña verdad privada contra mi pecho y dejo que me caliente.

Amo a Kir.

Él me ama.

Me ama.

*Me ama.*

Qué mundo tan loco.

Sonriendo, acerco el portátil hacia mí y me pongo a trabajar.

La tarde se desvanece mientras me sumerjo en el ritmo del trabajo que me ha apasionado desde antes de que pueda recordar. A las 4:30 p. m., ya está listo.

Me recuesto y lo leo de principio a fin sin parar. Está bien. De hecho, está muy bien. Conciso, limpio y con las mejores fuentes que se puede, dadas las limitaciones. Doug tendrá comentarios, como siempre, pero la estructura es sólida.

Guardo el documento, abro mi correo electrónico y empiezo un nuevo mensaje. Escribo la dirección de Doug en el campo *"Para"*, adjunto el archivo y escribo el asunto: ***Borrador de Lazarev - POR FAVOR, LÉELO.***

Mi dedo se cierne sobre el botón de enviar. Pero no lo pulso.

Todavía no. No estoy del todo lista. Pronto, pero todavía no.

En su lugar, cierro el portátil y me sirvo otro café, pero aún no ha llegado ni a la mitad del camino hacia mis labios cuando la puerta principal se abre de golpe sin previo aviso.

Lo primero que me llama la atención es la cara de Kir. Hay algo raro en ella. Tiene la mandíbula apretada, los ojos ardientes y, cuando se pasa la mano por el pelo, veo que le tiemblan los dedos.

Se me revuelve el estómago. Dejo la taza con demasiada fuerza y el café salpica el mármol. —¿Qué pasó? —pregunto, preparándome para lo peor e imaginando situaciones, cada una más angustiosa que la anterior. ¿Va a venir alguien más a hacernos daño?

Kir se detiene en medio de la cocina. Me mira. Su boca es una línea irregular.

Luego se abre en la sonrisa más amplia y despreocupada que jamás haya visto en un rostro humano.

—Ya está hecho —anuncia.

Parpadeo. Los altibajos emocionales de esta relación van a ser mi perdición. —¿Qué está hecho?

—La votación. La junta. Todo. —Tira el abrigo sobre la encimera y este derriba el salero—. Lukas ya no es presidente, con efecto

inmediato. —Esta vez se pasa ambas manos por el pelo y se ríe, una carcajada liberadora y a pleno pulmón que rebota en todas las superficies duras de su cocina—. Está *fuera,* Jillian. Está jodidamente *fuera*.

Me pongo de pie antes de darme cuenta de que me he levantado. —Lo dices en serio.

—Lo digo muy en serio. Matvei convenció a Solomon en el último momento. El viejo cabrón cambió de bando y se llevó a Blanchard con él —Kir me agarra por la cintura y me levanta del suelo de un tirón, haciéndome girar una vez antes de volver a posarme sobre el frío parqué—. Ahora yo lidero la carga. Es mío. Todo. *¡Todo!*

Le pongo las manos en el pecho. Su corazón late a mil bajo mis palmas, martilleando a un ritmo que no puede ser nada saludable. Pero parece *más ligero.* Esa es la única palabra que lo describe. Esa carga que ha estado arrastrando sobre sus hombros desde la primera noche que se coló por mi ventana, el peso invisible, aplastante y siempre presente de las expectativas, amenazas y órdenes de su padre, simplemente… ya no está ahí. Parece cinco años más joven. Parece alguien que realmente podría dormir esta noche.

—¿Y Lukas? ¿Dónde está ahora?

—¡Ni puta idea! —exclama—. Se largó antes incluso de que terminara la votación. En cuanto vio lo que se avecinaba, soltó un gran discurso; apenas oí una puta palabra de lo que dijo, pero ¿a quién le importa una mierda? Se acabó. No me lo puedo creer.

No sé qué hacer con esa imagen. Lukas Lazarev, el infame titán de Nueva York, callado y abatido, saliendo a hurtadillas del edificio que lleva su nombre con el rabo entre las piernas. Que seamos libres… Hace mucho tiempo que aprendí que si algo suena demasiado bueno para ser verdad, sin duda lo es.

Por ahora, sin embargo, lo dejo disfrutar de esto.

—¿Y qué hay de...? —Hago un gesto con la mano en dirección a mi apartamento—. Las otras cosas. La orden de ejecución. El contrato sobre mi vida. Todo eso.

Kir me acaricia la cara con ambas manos. Sus pulgares rozan mis pómulos y sus ojos están claros y brillantes por primera vez en semanas. —Todo resuelto. Sin Lukas al frente de la empresa, la Bratva pierde su tapadera corporativa. La oficina del presidente es la oficina *del pakhan*, y ahora es *mi* oficina. Yo decido lo que pasa, y yo digo que estás a salvo —Presiona su frente contra la mía—. Estás a salvo, zorrita. Se acabó.

Dejo que eso cale en mí. Nadie va a entrar por mi ventana esta noche. Nadie va a acorralarme en un callejón, en un teatro o en un baño. Ya no hay ninguna lista con mi nombre. Ya no hay ningún reloj que marque el tiempo.

Lo que significa…

…*que Kir y yo ya no necesitamos nuestro acuerdo.*

La comprensión me invade lentamente. Todas las razones que nos dimos para hacer esto se han evaporado. Si me quedo ahora, no es porque tenga que hacerlo, ni porque el hombre que se suponía que iba a matarme se haya convertido en el hombre que me mantiene con vida.

Si me quedo, es porque quiero. Eso es todo. Sin máscaras. Sin excusas. Completamente voluntario.

¿Estoy preparada para eso?

—Kir.

—¿Hm?

—¿Significa esto que puedo publicar el artículo?

Sus pulgares dejan de moverse sobre mis mejillas. La sonrisa no desaparece del todo, pero pierde algo de intensidad. Puedo ver

cómo le da vueltas a la cabeza mientras una pregunta que aún no se había planteado le cae de golpe. —Vamos a… eh —Baja las manos y da un pequeño paso atrás—. No nos preocupemos por eso ahora mismo.

—Pero...

—Solo por esta noche —Me coge la mano y se la lleva a la boca, rozando mis nudillos con sus labios—. Disfrutemos de nuestra libertad durante cinco minutos antes de empezar a prender fuego todo. ¿De acuerdo?

Lo miro a él, luego a mi portátil sobre la encimera detrás de mí, donde el borrador sigue esperando en un correo electrónico sin enviar a Doug. —Vale —digo—. Cinco minutos.

Me atrae hacia él y me abraza con fuerza.

## 52

# JILLIAN

*"Sé que te importa. Sé que siempre ha estado ahí. Pero se avecinan problemas, lo noto"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "I Know You Care", de Ellie Goulding*

Los cinco minutos de libertad se convierten en Kir cogiendo las llaves del coche y diciéndome que me ponga unos zapatos de verdad.

—¿Adónde vamos? —pregunto, confundida.

—¿Acaso importa?

Me detengo, reflexiono sobre la pregunta y decido que no. Además, ¿a qué chica en su sano juicio no le gusta que la saquen de sus casillas y la lleven, sin saberlo, a pasar un día divertido con el hombre de sus sueños? El entusiasmo de Kir es contagioso, y me encuentro sonriendo sin motivo alguno.

Me cambio sus pantalones de chándal por los vaqueros que llevaba anoche, me quedo con su camiseta porque huele a él y no se la voy a devolver *nunca, nunca, nunca*; *primero tendrás que matarme*, y luego meto los pies en las botas. Diez minutos más tarde, estamos

en la Belt Parkway en dirección sur en su sedán negro, con las ventanillas entreabiertas y el aire de diciembre azotando el interior del coche.

Kir conduce rápido por el simple gusto de hacerlo. Su mano izquierda está en el volante. La derecha, en mi muslo.

Echo la cabeza hacia atrás contra el reposacabezas y cierro los ojos. El viento es agradablemente frío en mi cara y la mano de Kir es cálida y pesada. La radio borbotea alegremente, la ciudad se va desvaneciendo detrás de nosotros, y me doy cuenta de que, de verdad, soy malditamente feliz.

No hay ningún asterisco ni *ningún "pero"* que empañe esta felicidad. Es simplemente felicidad pura, tonta y corriente, sin complicaciones de ningún tipo. Me sorprende que otras personas puedan estar así todo el tiempo sin siquiera pensarlo. No sabía que yo todavía era capaz de ello.

¿Y si no estoy tan destrozada como creo?

——Coney Island —digo al ver el cartel. Mi confusión se acentúa—. ¿Somos conscientes de que estamos en pleno invierno?

Los labios de Kir esbozan una media sonrisa. —Perfectamente.

—Se me van a congelar las tetas.

—Y qué pérdida sería esa —dice—. Soy un gran admirador.

Lo miro con el ceño fruncido. Está mirando la carretera, pero hay una relajación en su mandíbula y sus hombros que nunca había visto antes. La tensión permanente ha desaparecido. Parece un chico que lleva a su novia a la playa por capricho. Ni más ni menos.

Aparcamos y salimos del coche. El paseo marítimo se extiende ante nosotros, gris y desierto, con las tablas ennegrecidas por la salitre. Todo está cerrado. Las atracciones están paradas, las casetas de juegos tapiadas, y el único sonido es el del viento del Atlántico y el graznido lejano de una gaviota que sobrevuela el vacío.

Es desolador, frío y absolutamente perfecto.

Kir sale primero y da la vuelta para abrirme la puerta, lo que me hace resoplar. —Ah, ¿así que ahora eres un caballero?

—Ni por asomo.

Caminamos uno al lado del otro por el paseo marítimo. No se ve ni una sola máscara, pero nunca me he sentido más segura ni más a gusto. Tengo a Kir conmigo. Eso es suficiente.

Me coge de la mano. Tiene los dedos fríos y los nudillos aún con costras e hinchados por lo de anoche. Le aprieto con tanta fuerza que me mira.

—¿Qué? —pregunta.

—Nada —murmuro—. A veces, solo me gusta asegurarme de que eres real.

Se inclina y me besa en la coronilla, luego me atrae hacia su lado. Me acurruco en su calor y suspiro agradecida.

El viento es brutal. Viene del océano en ráfagas cortantes y saladas que me enrojecen la nariz y me hacen llorar los ojos. El cielo tiene el color del hormigón mojado y el océano está oscuro, agitado y enfurecido debajo de él.

—Esta es la playa más fea que he visto nunca —le digo.

—Sí —coincide él—. ¿No es genial?

Caminamos hasta que el viento se vuelve tan fuerte que ya no siento los dedos. Me castañean los dientes y me he subido la camiseta de Kir hasta la nariz como una bandida de carretera, lo que no sirve de nada para evitar que parezca Rudolph, el reno.

—Vale —logro decir a través de la tela—. Me estoy muriendo. Literalmente, me estoy muriendo. Puedes usar mi cuerpo congelado como estatua.

Kir mira a su alrededor, ojeando las atracciones cerradas y los puestos vacíos, y luego asiente hacia la noria que se alza al final del paseo marítimo. Es enorme y está inmóvil, con las góndolas balanceándose apenas con el viento, chirriando en sus bisagras.

—Vamos —dice. Antes de que pueda preguntarle qué quiere decir, ya está saltando la valla metálica que rodea la base. Aterriza al otro lado y se da la vuelta, tendiéndome las manos.

—Estás bromeando —digo.

—No bromeo. Ven aquí.

Miro a la izquierda, luego a la derecha. No hay ni un alma a la vista. —Si me detienen y salgo con la nariz chorreando en la foto policial, quiero que sepas que nunca te lo perdonaré.

—Entendido. Sube.

Trepo. Sin gracia, pero hacia arriba al fin y al cabo. Mi bota se engancha en la parte superior y Kir tiene que agarrarme al otro lado, lo que hace sin ningún esfuerzo y con una sonrisa burlona que me dan ganas de borrarle de un manotazo. A veces, se me olvida lo mucho más fuerte que es que yo. Sería molesto si no resultara tan excitante que me manosee así.

Me baja, agarra la puerta de la góndola más cercana y la abre a la fuerza. Las bisagras chirrían en señal de protesta.

—Después de ti —dice, haciendo una reverencia como un sirviente victoriano.

Me meto dentro. No es que haga calor, pero en cuanto se cierra la puerta detrás de nosotros, el viento se calma casi por completo. La góndola se balancea suavemente bajo nuestro peso. Hay un banco a cada lado, con la pintura descascarillada y la barra de seguridad oxidada en posición levantada. Me dejo caer en uno de los bancos y Kir se sienta en el de enfrente. Durante un segundo, nos quedamos ahí sentados, con las rodillas tocándose, recuperando el aliento.

—¿Mejor? —pregunta.

—Un poco —Me meto las manos entre los muslos—. Puede que mis dedos estén perdidos para siempre.

—Yo puedo arreglar eso —Kir se inclina, me coge ambas manos y las aprieta entre las suyas. Dejo que las mantenga así, frotándolas lentamente, hasta que empiezo a sentir un cosquilleo en las yemas de los dedos.

A través de la ventana de plexiglás rayada, puedo ver toda la playa extendiéndose a nuestros pies. La arena oscura, el espumoso blanco de las olas, las torres de socorristas desiertas. Una mujer con una parka camina cerca de la orilla con una niña pequeña con una chaqueta roja. La niña sostiene un globo. Es de un rojo brillante en contraste con un mundo que, por lo demás, carece de todo color.

Kir también las ve. Ambos observamos cómo la niña levanta el brazo en alto, quizá para enseñárselo a su madre, quizá solo para probar la gravedad, y el globo se suelta. Sale disparado hacia arriba, rápido, dando vueltas y girando, y la niña grita de alegría mientras salta arriba y abajo señalándolo. El globo se eleva más allá del paseo marítimo, más allá de los puestos de comida cerrados, más allá de nosotros. El viento lo zarandea en su trayectoria hasta que pasa zumbando justo por delante de nuestra ventana. Veo por última vez ese rojo brillante contra el cielo gris, y luego las nubes se lo tragan.

Kir lo ve desaparecer. Sus pulgares han dejado de moverse sobre mis manos.

—Sabes, nunca fui de esas personas que dan por hecho que algún día tendrán hijos —murmura de repente.

Lo miro sorprendida. Sigue mirando por la ventana, al espacio donde estaba el globo. Esta conversación ha salido de la nada, pero por la forma en que lo dice, es obvio que es algo que le ha quitado el sueño muchas noches.

—No me fiaba de mí mismo —continúa—. Por mi modelo a seguir, ya sabes —Una pausa—. Es difícil imaginarte criando a un niño cuando el único ejemplo que tuviste tiró el cuerpo de tu madre a una fosa común.

No digo nada. Simplemente le dejo hablar, porque rara vez hace esto: abrirse sin que le obliguen.

—Pero estar contigo ha cambiado algo —Por fin me mira. Sus ojos grises están tranquilos y claros—. No lo sé. Quizá me estoy adelantando.

—Quizá —bromeo sin convicción. Tengo la garganta seca.

—Serías una buena madre, Jillian.

Pensaba que antes tenía frío, pero me equivocaba. *Ahora* siento frío, frío, frío. Más frío del que cualquier día de diciembre podría hacerme sentir. Giro la cabeza hacia el océano. La mujer y la niña se alejan ahora, haciéndose cada vez más pequeñas, sus siluetas difuminándose juntas contra la arena húmeda. Me concentro en ellas porque no soporto concentrarme en Kir en este momento. No puedo dejar que vea lo que está pasando en mi rostro, porque lo que está pasando en mi rostro suscitaría preguntas a las que no estoy preparada para responder.

Hoy no.

Probablemente nunca.

No mientras haya una carpeta de fotos en mi teléfono con una pulsera de hospital envuelta alrededor de una muñequita rosada y regordeta.

—Oye. —Su mano aprieta la mía—. ¿Qué he dicho mal?

Niego con la cabeza. Luego sigo negando mientras parpadeo con fuerza, dos veces, tres veces, hasta que mis ojos se aclaran y mi boca puede hacer lo que necesito que haga.

Entonces me vuelvo hacia él, le agarro la parte delantera de la chaqueta con ambos puños y le beso. Es un beso torpe y desesperado, de una forma que espero que él interprete como pasión y no como lo que realmente es: una presa que contiene una inundación que destruirá todo lo que ambos apreciamos.

Cuando me aparto, su frente está contra la mía.

—Nada —le prometo—. Lo has dicho todo bien.

Él sonríe. Me cree.

Le devuelvo la sonrisa y rezo para que no note que estoy temblando.

# 53

# KIR

*"¿Seguirás ahí para mí, una vez que sea tuya? ¿Una vez que mis frutos estén a tu alcance y fluyas por mis venas?"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Holy Terrain", de FKA Twigs*

VAMOS DE CAMINO A CASA. Jillian duerme apoyada contra la ventanilla del copiloto, con mi chaqueta arrugada entre la mejilla y el cristal. Su aliento sigue empañando un pequeño círculo en la ventanilla, luego se desvanece y vuelve a empañarse. Se ha quitado las botas y las tiene tiradas en el espacio para los pies, y tiene los pies en calcetines subidos al asiento debajo de ella.

Se quedó dormida en algún punto cerca de Bath Beach. Me estaba contando una historia, pero sus frases se espaciaban cada vez más hasta que se detuvieron por completo. La miré de reojo y estaba dormida. Con la boca abierta. El pelo revuelto.

Bajé el volumen de la radio y no la he vuelto a tocar desde entonces.

La autopista serpentea junto al agua. Los últimos rayos de luz del día son una delgada franja naranja en el horizonte a nuestras espaldas, que ya cede ante la oscuridad. Manhattan queda más adelante. Mantengo una velocidad constante. No hay motivo para apresurarse. Podría vivir este momento para siempre.

Esto es lo que podría ser. Exactamente esto. Un coche, una autopista, una mujer durmiendo a mi lado porque confía en mí lo suficiente como para cerrar los ojos. Podría llevarla a casa cada noche y despertarme a su lado cada mañana. Podría descubrir cómo le gusta el café cuando no está en la oficina y qué ve en la tele cuando sabe que no la juzgarán por sus elecciones. Podría descubrir cómo se ve con la piel quemada por el sol en agosto, tumbada en una playa rocosa italiana, o resfriada en febrero, acurrucada en el sofá con pañuelos usados apilados en la mesita. Podría pelearme con ella por tonterías. Dios, esas peleas estúpidas y mezquinas, y el sexo de reconciliación entre risas*. Sigo enfadado. No, no lo estás. Vale, está bien, no lo estoy. No mientras tú... Oh, sí. Sí. Sí. Hazlo otra vez, por favor.*

Yo me enamoré primero. Lo sé. Lo sé desde hace tiempo. No fue en el suelo de la cocina, ni en el callejón, ni en ninguna de las docenas de veces que me he sumergido en ella y he olvidado mi propio nombre. Esos fueron solo síntomas. La enfermedad empezó antes.

Creo que fue en el parque infantil. La tarde de Acción de Gracias, escondiéndome y observándola mientras ella estaba de pie junto a esa valla metálica y lloraba por algo que yo no entendía. Se secó los ojos con el dorso de la mano y siguió allí de pie de todos modos, y pensé: *Esta mujer lleva una carga enorme y la lleva sola, y nunca le ha pedido ayuda a nadie.*

¿Cómo no iba a enamorarme?

Fue entonces cuando ocurrió. No hubo nada lento ni gradual en ello. El suelo firme bajo mis pies se rompió *de golpe*, y caí y caí y caí. Completa y totalmente perdido. Obsesionado. Jodidamente *obsesionado.*

Lo que pasa con amar a Jillian es que no me ha ablandado. Pensé que lo haría. Me preocupaba que lo hiciera, la verdad. Lukas siempre decía que sentir demasiado sería mi perdición, y pasé treinta años asumiendo que tenía razón. Pero Jillian no me destruyó. Al menos, no de esa manera.

La violencia sigue ahí. Los dos lo sabemos. Mierda, asesiné al sicario de forma brutal y lo *disfruté*. Esa oscuridad no va a desaparecer. Está grabada a fuego. Lukas se aseguró de ello.

Pero antes de mi zorrita solo había oscuridad. En mi corazón vivían la rabia y el deber, y la fría dureza de ser un Lazarev. Ahora, hay algo más que corre junto a ello. Un río de calor nuevo. Luz fresca en una habitación oscura y cerrada con llave.

Ella no mató al monstruo. Sigue vivo y coleando.

Solo le dio algo que valía la pena proteger.

Se mueve cuando tomo la salida de la autopista. Levanta la cabeza de la ventanilla y parpadea, desorientada, frotándose un ojo con la palma de la mano. —¿Dónde estamos? —murmura.

—Casi en casa.

Se incorpora y se estira, girando el cuello de un lado a otro con una mueca de dolor. La chaqueta se le cae del hombro. La atrapa y la sostiene en el regazo, reacia a soltarla.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Unos cuarenta minutos.

—Mm —Bosteza—. Estaba teniendo un sueño de lo más raro. Había un globo, pero tenía la forma de la cabeza de Doug. Y me gritaba que no había cumplido con el plazo.

Casi me echo a reír, pero llevo cuarenta minutos pensando en silencio, dándole vueltas a algo mientras ella dormía, y su peso se me ha metido en los huesos.

—Jillian.

—¿Sí?

—Tenemos que hablar del artículo.

Se queda quieta. No de forma dramática. Solo una pequeña pausa, con la mano detenida a mitad de apartarse el pelo de la frente. —¿Qué pasa con él?

—Sobre el hecho de que tenemos que descartarlo.

Se gira para mirarme. —¿Perdón?

—No lo publiques. Retíralo, bórralo, haz lo que tengas que hacer, pero no puede salir a la luz.

—Estás bromeando.

—No, no lo estoy.

Se queda callada un instante. Luego—: Explícame.

Hago una señal, me incorporo por la derecha y exhalo por la nariz. —El artículo pone en evidencia a una empresa que ahora dirijo. Mi reputación está en juego. Cualquier cosa que salga a la luz sobre Lazarev Global ya no afecta a Lukas, sino que me perjudica a mí y solo a mí. Acabo de tomar las riendas. Si algo lo descarrila, podría dejarle espacio para volver.

—Kir...

—Escúchame. Más allá de la empresa, está la otra cosa. La Bratva no desaparece solo porque Lukas haya sido destituido de la junta directiva. Esa gente sigue ahí fuera, y tienen muchas armas y muy buena memoria. Si publicas un artículo que vincule a Lazarev Global con el crimen organizado, todos querrán saber quién ha hablado. Y empezarán a buscar. A mí. A ti.

Esta vez no me interrumpe.

—Y luego están los federales —continúo—. En cuanto tu artículo salga en portada, todas las agencias de tres letras de Washington abrirán un expediente. El FBI, el Departamento de Justicia, el IRS, toda la sopa de letras. Pondrán en marcha investigaciones dirigidas a todo el mundo, incluido y especialmente al actual director ejecutivo.

Me detengo en un semáforo en rojo y por fin la miro. Ella me observa con los labios apretados y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Ya hemos ganado —le digo—. Lukas está fuera. La orden de ejecución ha caducado. Tú estás a salvo. Yo estoy a salvo. Ahora podemos ser felices. Esa es una opción, Jillian. De hecho, es una opción para nosotros. ¿Por qué íbamos a echarle por tierra?

Ella no dice nada durante un buen rato. El semáforo se pone en verde. Avanzo y giro a la izquierda hacia mi calle, y ella sigue sin hablar. Oigo el soplo de la calefacción, el tic-tac del intermitente y el murmullo sordo de lo que sea que suene en la radio, pero nada de eso llena el espacio que ocupa su silencio.

Aparco en el garaje de mi edificio y apago el motor.

Entonces, en voz baja, sin mirarme, dice—: Vale. Lo retiraré.

Todo en mi pecho se relaja de golpe. No me había dado cuenta de lo tenso que estaba hasta que la tensión se disipa, y el alivio es tan total que tengo que cerrar los ojos un segundo.

—¿Sí?

—Sí —Se desabrocha el cinturón de seguridad y se agacha para coger sus botas del suelo del coche—. Tienes razón. No vale la pena correr el riesgo. No después de todo lo que acabamos de sobrevivir. Podemos ser felices, así que seamos felices.

Se pone una bota y luego la otra. Su rostro está tranquilo. Parece cansada, sobre todo. Es comprensible, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado en los últimos días.

—Gracias —le digo. Le levanto la barbilla hacia mí y la beso con suavidad—. Subamos y seamos felices.

# PARTE IV

# RETIRANDO LA HISTORIA

# 54

# KIR

*"Oh, mi vida, está cambiando cada día. De todas las formas posibles. Y oh, mis sueños"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Dreams", de The Cranberries*

A LA MAÑANA SIGUIENTE, me despierto con el sonido de las teclas. Mi dormitorio está inundado por una luz matutina gris y tenue, apenas suficiente para ver. Debe de ser todavía temprano. Miro a mi alrededor y veo que Jillian está sentada con las piernas cruzadas en la cama a mi lado, con el portátil apoyado en las rodillas y el pelo recogido en un moño desordenado en la coronilla. Sigue llevando puesta mi camiseta, con unas braguitas de encaje lila debajo. Sus dedos vuelan rápidamente por el teclado, el ceño fruncido en señal de concentración, y tiene esa mirada que pone cuando está absorta en algo y el resto del mundo ha sido temporalmente expulsado de su conciencia.

La observo durante unos segundos sin moverme. Debe de sentir mi mirada, porque sus dedos se detienen a mitad del tecleo. Me echa un vistazo y, con un movimiento fluido, cierra el portátil.

—Buenos días —dice alegremente.

—Buenos días. —Mi voz suena ronca por el sueño—. ¿En qué estás trabajando?

—Solo cosas aburridas. Artículos sin importancia.

—A las... —Miro el reloj de la mesita de noche—. ¿Las 6:14 de la mañana?

—Las noticias no duermen, Lazarev —Deja el portátil en el suelo, a su lado de la cama, luego se arrastra hacia mí y se acurruca bajo mi brazo—. Ahora abrázame; hace un frío del demonio en esta estúpida ciudad.

La atraigo hacia mí. Está helada, sus pies son como hielo contra mis espinillas, y ella sisea cuando me estremezco.

—Te lo advertí —dice.

—No me has advertido nada. Simplemente me has puesto tus pies helados encima.

—Debí de decirlo en mi cabeza.

La rodeo con ambos brazos y la acurruco bajo mi barbilla. Su pelo huele a mi champú. Es una locura lo salvaje que me vuelve eso, todas estas pequeñas marcas de mi dominio sobre ella. Mi champú, mi camiseta, los mordiscos, los arañazos y los moratones que le he hecho. Cada pequeño gesto doméstico me parece enorme, porque nunca había tenido nada de esto. Ni una sola vez. Con nadie.

—Estás muy caliente —murmura contra mi pecho—. Es injusto. Eres como una caldera.

—Es genético.

—De vez en cuando viene bien —Ella pasa una pierna por encima de mi cadera y se aprieta más contra mí. El roce de su cuerpo contra mi entrepierna me despierta del todo—. Jillian.

—¿Hmf?

—Si sigues haciendo eso, esto va a dejar de ser un abrazo y va a empezar a ser algo muy diferente.

Levanta la cara. Esos ojos verdes están muy abiertos, traviesos y completamente despiertos a pesar de la hora que es. —¿Quién ha dicho que quisiera un abrazo?

Esa es toda la invitación que necesito. La beso. Me lo tomo con calma, con una mano en su pelo y la otra deslizándose por su espalda hasta la zona lumbar. Ella se arquea hacia mí y emite un sonido contra mi boca que me llega directamente a la entrepierna.

Lo hacemos despacio. Más despacio de lo que nunca lo hemos hecho, porque no hay ningún sitio al que ir ni nadie de quien escondernos. Le quito la camiseta por la cabeza y ella se quita la ropa interior de una patada bajo las sábanas, y entonces solo queda piel contra piel, cálida y sin prisas. Me empuja sobre mi espalda y se sube encima. Dejo que ella marque el ritmo, observándola moverse sobre mí con los ojos cerrados y los labios entreabiertos, el pelo deshaciéndose mechón a mechón.

Cuando terminamos, la llevo a la ducha. Siempre he pensado que esta cosa era demasiado grande para una sola persona, pero resulta que es perfecta para dos. Se queda de pie bajo el chorro con la cabeza echada hacia atrás y el agua resbalando por sus hombros pecosos, y suspira feliz.

No salimos de la ducha antes de que vuelva a penetrarla. Dejamos unas marcas muy interesantes en el cristal.

—Como arte moderno —sugiero mientras la envuelvo en una toalla enorme y gruesa.

Ella observa las manchas desde múltiples ángulos. —¿Estás diciendo que mis tetas deberían estar en un museo?

—¿Donde todo el mundo pueda verlas? Ni de coña. —Me agacho y cierro los dientes ligeramente alrededor de un pezón. Jillian da un grito y me da un golpe en la nuca, pero su mano mantiene mi boca pegada a su pecho, así que no puedo soltarlo—. Estas —declaro con la boca llena de pecho—, son solo para *mis* ojos.

—Eso significa que esto también es mío —me advierte mientras me acaricia la polla, que ya se está endureciendo.

—Tuyo —asiento.

Por tercera vez, decidimos dejarnos caer directamente sobre la alfombrilla de la ducha y copular allí como animales.

¿Cuándo será suficiente?, me pregunto. ¿Llegará algún día en que no la vea y me ponga duro inmediatamente? ¿Se apagará alguna vez este fuego de *"ella es mía"*, o se enfriará siquiera un grado o dos? Es tan devorador como lo fue desde el principio. Incluso más ahora, después de todo lo que hemos pasado y todo lo que he aprendido sobre ella. Jillian Pierce me ha sorprendido y, al mismo tiempo, ha confirmado todo lo que siempre sospeché de ella, y de alguna manera lo ha hecho al mismo tiempo, mierda.

Es una maravilla. Una maldita maravilla. No hay otra palabra para describirla.

O, espera, sí que la hay.

*Mía.*

Esa es la mejor palabra de todas.

Después de una segunda ducha, muy necesaria, acabamos de vuelta en la cama. Jillian está tumbada boca abajo con las sábanas enrolladas alrededor de la cintura, la barbilla apoyada en los brazos cruzados, y yo estoy tumbado a su lado, trazando formas abstractas sobre la suave piel entre sus omóplatos.

—He decidido algo —le digo.

—¿Mientras me hacías sexo oral? —pregunta ella levantando una ceja.

—Poco antes —digo, riéndome—. Voy a empezar a reestructurar la empresa.

Gira la cabeza sobre sus brazos para mirarme. —¿Reestructurarla cómo?

—Cortar las vías de financiación. Todas ellas. La Bratva ha sido como un parásito chupando la sangre de Lazarev Global. Así que voy a arrancarlo y aplastarlo. —Presiono mi pulgar contra una peca en su columna vertebral—. Vamos a legalizarnos. Ya es hora.

Jillian se queda en silencio mientras reflexiona sobre lo que acabo de decir. —¿Qué significa eso para tu seguridad? —pregunta por fin.

Esa es una pregunta que no había considerado. —¿A qué te refieres?

Se gira hacia un lado, mirándome, y apoya la cabeza en una mano. —Estás a punto de privar a mucha gente muy peligrosa de mucho dinero. ¿Qué pasará cuando se den cuenta?

Mantengo la mirada fija en la peca. —Supongo que no les hará ninguna gracia.

—Kir.

—¿Qué?

—Mírame.

Lo hago. Sus ojos verdes están fijos y no parpadean, y tiene esa expresión de periodista, la que significa que no va a dejar que me salga con la mía con encanto, evasivas o sexo.

—Has dejado muy claro qué tipo de personas son —dice con severidad—. No creo que se limiten a encogerse de hombros y actualizar su perfil de LinkedIn a "buscando nuevo trabajo", ¿sabes?

No se equivoca. Afon ha sido la mano derecha de mi padre desde antes de que yo naciera. El hombre se ha pasado toda la vida desarrollando un conjunto de habilidades que solo son útiles para un tipo concreto de organización, y yo estoy a punto de desmantelar esa organización desde dentro. No le va a hacer ninguna gracia. Y hay docenas de personas más como él.

—Con Lukas neutralizado, la estructura se derrumba —le digo—. La Bratva es una jerarquía de arriba abajo, y la parte de arriba acaba de ser cortada. Si no hay *un pakhan* que dé órdenes ni un aparato corporativo que mueva dinero, los lugartenientes no tienen nada en torno a lo que organizarse. Se dispersarán.

—Pareces muy seguro.

—Crecí en este mundo y sé cómo funciona. Estos tipos son mercenarios despiadados, Jillian. Siguen el poder y el dinero. Cuando ambos se agotan, encuentran una nueva fuente o desaparecen. Así ha sido siempre.

Se muerde el labio inferior, luego las uñas y luego el labio otra vez. Casi se oye el chirrido de los engranajes en su cabeza.

—Oye —Me inclino y le coloco un mechón de pelo rojo detrás de la oreja—. Me he pasado toda la vida preparándome para esto. Sé adónde va cada dólar, sé dónde está enterrado cada cadáver, algunos de ellos literalmente, y sé quién es leal y quién simplemente ha tenido demasiado miedo de Lukas como para salirse de la línea. Los que tienen miedo cambiarán de opinión. Los leales se marcharán. Y los que quieran pelear por ello descubrirán muy pronto que no soy el blanco fácil que creen que soy.

Me mira. Sus ojos siguen preocupados, pero también hay confianza en ellos. No es una confianza ciega; Jillian no hace nada a ciegas. Esta confianza se ha *ganado*.

—Te amo —le digo—. Y te mantendré a salvo.

Mantiene mi mirada durante un largo instante. Luego—: ¿Me amas?

—Sí —digo con calma—. Te amo.

Ella asiente. Luego se acerca un poco más, se acurruca contra mi pecho y apoya su nariz, que, por alguna razón, sigue estando fría, en el hueco de mi cuello. —Yo también te amo —murmura contra mi piel—. Me alegro de que hayamos aclarado eso.

Nos quedamos allí tumbados un rato, con sus dedos de los pies helados descongelándose poco a poco contra mis pantorrillas, y me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que vendrá después. No en el sentido existencial, sino en uno muy literal. Nunca he tenido un día sin nada pendiente.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le pregunto.

Lo piensa durante unos dos segundos. Luego sonríe. —Quiero salir —declara—. Juntos. Solo nosotros. ¿Podemos hacerlo?

La miro y sonrío. —Nada me gustaría más.

## 55

# JILLIAN

*"Esto podría ser el fin de todo. ¿Por qué no nos vamos a algún lugar que solo nosotros conozcamos?"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Somewhere Only We Know", de Keane*

ACABAMOS en un pequeño local italiano de Bleecker Street con media docena de mesitas de bistró apiñadas en la acera. Hace demasiado frío para sentarse fuera según cualquier criterio razonable, pero ha salido el sol y hay lámparas de calor, y estoy con una caldera andante que parece empeñada en mantener su brazo alrededor de mis hombros, así que no me importa tanto el frío que hace. La camarera nos da una mesa para dos un poco inestable, encajada entre un boj en maceta y la fachada de ladrillo del edificio. Kir me echa la silla hacia atrás y me da un beso en la coronilla una vez que me siento.

Pedimos capuchinos y bollos, y luego nos sentamos a charlar un rato con el sol dándonos en la cara. —Tienes espuma en la barbilla —le digo—. No, en la otra barbilla. No, en la *otra* otra... Mira,

simplemente... —Me mojo el pulgar, me inclino hacia delante y se la quito.

—Me siento como un cachorro al que le están dando un baño con la lengua —se queja.

—No finjas que no te gusta.

Me agarra la muñeca antes de que pueda retirarla y hunde suavemente los dientes en la carne de mi palma. Cuando grito de sorpresa, sonríe y besa el lugar donde acaba de morderme. Sus ojos permanecen fijos en los míos todo el tiempo.

—Deja de hacer eso —le regaño, incluso mientras ese calor ondulante, ya familiar, se enciende en mi vientre—. Deja de mirarme así. Y encima en público. ¿No tienes un poco de decencia?

—¿Cómo dirías que te estoy mirando? —ronronea.

—Como si yo fuera… No sé. Como si tú fueras un león y yo un filete.

—De cachorro a león, ¿eh? Me lo quedo —Me suelta la muñeca y se recuesta en la silla, estirando las piernas hasta que su tobillo se engancha al mío bajo la mesa—. Me quedo con esto también —Me roba un trozo de mi croissant y luego sonríe con aire de lobo, de una forma que me desafía a seguir fingiendo que estoy molesta con él.

—Serías muy molesto si no fueras tan guapo, ¿sabes?

Arquea una ceja. —¿Así que soy guapo?

—Mmm. Lindo como un cachorro. Un cachorrito retorcido, indefenso, diminuto...

—Si terminas esa frase, zorrita, te aseguro que te arrepentirás.

Estoy sonriendo tan descaradamente como él cuando el teléfono de Kir vibra sobre la mesa. Él baja la vista, lo ve y frunce el ceño. —Tengo que contestar —suspira, levantándose y echando la silla hacia atrás—. Dos minutos.

Le hago un gesto con la mano para que no se preocupe, feliz de quedarme aquí sentada y hacer la fotosíntesis. —No te preocupes. Tómate tu tiempo.

Se levanta, me da otro beso en la coronilla al pasar por detrás de mí y se dirige hacia la esquina de Bleecker con Perry con el teléfono pegado a la oreja. Lo veo alejarse, luego cojo mi café, le doy un sorbo e inclino la cara hacia el sol, con los ojos cerrados.

Esto es agradable. Esto es tan, tan agradable. ¿Demasiado agradable? No. Justo lo agradable que debe ser. Podría pasar el resto de mi vida siendo exactamente así de agradable.

Eso, por supuesto, es lo que debería haberme indicado que no podía durar.

—¿Jillian?

Abro los ojos de golpe.

Doug está de pie en la acera a un metro de distancia, con una bolsa de papel marrón de Murray's Cheese y un café grande en las manos. Lleva una chaqueta caqui gastada con el cuello mal levantado y las gafas de lectura subidas a la cabeza. Tiene el mismo aspecto de siempre, es decir, desaliñado y vagamente irritado con el mundo por atreverse a existir.

Pero no me está mirando a mí. Está siguiendo con la vista algo al final de la manzana, hacia la esquina donde Kir acaba de desaparecer con su teléfono.

Luego vuelven a mí.

Luego vuelven a la esquina.

Luego vuelven a mí.

Observo con mudo horror cómo el cerebro de Doug une los puntos. Aunque no fuera un periodista con cuarenta años de experiencia, no es un rompecabezas difícil de resolver. Por el amor de Dios, sigo

llevando puesta la camisa de Kir. Es como si tuviera tatuado *"CULPABLE"* con henna en la frente.

Sabe que me he estado acostando con el enemigo.

—Hola, Doug —digo débilmente—. Qué sorpresa verte aquí.

Cambia la bolsa de queso a la otra mano y da un paso hacia la mesa. —¿Era ese Kir Lazarev?

Como buen periodista, ya sabe la respuesta a su pregunta. Solo está esperando a que yo la confirme oficialmente.

—¿Me acojo a la Quinta Enmienda?

—Jillian.

—Doug, no es...

—Para ahí mismo —Levanta un dedo—. Porque lo que sea que venga después de "no es" va a ser una mentira, y los dos sabemos que no puedo dejar de oír una mentira una vez que la has dicho.

Agarro mi taza de café, pero de repente se ha enfriado muchísimo. El sol sigue brillando en mi cara, pero ya no siento su calor. Todo el calor que alguna vez existió en este mundo ha sido succionado hacia el vacío.

Doug acerca la silla vacía de Kir y se sienta frente a mí. Deja su café y la bolsa sobre la mesa, entre nuestros platos, junta las manos y me mira con la decepción más triste que jamás haya mostrado.

—Muy bien —ordena—. Empieza a hablar.

## 56

# JILLIAN

*"Quiero decírtelo, pero no sé cómo. Solo soy sincera cuando llueve. Un libro abierto con una página arrancada. Y se me ha acabado la tinta. Quiero amarte, pero no sé cómo"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Sleeping At Last", de Neptune*

—No es lo que piensas —intento explicarle.

Él niega con la cabeza. —Te dije que no hicieras eso.

—Vale, está bien. Es exactamente lo que piensas —me apresuro a decir—. Pero también es... es jodidamente complicado, Doug.

—Descomplícalo —Se quita la tapa del café, le da un soplo y da un sorbo—. ¿Cuánto tiempo?

Lo miro parpadeando, atontada. No es que no sepa lo que me está preguntando; es solo que mi cerebro está hecho un lío por el sexo, la sorpresa y las niñas pequeñas soltando globos rojos al aire. —¿Cuánto tiempo qué?

Arruga la nariz y sé inmediatamente que he dicho algo inapropiado. —No insultes mi inteligencia, Jillian. ¿Cuánto tiempo llevas acostándote con el director general de la empresa a la que se supone que debes investigar?

*Acostándome.* Es una expresión tan extrañamente banal para lo que ha estado pasando. Tan recatada y bonita. Encaja en una comedia romántica para todos los públicos, no en el lío oscuro, depravado y jodido en el que me he visto metida.

—Unas semanas —digo con impotencia—. Más o menos.

—Ya veo —Deja el café sobre la mesa, con los labios fruncidos—. Y durante esas semanas, "más o menos", ¿también estabas construyendo activamente una historia sobre su familia?

—Yo… Eh… Bueno, sí.

—¿Y no ves cuál es el problema?

Me inclino sobre la mesa, sintiendo cómo las mentiras desesperadas utilizan mi boca como si fuera una marioneta, pero sin poder evitarlo en absoluto. —Doug, es una fuente. ¡Esto es acceso! Acceso directo y sin precedentes al funcionamiento interno de…

—Una vez más, te ruego que pares —La palma de su mano levantada hacia mí me duele tanto como si me hubiera abofeteado directamente en la cara con ella—. ¿Es eso lo que te estás diciendo a ti misma? Jillian… ¿de verdad crees que tienes la sartén por el mango aquí?

—Sé lo que estoy haciendo —gimo.

—¿De verdad? —Doug parece escéptico, por decirlo suavemente—. Desde mi punto de vista, parece que un multimillonario de treinta años con un equipo de abogados del tamaño de un país pequeño ha atrapado a mi mejor reportera, y ella está aquí sentada con su camiseta diciéndome que solo se trata de *acceso*.

Siento que se me enrojece la cara. Bajo la mirada hacia la camiseta. Qué agradable fue ponérmela esta mañana y sentirme envuelta en él. Ahora, ojalá la hubiera quemado y hubiera arrojado las cenizas al East River.

—Los hombres como Kir Lazarev tienen herramientas, Jillian. No solo dinero y músculos. Me refiero a cosas mucho, mucho más intrusivas que esa mierda de machismo —La voz de Doug es triste, no enfadada, y no hay ningún diccionario ni tesauro en el mundo que contenga palabras suficientes para explicar lo mal que me hace sentir eso—. Encanto. Exclusividad. La ilusión de intimidad. Apuesto a que te hizo sentir como si fueras la única persona que realmente lo *entiende*, ¿verdad? —No hace falta que asienta con la cabeza, pero lo hago de todos modos—. Es un manual de tácticas, Pierce. Tan viejo como yo. Como el polvo. Siempre pensé que eras demasiado inteligente para caer en algo así.

Hace una pausa.

—Pero ahora tengo que preguntarte… ¿Me equivoqué?

No le respondo. No puedo.

Porque no se equivoca en absoluto.

Los segundos se alargan hasta convertirse en un pozo sin fondo de siglos mientras repaso toda esa horrible línea temporal hacia atrás. Hace unas semanas, era una periodista con una historia, una fuente y una fecha límite. ¿En qué me he convertido desde entonces? Es como si hubiera parpadeado y, de repente, ahora soy una mujer que dejó que un hombre se colara por su ventana, le apuntara con una pistola a la espalda y acabara en el suelo de su cocina debajo de él. Las reglas que me impuse se rompieron tan rápido como pude establecerlas. Cámaras ocultas y confesionarios sudorosos, callejones, cuartos oscuros de fotografía… la lista de pecados no tiene fin.

Quizá eso habría estado bien si hubiera habido al menos *una* línea en la arena que me negara a cruzar. Pero desde esta mañana, incluso eso se ha esfumado.

Porque, cuando Kir me pidió que enterrara la historia, cedí de inmediato. *De acuerdo. Considéralo hecho. Está tan enterrado como tu madre.* Ni siquiera tuve el valor de sentirme culpable más allá de unos segundos, porque deseaba ser feliz con tantas ganas que lo dejé todo atrás.

Todas las reglas por las que me he regido, todas y cada una de ellas: desaparecidas.

Alzo la vista y veo a Doug mirándome por encima de las monturas de sus gafas. Bien podría tener un estetoscopio pegado a mi frente capaz de leer hasta el último de mis pensamientos, coma por coma. Todo está ahí, obvio, innegable, vergonzoso, verdadero.

—¿Sabes lo que recuerdo? —dice mientras suspira y se pone de pie —. Hace dos años, una chica pelirroja entró en mi oficina con una propuesta sobre un caso sin resolver: un contratista que enterraba amianto en el gimnasio de una escuela. Era novata como ella sola, pero mierda, qué ganas tenía. No tenía ninguna fuente, ni una sola prueba. Joder, no tenía más que una estúpida corazonada. Pero me miró fijamente a los ojos y me dijo: Dame tres semanas y te daré una portada, y mierda, mi pequeño corazón frío, muerto, negro y arrugado realmente le creyó. Y, joder, lo consiguió. En dos semanas, no tres —Coge su café y su bolsa para llevar—. Esa chica tenía un fuego en el pecho que no había visto en treinta años en este oficio. La contraté en el acto porque sabía que iba a llegar lejos. Y así fue. Así *es*.

Me muero de ganas de decirle que sigo siendo esa persona. Nada ha cambiado; sigo siendo capaz de hacer lo que hago. Pero las palabras no me salen porque ambos sabemos que serían una mierda.

Doug mete la mano en el bolsillo trasero, saca la cartera y deja un billete de veinte sobre la mesa, junto a mi croissant a medio comer.

—¿Esa llama en tu pecho, Jillian? —pregunta mientras guarda la cartera—. Él no la encendió; fuiste *tú*. Pero desde luego no dijo que no cuando apareció para apagarla.

Luego se da la vuelta y se aleja por Bleecker Street. Ni una sola vez se detiene a mirar atrás.

Kir dobla la esquina treinta segundos después, diciendo algo que no capto mientras se deja caer en su asiento.

—¿…Jillian?

Levanto la vista hacia él. El sol me da ahora en los ojos con una intensidad cegadora. Ojalá desapareciera. —¿Eh? Es decir, lo siento, ¿qué has dicho?

—Te he preguntado si me echaste de menos —Sonríe, de una forma a la vez hermosa y terrible.

—S-sí —digo, cogiendo el menú y sosteniéndolo delante de la cara mientras finjo leer—. Muchísimo.

El dedo de Kir se desliza por la parte superior del menú y lo baja. —¿Va todo bien? —pregunta. Ahora frunce el ceño.

—De maravilla —le aseguro con la sonrisa más falsa que he sido capaz de esbozar—. Es solo que de repente me ha entrado hambre.

Me examina durante un segundo más antes de encogerse de hombros y recostarse en su asiento, indiferente.

Y lo único en lo que puedo pensar es que, en mi bolsillo, mi teléfono contiene un borrador de correo electrónico para Doug con un artículo terminado adjunto. Está ahí.

Sin enviar.

Esperando.

## 57

# JILLIAN

*"Nunca sabrás, querido, cuánto te quiero. Por favor, no me quites mi rayo de sol"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "You Are My Sunshine", (canción popular tradicional)*

¿Alguna vez te has despedido de tu amor con sexo?

Ha caído la noche. Estoy encima de Kir, con las manos apoyadas en su pecho. Me muevo despacio a propósito. Su ático está a oscuras, salvo por la ciudad que se ve a través de las ventanas. Todas esas pequeñas luces esparcidas sobre el agua. Sus manos están en mis caderas, pero me deja llevar la iniciativa, y yo me lo tomo con calma porque necesito recordar esto.

La superficie lisa de su abdomen.

La presión de sus pulgares en los hoyuelos sobre mis caderas.

Ese pequeño suspiro que sale de sus labios cuando me hundo por completo sobre él.

Tantas cosas que quiero catalogar para que me duren los días, las semanas y los meses que tengo por delante, porque serán tristes y solitarios y necesitaré algo de fuego que me mantenga caliente.

Él no sabe nada de eso, por supuesto. Cree que esto es solo *nosotros*. Una buena noche tras un buen día. Cappuccinos y croissants. El resto de nuestras vidas extendiéndose ante nosotros, sin complicaciones y brillantes.

Yo sé que no es así. La cara de Doug en Bleecker Street se me ha grabado a fuego en el cerebro, y ni todo el sexo, ni todo el sol, ni todos los "te amo" del mundo van a borrarla.

Así que voy despacio. Acumulo más pequeños detalles, como copos de nieve que aterrizan en mi lengua y se disuelven para formar parte de mí. Ojos grises en la penumbra. Barba de tres días. Esa línea montañosa de su nariz.

Nadie me ha mirado así nunca. No puedo creer que esté echándolo todo por la borda. Me pregunto de nuevo, por enésima, milmillonésima, billonésima vez, si estoy haciendo lo correcto.

Cuando termina, me atrae hacia su costado, los dos sudados, jadeando y relucientes con los fluidos del otro, y empieza a hablar. Pinta un cuadro tan vívido que siento que podría entrar directamente en él.

Me habla de una casa en el norte del estado. Nada extravagante, promete. Sencilla, de piedra y madera, alejada de la carretera, con un porche que rodea toda la casa. Una cocina lo suficientemente grande como para cocinar. Velas por todas partes y pollo de YouTube todas las noches, para siempre. Un patio con árboles viejos y quizá un huerto si me apetece. Me habla de mañanas en las que ninguno de los dos tenga que ir a ningún sitio. Café en ese porche. Nieve en invierno. Me habla de un perro. Nunca ha tenido uno, pero siempre ha querido tener uno, y quiere tener uno especialmente conmigo.

Habla de una boda. Un vestido blanco, en algún lugar soleado y cálido, nadie más que nosotros. ¿Quién necesita a los demás? Bailar lento, el glaseado del pastel en un beso, correr directamente al océano una vez intercambiados los votos, aún vestidos con nuestras mejores galas. Un velo flotando en suaves olas.

Lo peor de todo es que habla de un bebé. De cómo lo adoraría, y adoraría, y adoraría, y adoraría. Un bulto de mantas que llora y tiene los ojos brillantes sobre el pecho cansado de una madre. Una muñequita regordeta con una pulsera del hospital. Nuestra. Nuestra. Nuestra. Nuestra. Nuestra.

Escucho y no puedo evitar sopesar con tristeza la distancia entre la mujer que él describe y la mujer a la que realmente abraza. *Tuve* una hija y la entregué en adopción. *Tengo* un amor y estoy a punto de hacerle lo mismo. Arruino las cosas porque yo misma estoy arruinada. No conozco otra forma.

Quizá, hace mucho tiempo, él me hizo creer que podría superar las cicatrices que me definen, pero ya no creo en esa fantasía. Aquí no hay ningún "felices para siempre". Solo hay *Una investigación exclusiva de Jillian Pierce,* y una ventana que permanece cerrada, y una vida larga y solitaria por delante.

Eso es todo lo que ha habido siempre. Todo lo demás no era más que una ilusión.

Poco a poco, los espacios entre sus frases se alargan. Me acerca más a él y me susurra algo al oído, y luego su respiración se vuelve profunda y regular. Así, sin más, se queda frito. Ahora duerme con tanta facilidad. Antes no lo hacía. Recuerdo la primera noche que se quedó a dormir, cómo se despertaba sobresaltado una y otra vez antes del amanecer, con la mano ya buscando un arma que no estaba allí. Ahora, simplemente se aferra a mí y se queda dormido.

Espero. Cinco minutos. Diez. Su brazo se vuelve más pesado a medida que el sueño lo sumerge por completo.

Cuando estoy segura de que está dormido, le quito el brazo de la cintura, centímetro a centímetro, y lo dejo sobre la sábana caliente donde estaba mi cuerpo. Gruñe, pero no se mueve.

Mi teléfono está en la mesita de noche. Lo cojo, abro la carpeta de borradores y ahí está. El correo electrónico a Doug. Asunto, archivo adjunto, todo.

Mi pulgar se queda suspendido durante mucho, mucho tiempo.

Luego, pulso Enviar.

El pequeño *silbido* al desaparecer en el éter, definitivo e irrecuperable, es lo más triste que he oído nunca.

# 58

# KIR

*"Ooh, nena, ¿no sabes que sufro? Ooh, nena, ¿no oyes cómo gimo? Me atrapaste con falsas promesas. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que me dejes marchar?"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Supermassive Black Hole", de Muse*

DURANTE TRES DÍAS, el mundo sigue siendo perfecto. Jillian y yo dormimos y follamos como animales rabiosos y dormimos un poco más. Trabajamos por separado durante el día y volvemos a casa por la noche el uno al otro, y cada vez que veo su cara por primera vez tras horas de separación, me pregunto si tal vez no estoy tan destrozado como siempre pensé.

Me pongo en contacto con Mat el jueves por la tarde. La transición en la junta está yendo mucho mejor de lo que nadie esperaba. Lukas no ha impugnado la votación ni ha presentado ninguna demanda. Resulta que es porque nadie ha visto ni rastro de Lukas desde la votación de la junta. Él y Rae se han esfumado. Estoy demasiado embriagado de amor como para que me importe una mierda.

El viernes por la mañana, llego tarde a la oficina cuando mi asistente, Madison, viene corriendo hacia mí. —¿Sr. Lazarev? Tengo a Richard Thornton en la línea uno. El redactor jefe del *New York Times*. Dice que es urgente.

Me encojo de hombros. —Claro. Pásamelo.

Estos periodistas y su "urgencia". Todo el equipo de relaciones públicas de Lazarev Global ha estado trabajando sin descanso para presentar la noticia de la "salida" de Lukas bajo una luz positiva. Hacen un buen trabajo, así que no me preocupa demasiado. Los tiempos están cambiando por aquí. Ya era hora.

Entro en mi despacho y me dejo caer en la silla, con los pies apoyados en el escritorio. La luz de la línea 1 parpadea en mi teléfono de escritorio. Descuelgo.

—Kir —dice Thornton—. Gracias por atender mi llamada.

—Por supuesto, Rick. Siempre es un placer. —Cojo el espresso que Madison dejó en mi escritorio—. ¿En qué puedo ayudarte?

Hay una pausa. No muy larga, pero lo suficiente como para que me detenga a mitad de camino hacia el café.

—Te llamo como amigo —me advierte Thornton—. No como editor. Quiero dejarlo claro desde el principio.

Quito los pies de la mesa. Hay algo en su tono que empieza a inquietarme. —Vale. Claro. Te escucho.

—Mañana por la mañana publicaremos un artículo. En primera página, en la parte superior. Tiene que ver con tu familia. Con tu padre, concretamente, y con la empresa —Otra pausa—. Es... importante, Kir. Es un reportaje de investigación completo. Sale el nombre de tu madre.

Solo las oficinas pueden estar tan silenciosas. Hay algo en la combinación de cafeteras e impresoras, de luces fluorescentes,

moquetas y cubículos, que absorbe el silencio como nada más en este mundo.

—Mi madre —repito.

—Lo siento, Kir. Es... Joder, odio tener que decir esto, pero va a complicar mucho las cosas.

—¿Quién lo ha escrito? —pregunto con voz entumecida y apagada, aunque ya lo sé.

Se aclara la garganta. —No puedo entrar en detalles. El artículo ha pasado por el departamento jurídico, se han comprobado los datos y se va a imprimir esta noche. No hay nada que pueda hacer para detenerlo a estas alturas, aunque quisiera. Sé que nos conocemos desde hace mucho tiempo y...

—Rick.

—¿Sí?

—¿Quién escribió el puto artículo?

Suspira. —Una periodista llamada Jillian Pierce.

No digo nada. Estoy mirando la pared frente a mi escritorio, la que aún conserva una marca de cuando ella lanzó mi portátil contra ella. Estoy mirando la abolladura en el yeso donde impactó. Le dije a Mantenimiento que no la reparara. Me gusta que esté ahí, igual que me gusta cuando miro mi espalda en el espejo del baño y veo las tenues marcas de donde ella me ha arañado hasta hacerme sangrar cada vez que hacemos el amor.

Me gusta que ella haya dejado huella en mi vida.

Me gusta haber dejado huella en la suya.

—Te cuento esto porque te considero un amigo —continúa Thornton —, y porque te mereces tiempo para prepararte. Reúne a tu equipo de abogados, llama a tu gente de relaciones públicas, haz lo que tengas que hacer.

—Gracias, Rick —me oigo decir—. Te agradezco la llamada.

Cuelgo.

Luego, echo a correr.



NO RECUERDO EL ASCENSOR. No recuerdo el vestíbulo, ni la calle, ni el taxi, ni si corrí todo el camino o volé. Lo siguiente que existe después de la voz de Thornton es mi mano en la puerta del ático, empujándola con tanta fuerza que el pomo se clava en la pared detrás de ella.

Sé de inmediato que se ha ido.

Mi corazón me transmite ese mensaje y luego mi cerebro se pone a rebuscar detalles que lo demuestren. Los encuentro fácilmente.

Hay un hueco en la puerta donde estaban sus zapatos que ya no está ocupado. Cuando entro corriendo en el dormitorio, no veo ningún portátil en la mesita de noche, ni ningún bolso colgado del sillón. En el lavabo del baño no hay cepillo de dientes ni frasco de perfume de Tom Ford. El aire mismo me grita que se ha ido, se ha ido, se ha ido. Huele a limpiador de limón y a nada más.

Ni bergamota. Ni cereza. Ni Jillian.

Salgo del dormitorio y corro por el pasillo. Hay una mujer en la cocina, pero no es ella. Es la empleada doméstica. Lleva unos auriculares y tararea en voz baja mientras friega el fregadero, de espaldas a mí, sin darse cuenta en absoluto de que acabo de irrumpir por la puerta principal como una maldita bola de demolición.

—Fuera —espeto.

Se detiene, se gira a medias y frunce el ceño; luego se saca un auricular, sin saber muy bien si ha oído algo o no. Pero cuando por

fin se gira del todo y me ve allí, acechándola como un espectro de la muerte, grita.

—¡Ahh...!

Una esponja enjabonada se le cae de la mano enguantada de amarillo y aterriza en el suelo con un golpe húmedo. —¡Señor, lo siento mucho! Me ha dado un susto de muerte. Ya casi había terminado con...

—¡Te he dicho que te *largues de mi puto apartamento!* —rujo.

Mi voz no suena como la mía. Suena como *la suya*. La voz de Lukas saliendo de mi boca. La oigo y la odio, pero soy incapaz de detenerla.

La mujer se estremece ante mi ira. Busca algo a tientas en el bolsillo de su delantal y me lo lanza aterrorizada. Murmura algo sobre "encontré esto debajo del sofá" mientras huye a mi lado. La puerta se cierra con un clic tras ella.

Y entonces me quedo solo. Más solo de lo que he estado desde que mi padre sacó el cadáver envenenado de mi madre de nuestra casa por última vez.

Me quedo de pie en la cocina, mirando el charco de espuma que se extiende por el suelo desde debajo de la esponja. Me recuerda a la sangre que brotó del asesino al que maté para proteger a Jillian.

Casi no puedo creer que esto esté pasando. Ella lo escribió. Ella escribió el artículo. Me miró a los ojos de camino a casa desde Coney Island y dijo: *Vale, lo retiraré*… y luego lo publicó de todos modos.

Le dije que la amaba.

Y ella me apuñaló en la puta garganta.

¿Me amó? Dijo las palabras; eso es seguro. Pero la gente dice todo tipo de cosas cuando está desnuda y arropada, abrazada por alguien

que haría cosas terribles por ella. ¿Me amó alguna vez? ¿O solo era por la historia?

Todas las conversaciones se reproducen a la vez. Todas sus muchas preguntas. Pensé que sentía curiosidad porque le importaba, porque quería entenderme.

Pero quizá solo estaba haciendo su trabajo.

Quizá yo era la fuente con la que se acostaba y nada más.

Miro lo que la criada me tiró al salir. Es un sobre. Pequeño, de color aguamarina y ligeramente arrugado. Me vienen a la mente las palabras de la criada, *lo encontré debajo del sofá*, y un vago recuerdo aflora entre la rabia: la noche en que volqué la mesa de café de mármol y el correo robado de Jillian se esparció por todas partes. Lo recuperé todo excepto una carta.

Esta.

La que tenía la dirección del remitente escrita a mano desde Montclair, Nueva Jersey.

La había dejado a un lado aquella noche porque quería saborearla. Luego la mesa se volcó, el vodka se hizo añicos, el sobre desapareció y me olvidé por completo de él, porque todo lo que vino después de aquella noche fue Jillian, Jillian, Jillian.

Deslizo el pulgar por el pliegue sellado. Lo abro de un tirón.

Dentro hay una sola hoja de papel de carta color crema con un membrete impreso en azul marino: ***Servicios Familiares Briarwood, Montclair, NJ.*** Debajo del membrete, una fecha de hace tres semanas y media, y luego:

*Estimada Srta. Pierce:*

*Le escribimos para informarle de que la familia adoptiva de su hija biológica (expediente n.º JRP-0619-A) ha expresado su interés en*

*establecer contacto. De acuerdo con los términos de su acuerdo de adopción original, esta carta sirve como notificación formal de que los padres adoptivos han presentado un formulario de autorización para compartir información en nuestra oficina, dando su consentimiento para la divulgación de información identificativa a la madre biológica.*

*Si desea proceder con el contacto, póngase en contacto con nuestra coordinadora de reunificación familiar, Liana Lynch, en el número que figura a continuación. No hay ninguna obligación ni plazo. Esto queda totalmente a su discreción.*

*Con cariño y aprecio,*

*Adriana Fleming*

*Directora de Servicios Post-Colocación*

*Servicios Familiares Briarwood*

LO HE LEÍDO tantas veces y, sin embargo, sigue sin tener sentido. Hasta que, como una ilusión óptica que encaja de repente, de pronto *todo* cobra sentido.

Jillian tiene una hija.

Jillian tiene una *hija*, la dio en adopción y nunca me lo contó.

Eso lo explica todo. El parque infantil. Jillian de pie junto a la valla metálica en el frío, mirando a los hijos de otras personas hasta que el parque se vació y se encendieron las farolas. Llorando. Pasándose el dorso de la mano por los ojos y alejándose sola.

La góndola de Coney Island. La niña de la chaqueta roja con el globo. La forma en que todo el cuerpo de Jillian se tensó cuando le dije: *Serías una buena madre.* Se apartó de mí tan rápido y tan completamente que pensé que había dicho alguna tontería sin saber qué.

Tuvo una hija. Llevó una hija en su vientre, dio a luz a una hija, entregó a esa hija a unos desconocidos, se marchó y nunca dijo ni una sola palabra al respecto.

Mientras estoy ahí, atónito, siento que nuestro amor se ha convertido en un pequeño globo rojo por sí mismo. Ya está fuera de mi control, y del suyo también. La diferencia es que ella lo *eligió*. Lo dejó ir. Abrió los dedos y se elevó, volando cada vez más alto.

Se va.

Se va.

*Se ha ido.*

## 59

# JILLIAN

*"Si quieres derribar estos muros, te harás daño"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Castle", de Halsey*

SEA cual sea el equipo que Kir envió para ocuparse del cadáver de mi apartamento, hizo un trabajo minucioso. La pared del pasillo donde murió el hombre ha sido repintada a la perfección. Las tablas del suelo están impecables. Si no supiera lo que pasó, pensaría que me lo había imaginado todo.

Lástima que lo sé todo. Hasta el más mínimo detalle.

Estoy metiendo ropa en una bolsa de viaje que hay sobre mi cama sin molestarme en mirar qué es exactamente lo que cojo. Me iré a casa de mi primo en Jersey para esconderme de la tormenta que está a punto de engullir toda la ciudad. Es mejor así para todos los involucrados.

Justo cuando termino de llenar la bolsa hasta los topes y cierro la cremallera a duras penas, oigo que se abre la puerta principal de mi apartamento. No la cerré con llave. No sé por qué. Quizá se me olvidó. Quizá no.

Pero no me doy la vuelta. ¿Para qué? Ya sé quién está aquí.

El aroma a canela y sándalo inunda la habitación antes de que Kir diga una sola palabra. Mis manos dejan de moverse, pero sigo mirando fijamente la cremallera cerrada. Hubiera sido mejor si hubiera hecho esto con todo, pienso. Si lo hubiera mantenido todo cerrado, mis puertas y ventanas, mi boca, mis piernas, mi pasado, la habitación bajo llave donde metí todo lo que alguna vez me ha hecho daño, entonces no estaríamos en este lío ahora mismo.

Pero lo estamos.

Ay, Dios, cómo lo estamos.

Está en la puerta. Puedo sentirlo detrás de mí igual que lo sentí aquella primera noche, cuando se apagaron las luces y una mano enguantada me tapó la boca. Mi cuerpo percibe su presencia antes de que mi cerebro lo confirme.

—Mírame —me ordena.

A regañadientes, con el sabor ácido del miedo en la boca, me doy la vuelta.

Está diferente. Eso es lo primero que percibo. El Kir que conozco es apasionado, explosivo, volcánico. Este no es ese hombre. *Este* hombre es frío como una tumba sin nombre. Se parece más a su padre de lo que jamás había notado antes. Sus ojos son iguales. Dos lunas plateadas y distantes. Inalcanzables. Inhóspitas.

Pasa la mano por encima de mí, con cuidado de no establecer contacto físico alguno, y deja dos objetos encima de mi bolsa de viaje. El primero es su teléfono, con la pantalla hacia arriba, en la que se ve un hilo de mensajes con el nombre de Richard Thornton en la parte superior. El último mensaje: ***El artículo sale mañana, en portada. El departamento legal lo ha autorizado. No puedo hacer nada.***

El segundo es un sobre de color aguamarina. El nombre en el remitente me hiela la sangre en las venas. ***Servicios Familiares Briarwood.*** La solapa ha sido rasgada.

—Léelo —dice mientras da un paso atrás para volver a su posición en la puerta de mi dormitorio.

Con dedos temblorosos, saco la carta del sobre. Leo rápidamente. Mis ojos se mueven de izquierda a derecha, de izquierda a derecha, y el sabor amargo en mi boca se duplica y se triplica.

—Esto estaba en el correo que me llevé de tu apartamento la primera noche —dice sin emoción—. Te acuerdas. La noche que te dije que estaba aquí para matarte.

No puedo moverme. No puedo apartar la vista de esta carta y de lo que significa. *Mi hija quiere conocerme.*

—Bueno —dice cruzando los brazos sobre el pecho—. ¿Qué quieres explicar primero? ¿El artículo o la carta?

Esta habitación es demasiado pequeña para una conversación tan importante. Las paredes, el techo, la cama con mi estúpida bolsa de viaje repleta… todo me oprime, se encoge, se compacta alrededor de los dos objetos que yacen sobre esa cremallera.

Su teléfono y esa carta.

Mi carrera y mi hija.

Las dos granadas con las que llevo semanas haciendo malabares… y Kir acaba de quitarles las dos anillas a la vez.

Ni siquiera tengo fuerzas para abrir la boca, y mucho menos para empezar a hablar y explicar una maldita palabra. Pero lo único peor que mis escasas explicaciones sería quedarme callada. Por desgracia, eso es lo único que puedo hacer.

—Eso es más o menos lo que pensé —gruñe con crueldad.

Despliega los brazos y da un paso hacia el interior de la habitación. Solo uno. Se detiene a los pies de la cama, con las manos a los lados, y puedo ver las venas marcadas en el dorso.

—Está bien. Por una vez, puedo encargarme yo de la crónica. Titular uno: tuviste una hija. Llevaste a un bebé en tu vientre, la trajiste al mundo y luego se la entregaste a unos desconocidos. Regalaste a tu hija. Un alma inocente que necesitaba una madre, y tú la *abandonaste*.

Aprieto la carta contra mi estómago con ambas manos. Abro los labios, pero no hay nada detrás de ellos. Abandonada… ¿ha habido alguna vez una palabra más cruel en el español? A pesar de todos mis títulos y todos los libros apilados en mi mesita de noche, no se me ocurre ninguna. Y menos aún tal y como él la dice. Es una palabra odiosa. Fea y punzante.

—Dije que serías una buena madre —Se frota la mandíbula y se ríe con sorna—. No creo que sea posible equivocarse más, mierda.

Bajo la mirada al suelo. Si pudiera reírme, me reiría de lo que veo allí. Porque hay un calcetín gris en el suelo. Debe de haberse caído de la bolsa de viaje cuando lo estaba metiendo todo a toda prisa. Qué repugnante y qué irónico. La última vez que mi mundo se derrumbó, había un calcetín gris en el suelo igual que este. Un calcetín diferente, una habitación diferente y un hombre muy diferente de pie frente a mí, pero mis ojos lo encontraron de la misma manera. Se aferraron a la cosa más pequeña y estúpida de la habitación porque todo lo demás era demasiado enorme para mirarlo.

Ahora mantengo la mirada fija en él. Pequeño calcetín inofensivo. No puede hacerme daño. No puede llamarme mala madre. No puede romperme el corazón.

—Sabes lo que me pasó —continúa Kir—. Sabes lo que mi padre le hizo a mi madre. Te sentaste a esa mesa y me escuchaste contarte la historia de un chico que se despertó una mañana y su madre

simplemente se había ido. Y durante todo el tiempo que te conté esa historia, tú llevabas exactamente la misma dentro de ti y no dijiste *nada.*

La comparación es tan injusta y, sin embargo, tan acertada que me parte en dos. Quiero gritar que no es lo mismo. Tenía diecinueve años y estaba aterrorizada. Lo hice *por* ella, no *a* ella.

Pero ni siquiera puedo decir con certeza si eso ya importa. Si es que algo importa.

—Me das asco —escupe.

Con eso, se da la vuelta y se marcha. Vuelvo a mirar el calcetín mientras la puerta se cierra de un portazo y los pasos de Kir se desvanecen. Este apartamento ha sido testigo tanto del nacimiento como de la muerte de lo más extraño, lo más terrible y lo más maravilloso que me ha pasado nunca. Sexo y alegría, pena y desamor… Todo ocurrió entre estas cuatro paredes.

Ahora, vuelvo a estar sola. Yo y el calcetín, supongo. Cada uno sin su pareja.

Me hundo en el suelo y lloro.

# PARTE V

# FECHA LÍMITE

## 60

# JILLIAN

*"Hola, oscuridad, mi vieja amiga. He venido a hablar contigo otra vez"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "The Sound of Silence", de Simon & Garfunkel*

NO DUERMO NADA ESA NOCHE, ni siquiera un poco.

El sofá cama de mi primo tiene un resorte que se me clava en la zona lumbar por mucho que gire, y las sábanas apestan a naftalina. Aquí se está un poco más tranquilo que en Manhattan, pero no mucho, y cada pequeño ruido me parece un punzón de hielo en los tímpanos.

Macy se fue a la cama a las once con un apretón comprensivo en mi hombro y un "sírvete lo que quieras de la nevera, cariño". Llevo aquí tumbada en la oscuridad desde entonces, con el teléfono apoyado en el pecho, actualizando la misma página web una y otra vez.

A las 5:12 de la mañana, la página cambia.

***NYTIMES.COM***

***SE BUSCA AL PATRIARCA LAZAREV EN RELACIÓN CON LA MUERTE DE SU ESPOSA; SE ENCUENTRAN SUS RESTOS DESPUÉS DE 18 AÑOS***

***Una investigación exclusiva de Jillian Pierce***

AHÍ ESTÁ mi foto junto a la firma. Salgo sonriendo, lo cual es bastante sorprendente, teniendo en cuenta que ya no recuerdo haber sonreído en toda mi vida y estoy bastante segura de que nunca volveré a sonreír. Debajo se extienden tres mil palabras de revelaciones asombrosas sobre Lukas y Elena y la intención de la policía de Nueva York de detenerlo como sospechoso de asesinato.

Es la noticia más importante de mi carrera.

Y no siento… nada.

Debería estar emocionada. Debería estar llamando a la gente, descorchando champán, dando una vuelta de honor en calcetines por el estrecho salón de Macy. Esto es lo que quería. Esto es por lo que luché. Esto es lo que elegí por encima de Kir, de nosotros, de todo.

Pero no. No siento nada. Soy el vacío, y el vacío soy yo.

Mi teléfono vibra. Es un mensaje de Doug.

*FELICITACIONES.*

ANTES DE QUE pueda formular una respuesta, vuelve a sonar. Y otra vez. A partir de ahí, no para. Compañeros de trabajo, contactos de la prensa, productores de canales de noticias por cable que me invitan a sus programas matutinos, más números que no reconozco.

Los ignoro a todos.

En su lugar, llamo a Rae.

Ella tiene que saber esto si aún no lo ha visto. Al igual que yo, está en medio de una tormenta, pero a diferencia de mí, ella es inocente y no tiene ni idea. Dios, he arruinado tantas vidas de un solo golpe. ¿Ha valido la pena? ¿Soy la mujer más egoísta del planeta? ¿O hice lo correcto, lo ético, lo que se merecía una mujer asesinada? ¿He traído *justicia* a este mundo? ¿O simplemente he infligido mi miseria a todos con quienes la comparto?

Sea cual sea la respuesta, no puedo explicarle nada a Rae. El teléfono suena unas cuantas veces y salta el buzón de voz. Su mensaje de bienvenida es el mismo que tiene desde la universidad. *Hola, soy Rae, déjame un mensaje y te llamaré. Probablemente. Algún día. No prometo nada.*

Cuelgo y vuelvo a llamar. Esta vez, cuando me pasa al buzón de voz, estoy un poco más preparada.

—Rae, lo siento —Hago una pausa, sorbo por la nariz y trago saliva —. Lo único que te pido es que, cuando lo veas… por favor, no me odies, ¿vale? Por favor, no lo hagas. Te quiero. Es solo que… Es solo que hay tantas cosas que no te he contado. Tantas cosas que he estado cargando durante años, y debería habértelas contado, pero no lo hice, y también lo siento por eso —Aprieto el teléfono con más fuerza contra mi oído—. ¿Te acuerdas de segundo de secundaria, cuando desaparecí? ¿Y de cómo me negué a dar explicaciones cuando volví? Quiero decir, claro que lo sabes, pero… sí. La cuestión es que me pasó algo antes de irme. Un chico en una fiesta. Él…

Me detengo para recomponerme y luego sigo.

—Me agredió, Rae. Estaba borracha y fui una estúpida, y volví a su habitación y él me inmovilizó. No pude… simplemente no pude hacer nada. Me quedé en blanco. Como si alguien me hubiera desconectado. No se lo conté a nadie después de que pasara. Ni siquiera a ti. Quería hacerlo. Pero cada vez que estaba a punto de decirlo, me callaba. Simplemente no podía soportarlo. No podía soportar ser la chica a la que le había pasado *eso*.

Me seco la nariz, que no deja de gotear, y sigo adelante. —Pero la cosa empeoró. Porque me quedé embarazada. Me enteré unas seis semanas después y no tuve más remedio que irme. Hice una maleta y conduje hacia el norte del estado hasta que encontré una clínica cerca de Poughkeepsie. Trabajé de camarera en una cafetería hasta que mi barriga creció tanto que ya no podía llevar bandejas. Y luego la tuve a ella.

*Ella*. Nunca digo esa palabra en voz alta. A nadie.

—Una niña. Era una niña, Rae. Tenía la carita roja y las manos en puños, y *gritaba*. Me la pusieron sobre el pecho y estaba tan calentita. La abracé y le besé la cabeza, y olía a… No sé cómo describirlo. A limpio. A nuevo. A puro e inmaculado. Y luego la entregué.

Mi rostro se desmorona. Me presiono el puño contra la boca y espero a que pase lo peor.

—Se la entregué a una familia de Nueva Jersey. Una buena familia. Al menos eso es lo que dijo la agencia. Gente buena, un hogar estable, dos padres que realmente querían un bebé y podían darle todo lo que yo no podía. Estaba tan asustada y la persona que la puso dentro de mí era un monstruo, así que me convencí a mí misma de que era lo correcto. Me lo he estado repitiendo cada día durante cinco años, pero sigo sin saber si me lo creo.

»Después de eso, volví a casa y me puse una sonrisa. Te rogué que no me preguntaras nada, y tú, Dios te bendiga, no lo hiciste. Solo me abrazaste y me dejaste volver, y eso lo fue todo, Rae. Eso lo fue *todo* —Respiro hondo, temblando—. No he estado con nadie desde entonces. No hasta hace poco. Cinco años sin contacto físico. Lo deseaba tanto que me volvía loca. Pero mi cuerpo simplemente no colaboraba. Cada vez que alguien se acercaba, me largaba antes de que llegara a nada. Todo el mundo piensa que soy una mujer sexualmente liberada que sale con cualquiera y tiene rollos sin remordimientos, y nada de eso es cierto. Todo es una mierda. Cada parte.

»O al menos, lo *era*. Hasta que conocí a alguien. Y me enamoré de él. Es la peor persona de la que me podría haber enamorado, y te vas a enfadar muchísimo cuando descubras quién es, cosa que me merezco con creces. Porque me enamoré de Kir Lazarev. El mismo Kir Lazarev cuya familia acabo de destrozar. Me odiará para siempre, igual que tú, y me lo he ganado con creces. Así que ahora me quedo aquí, completamente sola, preguntándome si alguna de las decisiones que tomé por el camino mereció la pena. O si el camino hacia mi infierno personal simplemente estaba pavimentado con buenas intenciones, pero no hay salidas en esta autopista, y yo solo me dirigía en una dirección: hacia abajo.

Solo cuando por fin me quedo sin cosas que decir alejo el teléfono de mi oído… y me doy cuenta de que llevo minutos hablando con nadie. Hace mucho que se agotó el tiempo del buzón de voz.

Esta era una confesión para mí y solo para mí. Yo, todavía atrapada en la habitación cerrada con llave de mi corazón.

Supongo que me quedaré atrapada aquí para siempre.

## 61

# KIR

*"Me he vuelto tan insensible que no puedo sentirte ahí. Me he vuelto tan cansado. Mucho más consciente"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Numb", de Linkin Park*

LEÍ EL ARTÍCULO en la encimera de mi cocina mientras el café se enfriaba a mi lado.

Cada palabra tiene su fuente y está verificada. La tumba sin nombre de Astoria, el informe toxicológico de los restos de mi madre. Elena Lazareva, de soltera Sergeeva, fallecida a los cuarenta y dos años por una dosis letal de fenobarbital.

Mi propio nombre se limita a una mención como su hijo superviviente. *Información extraoficial*, prometió. Técnicamente, cumplió esa promesa. No aparezco como fuente en ninguna parte. Pero puedo remontar las raíces de todo esto a un recuerdo de los dos en la mesa de su cocina, bebiendo whisky, con su grabadora entre nosotros, apagada.

Quiero sentirme justificado. Después de dieciocho años, mi madre ha sido debidamente vengada. La verdad ha salido finalmente a la

luz, impresa en blanco y negro para que todo el mundo la lea.

Lukas ha quedado al descubierto, se ha restablecido el equilibrio.

Pero la satisfacción no llega. Aquí no hay ningún cierre. Solo dolor amontonado sobre dolor. No puedo dejar de pensar en lo sola que debió de sentirse Jillian, dando a luz a su hija y entregándola. Entonces me molesto de nuevo, mierda, porque ¿cómo coño se atreve? A mí me arrebataron a mi madre, y eso ha sido un infierno en la tierra, ¿pero ella simplemente *entregó a su hija?*

No. Que se joda. Eso no se puede perdonar.

Cierro el portátil con asco y cojo el mando a distancia. Ruido blanco. Es lo único que necesito. Algo que llene el silencio para dejar de oír la voz de Jillian en cada rincón de este apartamento.

La tele se enciende en NY1, y mi pulgar se queda paralizado sobre el botón.

Es una toma desde un helicóptero, mirando hacia abajo a un edificio de ladrillo rojo en Brooklyn que reconozco de inmediato porque pasé allí los primeros doce años de mi vida. Los coches de policía se alinean en la estrecha calle, con las luces girando en rojo y azul contra el ladrillo. La cinta amarilla de la escena del crimen se extiende a lo largo de los escalones de la entrada.

El titular dice: ***ÚLTIMA HORA: LUKAS LAZAREV DETENIDO EN RELACIÓN CON LA MUERTE DE SU ESPOSA.***

Mientras miro, dos agentes federales acompañan a mi padre por los escalones de la entrada. Lleva las manos esposadas a la espalda. Viste una camisa blanca sin corbata y tiene el pelo plateado sin peinar, por lo que sé que no le han dado tiempo a prepararse.

No mira a las cámaras. Ni a nada. Su rostro está perfectamente, completamente inexpresivo.

Mierda. Esta situación se está descontrolando. Todo se está volviendo mucho peor de lo que pensaba. Esperaba que el artículo

causara daños, pero me imaginaba demandas, pánico en la junta directiva, caídas de las acciones... cosas que podía controlar. No un puto paseo del sospechoso en directo por televisión.

Entonces, la cámara se desplaza hacia la izquierda, alejándose del coche patrulla en el que están subiendo a mi padre, y enfoca a una mujer en la acera. Está rodeada de periodistas que le meten micrófonos y teléfonos en la cara. Intenta abrirse paso entre ellos, con un brazo levantado para protegerse los ojos de los flashes de las cámaras, y parece absolutamente aterrorizada.

Es Rae.

*Joder.* No ella. No quiero que otra persona inocente acabe aplastada entre los engranajes de esta familia. Ya ha pasado por bastante.

Me levanto del sofá antes de haber tomado una decisión consciente. Llaves, chaqueta, puerta, correr. No se trata de Rae. Bueno, en parte sí. Trabajaba para mí, es buena persona, no se merece nada de esto. Pero si soy sincero con la única persona a la que nunca puedo mentir, que soy yo mismo, no es por eso por lo que estoy huyendo.

Huyo porque Jillian querría que la ayudara. Mi zorrita me mataría si me quedara aquí sentado viendo cómo se comen viva a su mejor amiga en directo por televisión.

Así que voy a ir. No por Rae, no por mí, ni por mi padre.

Sino por la mujer que me destrozó y a la que, de todos modos, no puedo dejar de amar.



Tomo la FDR hacia el sur y cruzo el puente de Brooklyn a veinte por encima del límite. El caos fuera del edificio de ladrillo rojo es peor en persona de lo que parecía en la tele. Los periodistas están por todas partes, como los mosquitos chupasangre que son.

Diviso a Rae antes incluso de haber parado del todo el coche. Está acorralada contra un camión de reparto aparcado, con los brazos cruzados sobre el pecho, y las cámaras en la cara mientras todos se abalanzan sobre ella.

Freno en seco, salpicando a los furiosos miembros de los medios de comunicación por todas partes mientras me lanzan insultos. Cuando estoy lo suficientemente cerca, me inclino sobre la consola central y empujo la puerta del copiloto para abrirla.

—Sube —gruño—. Ahora.

Al principio no se mueve. Me mira como una persona que se está ahogando mira un trozo de madera a la deriva: sin saber si aguantará, pero sin tener otra opción mejor.

Entonces se agacha para esquivar el brazo extendido de un reportero y corre hacia el coche. Se lanza al asiento del copiloto y cierra la puerta de un tirón. Arranco antes de que se cierre del todo, con los neumáticos chirriando contra el asfalto.

Por el retrovisor, dos cámaras nos persiguen durante media manzana antes de darse por vencidos.

Rae tiembla de pies a cabeza, le castañean los dientes y tiene la piel pálida.

Conduzco. Es lo único que sé hacer ahora mismo. Solo conducir.



Llevo a Rae a ver a su hermano a un apartamento que sirve de refugio. Lo había organizado ese mismo día, después de que Richard me llamara para avisarme, para sacarlo de su centro de rehabilitación y mantenerlo en un lugar seguro, lejos de lo peor de las consecuencias que se avecinan.

Luego vamos a visitar a mi padre a su celda de detención. Hago que Rae se siente en la sala de observación mientras yo entro a hablar con él. Es mejor así, conmigo como escudo entre ellos. Estoy tan acostumbrado al gélido soplo de su indiferencia; él ya no puede hacerme daño. ¿Pero ella? Ella es vulnerable. Incluso verlo a través de una pantalla es lo suficientemente peligroso para ella.

Cuando salgo, veo que ha aprendido la lección que necesitaba aprender: que Lukas Lazarev es incapaz de amar. Parece destrozada por lo que acaba de pasar ahí dentro, por las cosas que le ha dicho mi padre. Espero que esa cicatriz sea suficiente para mantenerla a salvo el resto de su vida, dondequiera que la lleve.

Después, la llevo de vuelta con su hermano. Los dejo solos y me retiro a mi coche. Me siento en la oscuridad y pienso en madres, padres, hijas, hijos, ex, amantes, futuros, pasados.

¿Qué significa amar a alguien lo suficiente como para traerlo a este mundo?

¿Qué significa amar lo suficiente como para sacarlo de él?

¿Podemos perdonar a las personas que nos rompen el corazón? ¿O estamos todos llorando lágrimas interminables bajo las máscaras que nos vemos obligados a llevar?

No lo sé.

No lo sé.

No lo sé.

Ya no sé nada.

## 62

# JILLIAN

*"Pronuncié las palabras, pero nunca pensé en lo que podían significar"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Play Crack the Sky", de Brand New*

CASI IGNORO mi teléfono cuando vuelve a sonar. Hasta que veo quién llama.

***T.F.***

Técnico forense.

Es como recibir una bofetada en la cara con el pez frío y muerto del pasado. No he sabido nada de T.F. desde que me entregó el informe en ese callejón detrás del laboratorio criminalístico hace tres semanas. Supuse que se había escondido como todos los que se acercan a un palmo de la familia Lazarev.

Agarro el teléfono y contesto la llamada.

—Han registrado algo nuevo en el lugar del entierro —dice enseguida en un murmullo apagado—. Un diario o algo así. Estaba

sellado en una bolsa de plástico, enterrado justo al lado de los restos. Ha estado en el departamento de análisis de pruebas, pero conseguí fotocopias antes de que entrara en el sistema.

Me incorporo. —¿Cuándo podemos vernos?

—Ahora mismo estoy en el aparcamiento del Queens Municipal. Tienes veinte minutos antes de que empiece mi turno.

Ya estoy vestida, en el Honda que me ha prestado Macy, y pisando a fondo por la autopista en la cuarta.



ESTÁ APOYADO contra un pilar de hormigón en el tercer piso, fumando. Tiene peor pinta que la última vez. Las uñas mordidas hasta quedar reducidas a nada. Sangrientas, con costras, asquerosas. Me entrega un sobre de manila sin mirarme a los ojos.

—Fotocopias —explica con brusquedad—. Es lo mejor que vas a conseguir. Los originales están encerrados en un armario de pruebas y no pienso volver a tocarlos. Empiezo a abrirlo, pero pone su mano sobre la mía. —Léelo en otro sitio. No quiero estar a tu lado cuando lo hagas.

Deja caer el cigarrillo y lo apaga con la zapatilla. Le pregunto si hay algo más. Niega con la cabeza una vez, se mete las manos en la chaqueta y camina rápidamente hacia el ascensor.

Me retiro al coche, me siento en el asiento del conductor con la luz interior encendida y el sobre en mi regazo durante un minuto entero antes de abrirlo.

Al final, me armo de valor. Entonces me lanzo.

La letra es pulcra y elegante al principio. Tinta azul sobre lo que parece papel crema sin rayas, fotocopiado en escala de grises.

***3 de marzo de 2007***

***No deja de suplicarme que pruebe otra ronda de tratamiento. No lo entiende: ya lo he decidido. Solo necesito que sea lo suficientemente fuerte como para hacer lo que le pido.***

Paso la página.

9 de marzo. Elena escribe sobre el especialista suizo al que Lukas trajo en avión y la discusión que hubo después. Describe cómo escuchaba a su marido derrumbarse en la ducha mientras fingía no oírlo.

14 de marzo. Escribe sobre Kir. Cómo lo observa hacer los deberes en la mesa de la cocina, el mechón rebelde que no se queda quieto por mucho que se lama el pulgar y lo presione. Lo está memorizando. Guardándolo en su memoria.

***Mi dulce niño. No puede verme desaparecer poco a poco. No le haré eso. Mejor una herida limpia que una lenta putrefacción.***

15 de marzo. La última entrada. La letra se ha deteriorado. Las letras se inclinan y se tambalean como si las escribiera otra persona, o la misma persona a la que ya le queda muy poco.

***Por fin dijo que sí. Nunca lo he querido tanto.***

Dejo las páginas en el asiento del copiloto y agarro el volante con ambas manos.

Mi artículo lleva quince horas publicado y ya está transformando el mundo en el que vivimos.

Pero, al parecer, está *equivocado*.

Lukas Lazarev no mató a su mujer. En realidad, fue Elena quien se quitó la vida; simplemente le pidió a su marido que la ayudara a hacerlo. Una eutanasia por compasión. Le hizo prometer que su hijo nunca sabría cómo había sucedido. Y Lukas mantuvo esa promesa durante dieciocho años, a pesar de una orden de búsqueda y captura, un arresto y la humillación en la televisión nacional, porque eso es lo que ella le pidió.

¿Qué es eso si no es amor?

Saco mi teléfono y le envío un mensaje a Rae.

***Sé que ahora mismo me odias, pero han encontrado algo más entre los restos de Elena. Tienes que ver esto antes que nadie.***

Aparecen tres puntos. Desaparecen. Vuelven a aparecer.

***¿Dónde?***

Le envío la dirección de una cafetería junto a la autopista de peaje por la que pasé de camino aquí. Es un lugar en el que ninguna de las dos ha estado nunca. Un lugar al que probablemente no volveremos nunca.



No tengo que esperar mucho en la mesa del fondo antes de que llegue Rae. Hago un gesto de dolor al verla, porque la devastación se refleja en todo su rostro. Se acerca y se sienta, pero no me mira de inmediato.

—Antes de enseñarte esto —le digo—, quiero que sepas que no lo tenía cuando escribí el artículo. Lo he conseguido hace una hora.

—Vale.

—Y necesito que sepas que si lo hubiera tenido, habría...

—Jillian —me interrumpe—. Muéstramelo y ya está.

Empujo el sobre de manila por la mesa. Ella abre la solapa, saca las páginas y empieza a leer.

Observo su rostro. En la primera página, no cambia nada. En la segunda, sus labios se entreabren ligeramente. En la quinta, se tapa la boca con la mano. En la octava, llora en silencio, con las lágrimas rodando por sus mejillas y cayendo sobre la tinta de la fotocopia.

Lo lee todo. Luego vuelve atrás y vuelve a leer la última entrada. Cuando por fin termina, levanta la vista. —¿Elena le pidió que lo hiciera?

—Sí.

—De todos modos, se estaba muriendo.

Asiento. —Leucemia mieloide aguda. Terminal.

Rae se queda mirando las páginas durante un buen rato. Luego las apila con cuidado, las vuelve a meter en el sobre y se levanta. Se coloca el sobre bajo el brazo. —Tengo que irme.

—¿Adónde?

No responde. Sale del restaurante y, a través de la ventana, la veo cruzar el aparcamiento y luego desaparecer.

Me quedo sola en la mesa con dos cafés sin tocar y toda una vida de remordimientos. Me habría quedado allí sentada para siempre si un destello verde en el fondo no hubiera llamado mi atención.

Entrecerrando los ojos, veo, en la televisión apagada que hay sobre el mostrador, a un presentador de noticias articulando palabras bajo un titular que dice: ***LAZAREV HARÁ UNA DECLARACIÓN PÚBLICA EN MENOS DE UNA HORA.***

Dejo un billete de veinte sobre la mesa y salgo corriendo.

# 63

# KIR

*"Solo somos dos almas perdidas nadando en una pecera, año tras año"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Wish You Were Here", de Pink Floyd*

CASI NO VENGO.

Me quedé sentado en mi coche durante mucho tiempo con el motor en marcha mientras los periodistas y los equipos de televisión se amontonaban en las escaleras del juzgado, preparándose para ver a mi padre firmar su propia sentencia de muerte. Al final, salí y me acerqué por una única razón: darme cuenta de que me había pasado toda la vida observando a mi padre desde la distancia.

Desde la rendija de la puerta de un armario. Desde el otro lado de la mesa de la sala de juntas. Siempre separado por una capa de algo invisible e impenetrable.

Que se joda. Si este es el final de nuestra relación, más vale verlo de cerca y en persona.

Ahora estoy apoyado contra un pilar de piedra en el extremo más alejado de la multitud, con gafas de sol y el cuello de la chaqueta levantado. Nadie me reconoce aquí atrás, o si lo hacen, están demasiado concentrados en el evento principal como para que les importe. Debe de haber doscientos periodistas apiñados en las escaleras, además de otra docena de operadores de cámara y una pared de furgonetas de satélite alineadas en la acera.

Pronto se abren las puertas del juzgado.

Y sale Lukas Lazarev.

Mi padre parece más delgado y mayor que la última vez que lo vi, pero no menos imponente. Su ropa está pulcra y limpia, y su rostro es sombrío. Ya no lleva esposas, lo que significa que ha pagado la fianza.

Se acerca al grupo de micrófonos y la multitud se queda en silencio. Abre la boca para hablar, pero justo antes de que salgan las palabras, sus ojos encuentran los míos. Entonces, como si esa fuera la señal que necesitaba, comienza.

—Hace dieciocho años —dice a la multitud en silencio y agitada—, maté a mi mujer.

Lo que sigue a partir de ahí es como una serie de puñaladas. Mi padre habla con frases sencillas, cortas y entrecortadas, y cada una de ellas me desgarra por dentro.

Le cuenta al mundo que su esposa, el amor de su vida, se estaba muriendo. El cáncer es un animal cruel y despiadado, y tenía a Elena Lazareva entre sus fauces. Intentó salvarla, jura que lo hizo, pero hay cosas que no se pueden vencer, ni siquiera el gran y poderoso Lukas Lazarev puede hacerlo.

Así que ella eligió una salida diferente. Según sus propios términos, no los del cáncer. Se negó a morir poco a poco delante de su hijo. Delante de *mí.*

Lukas intentó convencerla de lo contrario, pero mi madre era tan testaruda como hermosa. Al final, él la amaba demasiado como para hacerla sufrir por su bien.

Ella tenía otra petición, y lo agotó hasta que le arrancó una promesa: que yo nunca supiera que ella había elegido dejarme. No podía soportar pensar que yo creyera que había abandonado a su hijo. Me pregunto si ella sabe, dondequiera que esté ahora, que he pasado dieciocho años despreciando al hombre que la ayudó a irse.

Ahí está, pues. La verdad al descubierto, como un cadáver en la mesa de autopsias. Mi padre no mató a mi madre, y yo he desperdiciado la mitad de mi vida odiándolo por cometer el mayor sacrificio que jamás haya visto.

¿En qué me convierte eso?

Todas esas puñaladas emocionales se acumulan, pero cuando llego al punto de ruptura, no ocurre lo que imaginaba. Esperaba que se abriera el suelo. Algún tipo de derrumbe bíblico, con los pilares agrietándose y el techo hundiéndose. Pensé que todos esos pequeños detalles del odio hacia mi padre, la sangre en su camisa, la suciedad bajo sus uñas, los silencios fríos, las lecciones brutales, hasta la última mirada decepcionada, detonarían y me arruinarían.

Nada de eso ocurre.

Todo simplemente se queda *en silencio*. Como si alguien hubiera encontrado un interruptor oculto dentro de mí y lo hubiera apagado. Solo hay silencio donde antes vivía el odio. No sé qué se supone que debe moverme en su lugar.

Mi madre eligió morir. Me quería lo suficiente como para marcharse antes de que se la llevaran a la fuerza. Y mi padre… mi padre la amó lo suficiente como para dejar que yo lo odiara.

¿En qué me convierte eso?

¿Quién soy ahora?

Y lo peor de todo… *¿Qué coño he hecho?*



NO SÉ MUY BIEN dónde se me van las horas. Deambulo por la ciudad, entrando y saliendo de parques y bares, aturdido, destrozado, descontrolado, perdido. Vuelvo a casa y veo la limpieza aséptica de mi apartamento. La empleada doméstica debe de haber vuelto y terminado su trabajo después de que la interrumpiera.

Me doy la vuelta y salgo de nuevo.

El sol se pone, luego sale, y luego se pone de nuevo. Así, sin más, ha pasado un día. El día 1 de este nuevo capítulo de mi vida. El deambular continúa. Levanto la vista en algún momento de la penumbra y veo adónde me han llevado mis pies.

No me sorprende del todo descubrir la respuesta. Estoy en el cementerio de Astoria donde enterraron a mi madre. No es más que un solar vacío en una esquina anodina, vallado con alambradas y mallas de obra naranjas.

Más allá de la valla no hay nada. Un enorme agujero cubierto de barro.

Aquí es donde la encontraron.

Me agacho para pasar por debajo de la cinta y entro en el terreno. Camino hasta el centro, cerca del borde de la excavación, y miro hacia abajo, al rectángulo de tierra removida donde yacían los huesos de mi madre desde hacía dieciocho años.

Aquí solía haber una tienda de discos. Eso es lo que me contó una vez, cuando tenía siete u ocho años y estábamos mirando fotos antiguas. Señaló una Polaroid descolorida de un escaparate con un toldo rojo y dijo: *Ahí es donde conocí a tu padre. Tropecé mientras bailaba y caí en sus brazos. ¿Te lo puedes creer?*

Ella eligió este lugar. Hizo que mi padre le prometiera traerla aquí, al lugar donde todo empezó.

Me siento en el suelo. La vergüenza es total. Aunque no por nada que le haya hecho a Lukas. Ese odio se basaba en una mentira, y ya lo afrontaré con el tiempo, quizá, de alguna manera.

La vergüenza es por Jillian.

¿Cómo pude decirle esas cosas? Le dije que me daba asco. La llamé mala madre. Miré a una mujer que sobrevivió a algo indescriptible a los diecinueve años, que llevó en su vientre a una hija que no eligió, que amó a esa niña lo suficiente como para darle una vida mejor de la que ella podía ofrecerle, y lo llamé *abandono*.

Ahora entiendo que mi madre dejó a su hijo para protegerlo.

Jillian hizo *exactamente lo mismo*.

Aprieto las palmas contra la tierra fría y hago todo lo posible por respirar, pero este barro con olor a cementerio no me llena los pulmones. Me siento fatal. Este hoyo empieza a parecerme un buen lugar para tirarme y quedarme ahí para siempre.

¿Cómo puedo arreglar esto? Es en lo único en lo que puedo pensar, y no tengo ni una sola respuesta que se acerque a ser buena.

Tengo que arreglarlo. Eso lo tengo claro. No hay ninguna versión de mi vida en el futuro que no incluya intentarlo. No me importa si me lleva semanas, meses o años, o si me cierra todas las puertas y ventanas en las narices. No me importa si se muda a otra ciudad, a otro país, a otro puto continente. La encontraré, me arrodillaré y le diré que me equivoqué. Fui cruel, mezquino y cobarde, y descargué mi ira contra la única persona que no se lo merecía porque era lo más cercano a mi alcance.

Ella me confió lo peor de sí misma. Yo lo usé para hacerle daño. Ese es exactamente el hombre en el que juré que nunca me convertiría.

Tengo que ser mejor.

Tengo que volver a ganarme su confianza.

¿Pero cómo?

¿Cómo?

¿Cómo?!

Se oyen pasos detrás de mí. Sé a quién pertenecen.

—Durante dieciocho putos años, me hiciste creer que eras un asesino —digo sin levantar la vista del foso vacío.

Mi padre se detiene unos metros detrás de mí. Le oigo exhalar por la nariz. —Sí.

Silencio. El viento azota. Motores de coches. Arrullos de palomas.

—Te he odiado durante tanto tiempo —susurro, sin apartar la mirada de la oscuridad del fondo—. Era lo único que tenía sentido. Y ahora me dices que todo eso… no era nada.

—No, no es nada —Se sienta a mi lado—. Tu madre se ha ido, hijo. Se fue hace dieciocho años, pero yo sigo aquí. Y tanto si me quieres como si no, tanto si me odias como si no, soy tu padre. No voy a irme a ninguna parte.

Dejo que esas palabras calen un rato. *No voy a irme a ninguna parte.* No me sorprende. Lukas es como una montaña. Un objeto inamovible y una fuerza irresistible, todo en uno.

Pero yo siempre he sido diferente a él. Él es piedra fría; yo soy fuego ardiente. Así que si una montaña permanece… ¿qué hace un infierno?

Me temo que ya sé la respuesta.

*No voy a irme a ninguna parte.* ¿Es eso lo que Jillian necesita de mí? ¿Que aparezca y me niegue a marcharme, tal y como acaba de hacer mi padre? ¿Me planto delante suyo y le digo *que estoy aquí, que lo acepte, que no me voy a mover*?

¿O es eso precisamente lo que no debo hacer? Quizá amar a Jillian no signifique aparecer. Podría significar dar un paso atrás, alejarme, salir. Desaparecer para siempre. Darle espacio para respirar sin que mi sombra se cierna sobre cada puerta por la que pasa.

Pasó cinco años reconstruyéndose después de que un hombre le arrebatara sus opciones. Y entonces me colé por su ventana y empecé a quitárselas de nuevo. *Yo* decidía cuándo iba y venía. Yo elegía. No ella. *Yo.*

¿Y si los fuegos solo nacen para volver a convertirse en cenizas?

¿Y si lo más valiente que puedo hacer por Jillian es dejarla marchar?

## 64

# JILLIAN

*"Cada vez que cierro los ojos, es como un paraíso oscuro. Nadie se compara contigo"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Dark Paradise", de Lana Del Rey*

ESTOY otra vez en el parque infantil. Hace demasiado frío para que alguien con sentido común o que aprecie la sensibilidad en las yemas de los dedos esté aquí fuera, así que tengo el lugar para mí sola. Los columpios crujen con el viento, las cadenas rozan contra el travesaño. *Chirrrr. Chirrrr.*

A diferencia de las otras personas, más inteligentes, que suelen venir aquí, ya no me importa si tengo sensibilidad en la nariz. Que se entumezca; así, estará a la altura del resto de mí.

Llegué al juzgado demasiado tarde. Para cuando aparqué y subí corriendo las escaleras, ya estaban desmontando los micrófonos y las unidades móviles estaban recogiendo. Un cámara me dijo que me lo había perdido. Lazarev hizo una declaración impactante y se marchó. Y eso fue todo.

Me senté en las escaleras, abrí Twitter y vi todo el asunto. Me sentí mal cuando terminó. Mi artículo no solo era erróneo e incompleto, sino que también había herido a gente sin necesidad. Soy una zorra miope, una arruinadora de vidas. Como siempre, todo lo malo que ha pasado es culpa mía.

Me impulso con los dedos de los pies y dejo que el columpio me lleve hacia adelante y hacia atrás. *Chirrrr. Chirrrr.* Solo en una gran ciudad puedes sentirte tan sola.

*Me das asco.* Eso es lo que dijo Kir antes de irse. Nunca tres palabras han sido tan devastadoras. Ni un sobre de color aguamarina ha tenido nunca un aspecto tan horrible. El hecho de que contuviera una carta en la que mi hija decía que quería hablar conmigo tampoco me consoló mucho. ¿Por qué querría eso? ¿No sabe lo jodida que estoy? Hasta un asesino enmascarado puede verlo. Le bastaría con mirarme una vez para llegar exactamente a la misma conclusión: que soy repugnante.

Ya tiene edad para darse cuenta. Tendría cinco años. Es más que suficiente para este parque infantil. Apuesto a que tendría un columpio favorito y que ahora ya podría pasar por las barras ella sola.

*Me das asco.*

*Chirrrr.*

*Screeee.*

No lo escucho venir. No es nada nuevo. Nunca ha hecho ruido a menos que quisiera. Pero lo *siento* acercarse. Un calor en mi espalda, unos ojos que me devoran. El crujir de los zapatos sobre el mantillo sintético de goma.

Kir se detiene a unos metros del columpio. Tiene un aspecto horrible. Su ropa está impecable, como siempre, pero tiene la cara sin afeitar y las ojeras son tan negras que parecen moratones.

No digo nada.

Él tampoco.

*Chirrrr. Chirrrr.*

Mis dedos de los pies se arrastran por el mantillo hasta que el columpio deja de balancearse y me quedo allí sentada, con las manos agarradas a las frías cadenas, mirándolo mientras él me mira.

—He rastreado tu teléfono —dice. Ni una sola disculpa. Ni siquiera un poquito. Si alguna vez hubo un momento en el que me hubiera enfadado por esa invasión de la privacidad, ya ha pasado hace mucho.

Kir mira más allá de mí, hacia el parque infantil vacío. El tobogán, las barras, el pequeño rocódromo con los agarres de colores. Sus ojos recorren todo ello con una lentitud que me dice que no solo está viendo lo que hay aquí. Está viendo lo que *yo* veo cuando vengo aquí.

—Ahora lo entiendo —murmura—. Por qué sigues volviendo.

Aprieto las cadenas con más fuerza. El metal frío me quema las palmas.

—Lo que te dije —continúa—, cómo te llamé…

Me aclaro la garganta. —Por favor, no lo repitas.

—No lo haré —Respira hondo—. Me equivoqué. Me equivoqué inmensamente, Jillian, y lo supe en el mismo instante en que salí de tu apartamento, pero estaba demasiado orgulloso y herido como para dar media vuelta.

Miro al suelo. A sus zapatos, caros y salpicados de barro.

Entonces, Kir se arrodilla delante de mí.

Justo ahí, en el parque infantil, con sus pantalones de mil dólares, se deja caer como si alguien le hubiera cortado las cuerdas. Se me

corta la respiración porque me lo he imaginado tantas veces desde que se marchó. En la ducha, en la cama prestada de Macy, en la parte trasera de un taxi, en un banco de iglesia a las cinco de la mañana. He representado esta escena en mi cabeza de un millón de formas diferentes, pero ninguna de ellas me preparó para la realidad.

Me coge las manos. Dejo que me las coja y, como siempre, sus dedos están ardientes donde los míos están tan fríos y solos. Me calienta con ese único roce. Me quita las manos de las cadenas y las junta entre las suyas, presionando mis nudillos contra su frente. Inclina la cabeza. Sus hombros se encogen hacia dentro. Puedo sentir su respiración contra mi piel en jadeos cortos y entrecortados.

—Lo siento —me dice al oído—. Por todo.

Una lágrima le resbala por la mejilla y cae sobre nuestros nudillos. Luego otra.

—Tú me cambiaste —explica—. Antes de ti, solo hacía los recados de mi padre y llamaba a eso vida. Las cosas que hacía eran… Eran horribles, por decirlo suavemente. Y entonces mordiste mi guante, y se acabó. En ese mismo instante. La primera noche. Fue un golpe mortal en el corazón, pero no el que se suponía que debía ocurrir.

Otra lágrima salpica nuestras manos. Siento cómo se extiende cálida por mis nudillos helados.

—No te merezco. Lo sé. Entré en tu casa. Te aterroricé. Te apunté con una pistola a la espalda y te obligué a sonreír a tu vecino mientras yo estaba detrás de la puerta. Le di una paliza porque te invitó a cenar —Traga saliva con dificultad—. Te observaba a través de una cámara. Te seguí hasta este parque y no entendía lo que estaba viendo, y cuando por fin lo entendí, lo utilicé para hacerte daño. Cogí lo peor por lo que has pasado y te lo eché en cara.

Ahora se aferra a mí con tanta fuerza que me duele, pero el dolor es algo bueno. Nos mantiene a ambos con los pies en la tierra.

—Eres la persona más valiente que he conocido jamás, Jillian Pierce. Llevaste en tu vientre a una niña que no habías deseado, y la quisiste lo suficiente como para darle una vida que tú no podías darle —Levanta la cabeza. Tiene los ojos enrojecidos, húmedos y vulnerables—. Te amo. Te amaba antes de saber tu nombre. Te amaré mucho después de que me digas que vuelva a salir por la ventana por la que he entrado. Con máscara o sin ella, con pistola o sin ella, ya no importa. Estoy aquí, de rodillas ante ti, para decirte que te amo, porque esta es la única forma en que me parece correcto decirlo.

Ahora se me llenan los ojos de lágrimas. —Kir, no puedes decir eso. No puedes amarme. ¿Cómo podrías? Te he arruinado la vida. Todo lo que escribí estaba mal, y tú me dijiste que no lo publicara, pero lo hice de todos modos. Lo arruino todo, Kir, soy un desastre, soy un...

—Para.

—¡No, escúchame! —insisto—. No deberías amarme. No lo hagas. Te estoy diciendo que...

—*Te* estoy diciendo que pares —Me quita las manos de la frente y me las coloca sobre su pecho, justo encima del corazón—. No tienes nada de qué disculparte.

—¡Claro que sí! Tengo todo por lo que...

—Hiciste tu trabajo —dice simplemente—. Hiciste lo que creíste que era correcto.

Sigo destrozada por la culpa. —Pero yo...

—Mi madre tomó sus decisiones y mi padre las respetó. La responsabilidad es suya, no nuestra —Niego con la cabeza, pero él me aprieta las manos hasta que lo miro—. No tienes nada de qué disculparte —repite—. No conmigo. No con nadie.

Tengo más argumentos ahí, en la punta de la lengua, pero el corazón de Kir late bajo mis palmas, firme y seguro, y sus ojos están

tan abiertos que me duele mirarlos.

—Te amo, zorrita —dice de nuevo—. Te amo y quiero el futuro con el que hemos soñado. Quiero domingos por la mañana en los que ninguno de los dos tenga que ir a ningún sitio. Quiero quemar la cena y comer cereales en su lugar y quedarme dormido contigo en mis brazos. Quiero llevarte a Nueva Jersey, cuando estés lista. Esperaré en el coche o te cogeré de la mano, pero quiero estar allí cuando por fin la conozcas.

Eso me parte el corazón. Un sollozo se escapa de mi pecho y me inclino hacia delante desde el columpio hacia él. Él me atrapa, me sujeta y me besa en la sien.

—Vale —le susurro al oído—. Vale. Sí. A todo.

Pero a continuación hay un momento que falta. Esta es la parte en la que me besa y me ayuda a levantarme, y caminamos juntos hacia ese final feliz. Sin embargo, eso no ocurre. Durante un segundo, no ocurre nada. El columpio chirría detrás de nosotros por el impulso de mi caída, *Screeee, Screeee,* pero el corazón de Kir se detiene y el mío le sigue. Hay una vacilación en su respiración.

Me inclino hacia atrás y lo miro. —¿…Kir?

—Deseo esas cosas con todas mis fuerzas, Jillian. —Lentamente, me suelta las manos y me las coloca a los lados—. Pero por eso no puedo tenerlas.

—¿Qué? —chillo, confundida—. ¿Qué quieres decir con que no puedes...?

—Voy a dimitir —dice—. Como director ejecutivo. Con efecto inmediato —Las ojeras que tiene son más oscuras que nunca.

—Vale —digo lentamente—. Vale, pues dimites. Eso no significa...

—Voy a dimitir y me voy del país, Jillian.

El parque se queda en silencio. Incluso el viento parece contener la respiración.

—Te vas —repito.

—Me voy —confirma.

—¿Cuándo vas a volver?

Mira más allá de mí, hacia el columpio vacío. —No lo sé —dice con voz ronca—. Quizá nunca.

Esto no tiene sentido. Nada de esto lo tiene. Mi cabeza da vueltas en todas direcciones a la vez y el suelo se siente inestable bajo mis rodillas. —¿Por qué? —pregunto, retrocediendo para alejarme de él —. Si me amas, y acabas de decir que sí, acabas de decirlo, ¿por qué te vas?

—*Porque* te amo. Por eso precisamente.

—¡Eso no tiene ningún sentido!

—No se trata del artículo, si es eso lo que estás pensando —dice—. Y tampoco se trata de tu hija.

—¡Entonces, ¿de qué demonios se trata?!

Sigue de rodillas. La suciedad empapa sus pantalones. Me mira a los ojos, y cualquier muro que haya estado construyendo detrás de su mirada termina de levantarse justo ahí, delante de mí.

—Entré en tu vida con la orden de matarte —dice con voz hueca—. Y, aun así, te enamoraste de mí.

Me dan ganas de arrancarme el pelo de raíz. A mechones grandes y rojos. —¿Y qué?

Pero él niega con la cabeza. —No puedo ser el tipo de hombre que construya una vida sobre eso, Jillian. Hay sangre en los cimientos de nuestra relación. Siempre la habrá.

—No me importa cómo empezó, Kir. Lo único que importa es…

Se levanta y yo me callo. —Ese es precisamente el problema. *Debería* importarte. El hecho de que digas que no, me dice que ya te he hecho demasiado daño. Deberías estar aterrorizada por un hombre que te hizo lo que te hice. Si no lo estás, entonces… —Se detiene. Mueve la mandíbula durante un segundo—. Entonces significa que rompí algo en ti que no sé cómo arreglar. Quedarme solo lo romperá aún más.

—No me rompiste —sollozo—. Ya estaba rota.

—No digas eso.

—¡Es verdad!

—No lo es, pero aunque lo fuera, no seré el hombre que se aproveche. Ya te he hecho suficiente daño.

—No te estás aprovechando de nada —gimo mientras mi corazón se rompe, se rompe y se rompe. —*Yo* te elegí. Todas y cada una de las veces, te elegí. Esas fueron mis decisiones, Kir. Mías.

—Elegiste una máscara —me corrige—. Elegiste algo en la oscuridad que no pudiera hacerte daño.

—La máscara *se convirtió* en ti. ¡Sabes que fue así!

No discute, pero tampoco acepta lo que le digo. Se queda ahí de pie, con barro del patio en las rodillas y lágrimas secándose en la cara, el hombre más solitario del mundo. Puedo ver cómo se aleja aunque no se haya movido ni un centímetro. Ya se ha ido. Lo decidió antes de venir aquí.

La disculpa fue sincera. El amor es sincero.

Pero esto también lo es.

—Lo dices en serio. De verdad te vas.

Asiente y me mira. —Las montañas permanecen, zorrita —susurra—. Los fuegos simplemente se apagan solos. Es mejor para ti así. Lo siento. Te amo tanto, y lo siento jodidamente mucho. Adiós, Jillian.

Luego se da la vuelta y se aleja.

Lo veo cruzar el patio, pasar por encima del bordillo bajo y salir a la acera. El viento le agita el abrigo. No mira atrás. No reduce el paso. Dobla la esquina al final de la manzana y entonces simplemente desaparece, tragado por la oscuridad de la misma forma en que una vez surgió de ella.

# 65

# KIR

*"Adiós, mi casi amante. Adiós, mi sueño imposible"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Almost Lover", de A Fine Frenzy*

Es Nochebuena. La nieve cae sobre Manhattan en copos gruesos y perezosos. Todas las ventanas de los edificios de ladrillo rojo brillan doradas con un borde escarchado y todas las escaleras de incendios lucen una guirnalda de luces. Las familias acercan sillas a las mesas, riendo con jerséis a juego. Para ellos, hay esperanza en el aire.

En cuanto a mí, estoy en la parte trasera de un coche negro dirigiéndome hacia el sur por la Van Wyck con una maleta y un pasaporte. Mi teléfono está en el asiento de al lado. La pantalla se ilumina con llamadas y mensajes una y otra vez. Mat, Rae, Lukas, miembros de la junta, periodistas, todos preguntando qué estoy haciendo, adónde voy, suplicándome que pare.

Pero el único nombre que quiero ver no está ahí.

Cojo el teléfono y lo sostengo en la palma de la mano. No esperaba que ella llamara. Le dije adiós y lo decía en serio. Ella lo sabe. Pero

una parte estúpida y obstinada de mí lo esperaba de todos modos.

No, es mejor así. *Las montañas permanecen. Los fuegos se apagan solos.* Por eso me siento así, como un trozo de carbón apagado y cubierto de cenizas. La llama se ha extinguido, pero es mejor para todos que me aparte antes de que vuelvan a arder vidas inocentes.

Mantengo pulsado el botón de encendido hasta que la pantalla se queda en negro. Luego doblo el teléfono por la mitad. La pantalla cede primero, y una telaraña de grietas se extiende por el cristal. Luego, la estructura cede con un chasquido que suena demasiado a hueso rompiéndose. Bajo la ventanilla. El aire frío y los copos de nieve se cuelan en el coche. El conductor mira por el retrovisor y frunce el ceño, pero sabe que es mejor no hacer preguntas.

Tiro el trozo de tecnología destrozado por la ventanilla. Rebota una vez sobre el asfalto resbaladizo y luego es aplastado por las ruedas de un camión que circula por el carril contiguo.

La ventanilla vuelve a subir. Vuelve el calor.

Pasamos la señal del JFK. Terminal 1, Salidas Internacionales. El conductor pone el intermitente a la derecha.

Apoyo la frente contra el cristal frío y observo cómo se acumula la nieve en el tejado del aeropuerto, y no pienso en nada en absoluto.



Como esperaba, el aeropuerto está sombrío. Unos cuantos viajeros de vacaciones descontentos, en su mayoría solos, se sientan y miran fijamente a la nada. Me siento apartado de todos ellos, con mi única maleta entre los pies, y espero.

Al poco rato, suena la llamada de embarque por los altavoces. Me levanto y le entrego mi pasaporte a la mujer del mostrador. Ella sonríe y me desea una feliz Navidad. Asiento en silencio y recorro la pasarela.

Mi asiento está junto a la ventanilla. Me abrocho el cinturón, rechazo la oferta de champán de la azafata y apoyo la cabeza contra el óvalo de plástico frío. No tarda mucho en arrancar el motor y el avión se sacude hacia delante.

La pista pasa zumbando. Luego, el morro se eleva y Manhattan aparece debajo de mí, reduciéndose rápidamente. Puedo ver la cuadrícula de calles, la oscura franja del Hudson, los puentes adornados con luces. En algún lugar ahí abajo está mi padre. En algún lugar ahí abajo está mi madre.

Y en algún lugar ahí abajo está una chica pelirroja, pasando la Nochebuena sola por mi culpa.

# PARTE VI

# EXTRAOFICIAL

## 66

# JILLIAN

Un mes después

*"¿Y qué más da cuando este amor se acabe?*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Mystery of Love", de Sufjan Stevens*

ESTOY entre bastidores en el Club Nacional de Prensa, sosteniendo una placa de cristal con mi nombre grabado. Luco mi mejor sonrisa de "chica normal" mientras una mujer del comité de premios me coloca un cordón en la solapa y me indica dónde colocarme para las fotos. Asiento y sostengo la placa tal y como me indica, inclinada para que las luces del techo no se reflejen en el cristal.

He ganado por el reportaje sobre Elena Lazarev. No por la primera versión, gracias a Dios, porque aquella fue un auténtico desastre. Este premio es por la versión corregida, que reescribí en un torbellino febril durante las cuarenta y ocho horas sin dormir que siguieron a la marcha de Kir. Puede que no tuviera el morbo sensacionalista de "multimillonario asesina a su esposa", pero al menos era honesta.

Miro el objeto que tengo en la mano. La placa dice ***EXCELENCIA EN PERIODISMO DE INVESTIGACIÓN*** y, debajo, mi nombre en letras más pequeñas. **Jillian Rose Pierce.** ***The New York Times.*** Considero vagamente tirarlo al cubo de basura más cercano.

Doug me encuentra después de que el fotógrafo se apiade de mí y me deje en paz. Lleva corbata, lo que significa que esto es algo importante, aunque no parece nada contento al respecto. —Estoy orgulloso de ti, pequeña —dice—. Te lo has ganado. Cada puta palabra.

Ojalá pudiera aceptar el elogio, porque este es el momento por el que he estado trabajando desde que cogí por primera vez lápiz y papel cuando era una niña con los ojos brillantes y llena de energía. Periodista de portada. Premio prestigioso. Carrera consolidada, vidas cambiadas.

Pero no me parece suficiente.

Ya nada lo es.

Rae y yo volvemos a hablar. Aunque ya no es como antes. Ahora hay una cierta cautela, una cortesía que antes no existía, y me dan ganas de gritar contra una almohada. Antes nos terminábamos las frases la una a la otra y nos robábamos las patatas fritas del plato sin preguntar. Ahora nos enviamos mensajes antes de llamar. Pedimos permiso antes de aparecer. Nos tratamos como si fuéramos a rompernos en cualquier momento.

Puede que sí, yo más que ella, pero aún así me deprime si lo pienso demasiado.

Ahora lo sabe todo. Se lo fui contando poco a poco a lo largo de varias noches. Cuando por fin terminé, me abrazó tan fuerte que me dolían las costillas y me dijo: *Ojalá me lo hubieras contado antes.* Le recordé que ya tenía bastante con lo suyo, a lo que ella se rió y asintió, pero insistió en que habría estado ahí para mí. *No estás sola, Jilly Bean,* insistió. *Nunca lo has estado.*

No estamos de acuerdo. De todos modos, ella y yo lo estamos consiguiendo. Solo que es lento.

La otra cosa va aún más lenta.

Le respondí a Servicios Familiares Briarwood hace tres semanas. Era una carta breve, redactada con cuidado, y aunque soy, literalmente, una escritora profesional, me costó un montón escribir cada línea. Básicamente, dije que estaba abierta a mantener el contacto y lo dejé ahí. No quería parecer una loca, una desesperada, una mujer echando espuma por la boca a la que no se debería permitir acercarse a menos de quinientos metros de una escuela. Las agencias de adopción suelen ver con malos ojos ese tipo de cosas. Tampoco me imagino que a los nuevos padres de mi hija les haga mucha gracia.

La carta fue pasando por todos los intermediarios, pero al final, la familia adoptiva me respondió. Parecen amables. Dijeron que me enviarían fotos si las quería, pero solo de pensarlo me dieron ganas de vomitar, llorar y gritar, sin ningún orden en particular. Peor aún fue su otra oferta: una visita en persona.

*Ven a verla,* me insistieron. *Es inteligente, valiente y guapa, y le encantaría conocerte.*

No he ido.

¿Por qué no? Esa es la pregunta del millón.

Me digo a mí misma que es cuestión de tiempo. O si no es el momento, entonces es la logística. O la psicología. Solo es una cuestión de mentalidad, ya sabes, y tengo que aclarar algunas cosas, poner en orden varios asuntos, resolver esto, arreglar aquello.

Es, obviamente, una tontería. Una forma de "sobrellevarlo", como dicen los jóvenes.

Hubo un momento, breve y brillante, en el que realmente creí que podía hacerlo. Hubo alguien que me hizo sentir como el tipo de

mujer que entra en salas difíciles y no se inmuta. Que muerde el cuero y se defiende, que se queda cuando todos sus nervios le gritan que huya. Durante unas semanas, tomé prestado el valor. No era mío, pero lo llevé tan bien que me engañé a mí misma pensando que lo era.

Ahora, ese valor prestado se ha ido. Dondequiera que haya ido, se llevó consigo a la versión de mí que podría haber conducido hasta Nueva Jersey y llamado a esa puerta.

Sin eso, vuelvo a ser la Jillian de siempre. La Jillian de siempre no llama a las puertas de extraños. La Jillian de siempre duerme con las ventanas cerradas con llave y las luces siempre encendidas.

Llego a casa de la ceremonia poco después de las nueve, con los tacones en una mano y la placa en la otra. El ascensor me deja en mi piso. Mientras busco torpemente las llaves con las manos ocupadas, la puerta de Elliot se abre a mitad del pasillo.

Lleva una bolsa de basura en una mano y las llaves en la otra. Se queda paralizado al verme. Yo me quedo paralizada también.

La cicatriz que tiene sobre el ojo izquierdo se ha difuminado hasta convertirse en una fina línea blanca. Solo se nota si sabes dónde mirar. Como yo sé exactamente dónde mirar, siempre la veo.

Su mirada se posa en la placa. La lee, o al menos finge hacerlo, y luego asiente. —Felicidades —dice. Su peso se desplaza hacia atrás, listo para huir en cualquier momento.

—Gracias, El —digo con una voz poco convincente y alegre que me hace sentir vergüenza en cuanto sale de mis labios—. ¿Cómo estás? Hace tiempo que no te veía.

Cambia la bolsa de basura a la otra mano. —Bien. Estoy bien. Sí. Bien. Sí.

Está claro que no está bien. Está pegado a la pared y me mira como se miraría a un perro que te mordió una vez. Yo le hice eso. Bueno,

Kir se lo hizo, pero la distinción es bastante difusa desde mi punto de vista. Quien se acuesta con el hombre enmascarado, se levanta con pulgas, o como sea que diga el refrán. Como he dicho antes, no se me dan bien las metáforas.

Al fin, la culpa se vuelve insoportable. —Elliot, mira, sé que nunca hemos hablado de esto como es debido, pero lo siento mucho por...

—No pasa nada —Me corta en seco—. Todo bien. Eso ya es agua pasada —Su mano libre juguetea con las llaves, haciéndolas tintinear contra su muslo—. Debería, eh… Sí. A la basura. Tengo que tirar esto.

—Claro. Por supuesto.

Se gira hacia la escalera, balanceando la bolsa de basura. Entonces se detiene. Sus hombros dan un pequeño respingo, como si estuviera discutiendo consigo mismo sobre si decir lo siguiente.

—Oye, Jillian.

—¿Sí?

Sus ojos se fijan con atención en el extintor montado en la pared entre nuestras puertas, como si no fuera capaz de expresar sus pensamientos si me mira a los ojos. —Ese, eh… ese chico —dice con cautela—. ¿Sigue… por aquí?

Aprieto la placa con más fuerza contra mi cadera. —No —digo con tristeza—. Se ha ido.

—¿Y no va a...?

—¿…A volver? —Niego con la cabeza, y mis pendientes se balancean de un lado a otro—. No. Creo que se puede decir con seguridad que nunca va a volver.

Elliot exhala con evidente alivio. —Claro. Genial. Sí. Bien —Se aclara la garganta—. En fin, me alegro de que estés bien. Estás… estás muy guapa con ese vestido.

Me lanza una última mirada y luego se da la vuelta y se apresura por el pasillo hacia el conducto de basura. Me quedo allí un segundo más, sumida en el dolor crudo y concreto de obtener exactamente lo que te mereces. Luego suspiro y entro con paso pesado en mi apartamento.

Cierro la puerta con llave detrás de mí. Cadena, cerrojo, pomo. Un nuevo hábito. Cada vez que hago esto, me planteo dejarla abierta. Solo para ver qué podría pasar. Y cada vez, echo todos los cerrojos y los compruebo dos veces.

Dejo la placa sobre la repisa de la chimenea. Luego cojo el sobre azul turquesa que lleva semanas sobre la mesita del salón y lo apoyo contra la placa, de modo que quedan uno al lado del otro. "*Excelencia en Periodismo de Investigación*" y una carta de Servicios Familiares Briarwood. Los dos objetos que definen mi vida, juntos en una estantería polvorienta.

Me pongo unos pantalones cortos de pijama y una camiseta raída y enchufo el móvil en la mesita de noche. Luego, mientras empieza a cargarse, abro Google y pulso en las alertas que configuré hace tres semanas. Los resultados se cargan rápido.

*Page Six* afirma que lo vieron en un restaurante de Mónaco con un joven inversor tecnológico prodigio. *El Daily Mail* lo sitúa en un yate frente a la costa de Antibes. Un blog de negocios dice que lo han visto en Niza codeándose con la preciosa princesa de algún pequeño país europeo del que nunca he oído hablar.

Mónaco, Montenegro, el sur de Francia… al fin y al cabo, da lo mismo, ¿no? Podría ser Marte. Lo que le dije a Elliot es indudable: Kir nunca va a volver.

Dejo el teléfono boca abajo en la mesita de noche y me subo las mantas hasta la barbilla. El dormitorio sigue iluminado por la lámpara de la cómoda que dejo encendida todas las noches, como siempre. Entorno los ojos para mirar hacia la rejilla de ventilación y veo la familiar luz roja, pero ya no me reconforta. Puede que esté

grabando o puede que no, pero no hay nadie al otro lado de la transmisión. Ya nadie me está mirando. Ahora estoy sola.

Y como dijo Kir…

…quizá sea mejor así.

Cierro los ojos e intento dormir.

## 67

# JILLIAN

Seis meses después

*"Ahí estás, justo delante de mí. Todo este miedo se desvanece y me deja desnudo"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Signal Fire", de Snow Patrol*

La puerta se entreabre. La cara de Rae aparece en el hueco, con los ojos ya vidriosos por las lágrimas contenidas. —Vale. Estoy lista.

Me cuelo dentro y cierro la puerta tras de mí. Su vestido de novia cuelga de un gancho en el armario, de seda marfil con una espalda escotada que va a volver loco a Lukas. Rae está de pie en medio de la habitación con un camisón blanco y los pies descalzos, las manos entrelazadas delante del vientre.

—Parece que vas a desmayarte —le digo.

—Eso es porque *estoy* a punto de desmayarme.

—Por favor, no lo hagas —le suplico—. No quiero tener que llevarte en brazos por esas escaleras.

Ella se ríe y me pellizca el culo. —Con todo el Pilates y el Barry's que has estado haciendo, eso sería pan comido. ¿Te he dicho últimamente que eres una bomba?

—*Tú* eres la bomba —insisto. Le agarro la mano y la hago dar una vuelta—. ¡Mírate! Un sueño hecho realidad. Las novias de todo el mundo oyen tu nombre y al instante se marchitan y mueren de envidia. Si Lukas no fuera un montón más fuerte que yo, me plantearía casarme contigo yo misma.

Ella sonríe y se ríe. La cautela se ha desvanecido casi por completo. No hemos vuelto del todo a robarnos las patatas fritas y a terminarnos las frases, pero estamos cerca. Lo suficientemente cerca.

—Bueno —digo—, basta de charla. Estás dando largas. ¡Vamos allá!

Quito el vestido del gancho y lo sostengo abierto a sus pies. Ella se mete en él, agarrándose a mi hombro para mantener el equilibrio, y yo se lo subo por las caderas. Se da la vuelta y se recoge el pelo a un lado. Empiezo con la cremallera.

—Mete barriga —le ordeno.

—¡Ya lo estoy haciendo!

—Sí, bueno, imagina que el vestido es la polla de Lukas y chupa más fuerte.

—¡Jillian Rose Pierce! —Me da un golpecito en el brazo.

—Lo siento. Un poco vulgar, lo sé. En fin, estás perfecta. El problema es el vestido. Y... ya está. *Voilà*.

La cremallera se desliza los últimos cinco centímetros y se detiene felizmente en la parte superior. Abrocho el diminuto cierre de corchete y aliso la tela sobre sus omóplatos. Luego doy un paso

atrás. Rae se gira hacia el espejo de cuerpo entero apoyado contra la pared. Se lleva la mano a la boca.

—Oh —suspira.

—Sí —asiento—. Mis palabras exactas.

Está impresionante. Radiante. Las mejores amigas se ven así en tus sueños, no en la vida real… excepto que ella realmente lo está. Está orgullosa, con la postura erguida, los ojos brillantes, una sonrisa inextinguible. Dios, la quiero. Yo también estoy muy feliz por ella, de esa forma sincera y desde lo más profundo del corazón en la que solo puedes alegrarte por tus verdaderas amigas de toda la vida. A pesar de todo lo que ha pasado, sigue aquí. Y es precioso. A unos pasos de un final feliz que se ha ganado con creces.

Se me hace un nudo en la garganta. Me presiono el labio superior con los nudillos y respiro hondo. Rae me pilla haciéndolo en el espejo. —¡No te atrevas, señorita! Si tú lloras, yo lloro, y entonces se acabó el maquillaje.

—No estoy llorando —miento descaradamente.

Se aleja del espejo y me coge de ambas manos. Sus dedos están calientes. Los míos están helados, como de costumbre. Últimamente siempre tengo frío. El fuego de mi vida se ha apagado.

—Jill…

—No —digo, sacudiendo la cabeza—. No me hables así.

Ignora mi petición mientras me aprieta los dedos. —Tú también te lo mereces, ¿sabes?

—¿Una buena circulación en las extremidades?

—Una persona. Alguien que te vea —Sus ojos recorren mi rostro—. Alguien que se quede.

Tengo que apartar la mirada. Por la ventana, el jardín de abajo está adornado con luces blancas. Las sillas están dispuestas en filas

ordenadas. Lukas espera al final del pasillo con un traje oscuro, las manos entrelazadas, mirando hacia la ventana como si pudiera sentir a Rae a través del cristal.

—Estoy bien —le digo—. De verdad que lo estoy.

Me mira con recelo, entrecerrando los ojos. —¿De verdad?

—Mmm. Tengo mi trabajo. Te tengo a ti. Tengo mi salud. ¿Qué más necesita realmente una chica? —Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja—. No todo el mundo necesita a alguien. Algunas de nosotras estamos perfectamente bien solas.

Rae no discute. Pero está claro que tampoco me cree.

Es comprensible, la verdad.

*Yo* apenas me creo.



La ceremonia es preciosa. Rae recorre el pasillo del brazo de su hermano Gideon, y Lukas la observa acercarse con una expresión que nunca había visto en el rostro de ningún hombre. Hace tiempo que sé que un hombre Lazarev es capaz de hacer cosas terribles para conseguir lo que quiere y proteger lo que es suyo.

Esto es eso, sí, pero también es *rendición.* Una rendición total, voluntaria y agradecida.

Le daría todo.

Incluido él mismo.

Escribieron sus propios votos. Lukas es el primero. Rae llora con cada palabra que pronuncia. Gideon, sentado en la primera fila, llora aún más, ese grandullón. Me alegro de que le vaya bien ahora que ha salido de rehabilitación y se ha recuperado.

Pero, la verdad, mi atención está un poco dividida. No puedo evitar escudriñar el jardín una y otra vez mientras hablan. En su mayor parte, es un exuberante telón de fondo verde con un primer plano blanco. Sillas blancas, luces blancas, flores blancas. La gente de Lukas a la izquierda, escasa y estoica. El lado de Rae está más lleno, repleto de compañeros de trabajo, amigos de la universidad y algunos de los compañeros de rehabilitación de Gideon, que lucen sorprendentemente bien con sus chaquetas prestadas.

Pero cada mirada confirma lo que ya sabía.

No hay pelo oscuro.

No hay ojos grises.

No hay aroma a canela en la brisa.

*No está aquí.*

Sabía que no estaría, y ni siquiera me atreví a tener esperanzas, no de verdad. Pero hay una última brizna de esperanza que Kir dejó en mí y que se niega a apagarse. Duele cuando parpadea, pero sigo sin querer que se apague. Todavía no. Todavía no del todo.

La fiesta se traslada al interior a medida que se pone el sol. Puede que me dejara llevar un poco cuando Rae me encargó la elección de los arreglos florales para la recepción, porque ahora cada superficie plana está cubierta de un ramillete de flores veraniegas de colores vivos. Es como si viviéramos en un arcoíris. Un trío de jazz improvisa en un rincón, alegre y desenfadado, y yo estoy igual de efervescente gracias al consumo abundante de champán.

Estoy de pie cerca de la barra con una de las amigas de la universidad de Rae, una mujer encantadora llamada Cora que me cuenta la reciente obsesión de su hijo pequeño por meterse uvas en la nariz. Me río del remate, o empiezo a hacerlo, pero entonces mi mirada se desvía más allá del hombro de Cora hacia las altas puertas de cristal que dan al jardín. Las sillas siguen ahí fuera, ahora vacías, con las fundas de tela blanca ondeando con la brisa del atardecer.

Y en el extremo más alejado del jardín, justo más allá del alcance de las guirnaldas de luces, hay alguien de pie.

Mi risa se apaga.

Está apoyado contra el muro de piedra donde el jardín se une a la línea de árboles, con las manos en los bolsillos de un abrigo oscuro. Delgado. Bronceado. Lleva el pelo más largo, rizado hasta más allá de las orejas, y tiene la barba descuidada, de una forma que me gusta.

Pero es él.

Es Kir.

Ve que lo veo. Su boca se curva en esa media sonrisa que me derrite por dentro cada vez que la veo.

—¿Estás bien? —me pregunta una voz a mis espaldas.

Sigo la mirada de Cora y veo que mi copa de champán tiembla y el champán salpica por todo el borde. La dejo en la mesa a toda prisa. —Lo siento —le digo sin pensar—. Tengo que... Eh, es que, lo siento. Disculpa.

Cora me vuelve a preguntar si estoy bien, pero la ignoro. Camino, no, corro, hacia las puertas de cristal, zigzagueando entre mesas y sillas, chocándome con la gente sin querer, sin que me importe. Mi mano encuentra el pomo de la puerta. El aire de la tarde me azota los brazos desnudos. Tiemblo aunque hace bastante calor, pero sigo adelante, con los tacones hundiéndose en la suave hierba, avanzando hacia el borde del jardín.

Hacia donde él espera.

## 68

# KIR

*"Tú y yo, destinados a estar juntos. Inmutable. Imposible. Es el destino"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Stand Inside Your Love", de The Smashing Pumpkins*

A TRAVÉS DEL CRISTAL, la recepción brilla. Hay flores por todas partes. Sospecho que Jillian ha tenido algo que ver en eso. Apuesto a que eligió arreglos florales vivos y coloridos y, cuando el florista le preguntó cuántos quería, ella respondió: *Todos.*

Pero yo veo más allá de eso. Las flores son una máscara. A las chicas felices les gustan las flores, y Jillian está fingiendo ser una chica feliz.

Por eso, las flores.

Dejo eso a un lado por ahora. Aún no la he visto en los diez minutos que llevo aquí, en el borde sombreado del jardín. Varios invitados han pasado rápidamente por delante de la ventana de la casa de piedra rojiza en la que crecí, pero ninguno de ellos me importaba.

Es decir, hasta que vi a mi padre bailando con Rae.

Al principio casi no lo reconocí. Es la sonrisa lo que lo hace parecer tan diferente del hombre al que he temido toda mi vida. ¿Es eso también una máscara? ¿O es así como se ve cuando por fin no lleva una puesta?

Sus manos, por muy marcadas y nudosas que estén, acarician la cadera de Rae con tanta delicadeza. Eso no se puede fingir. No diría que estoy curado, no de verdad, pero hay una parte de mí que se alegra por él.

No estaba seguro de si vendría hasta que ya estaba en el avión. Compré el billete en plena noche, no preparé nada y me senté en la terminal durante horas discutiendo conmigo mismo. El vuelo duró siete horas de la misma discusión. Durante el paso por la aduana, el trayecto en taxi, todo ello, me pregunté una y otra vez: *¿Es esto una buena idea? ¿Estoy lo suficientemente recuperado para esto? ¿Arruinaré sus vidas si vuelvo a aparecer?*

No sé las respuestas. Seis meses en Europa no me curaron. Tampoco estoy seguro de que seis años lo hicieran. La ira no ha desaparecido. Tampoco la culpa.

¿Y el amor?

Solo Dios sabe qué ha sido de él. No podré estar seguro hasta que la vea.

Y entonces, sin previo aviso, ahí está.

Durante todo el viaje hasta aquí, imaginé este momento. Pensé que los ángeles tocarían las trompetas para anunciar su regreso a mi vida. Pero no pasa nada. Simplemente no está ahí hasta que aparece, y cuando lo hace, todos los bordes rotos y dentados de mi ser encajan en su sitio. Todos los pensamientos de mi cabeza se acallan. Puedo volver a respirar.

Lleva un vestido verde oscuro que se ciñe a su figura. Lleva el pelo suelto, rojo contra sus hombros desnudos. Sus pecas brillan sobre la piel bronceada, como canela derramada, constelaciones en el puente

de la nariz. Sostiene una copa de champán en una mano, y la otra la tiene apoyada contra el muslo, como si fuera la única forma de evitar que le tiemble.

Decir que es hermosa es quedarse corto hasta el punto de resultar ridículo. Es un espejismo, un enigma, una visión, un sueño.

Pero también es jodidamente *falsa*.

El blanco de sus nudillos me dice todo lo que necesito saber. Está fingiendo todo el tiempo, riendo a carcajadas, sonriendo ampliamente. Lleva una máscara sobre otra máscara sobre otra máscara sobre otra máscara. Demasiado asustada para quitarse ni una sola de ellas.

Sufro por ella de una forma que seis meses de introspección ni siquiera se han acercado a comprender. Me duele y anhelo. *Necesito.* Quiero tirarme a sus pies, besar uno de esos bonitos tobillos y decirle que he soñado con ella todas las noches que he estado fuera.

Pero eso sería egoísta. No volví para contarle mis problemas. Volví por una razón totalmente distinta.

Volví porque, hace tres semanas, Matvei me llamó. Estaba sentado en el balcón de un apartamento alquilado con vistas al puerto de Mónaco. Había decidido empezar a fumar cigarrillos esa semana, pero no me hacían sentir más vivo ni más muerto que cualquiera de los otros vicios que había probado desde que me fui de Nueva York.

Me preparé para el *¿qué tal, hermano?,* pero Mat se saltó los saludos de rigor.

—Todavía no ha ido.

No tuvo que decir quién. No tuvo que decir dónde. Yo lo sabía.

Se refería a que Jillian no había ido a Nueva Jersey. Habían pasado siete meses desde el contacto inicial y ella aún no había llamado a esa puerta. La familia adoptiva seguía esperando. Su hija seguía esperando. Y Jillian seguía de pie al otro lado de una valla metálica,

observando a los hijos de otras personas y volviendo a casa con las manos vacías.

Entendí por qué.

*No puede hacerlo sola.*

Rae lo sabe ahora, claro, pero no lo sabe todo. No como yo. Aunque Rae quiera a Jillian más que nadie en este planeta, no puede estar a su lado en esa puerta de Montclair y comprender todo el peso de lo que le cuesta a Jillian cruzarla.

Solo yo puedo.

¿Debería? Esa era la pregunta que no sabía cómo responder. He pasado siete meses intentando huir de lo que soy. Crucé océanos y seguí adelante hasta encontrar lugares donde nadie conociera mi nombre. Pensé que podría escapar del hombre que era y de las cosas que ese hombre había hecho.

Pero nada de eso funcionó. El fuego no se apagó como pensaba que lo haría.

Así que volví. No por mí.

Por *ella*.

La puerta de cristal se abre y ella sale. Se mueve rápido, con los tacones de aguja clavándose en la suave hierba. El vestido verde brilla como una ninfa del bosque y su cabello se desliza sobre sus hombros con la brisa.

No me muevo. Me quedo justo donde estoy, de espaldas a la pared de piedra, con las manos en los bolsillos, y dejo que ella venga a mí.

Porque esta vez, tiene que ser su elección. No la mía. No la de la máscara. No la de la oscuridad.

*Suya.*

Se detiene a tres metros de distancia. Solo cuando una nube se desplaza y la luna por fin sale a iluminar su rostro veo lo enfadada que está. Su pecho se agita, tiene las manos en puños a los lados y sus ojos están húmedos y furiosos mientras busca en mí algo que espero por Dios que encuentre.

—Hola, zorrita.

Me mira de arriba abajo y de izquierda a derecha. —No sé qué hacer primero —anuncia—. ¿Debería pegarte, besarte, preguntarte dónde coño has estado, o simplemente saltarme todo eso y marcharme?

Sonrío, divertido, con el corazón latiéndome como una herida abierta. —Todas son opciones razonables. Estás preciosa.

Su ceño se frunce aún más. —Ahórramelo. Sé que no has salido arrastrándote del agujero en el que te habías escondido solo para venir a hacerme cumplidos a medias. Además, sé que luzco despampanante.

Eso me hace reír. Luchadora y segura de sí misma hasta el final, mi zorrita. La he echado tanto de menos que me mata. Nunca recuperaré ese tiempo perdido. —Me parece justo.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho?

—¿Por qué te he dicho que estás preciosa?

—No, sabelotodo. ¿Por qué has vuelto?

Saco las manos de los bolsillos. El aire nocturno es cálido y está impregnado del aroma a hierba recién cortada y flores de verano, y ella está ahí, a unos metros de distancia, tan cerca como para tocarla si cruzara la distancia que nos separa.

Pero no lo hago.

—He vuelto porque necesitas que alguien te lleve a Nueva Jersey —le digo.

Todo su cuerpo se tensa. La mueca de enfado desaparece de su rostro, una máscara menos, y debajo no hay nada más que un miedo desnudo y tembloroso.

—Me lo ha dicho Mat —le explico antes de que pueda preguntar—. Me llamó y me dijo que aún no habías ido.

—Eso no es asunto suyo. Ni tuyo.

Me encojo de hombros y me paso una mano por el pelo revuelto. —Pero de todas formas, estoy aquí.

Niega con la cabeza enérgicamente. —Nadie te quiere aquí. *Yo* no te quiero aquí.

—Lo sé.

—¿Es que donde te fuiste no tenían calendarios? —pregunta ella—. ¿Ni correo? Porque te fuiste siete meses, Kir. Siete *putos* meses sin ni siquiera una puta postal. Y ahora, ¿te presentas aquí tan bronceado y desaliñado y esperas que me derrita en tus brazos?

—No —le digo con sinceridad—. Espero que me pegues primero. Mencionaste que era una opción. Me parece apropiado.

Su mano se crispa como si estuviera considerando hacer precisamente eso. Pero al final, permanece apoyada contra su muslo. La luz de la luna ilumina el brillo húmedo de sus ojos. Realmente está preciosa. Espero que lo sepa.

Su voz se suaviza cuando pregunta—: ¿Por qué estás aquí realmente, Kir?

Abro la boca para soltar el discurso. Quién sabe cuántas veces lo ensayé de camino aquí. Es un buen discurso. Exhaustivo. Cubre todos los frentes. Reconoce mis fracasos, justifica mi regreso, aborda los contraargumentos de forma preventiva.

Pero se trata de Jillian. Y sé, más allá de toda duda razonable, que está preparada para ello. Al igual que yo, habrá pasado meses

imaginando este momento y planeando todas las formas de mantenerlo a distancia. Si está preparada, puede evitar que la haga vulnerable. Tendrá preparada una máscara para defenderse. Igual que yo. Por lo tanto, pasar por todo el ejercicio no tendría sentido y no cambiaría nada. Para cuando hayamos terminado, los dos estaremos agotados y nada habrá cambiado.

Así que descarto el discurso.

En su lugar, digo—: He vuelto porque eres una cobarde.

Jillian se echa atrás como si fuera yo quien la hubiera golpeado. —¡¿*Perdón*?! —sisea—. ¿Cómo te atreves?

—Ya me has oído —insisto—. Eres una cobarde, Jillian Pierce. Has tenido siete meses para conducir hasta Nueva Jersey. Está a una hora de distancia. Menos, si coges la autopista. Y no lo has hecho —Abre la boca, pero me abalanzo hacia delante para agarrarla y girarla, de modo que queda atrapada entre mí y el muro del jardín —. Tu hija te está esperando. *Lleva tiempo* esperándote. Y tú te quedas en los parques viendo a los hijos de *otros* porque te da demasiado miedo ir a ver a la tuya.

Su rostro se desmorona. Intenta recuperarse, pero la máscara ha desaparecido y no va a volver. Le tiembla la barbilla. Aprieta los labios con fuerza.

—Has sobrevivido a algo que habría destrozado a la mayoría de la gente —le digo—. Llevaste en tu vientre a una niña que no habías deseado, y la quisiste lo suficiente como para darle la oportunidad de tener una buena vida. Eso es lo más fuerte que he oído nunca. ¿Pero no ir a verla? ¿No aparecer cuando te *necesita*? Eso es una mierda. Y lo sabes.

Respira rápidamente por la nariz, con los puños aún cerrados, y las lágrimas le corren ahora sin control. No se las seca.

—Pero la cuestión es esta: yo soy aún más cobarde que tú —confieso—. Porque tenía todo lo que siempre había querido y lo dejé

todo.

Jillian parpadea. Su furia vacila. Solo por un segundo.

Pero esa es mi oportunidad. Esa es mi ventana abierta.

—Me dije a mí mismo que lo que estaba haciendo era noble. Lo hacía por ti, así que ¿cómo podía ser egoísta? *Soy un mal tipo y estarás mejor sin mí*. Eso es cobardía. Es una excusa para ocultar el hecho de que estaba jodidamente asustado —Trago saliva con dificultad—. Me aterrorizaba que un día te despertaras, me vieras tal y como soy y te dieras cuenta de que no valgo nada. Pensé que, si me marchaba primero, al menos podría controlar cómo acababa todo.

Siento un nudo en la garganta. Supero la barrera.

—Pasé siete meses en Europa intentando convertirme en otra persona. O, mejor aún, en nadie en absoluto. ¿Y sabes qué descubrí? Que nunca voy a ser ese tipo. Siempre seré el hombre que se coló por tu ventana con una pistola y se enamoró de ti en el suelo de tu cocina. Eso es lo que soy. No estoy limpio y no estoy curado. Probablemente nunca voy a ser ninguna de esas cosas.

Le agarro las manos entre las mías. Están heladas, pero no pasa nada: tengo suficiente fuego en mi interior para los dos.

—Pero amarte fue lo único bueno que he hecho en mi vida, Jillian. Y no voy a joderlo por segunda vez —Sus lágrimas caen sin control, dos ríos gemelos por su rostro. Se va a enfadar muchísimo cuando se dé cuenta de que se le ha estropeado el maquillaje. Pero me gusta así. Nunca está más guapa que cuando llora lágrimas negras por mí.

Baja la mirada hacia nuestras manos entrelazadas y luego vuelve a mirarme. Su rímel es un desastre. Tiene la nariz roja. Es lo más precioso que he visto en mi vida.

—¿Y ahora qué pasa? —susurra.

Le levanto las manos y presiono mis labios contra sus nudillos, uno a uno, saboreando sal, champán y a Jillian. —Vas a conocer a tu hija.

Se le corta la respiración mientras niega con la cabeza. —No, no. No puedo hacerlo. No puedo conducir allí sola.

Le agarro los dedos helados. —Menos mal que no hará falta. Yo conduciré.

## 69

# JILLIAN

*"He muerto cada día esperándote. Cariño, no tengas miedo. Te he amado durante mil años. Te amaré mil más"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "A Thousand Years", de Christina Perri*

—Aún podemos dar media vuelta —le digo.

Kir no se digna a responder. Solo me aprieta la mano y mantiene la vista en la carretera. No me ha dicho que todo irá bien, que soy valiente, fuerte o que estoy preparada. De hecho, no me ha dicho absolutamente nada. Se lo agradezco, porque si me dijera alguna de esas cosas ahora mismo, probablemente vomitaría en su regazo.

La salida 153 aparece en la señal verde que hay sobre nosotros. Montclair está a trece kilómetros.

Mi estómago da vueltas. Apoyo la frente contra la ventanilla y veo cómo Nueva Jersey pasa a toda velocidad en la oscuridad. Centros comerciales. Gasolineras. Una iglesia con una cruz iluminada.

Pronto, demasiado pronto, llegamos. Me miro, todavía con el vestido verde de la boda. Me siento más que ridícula apareciendo así, pero

tendrá que estar bien, porque ya estamos aquí y sé que no hay vuelta atrás.

Es una calle bonita y tranquila. Viejos robles entrelazan sus ramas sobre nuestras cabezas para formar un dosel esmeralda que brilla intensamente a la luz de la luna. Estamos aparcados frente a una casa azul con contraventanas blancas. Un triciclo rosa yace de lado en el jardín delantero, con borlas brillantes que se mecen con la brisa veraniega. La luz del porche está encendida. Esperándonos.

Kir apaga el motor. El silencio es enorme. Me mira. Yo miro la casa.

—No siento las piernas —le digo.

—Siguen ahí, si es eso lo que te preocupa.

Me río, o lo intento. Tengo la mano en la manilla de la puerta, pero no la estoy tirando.

Kir se inclina y cubre mi mano con la suya. —Estaré aquí —promete —. Siempre.

Asiento y él me ayuda a tirar de la manilla. La puerta se abre de par en par y el aire nocturno entra de golpe, cálido, fragante y suave como el beso de una madre.

El camino son seis losas de hormigón desde la acera hasta los escalones del porche. Las cuento mientras avanzo. Una. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Seis. Unos cuantos escalones de madera hacia arriba. Me detengo frente a la puerta, con el puño en alto, los nudillos a unos centímetros de la madera pintada.

Detrás de mí, el coche está a oscuras y en silencio. Kir está ahí dentro. Mirando. Sé que estoy a salvo mientras sus ojos estén puestos en mí.

Entonces, tras respirar hondo para armarme de valor, llamo a la puerta.

Se oyen pasos en el interior. Les sigue la voz de una mujer, amortiguada pero alegre. Entonces, el pomo gira y la puerta se abre hacia dentro. Bajo la mirada y veo, de pie bajo la cálida luz amarilla del pasillo, apenas lo suficientemente alta como para alcanzar el pomo, a una niña con un pelo rojo llamativo y pecas en la nariz.

Me mira y sonríe.

Y así, sin más, otra máscara desaparece para siempre.

# EPÍLOGO: JILLIAN

TRES MESES DESPUÉS — OCTUBRE

*"Escribo para arriesgar mi vida, sin miedo a morir. Escribo para hacerte llorar, escribo para poner un precio. Todo en tu cabeza, haz justo lo que te dije. Soy una villana de verdad, una villana de verdad"*

*—Traducción de un fragmento de la canción "Villain" de K/DA, Madison Beer y Kim Petras*

Tres meses después, estoy delante del espejo del baño intentando pegarme unas pestañas postizas en el ojo izquierdo y fracasando estrepitosamente. La derecha se ha quedado bien, pero la izquierda no deja de resbalar por mi mejilla como si intentara escapar de mi cara.

—Vamos —murmuro, presionándola para que se quede en su sitio mientras suplico clemencia—. Quédate. Quédate. Buena pestaña. Muy bien...

Se cae al lavabo.

—…Joder.

La recojo, la seco con una toalla y lo intento de nuevo.

Es Halloween. Ya llevo puesto el disfraz, solo me queda el maquillaje. Esta noche voy a encontrarme con Rae y Lukas en la fiesta. Rae está tan embarazada que va a ir de aguacate, y de alguna manera ha convencido a su enamorado marido para que se disfrace de tostada. Increíble.

Se suponía que Kir vendría conmigo, pero lo han llamado para un asunto de trabajo de última hora, así que haré el viaje sola. Últimamente ha estado haciendo un buen trabajo equilibrando sus diferentes prioridades, así que no estoy muy enfadada por ello. Con suerte, saldrá pronto de la reunión y podrá unirse a nosotros. Técnicamente hablando, no llevará disfraz, pero el hombre guapo y rico con un traje carísimo es un clásico atemporal que nunca pasa de moda. Lo único mejor que verlo *con* traje es ayudarle a quitárselo. Si juego bien mis cartas, esta noche disfrutaré de ambas experiencias.

Que Kir sea un elemento básico en mi vida no es lo único que ha cambiado desde que volvió a casa. Hay otro elemento básico que es igual de importante.

Veo a mi hija todos los sábados. Se llama Lily. Tiene cinco años y medio, y tiene mi pelo y mis pecas y, por desgracia o por suerte, según se mire, mi verborrea. Habla sin parar de todo. Cada bicho, nube, gato o persona con la que se encuentra es lo más fascinante que ha existido jamás en toda la historia de la civilización humana, y vaya si le gustaría compartir sus opiniones al respecto.

Sigue viviendo con su familia adoptiva. No lo cambiaría por nada del mundo. Javi y Arabella Cohen son quizá las personas más encantadoras que han existido jamás. Son *buenas,* de una forma pura y profunda. Más que buenas. Son los padres que yo no pude ser a los diecinueve años, y los quiero por ello de una forma que aún no tiene nombre.

Los sábados son así: conduzco hasta Montclair, a veces sola, a veces con Kir. Lily y yo hacemos lo que ella quiera. La semana pasada fuimos al parque, tirándonos por el tobogán una y otra vez hasta que me salieron marcas de quemaduras en el trasero. La semana

anterior, hicimos galletas y comimos el glaseado directamente del tarro, y nos reímos y reímos y reímos juntas.

No es sencillo. Hay momentos en los que me mira con una pregunta en los ojos que aún no sabe cómo formular. A veces tengo que ir al baño un momento para recomponerme, pero siempre vuelvo. Eso es lo que importa.

Arabella me envía fotos sin parar durante la semana, pero nunca es suficiente. Siempre quiero más. Lily en la mesa del desayuno. Lily con su disfraz de Halloween. Lily dormida en el sofá. Cada foto va a parar a una carpeta de mi móvil que ya no está escondida dentro de "Documentos fiscales 2019". Está ahí mismo, en la pantalla de inicio, con su nombre.

El trabajo también va bien. Doug me ascendió a corresponsal de investigación sénior, lo que vino acompañado de un aumento de sueldo y un escritorio junto a la ventana. Ahora cubro delitos financieros a tiempo completo. La historia de los Lazarev me abrió puertas que ni siquiera sabía que existían. Últimamente son las fuentes las que se ponen en contacto conmigo, en lugar de al revés. Doug sigue con el ceño fruncido de siempre, pero me llama "chica" un poco más a menudo, que es lo más cerca que estará jamás de una verdadera muestra de afecto.

Todo lo demás se ha estabilizado en gran medida, acercándose a la normalidad. Kir y Lukas están yendo a terapia familiar, aunque parezca increíble, y han vuelto a dirigir la empresa codo con codo. Es una auténtica relación padre-hijo, y tanto la prensa sensacionalista como los inversores se lo están tragando.

No me he atrevido a dejar mi apartamento, aunque Kir no deja de decirme que podría mudarme al suyo cuando quisiera. Este lugar está lleno de recuerdos. No estoy preparada para dejarlo atrás. Para mi sorpresa, Elliot se mudó. Tiene novia, una morena risueña a la que adora y que le adora a él. Estaba tan orgulloso de presentármela. No podría estar más feliz por él.

Pero tengo que admitir que odio las noches en las que estoy aquí sola. Kir lo llena todo con su calor, su olor, su tacto. Incluso, en ocasiones, su risa. Esa es otra cosa sorprendente que ocurre de vez en cuando últimamente: el hombre súper serio e hiperviolento del que me enamoré se desata en ataques de risa que duran minutos y minutos, hasta que los dos acabamos con los ojos llorosos y agarrándonos el vientre dolorido en el suelo.

Esos son los momentos por los que vivo. Hacen que todo lo que hemos pasado merezca la pena.

*Este* momento, sin embargo, es un asco, porque esta maldita extensión de pestañas no se porta bien. —Escucha, pequeña mierda —le espeto—. Si no colaboras conmigo...

Pero justo cuando me inclino hacia el espejo, se apagan las luces.

El baño, el pasillo, la cocina... todo a oscuras. Todo el apartamento se sumerge en una oscuridad tan total que no puedo ver ni mi propia mano delante de la cara.

Mi corazón pasa de estar en reposo a latir a toda velocidad en medio segundo. La vieja programación se activa al instante, la memoria muscular de una vida que creía haber dejado atrás. Se me eriza la piel. Mi respiración se vuelve superficial. Cada sonido del apartamento se vuelve más fuerte.

El Miedo nunca desaparece *del todo*. Está grabado a fuego en mí, creo, y no hay forma de eliminarlo para siempre.

Pero últimamente, siempre viene acompañado de su viejo amigo.

*El Deseo.*

Ese calor, ese hilo de llama en lo más profundo de mi vientre. Aprieto los muslos mientras se me hace agua la boca, una jodida respuesta pavloviana al terror que nunca falla. Mis pezones se endurecen dentro de las copas del sujetador, tensos y doloridos ya.

La necesidad de agarrar y apretar en mi útero cobra vida con un rugido. Luchar, huir o, preferiblemente, *follar*.

Entonces, un guante de cuero me tapa la boca por detrás.

—Hola, zorrita —ronronea una voz oscura y tóxica—. Esta noche pareces especialmente frágil.

En respuesta, muerdo el cuero con toda la fuerza que puedo.

El Hombre Enmascarado se ríe y su mano enguantada desciende de mi boca hasta la curva de mi cuello, donde presiona sus labios contra el punto justo debajo de mi oreja. Su olor me inunda. Canela, sándalo y almizcle. *Hogar*.

Me doy la vuelta.

Lleva la máscara. La auténtica, la original. Es negra y ajustada, y le cubre todo, desde el puente de la nariz hasta la mandíbula. Por un segundo, es como si volviéramos a aquella primera noche de hace casi un año, cuando me cortó la corriente, me inmovilizó contra la pared y me dijo que me arrodillara.

Es tan alto que tengo que estirar el cuello incluso con tacones. El traje que lleva es oscuro y está exquisitamente confeccionado, ceñido a unos hombros demasiado anchos para un director ejecutivo y más propios de alguien que se gana la vida rompiendo cosas. Lo cual, para ser justos, solía hacer. Lleva guantes, pero por el hueco que deja el puño veo su piel bronceada y los remolinos de tinta de sus tatuajes.

No es para todo el mundo; lo entiendo. Tiene fantasías depravadas y quiere hacerme daño, hacerme suplicar, rogar y llorar. Le gusta encerrarme y llevarme al límite hasta que sollozo. Cuanto más se retuerce y se sacude mi cuerpo, cuanto más intensas son las marcas rojas en mi piel donde me muerde o me azota, más feliz es él.

Pero eso también me hace feliz *a mí*.

No hay nada mejor que la sensación de absoluta impotencia que te consume mientras un hombre en quien confías más que en la vida misma se cierne sobre ti, enmascarado e intocable, jurando que te hará quebrar y luego prometiendo recomponerte.

Y no hay nada mejor que cuando hace exactamente eso. Te hace añicos mil veces, luego te libera de las esposas o del collar y te atrae hacia sus brazos para susurrarte tiernas palabras de amor al oído hasta que te quedas dormida derretida contra él, con la cera caliente de las velas aún enfriándose en tu trasero y tus muslos.

Es una tentación por todas las razones equivocadas.

Pero yo lo amo por todas las razones correctas.

Mis dedos se alargan hacia la tela que se tensa sobre su pómulo. Me agarra la muñeca antes de que llegue y me guía la mano de vuelta a mi costado. —No se pueden romper las reglas —me reprende.

Arqueo una ceja. —Ya no tenemos reglas.

—Esta noche tenemos esta. La máscara se queda puesta.

Su pulgar traza un lento círculo en la parte interior de mi muñeca. Puedo sentir su pulso a través del cuero. O tal vez sea el mío. Ya es difícil distinguirlo. La diferencia ya no parece tan importante. Él es yo; yo soy él; somos dos sombras engullidas por la misma oscuridad cálida y segura.

Puedo sentir el cambio en el ambiente cuando él cambia a su voz dominante. —Esta noche —gruñe—, yo no soy Kir. Y tú no eres mi novia —Su mano enguantada se aprieta sobre mi muñeca—. Soy el hombre que irrumpió en tu apartamento, y tú eres mi marioneta.

Mete la mano en la chaqueta y saca una tira de seda negra. Me da la vuelta y me la ata sobre los ojos, haciendo un nudo apretado en la nuca. Es como si estuviera de vuelta en el cuarto oscuro del periódico. Una nada total. Sin forma, sin sombra, sin punto de

referencia. Solo están sus manos, su olor y el susurro ronco de su respiración.

—Así es como funciona esto —me susurra al oído—. No hablas a menos que yo te lo diga. No te mueves a menos que yo te lo diga —Su pulgar enguantado recorre el lado de mi cuello—. Y no te corres hasta que yo te diga que puedes.

Abro la boca para responder, pero su dedo se presiona contra mis labios.

—Ya estás rompiendo las reglas —dice con desdén—. Ni siquiera hemos empezado.

Cierro la boca. El pulso me late con fuerza por todo el cuerpo. Pero espero.

Me coge de la mano y me lleva fuera del baño, al dormitorio. Me sé la distribución de memoria, pero con los ojos vendados, cada paso me resulta nuevo.

—Para —dice—. Justo aquí. No te muevas.

Me detengo. La alfombra es suave bajo mis pies descalzos. Entonces me suelta la mano y le oigo moverse a mi alrededor. Sus pasos son lentos y pesados. Depredadores. Tiemblo sin poder controlarlo, pero no me atrevo a emitir ni un solo sonido.

Las yemas de sus dedos, envueltas en cuero, se deslizan por mis hombros desnudos. Bajan por mi brazo derecho hasta la muñeca y luego desaparecen. Pausa. Respiración. Luego suben por mi columna vertebral, un dedo trazando cada vértebra a través de la fina tela.

La cremallera de mi espalda se baja diente a diente. Me arranca el traje de los hombros, lo desliza por debajo de las costillas y se detiene en mi cintura. El aire fresco acaricia mi piel desnuda. Estoy medio desnuda, atrapada en algún punto intermedio, con un monstruo enmascarado desnudándome a su antojo.

Su boca encuentra mi oreja. —Tu miedo se ve tan bonito en la oscuridad, zorrita.

Oigo un crujido de tela y, a continuación, algo áspero y fibroso se enrolla alrededor de mi muñeca izquierda. Una cuerda, creo. La enrolla dos veces, la aprieta bien y luego une ambas muñecas a la espalda. Sus dedos trabajan con rapidez y seguridad, entrelazando y apretando, y siento cómo nudo tras nudo se fija contra los huesos de mis muñecas.

Las ataduras me obligan a echar los hombros hacia atrás y el pecho hacia delante. Estoy de pie, a ciegas y atada en mi propio dormitorio, con los pechos al descubierto, la espalda arqueada y completamente incapaz de cubrir ni un solo centímetro de mi cuerpo.

También estoy empapada.

Pero Kir, perdón, el Hombre Enmascarado, no me toca donde yo quiero. En cambio, su dedo enguantado recorre la cuerda, siguiendo su recorrido de muñeca a muñeca, presionando en el hueco donde la fibra trenzada se une con la piel. Comprueba la tensión contra la parte interior de mi muñeca, justo sobre mi pulso. Dos dedos. Midiendo. Ajustando.

Entonces, sin previo aviso, me empuja hacia delante sobre la cama. Mi mejilla se estrella contra las sábanas al caer boca abajo.

El Miedo amenaza. Hubo un tiempo en que *estar boca abajo* significaba *desaparecer*. Grieta en el techo. Calcetín gris. Luces apagadas, nadie en casa.

Ahora, significa aquí. Justo aquí. Estoy presente de una forma en la que nunca me permitía estar. ¿Por qué no iba a estar presente? Todo lo que siempre he deseado está conmigo en esta habitación.

Me baja el traje por las caderas, más allá de los muslos, hasta los tobillos, y luego lo deja a un lado. Estoy boca abajo con nada más

que lencería de encaje y una venda en los ojos, las muñecas atadas a la espalda, indefensa, *viva.*

Detrás de mí, le oigo moverse. Se oye el tintineo de una hebilla y el susurro áspero del cuero deslizándose fuera de las presillas del cinturón.

Tengo que morderme el labio para no gritar cuando el cinturón toca la parte posterior de mi muslo. Lo desliza suavemente hasta el pliegue detrás de mi rodilla, luego vuelve a subir, despacio, dejando que el calor del cuero se impregne en mi piel. Por encima de la curva de mi culo, cruzando hacia el otro muslo, bajando de nuevo. Un ocho lento y paciente que hace que cada músculo de mi cuerpo se tense.

La espera es la peor parte. O la mejor parte. Son más o menos lo mismo.

Hasta que el primer azote resuena en mi trasero. Jadeo contra la sábana, con los dedos arañando el aire vacío. El escozor se extiende hacia fuera en una ola de calor que siento hasta la punta de los dedos de los pies.

Su boca se presiona contra la marca que acaba de dejarme. Labios cálidos, luego su lengua, plana y lenta, trazando la línea de calor que acaba de dejar allí. Mis caderas se sacuden involuntariamente. Dolor y luego consuelo, castigo y luego recompensa. Es tan agradable relajarse en un mundo con reglas claras.

En la oscuridad, las chicas buenas pueden correrse.

Las chicas malas se ven obligadas a gritar.

El segundo golpe es más fuerte. Como antes, la boca de Kir lo sigue inmediatamente para calmar el dolor ardiente. —¿A quién perteneces? —murmura contra mi piel. Su voz grave se desliza por mi cuerpo desnudo como fuego líquido hasta llegar a mis oídos. Es tan seductor sin esfuerzo, el sexo encarnado. Quiero entregarle todo mi ser.

Pero no sería divertido hacerlo de inmediato.

Así que mi caprichosa persona decide responder—: Vaya, no sé… ¿al cartero?

Por eso, supongo que no debería sorprenderme cuando el tercer golpe casi me arranca la nalga. Mi espalda se arquea sobre el colchón y un gemido se me escapa antes de que pueda apretar los dientes.

Su respiración cambia a mi espalda. Apenas. Una mínima vacilación, una pequeña grieta en esa compostura de acero, pero la saboreo como la zorra codiciosa en la que él me convierte. Me *encanta*. Me encanta saber que puedo hacerle perder el control, aunque sea por un segundo, antes de que se recomponga.

—Te voy a dar una oportunidad más —gruñe—. ¿A quién perteneces? —El cinturón descansa contra la parte posterior de mi muslo como una advertencia de cuero.

—A ti —susurro contra la sábana—. Te pertenezco.

El cinturón desaparece. Su mano enguantada lo sustituye, deslizándose entre mis piernas desde atrás, presionando contra el encaje empapado de mi entrepierna. No mueve los dedos; aún no me lo he ganado. Solo los mantiene ahí, burlándose de mí. Intento frotarme contra su palma, pero el ángulo no es el adecuado y tengo las muñecas atadas, así que no consigo hacer palanca en absoluto.

—Buena chica —murmura.

De repente, su mano desaparece y me dan ganas de gritar.

El cinturón me da dos golpecitos en la parte interna del muslo. Suaves. Casi delicados. —Tengo unas cuantas preguntas más. ¿Quién es el único hombre que puede verte así?

Aprieto los labios. No porque no sepa la respuesta. Sino porque quiero ver qué pasa cuando no se la doy.

Pasan tres segundos. Cuatro. Cinco.

El golpe aterriza en el pliegue donde mi trasero se une con el muslo. Entierro la cara en las almohadas y vuelvo a gritar.

—Inténtalo de nuevo —sugiere.

—¡Tú! Solo tú. Nadie más.

—Mm. Sí. Sí —Su mano vuelve a actuar. Esta vez, su pulgar traza una línea lenta por el centro de las braguitas. Me sujeta con la otra mano en la parte baja de la espalda, inmovilizándome mientras su pulgar da una vuelta más. Luego, nada.

Gimoteo entre las sábanas.

—Última pregunta —Ahora tiene la boca cerca de mi oído. Siento cómo la tela de la máscara me roza la mejilla—. ¿Quién te va a hacer perder el control esta noche?

—Tú —susurro inmediatamente. Esta noche me he quedado sin descaro más rápido de lo habitual. A veces, opongo una larga resistencia y él se ve obligado a doblegarme por completo. Esta noche, sin embargo, solo lo quiero tan rápido como pueda tenerlo—. Por favor. Lo necesito tanto, cariño. Eres tú. Solo tú.

El cinturón cae al suelo con un ruido sordo. Le oigo buscar algo más, se oye un extraño chirrido y, a continuación, el metal frío se presiona contra mi zona lumbar.

Se me queda la boca abierta.

Es un cuchillo. La parte plana, no el filo, pero a mi cuerpo no parece importarle mucho esa distinción, sobre todo cuando él lo desliza bajo la cintura de mis bragas. El acero está helado contra mi piel sobrecalentada.

—Respira —me ordena.

Lo hago, aunque apenas.

Desliza la parte plana bajo el encaje de mi cadera. Un rápido movimiento de vaivén y la tela cede con un suave desgarro. Hace lo mismo en el otro lado, retira el trozo destrozado y lo deja a un lado.

Entonces, sus dedos desnudos, ya sin guantes, ¿cuándo ha pasado eso?, tocan mi coño ansioso y casi me desmayo. Dos dedos se introducen y siento cómo mi cuerpo los succiona, apretándolos con fuerza. Pone la otra mano sobre mi clítoris, frotando en amplios círculos. La sensación va creciendo, apretando y girando en espiral, y estoy ahí, justo al borde...

Retira la mano por completo.

Gimo sin decir nada. Las cuerdas se clavan en mis muñecas mientras me retuerzo y me agito.

Su palma se aplana contra mi espalda y me clava al colchón hasta que capto el mensaje y dejo de moverme. —Te lo dije: no te corras hasta que yo lo diga. No ibas a correrte sin permiso, ¿verdad? —Siento sus ojos clavados en la nuca—. ¿Verdad, zorrita? Porque eso te convertiría en una chica muy mala. Y las chicas malas no se corren. ¿No quieres ser una chica buena para mí?

Asiento frenéticamente, todavía boca abajo.

—No te oigo.

—¡Sí! Sí, quiero ser una buena chica. Por favor. Solo… por favor —Ahora estoy babeando sobre las sábanas. Mi centro está en espasmos. Necesita algo grande y duro sobre lo que apoyarse o voy a perder la cabeza.

—Muy bien —dice él—. Veremos lo buena que puedes ser. Te daré la oportunidad de demostrarme que lo deseas.

Así comienza lo que deben de ser al menos treinta minutos de estimulación al límite.

Pierdo la noción de qué instrumentos están actuando sobre mí. Ya sea un cuchillo o un cinturón, los dedos o su boca caliente y lasciva,

me lleva justo al punto de inflexión y luego se retira, una y otra vez. Espera entre ronda y ronda hasta que estoy dando patadas y gritando contra las almohadas antes de volver a empezar desde el principio.

Cada vez que se aleja, muero un poco.

Cada vez que vuelve, renazco.

Para la última ronda, ya no soy una persona. Soy un desastre tembloroso, empapado y sudoroso, con la cara aplastada de lado contra las sábanas, baba en la barbilla y el rímel mucho más allá de lo que podría arreglar. Sus dedos se introducen en mí de nuevo, su pulgar encuentra un buen punto y todo mi cuerpo se bloquea y sé, *a ciencia cierta*, que si se detiene esta vez, realmente, literalmente, pereceré.

—Por favor —jadeo—. Por favor, por favor, por favor.

Ahora hay un tono en mi voz que ambos reconocemos. Es la misma rendición desesperada y quebrada que le ofrecí en el suelo de mi cocina hace casi un año, la primera vez que me tocó, cuando lo único que tenía que hacer era pedirlo.

Los dedos del Hombre Enmascarado se quedan quietos dentro de mí. Su respiración cambia.

Entonces, tan bajo que casi no lo oigo, dice con lujuriosa aprobación —: Ese es el sonido de una chica muy buena.

Me voltea y me pone boca arriba, y lentamente me quita la venda de los ojos. Está oscuro, pero puedo ver lo justo para que se me corte la respiración. Está enorme e irresistible sobre mí, un gigante, mi amo. Puedo sentir su peso posarse entre mis muslos abiertos, la suave lana de los pantalones de su traje contra mi piel desnuda, el borde rígido de su chaqueta rozándome el estómago. Sigue completamente vestido, máscara incluida. Estoy desnuda, atada e inmovilizada. El desequilibrio de poder es evidente.

Sin embargo, lo único que quiero ver, lo único que *necesito* ver, son esos ojos fijos en mí.

Esos ojos me lo dicen todo.

Porque eso es lo que la gente no entiende de las fantasías que tengo, de las escenas que represento con mi hombre noche tras noche. Es que él me *ama* lo suficiente como para destruirme. Es una persona peligrosa con violencia en cada célula, pero me ama lo suficiente como para usar esa violencia para llevarme justo donde necesito ir y ni un centímetro más allá. *Él me* da el poder de decir cuándo. Yo le doy todo y él me lo devuelve todo.

Ese es el tipo de amor que tenemos. Oscuro. Retorcido. Irregular. Sangriento.

Pero jodidamente real.

—Por favor —gimoteo de nuevo—. Te necesito tanto.

Extiende la mano entre nosotros, baja la cremallera y libera su polla. Incluso en la penumbra, puedo ver lo enorme y dura que está. La gota brillante de líquido preseminal en la punta resplandece a la luz que se cuela por el hueco de las cortinas de la ventana.

Me abre un poco más las rodillas y luego se acerca. Siento cómo se alinea, la cabeza roma presionando contra mi entrada.

Entonces empuja hacia dentro. Despacio. Un centímetro. Se detiene. Otro centímetro. Se detiene. Me deja adaptarme. Mis manos atadas se clavan en el colchón que tengo debajo mientras balbuceo sin palabras y en silencio. Se va introduciendo en mi húmeda avidez con una paciencia agonizante hasta que está completamente dentro, hundido hasta la empuñadura.

Luego, se detiene de nuevo.

Se queda ahí mismo. Hasta el fondo. Lleno. Pesado. Llenando cada centímetro de espacio vacío que tengo y más. El agudo destello de dolor por el estiramiento va y viene rápidamente, y cuando se va, lo

único en lo que puedo pensar es en lo completa que me siento con él así. Estoy en casa. A salvo. Cuidada. Al borde de mi más hermoso olvido.

Su mano encuentra mi garganta, pero es lo primero que ha hecho mal esta noche, porque es *suave*. Demasiado suave. Quiero más. Necesito el apretón, el desenfoque, los suaves bordes de algodón del mundo curvándose hacia dentro. Así que inclino la barbilla hacia abajo y me arqueo hacia su agarre.

*Toma lo que quieras,* dice el gesto. *Te doy permiso.*

Sus dedos se aprietan. No de golpe. Es algo gradual, poco a poco, hasta que la presión aumenta a ambos lados de mi tráquea y la habitación se vuelve cálida, lejana y perfecta.

*Sí. Sí. Así es. Mátame y luego devuélveme a la vida, cariño.* Lo diría si pudiera, pero solo tengo aire para gemir y asentir.

Entonces, se mueve.

La primera embestida es lenta y profunda, se alarga y vuelve a empujar hasta que lo siento por todas partes. Lo hace otra vez. Otra vez. Encontrando el ritmo, dejando que se intensifique. Mis piernas se envuelven alrededor de su cintura y lo atraigo hacia mí, aunque "más cerca" nunca es lo suficientemente cerca para nosotros.

Aumenta la velocidad. El somier protesta. Sus caderas se mueven con más fuerza y el sonido de la piel contra la piel llena la habitación a oscuras y me voy, simplemente me voy.

—Dame todo, zorrita —gruñe sobre mí—. Lo quiero todo.

El dique se rompe.

Me corro dos veces en los primeros dos minutos en los que me está follando. Normalmente, querría que me zarandeara. Me gusta que me traten con rudeza, que me pasen de las rodillas a la espalda, a encima y de nuevo a las rodillas. Inclinada sobre esta silla o aquel escritorio, abierta de piernas, torturada, adorada, quebrantada. Pero

esta noche, por un acuerdo tácito, ambos hemos decidido que no tenemos la paciencia para nada más de lo que ya hemos hecho. Ahora estamos en la recta final, precipitándonos hacia el agujero negro del fondo, de la mano.

En algún momento, él se agacha por debajo de mi cintura y desata los nudos. La sangre vuelve a mis yemas al liberarse la cuerda. Y gracias a Dios por eso, porque necesito tocar su cuerpo duro y ardiente o podría perecer.

Mis manos liberadas vuelan hacia su espalda, clavándole las uñas, atrayéndolo más hacia mí. Él responde empujando con más fuerza. Esta noche siento cada centímetro de él de una forma que nunca había sentido. Está tan profundo que roza lo insoportable. No hay espacio en mí para nada que no sea la gruesa polla de Kir. Ni miedo, ni dudas, ni el pasado.

Solo él. Nadie más. *Siempre* y exclusivamente él.

Entonces a mis manos se les ocurre una nueva idea, por su cuenta. Suben por su pecho, por encima del cuello rígido de su chaqueta, a lo largo de los músculos de su cuello, hasta que mis dedos encuentran el borde inferior de la máscara. Kir se queda paralizado. Sus caderas se detienen a mitad de la embestida. Su mano afloja su agarre en mi garganta.

Levanto el borde inferior lentamente, pasando por su barbilla, lo justo para ver su boca y su mandíbula y la tenue cicatriz cerca de su labio. Lo justo para convertirlo en una persona.

—Ya no la necesito —susurro—. Solo te necesito a ti.

Duda un momento más. Entonces su boca se posa sobre la mía y me besa con tanta intensidad que saboreo lágrimas saladas, aunque no estoy segura de a quién pertenecen. Gruñéndome al oído, vuelve a moverse. Esto ya no es nuestro habitual polvo animal. Esto es otra cosa. Solo hay una forma de llamarlo: todo su cuerpo presionado

contra el mío, frente con frente, su aliento en mis pulmones, su corazón al unísono con el mío.

Esto es *hacer el amor.*

—Córrete dentro de mí —le suplico contra su boca—. Por favor. Te quiero todo.

Me penetra profundamente una última vez y me convulso a su alrededor. Su nombre sale a borbotones de mi boca. —¡Kir! —No el Hombre Enmascarado, sino *Kir,* la persona, el hombre, mi amante, mi rey. Él hunde la cara en mi cuello y gime "Jillian" contra mi pulso, y lo siento soltarse, caliente y derramándose dentro de mí. Los orgasmos nos recorren a ambos en una ola larga, unida y devastadora que me deja temblando debajo de él durante mucho tiempo una vez que todo ha terminado por fin.

Podríamos habernos olvidado por completo de la fiesta de Halloween y habernos quedado allí tumbados para siempre si, en ese momento, no se hubieran encendido las luces. Todo mi apartamento cobra vida con un zumbido, inundando la habitación con un cálido resplandor. Entrecierro los ojos ante la luz y veo que Kir ya me está mirando, con la máscara arrugada alrededor de la frente, el pelo revuelto, las pupilas dilatadas y una sonrisa en los labios.

—Lo programé con un temporizador —explica.

—Eres un auténtico psicópata —le digo.

Se ríe. Luego se retira de mí y, antes de que pueda siquiera darme cuenta de la pérdida, me atrae contra su pecho y nos hace rodar a ambos de costado. Sus manos desnudas encuentran primero mis muñecas. Les da la vuelta, estudiando las líneas rojas que ha dejado la cuerda. Sus pulgares rozan las marcas, amasando la piel sensible con pequeños círculos, haciendo que la sangre vuelva a los lugares que han sido apretados y privados de oxígeno.

Se lleva mi muñeca izquierda a la boca y besa su interior, justo sobre la marca de la cuerda. Luego la derecha.

—¿Te duele esto?

—Un poco. Aunque unos cuantos besos más podrían solucionarlo.

Asiente solemnemente y la besa de nuevo.

A continuación, me revisa los muslos. Su palma acuna las marcas más graves, el pliegue donde mi muslo se une con el trasero, y frunce el ceño como si quisiera matar al hombre que me hizo esto. Luego, su boca sigue con otro beso curativo.

—Has estado tan bien esta noche —murmura contra mi piel—. Jodidamente buena para mí.

Tiemblo. Ya no hace frío aquí dentro en absoluto. Tengo mi propia estufa personal contra la que acurrucarme. Puede que nunca vuelva a pasar frío.

Kir vuelve a subir, tocándome aquí y allá, besándome, acariciándome, amándome. Sus manos desnudas son tan diferentes de las enguantadas. Tiernas, no ásperas. Amables, no crueles.

—Eres perfecta —me dice al oído, en la curva de mi cuello—. Cada parte de ti.

Cierro los ojos y apoyo la cabeza en su pecho. Su latido es constante bajo mi oído. Fuerte y uniforme, como siempre lo es después. Como siempre lo es, y punto. El hombre funciona con un ritmo que nunca vacila, ni cuando está furioso, ni cuando es tierno, ni cuando está hundido dentro de mí. Es el sonido más fiable de mi universo.

Me acurruco contra él y dejo que llene todos los espacios de silencio de mi cabeza.

Pasé tantos años con miedo a la oscuridad. Tenía el corazón encerrado en una habitación bajo llave, con el cerrojo echado, atrincherado y sellado a cal y canto durante cinco largos años.

Pero ahora hay un hombre en las sombras, y me está cuidando.

Encontró la manera de entrar por la ventana.



**Lea hoy el próximo libro de esta serie:**
***Lazos en la Sala de Juntas***